María Suré

Autora de LÁGRIMAS DE POLVO ROJO

SUEÑOS ENTRE CENIZAS

¿CRIMEN PASIONAL O CODICIA DESMEDIDA?
UN MISTERIOSO OBJETO ENCIERRA LAS CLAVES

MAEVA | NOIR

Cuando Diego Lago, profesor de Historia Antigua, se despierta aturdido, encuentra a su lado el cuerpo sin vida de Olivia, su alumna y amante.

El grupo de Homicidios, encabezado por los subinspectores Runa Østberg y Rodrigo Melgar, se encargará de la investigación. Diego ha desaparecido; Rebeca, la compañera de piso de la fallecida, parece que no dice toda la verdad, y Cándido, el extraño vecino de las chicas obsesionado con la muerte y las experiencias extracorporales, en cambio, tiene mucho que contar.

Todo da un giro cuando aparecen unos restos arqueológicos en el piso de la víctima, que guardan un secreto desde hace más de dos mil años.

¿Un amante vengativo es realmente el culpable del asesinato de una estudiante?

¿O la verdadera razón puede llevar escondida más de dos mil años?

María Suré

SUEÑOS ENTRE CENIZAS

MAEVA | NOIR

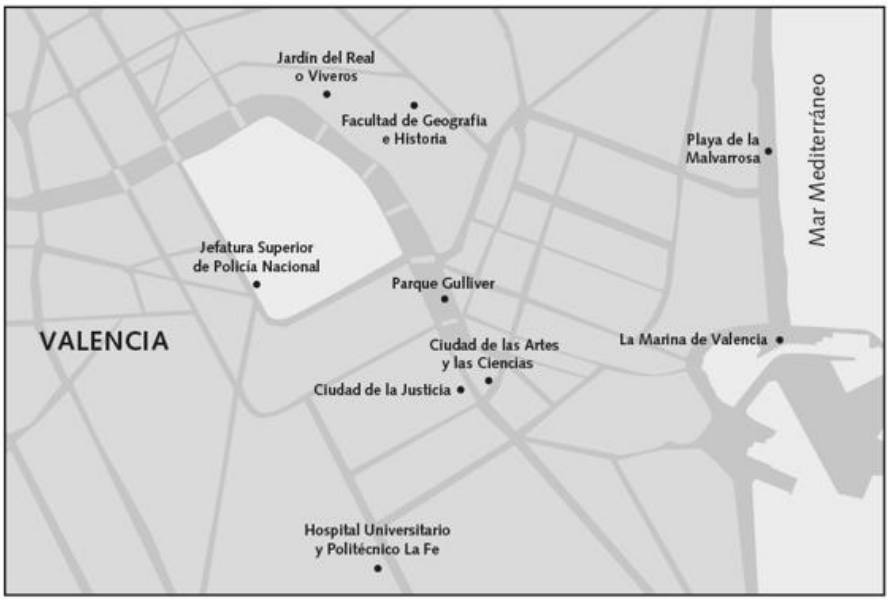
María Suré, 2024
MAEVA EDICIONES, 2024

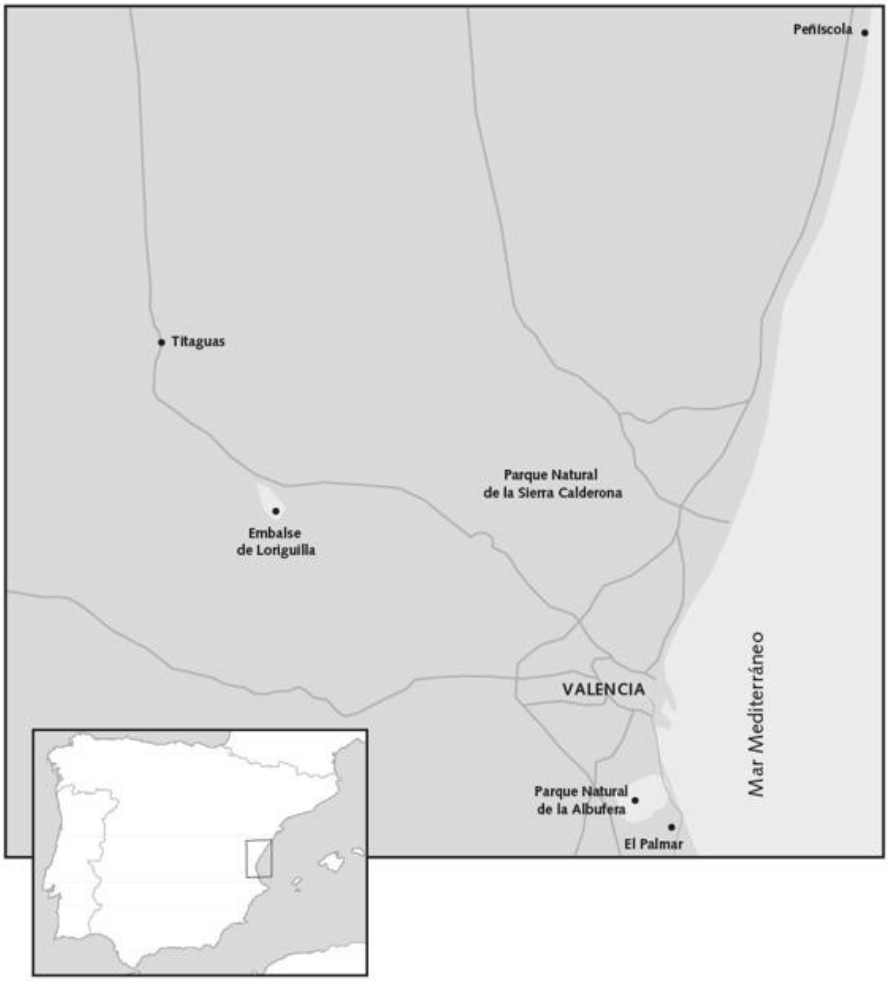
A mi madre.

Sé lo mucho que hubieras disfrutado leyendo mis historias.

Algún día yo misma te las contaré.

Los escenarios de la novela




Peñíscola
Titaguas
Parque Natural
de la Sierra Calderona
Embalse
de Loriguilla
VALENCIA
Mar Mediterráneo
Parque Natural
de la Albufera
El Palmar

Prólogo

Alejandría, 215 a. C.

EL VIAJE ESTABA afectando a su salud más de lo que hubiera esperado. A la edad de veintiocho años, casi podía considerarse una anciana. Se encontraba muy débil y en un estado de fatiga continuo. Su cuerpo estaba enfermo, y los dolores abdominales y de cabeza eran cada vez más fuertes y frecuentes, así que los movimientos del camello al sortear las dunas del desierto durante dos días y dos noches no la estaban beneficiando en absoluto. Apenas notaba las piernas, y los pies eran como una extremidad ajena a su ser. Un médico le dijo una vez que ya había tratado a otros alquimistas con dolencias similares, y llegó a insinuar que quizá fueran las sustancias que utilizaban las que interferían con los humores del cuerpo y lo hacían enfermar. Ella no sabía si se trataba solo de las cavilaciones de un viejo o si estaba en lo cierto. Fuera como fuere, jamás abandonaría su búsqueda y su razón de vivir por unas simples suposiciones.

A su lado, un poco rezagado y medio dormido, viajaba Asim, su joven y confiable ayudante. Se les había echado la noche encima; no tardarían en llegar a Alejandría, y ella solo pensaba en terminar aquel viaje para poder descansar. No tenía ánimos para montar otro campamento y volver a hacer noche en el desierto; con la luna llena en lo alto del firmamento había suficiente iluminación para continuar unas horas más. Empezaba a refrescar. María se cubrió con la túnica y miró al cielo despejado de aquella noche de primavera.

Observó con asombro la bóveda celeste plagada de estrellas cuya luz competía con la de la luna. Existía una proporción divina en el universo. Por mucho que pareciera que los astros estaban desperdigados al azar en aquel manto oscuro, de alguna manera se adivinaba un equilibrio perfecto en aquella grandiosidad. La búsqueda de esa perfección natural a través de la alquimia era lo que había justificado su existencia durante los últimos años. Cualquier cosa que pudiera existir en el mundo, ya fuera animal, vegetal o mineral, estaba provista de alma, y el cometido de todo alquimista era poder llegar a desentrañar el espíritu vital de la materia hasta obtener el material perfecto.

Pensó en lo mucho que había conseguido hasta entonces. Los ingenios de laboratorio que había construido los estaban utilizando muchos otros alquimistas y le habían otorgado una gran fama. Había tenido la suerte de vivir en Alejandría en una época en la que acudían

a la ciudad eruditos y sabios de todos los continentes para aprender y aportar sus conocimientos. El epicentro de aquel foco del saber se situaba en la gran biblioteca fundada por Alejandro Magno, y que ya contaba con miles de volúmenes. Allí se pretendía recopilar todas las obras de todas las épocas y de todos los rincones del mundo para formar el mayor centro de conocimiento jamás imaginado.

Un gran estruendo en la quietud de la noche sacó de sus pensamientos a María, que tuvo que sujetarse con fuerza para no caerse de su asustado camello. Los animales se revolvieron inquietos y se acercaron el uno al otro, alarmados por el ruido. Entonces todo a su alrededor se iluminó con un enorme racimo de estelas de luz que caían desperdigadas del cielo.

—¿Qué es eso? —gritó Asim con los ojos desorbitados. El chico parecía tener más miedo aún que los propios animales.

—No lo sé —respondió María, embelesada por el bello espectáculo nocturno que contemplaban sus ojos—. Parecen fuegos que caen del cielo. Mira, muchos se van debilitando y sus llamas se apagan por el camino.

—Pero otros han caído a tierra…

Los dos contemplaron en silencio durante unos instantes aquel extraño suceso. Cuando la última de las estelas desapareció y el sonido se extinguió, María se dirigió a su ayudante.

—Debemos averiguar qué eran esos fuegos, Asim. No han caído muy lejos de aquí.

—No sé si será buena idea inmiscuirnos en los asuntos divinos —comentó el chico, realmente asustado.

—No creo que Dios quiera castigarnos por querer saber qué son esas bolas de fuego. Pienso más bien que puede ser una prueba que el Creador pone ante nuestros ojos para mostrarnos algo. Además, apenas tenemos que desviarnos. ¡Vamos!

El chico accedió a regañadientes y azuzó a su camello para obligarlo a seguir al de María. Al animal, acostumbrado como estaba al camino, no le gustó aquel cambio de rumbo. Pero María estaba en lo cierto. Apenas se habían desviado cuando advirtieron a lo lejos un brillo rojizo e incandescente entre las sombras. Al acercarse, descubrieron un objeto en llamas del tamaño de una cebolla grande, que había caído sobre un promontorio de piedra. María miró a su alrededor. No se veían más restos por ninguna parte. Si los había, seguramente habían acabado enterrados en la arena.

—Ayúdame a bajar, Asim —ordenó, masajeándose los pies dormidos para aliviar el hormigueo.

Asim obedeció sin decir una palabra, pero en su rostro podía adivinarse el temor.

—Así que es una piedra… —murmuró el chico cuando estuvieron

cerca—. ¿Las piedras caen del cielo? —preguntó.

María había escuchado contar a los viejos sacerdotes historias sobre fenómenos similares al que acababan de presenciar, pero nadie le había hablado de piedras ardientes. Aquello, sin duda, era un gran descubrimiento.

—Pues parece que algunas sí lo hacen —respondió emocionada—. Trae el odre, vamos a enfriarla con agua para poder llevárnosla.

Sin demasiado convencimiento, el muchacho obedeció y pronto retomaron el viaje con un cargamento muy especial.

Al día siguiente, ya en su laboratorio, rodeada de pucheros, ollas, jarras vidriadas y recipientes con polvos y sustancias extrañas, María se dispuso a trabajar sobre la misteriosa piedra gris. Retiró a un lado el plato con los restos de dátiles y pan que se había preparado, y antes de comenzar se incorporó para avivar el hogar. La casa de adobe era fría incluso en verano, y las articulaciones doloridas agradecían el calor de la lumbre. La ciudad aún no se había despertado; a aquellas horas tempranas las calles estaban tranquilas, aunque pronto empezarían a escucharse los gritos de los comerciantes y el alboroto propio de una ciudad próspera como lo era aquella.

Sujetó la piedra con las dos manos y la acercó a la lámpara de aceite para observarla mejor. Sin duda, aquel era un elemento muy extraño, nunca había visto nada parecido. Pesaba mucho para su tamaño y la superficie era totalmente lisa, sin porosidad alguna. Era tan fría al tacto que resultaba sorprendente que en algún momento hubiera estado envuelta en fuego. Tenía las propiedades del metal, pero en apariencia era una piedra.

El primer paso fue meterla en el *kerotakis*, uno de sus inventos. Se trataba de un recipiente con una lámina de cobre suspendida en la parte superior. Para que funcionara, todas sus uniones debían estar selladas de forma que en el interior se consiguiera el vacío. Al calentarlo con vapores de arsénico, azufre y mercurio se lograba ablandar metales. También utilizó el vitriolo azul para darle color y lo puso al fuego durante varias horas. Ablandar aquella piedra no resultaría fácil. Agotada y dolorida, decidió que podría dejarlo al fuego hasta el día siguiente.

Cuando despertó con las primeras luces del alba, corrió a su laboratorio y descubrió que la piedra se había fracturado, dividiéndose en dos pedazos prácticamente idénticos que giraban sobre sí mismos y brillaban con un destello azul muy potente en el interior del recipiente. Al retirarlos del fuego el brillo se atenuó y pudo observar que habían adoptado una forma redondeada. Decidió entonces introducirlos en un recipiente colocado sobre otro que contenía agua caliente, y que adquiría su temperatura con la mezcla de arena y cenizas ardientes que lo rodeaban. Era lo que otros alquimistas habían

comenzado a llamar el *balneum Mariae* o baño María, puesto que ella había sido su inventora.

Al segundo día, cuando el proceso terminó, María se dio cuenta de que las piedras continuaban manteniendo la dureza original, pero algo había cambiado en su naturaleza. A medida que se enfriaban, comenzaron a brillar cada vez más. Cuando alcanzaron su temperatura original, frías como el hielo, su fulgor azulado era tan intenso que María apenas podía mantener los ojos abiertos ante tal fuente de luz.

Días después, las piedras seguían iluminando todo lo que las rodeaba sin dar señales de agotamiento. Al separarlas, su destello se veía afectado, pero era mucha la distancia que había que poner entre ellas para que ambas se volvieran grises. Al acercarlas, volvían a brillar como el primer día. Solo el estaño conseguía anular las propiedades casi divinas de las piedras, y por eso construyó un pequeño cofre de ese metal para cada una de ellas. Fue entonces cuando María empezó a pensar que había descubierto algo verdaderamente asombroso, algo por lo que muchos pueblos matarían por poseer. Y tuvo miedo. Como cualquier otro alquimista, durante años había intentado dar con el *al-iksir*, la materia desconocida que conseguiría transmutar cualquier metal en oro y que sería capaz de curar todas las enfermedades, confiriendo el poder de la inmortalidad. El elixir de la vida. Hacía tiempo que la idea le rondaba los pensamientos, pero ella prefería ignorarla. ¿Qué ocurriría si alguien consiguiera lo que tanto habían ansiado? ¿No sería aquella sustancia un motivo de conflictos, guerras y destrucción? En ese momento, con tremenda tristeza, entendió que el ser humano no estaba preparado para algo así. Tampoco para lo que ella acababa de descubrir.

Pasaron los meses y su estado de salud empeoró. Las piedras seguían encerradas en sus cofres, y solo de vez en cuando las sacaba para comprobar en secreto sus maravillosas propiedades. Tenía que hacer algo con ellas antes de que llegase su hora, y no era el momento de mostrar al mundo un descubrimiento así. Aunque Egipto era un lugar seguro para los judíos, existían grupos que de vez en cuando generaban conflictos y provocaban desórdenes contra los seguidores de su religión. En el pasado, algunos escritores griegos los habían señalado, acusándolos de favoritismos por parte de los romanos, y las relaciones entre ambos pueblos seguían siendo tensas. En aquellos días, además, algunas facciones religiosas intentaban desprestigiar la ciencia de la alquimia, tratando de acusar a sus practicantes de hechiceros. María decidió que nadie debía conocer su secreto o, al final de sus días, su legado quedaría manchado.

Entonces se acordó de las luminarias, otro de sus inventos. Eran mucho más prácticas y efectivas que las teas, aunque su fabricación resultaba bastante compleja y costosa. El material, con forma de roca

porosa, se activaba con el fuego. Solo hacía falta acercar una llama durante unos instantes para que sus propiedades despertaran; entonces se volvía incandescente y emitía una luz similar a la de una antorcha. Para poder transportarlas con facilidad se introducían en figuras huecas de bronce con forma de dodecaedro a las que se les habían practicado perforaciones circulares en todas las caras para dejar pasar la luz. Cada uno de esos orificios tenía distintos diámetros que permitían acoplar una vara o palo a cualquiera de ellos, y así acarrear el objeto a modo de tea. De cada vértice surgían unas pequeñas esferas de metal que podían servir para colgarla o como soporte si la pieza se colocaba en una superficie plana sobre cualquiera de las caras. Bastaba un poco de agua para que la luminaria dejara de brillar, y de nuevo una llama para volverla a activar. Pero, con el uso, la materia de la que estaba formada se iba degradando y el resplandor se debilitaba hasta desaparecer. Tras el último destello se convertía en polvo y solo quedaba una pieza hueca de bronce que no servía para mucho más que para sujetar alguna vela.

Resolvió camuflar las piedras estelares, como había empezado a llamarlas, en dos luminarias. Preparó dos grandes fardos con un polvo negro que se usaba como pigmento, y que ella misma fabricaba mezclando sulfuro de plomo y cobre. Después escondió un cofre con su luminaria dentro en cada uno de ellos. A continuación, los envió por separado a uno de los mayores genios griegos, con el que había tenido provechosas e interesantes charlas durante su estancia en Alejandría: Arquímedes de Siracusa. Él sabría qué hacer con ellas.

1

Piel fría

En la actualidad. Sábado, 15 de octubre, 6 a. m.

CORRE TAN DEPRISA que los pulmones le queman. Su cuerpo reclama un tributo de oxígeno que no es capaz de costear, porque está al límite; bastante tiene con intentar evitar que el corazón se le salga por la boca. Es consciente de que tiene que parar para recobrar el aliento o le dará un infarto. Pero no puede. Si sigue huyendo tendrá alguna posibilidad. Si para, estará muerto. No lo ve porque la oscuridad del bosque es como un tupido manto al que no llega ni un atisbo de luz de las estrellas, pero puede oírlo. Ese aullido ronco que se le mete en la cabeza y reverbera en cada rincón de su cerebro, ese angustioso plañido que se abre paso por encima del estridente sonido de su propia respiración, cada vez está más cerca. Ni siquiera es capaz de gritar, no puede desperdiciar el poco aliento que le queda. Sabe que no sirve de nada mirar hacia atrás, está ciego en esa oscuridad, pero su instinto le puede. Ese mínimo instante de duda hace que algo se le enrede entre las piernas y caiga de bruces. El suelo está húmedo, y los dedos se hunden en un lodo pegajoso que parece tirar de él hacia las entrañas del infierno. Las piernas, que de repente han comenzado a echar raíces y se aferran a la tierra con fuerza, ya no las siente como suyas. Y, mientras tanto, el espantoso aullido ya está tan cerca que puede oler el fétido aliento que lo acompaña. Un pánico ancestral paraliza cada célula de su cuerpo y cierra los ojos resignándose a un horrible final. El silencio acompaña su angustiosa espera durante unos instantes eternos hasta que por fin escucha un suave maullido. Una lija húmeda y caliente le roza la nariz…

DIEGO ABRIÓ LOS ojos, aterrorizado, y se incorporó de golpe en la cama provocando que el gato diera un salto.

—¡Joder, *Manchurrón*! —resopló, tratando de recuperar el aliento—. ¡Qué susto me has dado!

El animal lo miró como si le estuviera perdonando la vida. Tras lanzar un par de lametazos a la nada con esa peculiar manera suya de hacerlo, como si estuviera saboreando el aire, volvió a emitir uno de sus aullidos. Aullidos, sí, porque ese gato no maullaba. La mayoría de las veces emitía un aullido ronco y amenazador que hacía dar un paso

atrás a todo el que no lo conociera. Después, todo se quedaba en nada; le leía la cartilla al humano más cercano y a continuación se alejaba airado, con la cabeza bien alta y contoneándose como una *vedette* que se retira del escenario.

Diego miró el reloj. Aún eran las seis de la mañana.

—Se ha vuelto a colar el gato del vecino —dijo, frotándose los ojos y bostezando—. Ese bicho está como una cabra.

Cerró los ojos de nuevo. Estaba muy mareado. Sentía la boca pastosa y le dolía todo el cuerpo. Pensó que tenían que relajarse un poco, tanto exceso siempre acababa pasándole factura. Olivia era una mala bestia en la cama. Aunque él casi le doblaba la edad, jamás había conocido a nadie que disfrutara y le hiciera disfrutar del sexo con tanta intensidad. Aún con los ojos cerrados, sonrió al sentir de nuevo una erección bajo las sábanas. La noche había sido movida, pero, después de todo, aún tenía energía para un poco más. Se volvió hacia su amante buscando sus pechos con la mano. El tacto frío de la piel le hizo dar un respingo. Al abrir los ojos, un grito se escapó de su boca.

A su lado yacía Olivia, con la piel del color pálido que otorga el halo glacial de la muerte. Una bolsa de plástico transparente anudada en el cuello le cubría la cabeza.

2

Rutina

HABÍAN PASADO VARIOS meses desde que la ciudad de Valencia se conmocionara con una serie de asesinatos inspirados en un extraño incunable del siglo XV, el *Hypnerotomachia Poliphili*. El Grupo de Homicidios Alquimista 10, encabezado por los subinspectores Rodrigo Melgar y Runa Østberg, había tenido que vérselas con un escurridizo asesino que escenificaba su obra al más puro estilo de los sueños de Polífilo, el protagonista del manuscrito. Habían sido unas semanas de infarto en las que se llevaron a cabo varias detenciones. Finalmente, se logró dar con la identidad del culpable, que acabó huyendo y que, aunque los crímenes habían cesado, continuaba en paradero desconocido. Los integrantes del Grupo de Homicidios por fin habían podido relajarse un poco; tras aquello, la tasa de crímenes de la ciudad había vuelto a normalizarse. A excepción de un par de ajustes de cuentas y varios casos de violencia de género, ningún otro asesino los había vuelto a poner en jaque.

Era viernes por la noche y Runa, Rodrigo —al que todos llamaban Roi—, Quique Vila y Lope disfrutaban de un último trago y un bocadillo sentados a la barra del bar de Juan, el Chino.

—No sé cómo he podido perderme este manjar todo este tiempo —comentó Quique, que puso los ojos en blanco mientras saboreaba un bocadillo de calamares.

Aún tenía mucho trabajo por delante para controlar su TOC, que lo instaba a no acercarse o tocar cualquier superficie que no estuviera inmaculada, pero había hecho muchos progresos. Desde pequeño, unos recuerdos traumáticos que no había sabido gestionar le habían ido generando tal carga emocional que acabó desarrollando la enfermedad. No era consciente de ello porque su mente lo había protegido provocándole una amnesia disociativa que arrastró durante años, hasta que murió su madre. Tras el *shock* inicial, algo empezó a cambiar en su cabeza. No le había resultado fácil superar esos recuerdos, aún seguía teniendo pesadillas y la factura con su psicóloga volvía a mermar los escasos ahorros que tenía, pero se encontraba mucho mejor, más liberado. Por primera vez sentía la necesidad de luchar contra aquellas manías que le condicionaban la vida, y se veía con fuerzas para salir victorioso.

—Tengo que reconocer que tiene mucho mérito por tu parte —comentó Runa, tras limpiarse un poco de mayonesa de las comisuras

de los labios—. Aún recuerdo tu cara de asco cada vez que entrabas en este lugar. ¿Cómo has logrado superarlo?

—No sé, creo que la muerte de mi madre me hizo pensar en todas las cosas maravillosas que me estaba perdiendo —respondió Quique, llevándose la Coca-Cola a la boca para que Runa no percibiera su turbación. Era demasiado buena interpretando el lenguaje corporal de las personas y él no podía dejar que nadie intuyera la verdad. Su madre se llevó su secreto a la tumba y allí debía continuar, enterrado para siempre. Un secreto que lo había mantenido encerrado durante años en una jaula psicológica a la que no estaba dispuesto a regresar.

—Yo creo que también tiene algo que ver esa zagala que frecuentas, la escaladora —añadió Lope con su habitual vocabulario algo desfasado refiriéndose a Amelia, una chica con la que Quique había entablado una buena amistad.

—Bueno —se ruborizó él—, solo somos amigos, nada más.

—Todo se andará. Disfruta ahora que puedes, que luego… —Lope hizo una pausa dramática al más puro estilo de los papeles que interpretaba cuando actuaba con el grupo de teatro al que pertenecía. Se pasó la mano por la cabeza despoblada, se atusó el blanco bigote que siempre llevaba perfectamente arreglado y, con aire apesadumbrado, continuó hablando—: No os lo he dicho, pero creo que le voy a pedir el divorcio a la parienta.

—¡Pero, Lope! —exclamó Runa, que casi se atraganta con la bebida —. ¿A estas alturas? ¡Si no te queda nada para jubilarte!

—Y solo de pensarlo me da un soponcio. Que últimamente no la aguanto. Pues no le ha dado ahora por ver a todas horas las telenovelas esas en las que hablan con una melosidad que empacha. Y es que, claro, como no se mueve, se me ha ido ajamonando y no hay forma de sacarla de casa… ¡Con lo que me gusta a mí salir de paseo!

—Ya será menos, hombre —intervino Runa, divertida.

—Muy negro lo veo —dijo él con gesto escéptico al tiempo que sacaba un billete para pagar—, pero no quiero aburriros con mi perorata. Además, tengo ensayo y ya llego tarde. ¡Muchacho, anda, cóbrame, que hoy invito yo! —apremió al camarero que, solícito, acudió al instante con su habitual sonrisa.

Roi decía que Juan debía de llevar dos cintas de celofán detrás de las orejas para sostenerle los mofletes, porque le parecía imposible mantener esa expresión risueña durante tanto tiempo. Runa, siempre suspicaz, solía añadir que, si pudieran saber lo que ocultaba esa sonrisa, ya no les haría tanta gracia. Pero lo cierto era que el Chino, con su castellano limitado que defendía como podía con desmesurados gestos, y su actitud siempre dispuesta y agradable, se hacía querer por todos.

—Yo casi que también me marcho —añadió Quique, quien se bajó

del taburete para alcanzar su mochila—. Mañana he quedado para ir al campo y pensaba madrugar.

—Ale, pues aquí os quedáis vosotros dos —agregó Lope dándole una palmada en la espalda a Roi—. Que paséis buen fin de semana.

—Estás muy callado… —comentó Runa cuando se quedaron a solas.

Él se encogió de hombros y le dio un trago a la bebida.

—Estoy cansado, Runa. Necesito unas vacaciones.

—Ya, y yo necesito…, ¡madre mía! Mejor no te digo lo que necesito… —dijo alzando las cejas de modo teatral.

Su expresión hizo reír a su compañero, que llevaba días pensativo y taciturno. Tras lo ocurrido con su hermano, no podía quitarse de la cabeza que debía hacer algo. Una parte de él quería enfrentarse a su padre y pedirle explicaciones; otra no deseaba volver a saber nada de él. Con solo pensar en tenerlo cara a cara, se le revolvía el estómago.

—Estoy hecho un lío, Runa. No sé qué hacer…

—Ya te veo. Llevas días mustio como la planta que se os ocurrió regalarme por mi cumpleaños, que a los dos días ya no levantó cabeza. No puedes seguir así. Creo que deberías tener una conversación con tu padre.

—Si toda esa locura fue cierta, significa que nunca pagó por lo que hizo, Runa. Y sabes muy bien que ya es tarde. Después de tantos años, todo lo que hiciera ha prescrito con creces.

—Pues fíjate que yo creo que sí lo pagó. A veces la conciencia pesa más que cualquier condena.

—¿Y tú crees que este es el caso? ¿Crees que su propia condena, si es que alguna vez la hubo, es castigo suficiente?

—Si no hablas con él, nunca lo averiguarás…

—Y luego está lo de mi hermano… Estoy convencido de que sigue ahí, en la sombra, esperando el momento para acabar de cerrar el círculo.

—Y ¿piensas que, si no lo haces tú, lo hará él?

—Estoy convencido. Quizá sea lo mejor.

—¿El qué, Roi? ¿Dejar que otros limpien la basura por ti mientras tú miras hacia otro lado? Ese no es tu estilo, compañero.

Roi hizo pinza con los dedos en el puente de la nariz; no tenía ganas de pensar en ello. En los últimos días no hacía más que posponer el problema y cerrar los ojos. Y si para ello necesitaba recurrir con más frecuencia a la marihuana que guardaba en casa para ocasiones excepcionales, lo haría. Aunque acabara convirtiéndose en un ser apático y mustio, como aquella desafortunada planta moribunda.

3

Asesino

Sábado, 15 de octubre por la mañana. Diego

NI SIQUIERA SE atrevió a desanudar la bolsa que le cubría la cabeza a Olivia para cerciorarse de que estaba muerta. No podía ser de otra manera, no respiraba. Además, el tacto y el color de la piel no dejaban lugar a dudas. No se veía capaz de volver a mirar ese rostro cetrino cuyos ojos, apenas unas horas antes, derrochaban vida. Diego jamás había visto un muerto en la vida real. Y aquello no era como en las películas ni mucho menos. Las escenas en las que aparecía algún cadáver eran tan familiares, que muy sangrientas tenían que ser para lograr removerlo por dentro.

Pensó en cómo el cine y los medios informativos habían ido introduciendo en nuestra vida la muerte, en especial la que implicaba violencia, como si se tratara de algo común. La gente ya no se sorprendía cuando veía restos humanos por la televisión. Más bien sentían una enfermiza curiosidad por saber lo que había llevado al muerto a ese final fatal, probablemente respondiendo a algún mecanismo de autodefensa que reforzara la engañosa sensación de saberse seguros en la tranquilidad de sus hogares mientras las cosas horribles les sucedían a otros.

Cuando aquella mañana Diego por fin se enfrentó cara a cara con la muerte, descubrió que no era lo que había esperado encontrar. En absoluto. En esa ocasión estaba en el mismo lado de la pantalla que ella, sintiéndose diminuto y del todo vulnerable. Le costó un tiempo recuperarse del *shock*. Ella no podía estar muerta, todo tenía que ser un maldito error. Se preguntó cómo había podido ocurrir algo así. ¿Habían estado practicando algún juego sexual esa noche con la bolsa? No era capaz de recordarlo con claridad, estaba aturdido. ¿Había alguien más con ellos? Una densa niebla le enturbiaba el cerebro, provocando que apenas pudiera hilar unos pocos pensamientos inconexos. Miró los restos de coca y las copas de vino ya terciadas sobre la mesita de noche y, un poco más allá, en el suelo, la botella vacía. La cabeza le daba vueltas. Comenzó a caminar de acá para allá alrededor de la cama, sin reparar demasiado en lo que estaba haciendo. ¿Qué demonios podría haber ocurrido? ¿Estaba tan hasta arriba de coca y alcohol que se le fue la mano y ni siquiera se dio cuenta?

«Piensa, piensa», se dijo a sí mismo, golpeándose con los nudillos en la cabeza embotada.

Sintió una necesidad urgente de salir de aquel lugar cuanto antes. En un momento de lucidez se le ocurrió que lo mejor sería borrar toda huella que pudiera haber dejado en la casa. Pero le parecía una misión imposible. No podía recordar todos los lugares que había tocado cada vez que había estado allí. De repente, el gato del vecino pegó un salto y se subió a la cama para olisquear el cadáver de Olivia. Él lo espantó de malas maneras y corrió tras él hasta alcanzarlo. Lo cogió, ignorando los bufidos de protesta, lo sacó al balcón y cerró la puerta. Si era tan listo como para saltar de un piso a otro en una dirección, podría hacerlo en la contraria.

De vuelta a la habitación, pensó en la pesadilla que había tenido antes de despertar y el gesto se le crispó; la verdadera pesadilla lo estaba esperando al otro lado del sueño. Y, en esa ocasión, no habría ningún despertar que pudiera salvarlo.

Comenzó a vestirse apresuradamente. Al ponerse la camisa sintió un escozor en la espalda y en el espejo del baño comprobó que la tenía llena de arañazos. Su rostro se trasformó en una mueca al pensar que toda la piel que le faltaba debía de estar bajo las uñas de Oli. Y no solo eso… Habría restos de su semen en el cuerpo y en las sábanas. Se planteó arrastrar el cadáver hasta la bañera y eliminar cualquier rastro de ADN que hubiera podido quedar en él. Tragó saliva y se acercó a la muerta muy despacio, como si sus pasos pudieran despertarla. Con manos temblorosas intentó cogerla por las axilas y tirar de ella. El tacto y la rigidez del cuerpo le revolvieron el estómago y tuvo que correr hasta el retrete para vomitar. Un líquido amarillento fue todo lo que le salió del estómago. Cuando se repuso, se limpió con el borde de la mano y acabó de vestirse, decidido. Dejaría el cadáver como estaba, ya había comprendido el significado de la frase «pesar como un muerto», pero intentaría borrar sus huellas. ¿Cómo era eso? Si no estaba fichado, no podrían llegar hasta él, ¿no? ¿Era así en realidad o solo se trataba de una leyenda urbana? Sacudió la cabeza, seguía sin poder pensar con claridad. Y la sed… Fue corriendo al fregadero y llenó un vaso de agua que bebió con ansiedad. Buscó en un cajón unos guantes de fregar y se los puso no sin esfuerzo, porque no eran de su talla. A continuación, buscó un trapo y comenzó a pasarlo por todos los sitios que recordaba haber tocado. Al principio de forma minuciosa, después con precipitación y, finalmente, casi a la carrera.

Durante el proceso de eliminación de huellas, no le pasó desapercibido que la casa estaba muy desordenada. Papeles y otros objetos por el suelo, ropa asomando de los cajones medio abiertos, libros fuera de la estantería… Se preguntó si la noche anterior ya estaba así todo, pero no fue capaz de responder a esa pregunta. La

bruma en su cabeza seguía sin permitirle ver nada. Pasó a la habitación evitando mirar hacia la cama. No recordaba cuál de las copas que había sobre la mesita era la suya, así que las cogió y las llevó al fregadero junto a la botella de vino, que limpió y tiró a la basura. De repente cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo y le sobrevino otra arcada. Vomitó de nuevo toda el agua que había bebido sobre el fregadero. Genial, más ADN desperdigado por la escena del crimen. Definitivamente, podría considerarse como el peor asesino de la historia.

«Asesino».

La palabra le rebotó en la mente como una pelota lanzada a toda velocidad, haciendo estragos en su interior. Estaba a punto de marcharse cuando recordó algo. A ella le gustaba grabar sus encuentros con el móvil. No podía ser tan idiota como para dejar una pista tan clara a la policía. El teléfono de Olivia tenía batería, pero estaba bloqueado. Tras unos instantes de duda, tomó aire y sujetó el dedo pulgar de la muerta sobre la pantalla. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo al sentir la rigidez del brazo. Tras varias tentativas infructuosas soltó un gemido desesperado y desistió. Aquello no podía estar pasándole a él. Limpió el terminal y lo dejó sobre la mesa de noche con manos temblorosas. Echó un vistazo rápido a su alrededor y, sin pensarlo más, abandonó el apartamento.

El instinto le pedía a gritos que saliera corriendo, que se alejara de allí cuanto antes, pero se obligó a reducir el paso para no llamar la atención. Cuando bajaba los escalones, en su cabeza se repetía una y otra vez la misma palabra al ritmo de sus pasos:

A-SE-SI-NO

A-SE-SI-NO

A-SE-SI-NO…

4

Un sueño extraño

A PRIMERA HORA del lunes por la mañana los subinspectores del Grupo de Homicidios, Runa Østberg y Rodrigo Melgar, hicieron acto de presencia en el piso de alquiler de la calle Artes Gráficas en el que, poco antes, se había denunciado una muerte violenta. El aviso informaba de que el cadáver pertenecía a una chica joven que había aparecido muerta en su cama con una bolsa en la cabeza. El funesto hallazgo lo llevó a cabo la compañera de piso de la víctima al volver de la estancia de fin de semana en casa de sus padres. Ella fue la que alertó a la policía.

Cuando los subinspectores llegaron al apartamento de las jóvenes, un agente apostado en la entrada los recibió y, tras los saludos oportunos, les franqueó el paso. Antes de entrar, Runa detectó por el rabillo del ojo cómo la puerta vecina se entreabría y una sombra se parapetaba tras ella. Cuando volvió la cabeza para enfrentarse al curioso, la puerta se cerró de inmediato, como si su mirada hubiera activado algún tipo de resorte de cierre automático. Tomó nota mental para volver más tarde y hacerle algunas preguntas a la persona que viviese allí; los vecinos cotillas solían ser una buena fuente de información a la hora de obtener pistas sobre lo sucedido. Lo normal era que los detalles que aportaban no fueran de demasiada utilidad, pero en ocasiones su testimonio era crucial para resolver el caso, o incluso podían estar implicados de alguna manera en el crimen. En un porcentaje muy alto de casos, los agresores solían pertenecer a un entorno cercano a la víctima.

El policía de la entrada les aclaró que la Científica ya estaba tomando muestras en la escena del crimen y que su compañero se encontraba en la cocina, consolando a la chica que había encontrado el cadáver. Al parecer había sufrido un ataque de ansiedad y le habían tenido que administrar un calmante. Fuera como fuere, ya se encontraba mejor.

—Ahora hablaremos con ella —sentenció Roi—. ¿Puede indicarnos dónde se encuentra el cadáver?

—Por supuesto. Sigan ese pasillo hasta el final. —El hombre señaló con un dedo—. No tiene pérdida. Sobre esa mesa tienen unas cajas con calzas, guantes y mascarillas —añadió indicándoles el lugar.

Al avanzar por el pasillo, pasaron ante la puerta del baño, donde un agente ataviado con la indumentaria habitual de la Policía Científica

obtenía muestras del desagüe de la ducha. Los recién llegados cruzaron con él un saludo rápido y continuaron hasta el cuarto señalado. Roi entró delante de Runa. A ella le pareció que ya había demasiadas personas en aquella habitación como para poder desenvolverse con comodidad, así que decidió quedarse en el umbral. Miró a su alrededor. Otro agente recogía muestras mientras la forense inspeccionaba el cadáver, al que ya le habían retirado la bolsa de la cabeza. Una cama de matrimonio en el centro, sobre la que descansaba la víctima, se disputaba el poco espacio disponible con un escaso mobiliario formado por una mesita de noche, un escritorio y una silla de diseño, relegados a un segundo plano.

Sobre la cama, fijado al techo, un gran espejo era testigo, cual privilegiado espectador, de todo lo que ocurría allí. Dos grandes cuadros, tan fuera de lugar por sus dimensiones como la cama o el espejo, colgaban de las paredes sin marco alguno. Se trataba de las fotografías en blanco y negro de una chica joven y esbelta que posaba desnuda ante el objetivo, con postura relajada y gesto ensayado, mirando a la cámara. Su largo cabello negro, mecido por el viento, le rozaba los labios de manera insinuante. Runa pensó que eran bonitas. El fotógrafo había logrado captar las luces y sombras de forma que la piel de la chica parecía brillar de un modo especial, resaltando su figura femenina de una manera muy sensual, pero sin llegar a parecer vulgar.

Volvió a fijarse en la chica que yacía sobre la cama. La fina sábana que cubría el cuerpo apenas podía ocultar su desnudez. Al observar el rostro, reconoció enseguida bajo aquellas facciones hinchadas y deformadas a la protagonista de las fotografías que colgaban de la pared. Los labios, antes carnosos y sugerentes, mostraban una extrema palidez, como si fueran de porcelana. Cualquier rastro de perfume que pudiera haber llevado había sido enmascarado por el olor dulzón y desagradable de los inicios de la descomposición de un cuerpo. Aún no era demasiado intenso, pero ahí estaba, no podía ser ignorado ni con mascarilla.

Una sensación de desasosiego se apoderó de Runa al enfrentarse, una vez más, a lo efímero de la vida. Fue consciente de la fragilidad de un cuerpo que en un momento tiene el poder de deslumbrar con su belleza y horrorizar al instante siguiente, convertido en un amasijo de carne desprovisto de vida. La muerte siempre acababa ganando todas las batallas…

Runa hizo un gesto con la cabeza, como para deshacerse de aquellos pensamientos que no llevaban a ninguna parte, y rompió el silencio.

—Buenos días, chicos —saludó—. Veo que te ha tocado a ti de nuevo, Natalia.

—Ya sabes que yo enseguida me apunto. Con tal de salir y que me

dé un poco el aire… —respondió la forense, mientras seguía inspeccionando el cadáver.

—¿Qué nos puedes adelantar? —preguntó Roi interesándose por la posición del cuerpo y su aspecto. La chica aparecía recostada en posición decúbito supino. No parecía que hubiera nada especialmente fuera de lugar ni desorden alguno.

—Lleva muerta al menos dos días y las livideces indican que murió aquí, el cuerpo no ha sido trasladado. Tenía la bolsa anudada al cuello, por eso presenta esa intensa congestión facial y estas marcas —explicó Natalia señalando la zona—. Tiene un labio partido, pero, aparte de eso, no hay nada que indique que haya habido forcejeo o resistencia por parte de la víctima. Tampoco alcanzo a ver más lesiones a simple vista.

Runa se pasó la mano por el cráneo rapado, como solía hacer de manera distraída cuando algo la preocupaba. Rozó con los dedos la cicatriz que le atravesaba la cabeza, y que tiempo atrás había disimulado haciéndose tatuar sobre ella un dragón alado. Por fin se dirigió al policía que tomaba muestras.

—¿Sabes si la cerradura ha sido forzada? —le preguntó.

—No. Lo hemos comprobado y no se ha forzado —respondió este sin apartar la mirada de lo que estaba haciendo.

—¿Podríamos descartar suicidio? —le preguntó Roi a Natalia. Todos los indicios apuntaban a un asesinato, pero cosas más extrañas había visto en sus años de profesión.

—Me atrevería a decir que sí. No había ningún tipo de sujeción de la bolsa alrededor del cuello. Los que eligen este tipo de muerte suelen utilizar cinta aislante para ajustar la bolsa al cuello y que no entre aire. De lo contrario, al perder el conocimiento por la falta de oxígeno soltarían la bolsa y volverían a respirar. Lo que está claro es que estuvo con un hombre. La luz ultravioleta revela restos de semen en las sábanas y en el cuerpo. También hay restos de vómito.

—Además, es evidente que alguien se tomó la molestia de limpiar todas las superficies —añadió el agente de la Científica, que alzó la vista hacia sus compañeros—. No hay huellas donde debería haberlas. En la mesita, en el móvil… Al menos deberían aparecer las de la víctima. Pero la limpieza se llevó a cabo de manera demasiado precipitada y chapucera. He encontrado restos de coca por todas partes. Estoy seguro de que encontraremos alguna pista que nos lleve hasta la persona que trató de ocultar las pruebas.

—Parece muy joven —apuntó Roi con un suspiro resignado. Ya se veía en el papel de darle la horrible noticia a unos padres que jamás pensaron en un desenlace así para su hija.

—Veintipocos —señaló Natalia, que ya había comenzado a recoger su instrumental—. Es una pena cuando son tan jóvenes, aunque es

peor aún con los niños. Por desgracia, nadie es inmune a la muerte.

Todos callaron ante el comentario de la forense. Ninguno quería pensar en una realidad tan cruda.

—Nosotros vamos a hablar con la chica que la encontró, a ver si puede decirnos algo interesante —dijo Runa dándose media vuelta para salir de aquel cuarto.

—Yo ya he acabado aquí, pero esperaré a que llegue el juez para llevar a cabo el levantamiento del cadáver. Os llamaré tras la autopsia, cuando tenga más información.

—Gracias, Natalia. Estamos en contacto —se despidió Roi.

LA COMPAÑERA DE piso de la fallecida aún temblaba cuando los policías entraron en la cocina. Estaba sentada a una mesa redonda con una infusión entre las manos.

—Hola —saludó Runa y, acercándose a ella, posó una mano sobre su hombro—. ¿Cómo te encuentras?

Ella dejó la taza y se echó a llorar. Tenía los ojos hinchados y trataba de controlar el temblor de manos colocándolas bajo los muslos. Runa se fijó enseguida en el tono violáceo de la piel de uno de los pómulos de la joven, que destacaba entre los restos de un maquillaje que había sucumbido a las lágrimas.

—No ha querido tomar ningún calmante y se ha negado rotundamente a que avisemos a su familia —comentó el agente que permanecía a su lado.

—Gracias. ¿Puede dejarnos un momento a solas con ella? —sugirió Runa mientras tomaba asiento junto a la joven.

Roi también se sentó a su lado, pero dejó que su compañera llevara las riendas de la conversación porque intuía que la chica se sentiría más cómoda con ella. Era lo mejor de trabajar con Runa; ambos se conocían tanto que no hacían falta palabras para que cada uno interpretara el papel adecuado en cada caso. Con una simple mirada los dos sabían lo que estaba pensando el otro, y se adaptaban enseguida a cualquier situación sin que ninguno se sintiera incómodo o desplazado.

—¿Cómo te llamas? —comenzó Runa con cautela.

La chica la miró y se limpió las lágrimas con un pañuelo de papel que utilizó a continuación para sonarse. Cuando terminó, habló con un hilo de voz.

—Me llamo Rebeca. Y ella… Ella era Olivia.

—Tranquila. Puedes tomarte el tiempo que necesites, no hay prisa —la animó.

Ella asintió con una sonrisa triste. Runa percibió el dolor en cada uno de sus gestos. La mirada perdida y el pesado movimiento de los párpados le decían que estaba rota por dentro. No era una chica

bonita como lo había sido su compañera. Un ligero sobrepeso hacía que el rostro resultara excesivamente redondo, con unos mofletes más propios de una niña pequeña que de una veinteañera. Tenía el pelo recogido en una coleta demasiado estirada, lo cual no favorecía en absoluto a sus facciones. Tampoco le dio la sensación de que cuidara demasiado su estilo. Unos vaqueros anchos y una camiseta cuatro tallas más grande que la suya trataban de ocultar un cuerpo del que no debía de sentirse demasiado orgullosa. Las uñas, mordidas y cortas, no tenían nada que ver con la cuidada manicura de color rojo que lucía su compañera.

—Esta mañana he llegado un poco tarde. He pasado el fin de semana en mi casa y el tren se ha retrasado. Teníamos clase a las nueve y eran ya menos cuarto cuando he entrado por la puerta para dejar la maleta. Cuando he llegado, he supuesto que Olivia se había ido ya, así que la he llamado, pero tenía el teléfono desconectado. He pasado un momento al baño y he visto la puerta de su cuarto abierta. Me ha parecido superextraño porque ella para eso es muy suya. Siempre la cierra con llave. Así que me he asomado y entonces…

Rebeca comenzó de nuevo a sollozar. Les había contado lo ocurrido casi sin tomar aliento entre una frase y otra, como si quisiera soltarlo todo de golpe y liberarse de la carga que sentía. Pero, finalmente, se había derrumbado.

—Respira hondo, lo estás haciendo muy bien. —Runa le acarició el brazo para tranquilizarla y no le pasó desapercibida la cantidad de vello negro que lo cubría. Ella pareció darse cuenta y lo retiró, un poco azorada.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —La subinspectora le señaló el pómulo amoratado con el dedo.

Rebeca se encogió de hombros al tiempo que se llevaba la mano a la cara en un vano intento de cubrir su lesión.

—No es nada, me di un golpe tonto este fin de semana con la puerta de mi armario…

—Es curioso —apuntó Runa sin perder el contacto visual con ella—, tu compañera también tenía un labio roto. Quizá también tuvo algún encontronazo con esa puerta…

Rebeca se encogió aún más sobre sí misma, como si hubiera recibido un golpe en el estómago.

—Es horrible —susurró con la mirada perdida en el suelo—. ¿Quién ha podido hacerle algo así a Oli?

—Vamos a averiguarlo, no te preocupes. —Aunque Runa se había dado cuenta de que mentía, decidió no acosarla más con ese tema. Necesitaba que siguiera hablando—. Pero para ello es preciso que nos cuentes todo lo que puedas sobre Olivia. Aunque creas que no es relevante. Si ha tenido algún problema con alguien últimamente, si se

veía con algún chico, si te había contado algo que te pareciera extraño, si la notabas deprimida…

Rebeca respiró hondo y volvió a sonarse la nariz. Al cabo de un rato, respondió.

—Lo he estado pensando mucho antes de que llegaran ustedes. Me he esforzado en recordar cualquier cosa que me dijera o que hiciera, y que me pudiera haber puesto en alerta. Pero no encuentro nada… Era una chica normal. Sacaba buenas notas y le caía bien a todo el mundo. ¿Deprimida? Para nada.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—El viernes por la tarde, antes de irme al pueblo.

—¿Notaste algo extraño en su comportamiento o te dijo algo inusual?

Rebeca hizo un gesto negativo.

—No. La verdad es que ahora no lo recuerdo muy bien, no me fijé, pero tampoco me llamó la atención nada.

La piel de Rebeca se erizó al pensar en el sueño que había tenido la noche anterior. En él aparecía tumbada junto a Olivia en su cama y le ponía una bolsa en la cabeza. ¿Cómo podía haber tenido un sueño tan horrible y que después se hubiera hecho realidad? El sábado por la mañana se había despertado en su casa, como cualquier otro fin de semana, pero estaba confundida. No recordaba muy bien lo que había ocurrido el día anterior ni tampoco cómo había llegado hasta su cama. ¿Y si era ella la que había matado a Olivia y, debido a algún tipo de trauma posterior, no recordaba nada? Por eso se había dedicado a ordenar el piso antes de que llegara la policía. Estaba todo revuelto desde el viernes y era mejor que no sospecharan que alguien lo había registrado. De repente volvió a la realidad y se enfrentó a la mirada escrutadora de la policía que la estaba interrogando. Carraspeó y se obligó a borrar esas estúpidas ideas de la cabeza. Ella jamás habría hecho daño a su amiga. O quizá sí…

Runa asintió, aunque había notado un ligero cambio en la firmeza con que la chica había pronunciado la última frase.

—¿Se veía con alguien?

La chica esquivó la mirada de Runa. Efectivamente, había dado con algo.

—Estaba liada con un hombre —dijo tras una larga pausa.

—¿Podrías decirnos quién es y dónde podemos dar con él? —Runa pensó en la palabra que había utilizado: un hombre.

Rebeca tardó un momento en responder.

—Es uno de nuestros profesores —confesó al fin.

Runa, que era una de las mejores de su promoción en el análisis del lenguaje no verbal, había detectado un brillo oscuro en los ojos de la chica. Fue algo muy sutil, casi inapreciable, pero estaba segura de que

allí estaba. ¿Era envidia lo que había percibido? ¿O quizá algo mucho más oscuro? Roi se revolvió en el asiento, pero no intervino.

—¿Puedes darnos sus datos? —preguntó Runa sacando una pequeña libreta y un bolígrafo de uno de los bolsillos del pantalón.

—Se llama Diego Lago y da clases de Historia Antigua Universal en la Facultad de Geografía e Historia.

Runa animó a la chica a que le contara algo más sobre la relación que su amiga mantenía con el profesor. De todo lo que habían hablado, era lo que más le había llamado la atención. Pero Rebeca se cerró en banda y no hubo manera de sonsacarle nada más al respecto. No podía decirles más porque ella no sabía nada y, según sus propias palabras, aunque lo supiera, no era quién para desvelar ese tipo de intimidades de una persona que estaba muerta. Había llegado el momento de dejarlo estar; quizá un poco más adelante, cuando se hubiera calmado un poco, la chica hablaría.

En ese momento hicieron acto de presencia el juez y el secretario. Roi se levantó para saludarlos y justo entonces, como si hubiera sido consciente por primera vez de que su compañera de piso yacía muerta a solo unos metros de donde ella estaba, Rebeca se puso en pie y quiso marcharse.

—Necesito salir de aquí —anunció con la respiración acelerada—. Me falta el aire.

—¿Quieres que te llevemos a casa? —le preguntó Roi algo preocupado. Llevaba un rato pensando que quizá aquel no era el mejor lugar para que se sintiera cómoda hablando de lo ocurrido.

Rebeca recogió una mochila que había en el suelo y se la echó al hombro.

—Prefiero ir a clase. Acaba de empezar el curso y no puedo empezar a faltar ya.

—Espera un momento. —Runa fue en dirección a la habitación y volvió con uno de los agentes que peinaba el piso—. Necesitaríamos una muestra de tu ADN para descartar las tuyas entre el resto de pruebas que se van a procesar. Puedes negarte si quieres, pero nos facilitaría mucho el trabajo. ¿Te importa?

Roi le dedicó a su compañera una mirada inquisitiva que esta ignoró. Por su manera de actuar, supo que Runa estaba forzando la situación para conseguir la prueba. La chica estaba en su derecho de negarse, pero, antes de que pudiera siquiera pensarlo, ya tenía delante a una persona con un hisopo de extracción de ADN dispuesta a utilizarlo. Su compañera había visto algo en la actitud de la joven que a él se le escapaba.

Rebeca tardó un momento en reaccionar, parecía confundida. Pero, tras unos instantes de duda, se encogió de hombros y aceptó.

—Te acompaño hasta la calle —se ofreció Runa una vez hubo

recogido la muestra bucal y firmado el documento de consentimiento en otorgarla. Sujetó a la chica por el hombro en un intento de apaciguar sus nervios y pudo sentir el temblor que le recorría todo el cuerpo.

Runa se dispuso a llamar al ascensor, pero ella se dirigió a las escaleras.

—Nunca lo utilizamos, a menos que vayamos cargadas. Es muy lento —explicó Rebeca, que empezó a bajar los primeros peldaños. Runa la siguió.

—¿De verdad prefieres ir a clase? Quizá sea mejor que te tomes un par de días de descanso.

—No, de verdad, estoy bien. Lo que menos necesito ahora es ir al pueblo y meterme en casa con mi madre para que no deje de atosigarme.

Runa hizo ademán de preguntarle si no se llevaba bien con su madre, pero se mordió la lengua. No era el momento.

—¿Suele venir por aquí tu familia? —preguntó, más por curiosidad que por otra cosa.

—Mi abuela jamás ha venido, y mi madre solo me acompañó el primer día, cuando hice la mudanza. En ese sentido soy bastante independiente, y a ellas tampoco es que les entusiasme venir a la ciudad.

—¿Y tu padre?

—No tengo padre. O sí, debo de tenerlo, pero ni siquiera sé quién es. —Frunció los labios con un gesto de indiferencia—. Cuando no estoy aquí estudiando, vivo con ellas en Villa Jacinta, una finca en el campo muy cerca de Titaguas. Estoy pensando que voy a pedirle a una amiga que me deje quedarme unos días en su casa. No sé si me atreveré a vivir aquí yo sola… ¿Podré regresar a por mis cosas?

—¡Claro! Aún tardaremos un buen rato en marcharnos, pero después todo quedará en su sitio. Me encargaré personalmente de que la casa esté como si no hubiera ocurrido nada.

Rebeca se detuvo en mitad de la escalera y se volvió hacia Runa, que antes de que la chica dijera nada ya estaba arrepintiéndose de su desafortunado comentario.

—Como si ella no hubiera muerto, quieres decir —dijo con voz apagada—. Pero el caso es que está muerta.

—Sé que es muy duro lo que acabas de vivir, Rebeca. Por eso creo que lo mejor es que no intentes superarlo tú sola. Te iría bien que, al menos al principio, te rodees de gente que te apoye y te ayude a superar el duelo. Y, si lo necesitas, podemos ponerte en contacto con profesionales que…

—¡Me las apañaré! —insistió la chica alzando el tono de voz—. No hace falta, gracias.

Runa decidió dejarlo estar. Sabía que era el impacto que había recibido esa mañana el que aún embotaba su cerebro. Cuando el susto remitiera, dejaría espacio al dolor, la tristeza, el miedo e incluso la culpa. Si algo había aprendido en los años que llevaba en Homicidios era que la gente nunca reacciona de la misma manera ante un hecho traumático. Algunas personas, menos propensas al estrés, lograban sobreponerse y continuar con su vida en un tiempo razonable, por mucho dolor que acumularan. Otras, en cambio, eran más sensibles, y su respuesta mucho más intensa. Su vulnerabilidad emocional, y en ocasiones biológica, actuaba como un percutor que acentuaba el daño psicológico de experiencias como aquella. En la facultad siempre les ponían el ejemplo de un terremoto que, con la misma fuerza, era capaz de derruir las casas más viejas o peor construidas, y solo lograba romper los cristales de las más estables. Rebeca parecía encajar en el grupo más vulnerable, pero no podía obligarla a hacer algo que no quería.

—Toma mis datos de todas formas. —Runa le tendió una de sus tarjetas al llegar al portal del edificio—. Puedes llamarme a ese teléfono para lo que necesites. A cualquier hora.

La chica aceptó la tarjeta de mala gana, pero se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón después de echarle un vistazo rápido. Se disponía a marcharse cuando Runa recordó al vecino cotilla que había estado observándolos al entrar.

—Por cierto…, una cosa más —comentó antes de que ella abriera la puerta—. ¿Sabes quiénes son vuestros vecinos? He visto que este edificio solo tiene un par de puertas por piso…

Rebeca hizo un gesto de desprecio.

—Es Cándido. Es el tío más extraño que he conocido nunca. Y un pesado, por cierto. Su gato, *Manchurrón*, se cuela por el balcón y está cada dos por tres en nuestra casa. No sé quién es más raro, si él o el gato…

—¿Crees que podría tener algún motivo para hacerle daño a Olivia?

—¿¡Qué!? ¿Cándido? No lo creo… Bueno. —Rebeca dudó unos instantes y la angustia se le reflejó en el rostro—. No lo sé. Se oyen tantas cosas en el telediario… Es un tipo muy extraño, la verdad. Me parece que antes era cura o algo así.

—¿Y ya no?

—No. Creo que se dedica a buscar fantasmas.

Runa arqueó las cejas, sorprendida.

—Algo así me contó Olivia. Ella hablaba más con él, sobre todo por el gato, que parecía más suyo que de Cándido. A mí es que me da repelús ese hombre y lo evito siempre que puedo. Con esas ojeras y esa cara tan blanca, sin apenas pelo… ¿Has visto *Nosferatu*? Porque el parecido es increíble.

Runa se despidió de la chica, intrigada por el personaje que acababa de describirle. Subió las escaleras de dos en dos, dispuesta a llamar a su puerta.

5

Nosferatu

—HOLA, BUENOS DÍAS. —Roi se presentó mostrando la placa y haciéndose a un lado para que el hombre que los había recibido pudiera ver también la de Runa—. Somos policías del Grupo de Homicidios. ¿Podríamos hacerle unas preguntas?

El hombre, que apenas había entornado la puerta lo justo para poder observar a los recién llegados, hizo un gesto afirmativo, pero no se movió; se limitó a contemplarlos con rostro consternado. Aunque a simple vista parecía mayor, Runa supuso que no debía de superar los cuarenta. Tal y como le había explicado Rebeca, Cándido lucía una tez extremadamente pálida y su aspecto era un tanto extraño. Pero compararlo con Nosferatu le pareció una exageración, tampoco era para tanto. Le recordaba a un personaje de ficción de alguna película que había visto hacía poco, aunque no sabría decir cuál.

—Es por Olivia, ¿verdad? He visto cómo se la llevaban…

—¿Podemos entrar? —preguntó Runa—. Solo será un momento.

El hombre abrió la puerta y en ese mismo instante un enorme gato salió corriendo y se enredó entre las piernas de Roi. Era de un color incierto. En su pelaje se mezclaban de manera desordenada y poco agraciada los colores negro y marrón, salpicados con pinceladas de blanco por aquí y por allá. Runa pensó que era como si un ciego hubiera intentado pintar a brochazos al animal sin que este parara de moverse.

—*¡Manchurrón!* —gritó su dueño con voz chillona mientras se agachaba para cogerlo, haciendo caso omiso de los bufidos de protesta de este—. Deja a los agentes, que tienen trabajo que hacer. Perdónenle, es muy listo, pero de carácter curioso hasta el incordio. Pasen, por favor.

Los dos agentes siguieron al hombre a través de un estrecho pasillo hasta el salón principal de la casa. La luz que provenía del fondo remarcaba su flaca y alta silueta, cubierta con un pantalón y una camisola larga de lino. Se acercó a la mesa del comedor y sacó dos sillas, que colocó estratégicamente frente al único sillón que había en la sala. A juzgar por la exigua decoración y los escasos muebles que había allí, Runa pensó que el hombre no debía de recibir muchas visitas.

—Tomen asiento, por favor. —Cándido les señaló las sillas mientras él se acomodaba en el sillón tras soltar al gato, que al instante volvió a

enredarse entre las piernas de Roi, emitiendo un ronroneo de regocijo.

—Parece que le gustas —advirtió Runa con una sonrisa mientras tomaba asiento. Roi hizo lo propio sin atreverse a espantar al animal, que parecía encantado con sus pantalones.

—Si le molesta, puedo encerrarlo en la cocina…

—No, no se preocupe. No molesta —respondió Roi, que de todas formas ya se veía cepillando el montón de pelos pegados a la ropa que el gato iba a dejarle.

—¿Puedo ofrecerles un té o un café? ¿Quizá alguna otra cosa? Bonito tatuaje —dijo mirando a Runa y señalándose la cabeza.

—No es necesario que saque nada, gracias —apuntó ella un poco desconcertada. Tanta frase inconexa seguida le chisporroteaba en la cabeza. Además, no podía parar de mirar a aquel hombre casi albino, intentando acordarse de a quién demonios le recordaba. El tipo pareció adivinar parte de sus pensamientos.

—Antes de que me lo pregunte, sí, soy albino. El término científico es albinismo oculocutáneo de tipo 1. Mis ojos tienen pigmentación, pero la piel y el pelo, no. Bueno, el poco pelo que me queda. —Cándido rio, pero enseguida se contuvo ante los rostros serios de sus acompañantes, emitiendo un pequeño ronquido al tratar de acallar la risa.

—¿Cuál es su nombre? —atajó Runa temiendo que aquella conversación se eternizara y fluyera por derroteros sin sentido.

—Me llamo Cándido Navas.

—Yo me llamo Rodrigo Melgar, y ella es mi compañera Runa Østberg —apuntó Roi intentando no mover mucho las piernas para no pisar al gato, que seguía entretenido con sus pies.

—Queríamos preguntarle si vio o escuchó algo fuera de lo normal durante el fin de semana —comenzó Runa.

—Nada fuera de lo normal. Hasta esta mañana, que he oído gritar a Rebeca. He salido para ver qué le ocurría y me ha dicho que Olivia estaba muerta, que la habían matado. ¡Pobre chica! Estaba histérica. —Cándido se llevó las manos al pecho mientras negaba con la cabeza.

—¿Ha entrado en el piso? ¿La ha visto? —quiso saber Runa.

—No. Rebeca me cerró la puerta en las narices cuando lo intenté. Por más que aporreé la puerta y le rogué que me dejara entrar, no hubo manera. Ella es muy introvertida, ¿saben? Tiene un carácter un poco… —Hizo un gesto como si le costara tragar— agrio. Nada que ver con el de Olivia. Enseguida oí que llegaba la policía y me metí en casa. No quería entorpecer su trabajo.

—¿Cómo era exactamente su relación con las dos chicas? ¿Se llevaba bien con ellas? —preguntó Runa

—A ver… —Cándido se masajeó la mandíbula antes de hablar, buscando la manera de explicarse—. Con Rebeca hablo poco, sé que

no le gusto. Esas son cosas que uno nota enseguida. Pero no la culpo, estoy acostumbrado a que la gente juzgue a los demás por lo que ve. Solo unos pocos intentan ir más allá y conocer a la persona que hay detrás de un rostro desagradable o un aspecto extraño. Olivia era distinta. Era muy risueña, de esas personas que arrastran un halo de seguridad y aparente felicidad tras ellas. Créanme, sé de lo que hablo.

—¿Aparente felicidad? —repitió Roi intrigado.

—Sí. No creo que de verdad se sintiera como quería hacer creer al resto del mundo. Sus redes sociales están repletas de selfis en los que se mostraba muy atractiva, siempre intentando demostrar lo feliz y exitosa que era su vida.

—¿Cotilleaba sus redes sociales? —insinuó Roi, con gesto inquisitivo.

—¡No! Qué va. Ellas saben que las sigo a las dos desde hace tiempo. Sobre todo, a Olivia, que era la que más las utilizaba. Y, si les digo la verdad, me daba un poco de miedo.

—¿Por qué? —preguntó Runa.

—Exponer la vida de una chica tan joven y atractiva de esa manera en las redes me parece muy peligroso. Incluso solía poner alguna foto…, ya saben.

—No. No sabemos —añadió Runa.

—Me refiero a que se fotografiaba muchas veces ligera de ropa y ponía comentarios provocadores que recibían enseguida cientos de respuestas que a mí me ponían los pelos de punta. Lo hablé varias veces con ella e intenté explicarle lo peligroso que era hacer algo así, pero siempre se reía en mi cara. Olivia era una chica con tanta energía que arrollaba a todo el que se le pusiera delante. En general era muy agradable, pero en ocasiones se volvía arrogante e impertinente porque sabía que tenía el poder de comportarse como le diera la gana. Nadie iba a tenérselo en cuenta. Y, si lo hacía, sencillamente le daba igual, sería una pérdida asumible. Este tipo de personas suele rodearse de otras de carácter opuesto, con una vida anodina y escaso éxito social, que se mantienen a su lado atraídas por la luz que desprenden.

—¿Como Rebeca? —preguntó Roi.

—Como Rebeca —afirmó Cándido con un movimiento de cabeza.

—Me sorprende la descripción tan detallada que nos ha dado en un momento sobre las dos chicas. Me da la impresión de estar asistiendo a una charla con su psicólogo —comentó Runa con suspicacia—. Comprenderá que no es normal que un hombre como usted se interese tanto por lo que ocurre tras la puerta de al lado. Sobre todo, cuando allí viven dos jovencitas guapas y solas.

—Acabé la carrera de Psicología mientras estaba en el seminario. Siempre se me dio bien interpretar las conductas humanas, y si les cuento esto es porque sé de lo que hablo. Podría decirles, por ejemplo,

que usted —señaló a Roi con la mano— está cargando con algo que le pesa demasiado y teme que no sea capaz de sobrellevarlo. Es evidente que está aquí, puedo ver su cuerpo o podría tocarlo incluso, pero su espíritu solo se muestra de forma parcial. Está en otro lugar.

—Pero ¿qué está diciendo? —preguntó Roi, que se revolvió en el asiento y sacudió la pierna para que el gato dejara de frotarse en sus pantalones. *Manchurrón* lo miró ofendido y le reprochó el gesto con un sonido extraño, como un gemido ronco más propio de otra especie, antes de correr hasta los brazos de su amo.

—O, si habláramos de usted —Cándido dirigió la mirada a una Runa que tensó todos los músculos de manera involuntaria y le dedicó una mirada de advertencia—, diría que se siente muy sola. Se protege con una coraza e interpreta un papel de *femme fatale* que no se le da mal. Incluso percibo algo de villana a través de ese blindaje que se ha construido para que nadie logre ver lo que hay detrás…

—Bueno, ¡es suficiente! —casi gritó Runa—. ¿Qué demonios se cree que está haciendo?

Cándido esbozó una sonrisa calmada y acarició con delicadeza al gato, que le devolvió un ronroneo de aprobación.

—Discúlpeme, agente. No pretendía ofenderla.

La cadencia de sus palabras, casi armoniosa, revolvió las tripas de Runa, que, sin levantarse de la silla, se estiró para acercarse al albino y advertirle con el mismo tono:

—No vuelva a tocarme los cojones o va a conocer de verdad a esa villana que dice que llevo dentro.

Cándido alzó las manos en son de paz, asintiendo con la cabeza en actitud de asumir su error.

—Debe entender que no me ha gustado la insinuación que ha dejado caer antes como si nada. Dos jovencitas guapas y solas… Me he sentido atacado y he respondido a la provocación, eso es todo.

—Pues a partir de ahora cuide esas palabras —le reconvino Roi—. Hacemos nuestro trabajo y, por lo que a nosotros respecta, hasta que no nos demuestre lo contrario, usted es tan sospechoso de la muerte de Olivia como cualquier otro.

—Creía que era al revés, que todo el mundo es inocente que hasta…

—Pues bienvenido al mundo real —lo interrumpió Runa—. ¿Va a ser usted el que nos enseñe a hacer nuestro trabajo?

—No, por supuesto. Jamás he dudado de su profesionalidad. Acepten mis disculpas, por favor. ¿Podemos empezar de nuevo?

Por un momento se hizo el silencio en la habitación. Solo el ronroneo de *Manchurrón*, hecho un ovillo sobre las piernas de su dueño, rompió el hielo.

Runa respiró hondo e intentó calmarse para reconducir la conversación. Las palabras de aquel extraño la habían tocado más de

lo que cabría esperar. Lo miró de reojo, temerosa de que adivinara sus pensamientos. Pronto se sintió incómoda y se puso a observar lo que había a su alrededor.

El salón tenía dos grandes estanterías llenas de libros. No había una televisión, o al menos no estaba a la vista. Sobre la mesa había varios aparatos con cables que no hubiera sabido explicar para qué servían.

—¿A qué se dedica usted, Cándido? Ha dicho que estudió en el seminario, ¿es sacerdote?

—Lo fui durante un par de años. Pero entonces me fue revelada la verdad absoluta y comprendí que estaba muy equivocado.

—¿Ha perdido la fe? —preguntó Runa intrigada—. ¿Qué le ocurrió para cambiar así de opinión?

—Un accidente.

Los policías lo miraron cada vez más intrigados, pero ninguno de los dos comentó nada hasta que el hombre volvió a romper el silencio.

—Tuve un grave accidente de circulación. Un traumatismo torácico que me provocó una hemorragia interna tremenda. Al llegar al hospital entré en paro cardiorrespiratorio y estuve muerto casi diez minutos. Durante ese tiempo tuve una ECM.

—¿ECM? —se interesaron los dos oyentes al mismo tiempo.

—Una experiencia cercana a la muerte. Sé que es difícil de creer, la gente suele ser muy escéptica con estos temas y durante mucho tiempo intenté mantenerlo en secreto. Temía que me tomaran por loco. Pero después me di cuenta de que debía compartir lo que había visto y entendido durante esa experiencia.

—¿Puede contarnos qué es lo que vio? —preguntó Roi.

—No es sencillo de explicar. Por un momento me vi fuera de mi cuerpo y observé cómo los médicos trataban de salvarme la vida. Tras la sorpresa inicial, intenté acercarme a los que estaban en el quirófano y tocarlos, pero mi mano pasaba a través de ellos. Después entendí que estaba en otro plano de realidad. Al poco, empecé a ver una luz intensa que me deslumbraba tanto como me atraía, y me dirigí sin remedio hacia ella. La sensación de paz que percibí entonces fue indescriptible. Sentí que mi conciencia dejaba de ser individual para convertirse en una grupal, perteneciente a un «Todo». Por un momento me sentí parte del universo. Ya no tenían sentido conceptos como el miedo, el odio, la envidia, ni siquiera la religión tal y como la conocía. Todo eso había quedado atrás. —Cándido se expresaba con verdadero fervor. Se mostraba emocionado, y a Runa le pareció adivinar un atisbo de lágrimas en sus ojos. Estaba reviviendo una experiencia que lo había marcado para siempre—. Lo que más recuerdo es la sensación de paz y seguridad que sentí. Por mucho que me esfuerce en explicarlo, jamás podrán entenderlo.

—Pero volvió… —añadió Roi.

—Volví, sí. Algo me hizo comprender que mi ciclo aquí aún no había terminado y, aunque me resistí a regresar, fue en vano.

—¿Qué cree que es ese algo? —intervino Runa.

—Pues unos dicen que es pura energía, otros lo llaman Dios… Yo no sé cómo definirlo, pero lo que sí tengo claro es que forma parte de una inteligencia superior, que dicta unas reglas. Es evidente que sin esas reglas nada se sostendría porque, según una de las leyes de la termodinámica, todo lo que ocurre en el universo tiende al desorden global y finalmente al caos. Hay algo que mantiene el equilibrio para que eso no ocurra.

Cándido hizo una pausa y *Manchurrón* se desperezó sobre sus piernas. Se levantó, se quedó mirando fijamente a su dueño a unos pocos centímetros de su rostro y comenzó a emitir un sonido largo y ronco, una especie de aullido penoso. Cándido acarició al gato en el cuello.

—Ya sé, ya sé. Enseguida, no te preocupes.

Roi dirigió una mirada a Runa y carraspeó para no echarse a reír.

—Es un gato muy listo y sensible. De un tiempo a esta parte ha comenzado a utilizar esos lamentos intensos que parecen aullidos como forma de comunicarse, y casi siempre logra hacerse entender. Muchas veces pienso que trata de decirme algo. A veces aúlla de tal manera que se queda pasmado durante unos segundos, como si algo que solo él puede percibir le hiciera alcanzar el éxtasis.

—Y ¿qué acaba de decirle? —Runa miraba a los dos curiosos personajes que tenía enfrente con expresión risueña. Definitivamente, aquella extraña pareja le estaba arreglando un poco el día—. Parece que le ha entendido…

—Me temo que no le hace mucha gracia su visita —se excusó Cándido encogiéndose de hombros.

—¡Vaya por Dios! Y yo que creía que le había caído bien —comentó Roi.

Runa resopló sonriendo entre dientes.

—¿Qué son todos esos aparatos? —quiso saber, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la mesa. En un santiamén, Cándido se incorporó, dejó a *Manchurrón* en el sillón y se acercó a ella.

—¡Le ruego que no lo toque! Son mis instrumentos de escucha y son muy sensibles.

Runa se volvió para mirarlo, alzando las cejas en señal de incomprensión.

—Estudio sicofonías. —Cándido pronunció la frase y analizó la reacción de los policías. Tras un instante de duda, decidió continuar hablando—. Suelo ir a cementerios, iglesias en ruinas y lugares con una alta concentración de energía para captar y grabar sonidos. Tengo muchas grabaciones, algunas son escalofriantes.

—¿Busca fantasmas? —preguntó Roi, que ya estaba de pie a su lado y observaba unas cajas con cables y otros artilugios de dudosa utilidad.

—Algunos lo llaman así, pero en realidad todas las experiencias paranormales forman parte de lo que viví durante el accidente. Lo que busco es una manera de volver a conectar con ese plano existencial al que viajé durante unos minutos.

—Y ¿lo hace con esos aparatos? —Runa señaló con el dedo una caja metálica con varios medidores incrustados en uno de sus laterales.

—Eso es un Spiricom casero que he construido yo mismo. Está formado por un generador de tonos a diferentes frecuencias, un modulador, un emisor de radio y un receptor. La idea es recuperar de nuevo los tonos que emite para registrar los cambios que se producen en la señal cuando energías de otros planos actúan sobre ella.

Runa asintió muerta de curiosidad. Jamás había creído en ese tipo de cosas, pero tenía que reconocer que todo aquello le llamaba la atención.

—Este otro aparato se llama Spirit box —continuó el albino tras alzar otro instrumento—. En realidad, es una simple radio que lo único que hace es escanear diferentes emisoras a una velocidad constante. El resultado es una serie de mediciones acústicas y ruido blanco mezclado con otros sonidos. Pero para usarla hay que tener mucha experiencia y conocimientos avanzados de electrónica. Aún estoy afinándola, necesito construir una jaula de Faraday para meterla dentro y que…

—De acuerdo —lo interrumpió Runa alzando la mano para hacerle callar—, no hace falta tanto detalle. Ya nos hacemos una idea de lo que hace y tenemos un poco de prisa.

Cándido pareció decepcionado. Se rascó la cabeza y decidió que, como el resto de los mortales, aquellos dos nunca podrían entender la magnitud de lo que tenía entre manos.

—Como quieran.

—Le dejo mi número por si recuerda algo que nos pueda llevar a alguna pista sobre la muerte de Olivia. —Runa le tendió su tarjeta y observó cómo unos dedos pálidos y huesudos la asían para acercarla a unos ojos que, a juzgar por el gesto, no debían de gozar de muy buena vista.

Cuando se despedían, Runa se fijó en una fotografía enmarcada que reposaba en una de las estanterías de pino. En ella se podía ver a Cándido con el brazo sobre el hombro de otra persona.

—¿Este es…? —comenzó a decir.

—Es Iker Jiménez, sí, señora. Estuve en su programa *Cuarto Milenio* hace unos años. Fue una experiencia muy gratificante, la verdad.

Runa asintió y continuó andando hasta la salida tras su compañero,

que volvía a tener al gato enredado entre las piernas y le costaba caminar. Cándido lo levantó para evitar que se escapara antes de abrir la puerta. Los dos policías abandonaron el lugar sintiendo el peso de dos pares de ojos sobre sus espaldas.

—¡Madre mía, qué destrozo mental tiene el tipo este en la cabeza! —exclamó Runa casi aliviada por perderlo de vista.

—¡Pues anda que el gato! ¿Habías visto alguna vez un bicho más feo? Y si al menos se estuviera calladito…

—¡Vaya dos espectros! —Runa soltó una carcajada.

—Es igualito que Caliban, el albino de la película *Logan*. ¿No te has dado cuenta?

—¡Ostras! ¡Es verdad! He estado un rato devanándome los sesos para adivinar a quién me recordaba. Un poco mutante sí que parece…

—¿Crees que pueda estar implicado?

—No sabría decirte. Más bien parece un chalado inofensivo, aunque debo reconocer que me ha pillado con la guardia baja. Su actitud huidiza cuando nos ha observado tras la puerta me ha hecho pensar que se trataba de otro tipo de persona, más retraída o introvertida. Puede que esté como una chota, pero no es tonto. Parece un tío inteligente.

—Desde luego, a mí me ha calado enseguida. Y lo que te ha dicho a ti… ¿De verdad te sientes sola?

Runa dejó de caminar para mirar a su compañero a la cara. Su expresión era divertida.

—¿En serio te vas a creer todas esas patrañas? Está claro que ha dicho algo al azar y tu cabeza ha estado un poco más predispuesta a relacionar sus palabras con lo que te preocupa y a manipularlas para entender lo que te interesa. Eso es todo.

Roi asintió y continuó caminando sin estar del todo convencido. Ella lo siguió con el ceño fruncido, preguntándose si de verdad se le notaba tanto, si los demás podían ver tan claramente lo sola que en ocasiones se sentía.

6

La fiesta

Jueves 22 - viernes 23 de septiembre. Rebeca

HACÍA YA UN año que vivían juntas. El curso anterior, tras llenar el campus de anuncios para buscar una compañera de piso, Rebeca había recibido más de diez mensajes de chicas que estaban interesadas en echar un vistazo al apartamento. La situación, muy cerca de la facultad, era un buen reclamo, y el estado del piso, con la cocina y el baño recién reformados, también eran un plus. La única condición que le había exigido su madre era que la elegida debía ser una chica, opinión con la que ella estaba más que de acuerdo.

Lo que en un principio le pareció una tarea fácil, acabó convirtiéndose en una pesadilla. Ya había rechazado a las primeras cinco chicas que quisieron verlo. Le parecieron todas unas estúpidas. Y el resto, o se habían echado atrás o ya habían encontrado algo mejor y más barato. Lo cierto era que no le apetecía lo más mínimo compartir su día a día con nadie. Empezando por el baño y acabando por la cocina o el frigorífico. El problema era que su madre se había empeñado en que no viviera sola. Decía que le iría muy bien la convivencia con otras personas para que dejara de ser tan tímida a la hora de entablar relaciones. Que de esa manera aprendería también a compartir, porque ya era hora de dejar de estar pegada a sus faldas y a las de su abuela. En cierto modo, Pía, su madre, la había empujado fuera del nido para que, según sus propias palabras, «comenzara a espabilar».

Cuando llegó la hora de dejar el pueblo para acudir a la universidad, a la familia le quedó claro que no era viable ir y volver a su casa cada día. Con lo religiosa y lo chapada a la antigua que era su madre, a Rebeca le extrañó que no quisiera meterla en alguna residencia de estudiantes, en la que podría tenerla más vigilada. Supuso enseguida que la idea de vivir en un piso había salido de su abuela Juliana, que no hablaba mucho, pero que, cuando abría la boca, todos temblaban.

Ella se había criado en el pueblo con las dos. A su padre nunca lo conoció, y en su casa no se hablaba sobre el asunto porque su abuela se había encargado de dejar claro que era un tema demasiado doloroso para Pía y que debía ser olvidado. La había tenido con solo dieciséis años, así que Rebeca siempre pensó que su madre había

debido de tener alguna aventura cuando era adolescente y ella era el fruto de un desliz. Una vergüenza que una familia como la suya sin duda trataría de olvidar por todos los medios.

Desde que era pequeña le habían inculcado que los hombres no tenían cabida en su familia. Estaban solas. Así lo había querido Dios y así debía ser. Porque la presencia del Creador podía sentirse en la piel cuando uno atravesaba la puerta de su casa y la cerraba a sus espaldas. Por todas partes había referencias a Él, ya fuera representado en algún cuadro, un crucifijo o alguna de las múltiples figuras de cerámica colocadas estratégicamente por toda la casa. Aunque Juliana era creyente, todo aquello era obra de su madre, una ferviente religiosa que, en ocasiones, rayaba la paranoia. A Rebeca no le molestaba vivir en ese ambiente, para ella era algo normal, con lo que había ido creciendo, pero hacía años que había dejado de creer. Jamás se le ocurriría decirlo en voz alta y no le costaba actuar como siempre lo había hecho, pero en su fuero interno renegaba de tanto ardor religioso. Como un niño que cada noche toma sopa para cenar y que, por mucho que sus progenitores se empeñen en decirle con cada cucharada que se trata de lo mejor para él, tarde o temprano acabará odiando esa comida, aunque siga abriendo la boca para tomarla sin rechistar.

Cuando uno de los primeros días de clase conoció a Olivia y ella le dijo que quería cambiar de piso porque en el que vivía no estaba a gusto, supo al instante que era la candidata ideal. Se lo propuso y esta aceptó de buena gana. Le pareció una chica estupenda. Era lista, carismática, simpática y, además, muy guapa, con lo que solía tener mucho éxito entre el resto de alumnos, fueran del sexo que fueran. Tenía algo que hacía que Rebeca se sintiera atraída sin remedio. Quizá se debía a que desde el primer momento la había tratado como a una amiga, sin importarle su físico o su carácter, tan alejados ambos de los de ella. Muchas chicas de su edad la miraban por encima del hombro, como si se sintieran superiores por el simple hecho de ser más guapas, cuando la mayoría de ellas tenía el cerebro vacío. Otras se apartaban con disimulo a su paso, como si oliera mal o tuviera alguna enfermedad contagiosa. Pero Olivia, no. Ella era distinta. Por primera vez Rebeca intuyó lo que podría ser tener una verdadera amiga con la que poder hablar de todo sin sentirse cohibida ni juzgada por cómo era.

La convivencia en la casa fue muy fluida desde el principio. Cada una tenía su espacio y respetaba el de la otra, y así pasó un curso completo. En verano, Rebeca volvió a casa y, aunque quiso seguir en contacto con Olivia, no encontró la ocasión, porque no logró localizarla. Era como si se la hubiera tragado la tierra. Se dio cuenta de lo poco que sabía de la vida de su amiga. Nunca hablaba de su

familia, ni siquiera sabía dónde o con quién vivía cuando no estaba estudiando en Valencia. Durante aquellos meses encerrada en su casa, se sintió morir de aburrimiento y preocupación.

Por suerte, al comenzar el siguiente curso, Olivia volvió a aparecer en su vida como si tal cosa. Le contó que había pasado la mayor parte del verano en el extranjero. Que necesitaba desconectar, que se había aislado voluntariamente, y había dejado atrás el móvil y las redes sociales para olvidarse de todo. De nuevo, Olivia volvía a estar a su lado y tenían por delante todo un curso que compartir. Se sentía feliz. Pero pronto se dio cuenta de que la que había regresado a su lado no era la Olivia que ella conocía. Estaba más distante y su carácter se había vuelto punzante, en ocasiones mordaz. Era algo sutil, una diferencia en el tono de sus conversaciones o en las palabras elegidas en un momento determinado. Tras su bonita sonrisa, que seguía siendo igual de encantadora, ella sabía que algo había cambiado. Pero seguían llevándose bien, así que no tardó en olvidar sus preocupaciones.

Apenas un par de semanas después del comienzo del curso, Olivia empezó a repartir invitaciones para celebrar una fiesta en el apartamento sin consultarlo antes con ella. Aquello le disgustó tanto que acabaron discutiendo. Fue su primer desencuentro y Rebeca se sintió muy dolida. No le gustaban las fiestas. Nunca había formado parte de ninguna, pero había escuchado las conversaciones de lo sucedido en ellas al día siguiente. Sabía que, por mucho que la gente intentara controlarse, muchas acababan degenerando en un despropósito de alcohol, drogas y sexo. Y eso no iba con ella. Le dolió que Olivia no tuviera en cuenta su opinión, pero lo que se le clavó en el alma fue su mirada cuando la llamó puritana y le dijo que no podía ser tan sosa. En aquel momento sintió que algo se rompía en su interior y fue consciente de que, fuera lo que fuera, ya no podría repararse.

Estuvieron dos días sin hablarse. Rebeca la evitaba y trataba de no cruzarse con ella, incluso en la facultad. Pero a cada hora que pasaba se sentía más sola y desconsolada. Llegó a pensar que una vida así no tenía sentido. Necesitaba la energía que desprendía su amiga como las plantas necesitan agua para vivir. Sin ella se marchitaba poco a poco.

No podía ni estaba dispuesta a volver a ser la que era antes de Olivia. Preferiría estar muerta. Con esas ideas rondándole por la cabeza, no pudo mantener mucho tiempo más esa situación y acabó arrastrándose ante su amiga para suplicarle perdón. Un perdón que le fue otorgado en forma de un tenue e inocente beso en los labios que la dejó de piedra. Horas después, al cerrar los ojos, aún era capaz de rememorar aquel contacto fugaz con los labios de Olivia; su calor, su textura, su ligera humedad. Perdida en ese conciso recuerdo, algo en

su interior se despertaba para cosquillearle el alma, y ella no podía hacer otra cosa que sonreír.

El día de la fiesta, como era de esperar, la situación no tardó en desmadrarse. La música no estaba demasiado alta por temor a las quejas de los vecinos, pero sí lo suficiente como para que el son repetitivo y machacón del reguetón le martilleara la cabeza. Maldijo su suerte. De todos los tipos de música que podrían haber elegido, tenía que ser justo aquella que odiaba con todas sus fuerzas.

Había comida y bebida por todas partes, y el humo empezaba a concentrarse. Entreabrió la puerta del balcón; aquel ambiente era irrespirable. Antes de darse cuenta, *Manchurrón* ya se había colado, contorsionando su cuerpo para poder entrar. El animal le dedicó una mirada desafiante y no tardó en perderse entre la multitud con curiosidad gatuna. Ella suspiró y volvió al salón. Buscó con la mirada a Olivia. Y la encontró en uno de los grupos que se habían ido formando. Estaba con una chica y otros dos chicos, todos en cuclillas ante la mesa pequeña de centro. Parecían muy concentrados en algo. De repente ella levantó la cabeza y la miró sonriente. Llevaba la nariz manchada de polvo blanco, que se limpió con el dorso de la mano.

—Ven… —Hizo un gesto para que se acercara.

Rebeca miró a su amiga, horrorizada. No podía creer lo que estaba viendo. Supuso que alguno de los chicos, que por las pintas debían de manejar bastante dinero, había conseguido la droga y la estaban esnifando delante de todos como si fuera un grupo de amigos comiendo pipas. No respondió. Se volvió y entró en la cocina, asustada y enfadada al mismo tiempo. Se apoyó con ambas manos sobre la encimera y comenzó a temblar. Todos, a excepción de ella, veían aquello como algo normal. ¿Y si en realidad tenían razón y la rara era ella? Desde luego, parecía que se lo estaban pasando en grande. Charlaban de manera distendida, reían, bailaban y disfrutaban del momento. ¿Por qué no podía ella hacer lo mismo?

Le acudieron a la mente las crueles palabras que le había dedicado Olivia. Su amiga tenía razón, no era más que una puritana y una sosa. Una lágrima hizo intento de recorrerle la mejilla, y ella la limpió con rabia. Estaba harta de ser como era. Desplazó la mirada a su izquierda, donde se amontonaban un montón de bebidas alcohólicas. Ni quiera eligió, cogió la primera que le pareció y se la llevó a la boca. El vodka le arañó la garganta y le hizo toser. A punto estuvo de vomitar sobre el fregadero. El sabor era horrible y le resultaba tan fuerte que le daba la impresión de que se había abrasado por dentro. Hizo una mueca de desagrado e inspiró hondo antes de volver a llevarse la botella a la boca. En esa ocasión, le costó un poco menos tolerarlo. Jamás había bebido; le parecía un hábito destructivo e innecesario de gente poco inteligente. En ese momento su piso estaba

repleto de lerdos sin cabeza, pero eran felices. Y ella no. Cambió de botella con la esperanza de encontrar algo que supiera un poco mejor. El ron también era un asco, pero le agradó un poco más, así que volvió a dar otro trago. Y después otro más.

Entró tambaleándose en el salón. Estaba un poco mareada, pero se había adueñado de ella una risa tonta imposible de contener y una sensación de euforia que le resultaba muy agradable. Llamó entre hipidos a su amiga hasta que dio con ella. Olivia estaba en el sofá dándose el lote con un chico al que no conocía. A su lado otras dos chicas se metían mano entre ellas y jadeaban como lobas. La mirada de Rebeca se encontró con la de Olivia, que la invitó con un gesto a unirse a ellos. Llevaba la camisa desabrochada y uno de sus pechos asomaba tímidamente mientras el otro descansaba en la boca del chico. Rebeca sintió un deleitante calor entre las piernas y tragó saliva. No podía apartar la vista de los carnosos labios de Olivia, que la llamaban con movimientos lentos y sugerentes. Antes de darse cuenta estaba entre los dos, con la lengua enredada en la de su amiga y gimiendo de placer cuando el otro alcanzó con la mano su entrepierna.

Al día siguiente ni siquiera pudo levantarse para ir a clase. Su cabeza era una jaula de monos furiosos que hacían piruetas dolorosas sin control alguno. La despertó *Manchurrón* lamiéndole la mejilla. Entre sueños creyó que era la lengua de su amiga la que la chupaba. Solo cuando oyó el lamento lobuno del animal salió de golpe de su placentero letargo y se sentó en la cama. Un terrible dolor de cabeza la obligó a recostarse de nuevo y comenzó a gemir como si alguien le hubiera golpeado el cráneo con un martillo. Horas después, seguía sin poder moverse. Miró su reloj. Eran las cuatro de la tarde y era viernes. A las siete salía el tren para el pueblo y, como cada fin de semana, su madre y su abuela la esperaban en casa.

—¡Dios! —exclamó con voz apenas audible—. Creo que me voy a morir…

Se arrastró fuera de la cama y se metió bajo la ducha como pudo, donde vomitó una sustancia líquida y pegajosa que le pareció bilis. No recordaba mucho de la noche anterior, solo los labios de Olivia junto a los suyos y una intensa excitación. Algo que no había sentido nunca. El agua fue expulsando la resaca de su cuerpo hasta que pudo ser dueña de él de nuevo.

Salió y se dirigió a la cocina para tomarse un par de analgésicos. La casa estaba vacía y había restos de la fiesta del día anterior por todas partes. Era como si un huracán hubiese atravesado el apartamento. Olía a humo y a vómito, y se tapó la nariz con el albornoz para no volver a vaciar el estómago. Abrió las ventanas y rebuscó en el cajón de las medicinas. Cuando volvió, dispuesta a preparar la maleta y

marcharse, se encontró al gato parado en medio del salón con la mirada perdida en un rincón. Ella se detuvo y observó el lugar que parecía tener extasiado al animal, pero allí no había nada. Mientras tanto, *Manchurrón* daba lametazos al aire y emitía uno de sus extraños sonidos.

—Ñgoñgoñgoooooo…

Rebeca lo sacó al balcón de malos modos. Estaba harta de aquel bicho al que no sabía si llamar gato o engendro del diablo. Cuando cerró la puerta y dejó de escuchar los gruñidos de protesta del animal, se ajustó el albornoz y se apresuró a hacer la maleta.

Los remordimientos la asaltaron en cuanto se sentó en el tren, cerró los ojos y apoyó la cabeza, aún embotada, en el asiento. Ya más tranquila, intentó hacer memoria una vez más. ¿Cómo había podido dejarse llevar así? Había formado parte de una especie de orgía en la que había acabado teniendo sexo con más de una persona. ¿Fueron dos, tres…?, ¿chicos, chicas? Ni siquiera recordaba las caras. A excepción del rostro de Olivia, el resto eran sombras difuminadas, sin perfilar. ¿Habría tomado precauciones? Lo dudaba mucho.

A la vergüenza, que ya había alcanzado niveles preocupantes en su conciencia, se sumaba la inquietud de saber que podría haberse contagiado de cualquier cosa. Por no hablar de quedarse embarazada. Consumida por una desazón que no la dejaba respirar, se le ocurrió llamar a su amiga para preguntarle qué era lo que había hecho realmente. Buscó su contacto en el móvil, pero no llegó a pulsar el botón de llamada: el bochorno y la poca dignidad que le quedaban no se lo permitieron. Guardó de nuevo el aparato y comenzó a llorar. Ella no era así. Jamás se le hubiera pasado por la cabeza hacer una cosa parecida. Siempre había criticado a las chicas fáciles que practicaban sexo con cualquiera; le parecían unas indecentes sin ningún tipo de pudor que no tenían dos dedos de frente. «Unas rameras del diablo», como las llamaba su abuela. Pues bien, ahora ella se había convertido en una de esas rameras.

—Rebeca, la ramera —susurró entre dientes, y las lágrimas volvieron a empañarle los ojos.

Todo aquello era culpa de Olivia. Lo tenía claro. De un tiempo a esa parte había cambiado tanto que casi no la reconocía. No era una buena compañía y la estaba arrastrando a ella, una chica decente, al fango de la inmoralidad y la indecencia. Quizá lo mejor sería apartarla de su lado. Pero con la sola idea de alejarse de ella, se le encogía el corazón. Sin Oli, ella volvería a ser una persona insustancial y mediocre a ojos de los demás. Junto a su amiga, había conseguido dejar de ser invisible para el resto del mundo. Con su sola presencia, Rebeca sentía que, aunque los otros no la valoraran como se merecía, al menos la respetaban y la trataban como a uno más. Había pasado

tanto tiempo siendo invisible que le resultaba insoportable la mera idea de tener que volver a serlo, de no contar para nadie.

Miró el reloj. En poco más de media hora estaría en casa. No le apetecía nada pasar dos días encerrada en aquella casona, muerta de aburrimiento y tratando de que no se le notara lo perturbada que estaba. Se limpió las lágrimas y tomó aire muy despacio. Tenía que reponerse o la abuela se daría cuenta de que algo ocurría. Juliana tenía una sensibilidad especial para ver lo que a los demás les pasaba desapercibido. Y no iba a dejar que intuyera sus preocupaciones por nada del mundo.

7

Delicadeza

EN LA SECRETARÍA de la Facultad de Geografía e Historia, el empleado los miró con recelo a través de unas diminutas gafas redondas cuando preguntaron por Diego Lago y le mostraron sus placas. El hombre pareció dudar unos instantes antes de coger el teléfono y mantener una conversación que apenas duró un minuto.

—Esperen un momento, enseguida los atenderán. Pero ¿le ha ocurrido algo a Diego?

—No, que nosotros sepamos —respondió Roi con esa sonrisa afable que solía utilizar en casos como aquel y de la que Runa a menudo se burlaba—. Solo queríamos hacerle unas preguntas.

El conserje frunció el ceño y asintió.

—Es que, como hoy no se ha presentado a sus clases…

—¿No está aquí? —preguntó Runa a través de la ventanilla.

—Me temo que no. Pero no sé mucho más, solo que esta mañana ha habido un poco de lío porque nos hemos visto obligados a suspender las dos clases que tenía. Acabo de hablar con el director de su departamento. Miren, es ese que viene por ahí.

Los policías se volvieron para recibir a un hombre que se acercaba a ellos con paso rápido y rostro atribulado. Varios metros antes de llegar hasta donde estaban, ya había extendido la mano para saludarlos.

—Buenos días. Me llamo Antón Rebel, soy el director del Departamento de Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Podemos hablar en un sitio un poco más tranquilo? —sugirió Runa mirando a varios alumnos que habían formado un grupo muy cerca de ellos y charlaban despreocupados.

—Por supuesto. Acompáñenme, por favor.

Siguieron al profesor a buen paso a través de varios pasillos hasta llegar a un pequeño despacho.

—Tomen asiento, por favor —les indicó Antón mientras apartaba varias pilas de papeles y despejaba un poco el escritorio—. Disculpen el desorden, estaba revisando unos trabajos.

—¿Conoce a Diego Lago? —disparó Runa sin más preliminares.

—¡Claro! Es compañero de departamento, además de un buen amigo desde hace varios años.

—Parece que hoy no se ha presentado a las clases —continuó diciendo Runa.

—Cierto. No ha venido esta mañana, y lo peor es que no ha habido forma de contactar con él. Tiene el móvil apagado. ¿Es que le ha ocurrido algo? —preguntó preocupado.

—No tenemos constancia de que sea así, no se preocupe —respondió Runa—. Lo que nos gustaría saber es si, como compañeros o quizá como amigos que dice que son, ha notado algo extraño en su comportamiento en las últimas semanas, o le ha comentado algo fuera de lo normal.

Antón pareció dudar. Los observó con el labio inferior ligeramente descolgado y los hombros tensos.

—No… Quiero decir…, estos últimos días estaba como siempre, pero… es verdad que hace tiempo que no quedamos fuera de la facultad. Antes solíamos salir juntos a menudo. Justo el viernes le propuse ir a tomar un trago, pero me puso una excusa tonta. Recuerdo que pensé que me estaba evitando y le pregunté si se había echado alguna novieta. Entonces se echó a reír, pero ni lo negó ni lo confirmó.

—¿Cree que podría estar saliendo con alguna alumna? —intervino Roi.

—¡¿Qué?! ¡De ninguna manera!

—Tampoco sería tan raro —aventuró Roi—. Si es una relación consentida y ella es mayor de edad, no estaría cometiendo ningún delito.

—El reglamento de la universidad es muy claro al respecto. No es ilegal, pero tampoco sería ético. Dudo mucho que Diego arriesgara su carrera y su reputación por tener un lío con una alumna.

—¿Nunca ha conocido ningún caso así? —continuó preguntando Roi—. Quizá fuera algo más serio que un simple lío.

—No conozco ningún caso directo, aunque, a lo largo de mi carrera, claro que he sabido de alguno. Pero le repito que dudo mucho que sea el caso de Diego.

—¿Pondría la mano en el fuego por él? —insistió Roi—. ¿De veras lo conoce tanto?

Antón dudó un momento. Frunció los labios e hizo un gesto de indecisión.

—Supongo que no. Pero ¿qué ocurre? ¿Se ha metido en algún lío?

—El que esta mañana no se haya presentado a dar clase lo convierte en el principal sospechoso del asesinato de una de sus alumnas —soltó Runa. El hombre puso los ojos como platos y se agarró a la mesa como si tuviera que sujetarse para no caerse. Tras el *shock* inicial, enterró el rostro entre las manos.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! —murmuró angustiado.

Roi atravesó con la mirada a su compañera y movió los labios sin emitir sonido alguno para que ella los leyera: «UN PO-CO DE DE-LI-CA-DE-ZA». Runa hizo un gesto de indiferencia y lo ignoró por

completo. Cuando tenía que decir algo, era mejor soltarlo y punto. ¿Para qué andarse con remilgos? Era como retirar un esparadrapo o hacerse la cera. Cuanto más dudas, más duele. Pero entonces le acudió a la cabeza el albino describiendo la villana que llevaba dentro y se sintió un poco incómoda. Quizá fuera su parte oscura la que le hacía actuar así, sin pensar en que sus palabras pudieran herir como flechas a la persona a la que iban dirigidas.

—¿Puedo saber de qué alumna se trata?

—Se trata de Olivia Llopis —respondió Roi.

—¡Ay, Dios mío! ¡Eso no puede ser! Olivia está muerta…

—¿La conocía? —preguntó Runa.

—¡Claro! También era alumna mía.

—¿Qué nos puede contar de ella? —insistió la subinspectora.

—Pues… Olivia era una alumna como cualquier otra. Una chica que enseguida llamaba la atención por lo guapa que era. Siempre iba con su amiga Rebeca. Tampoco es que me fije mucho en esas cosas, pero no me suena haberla visto con ningún chico. En el ámbito académico no es que tuviera un expediente brillante, pero iba sacando las asignaturas. No sabría decirle mucho más.

—De acuerdo, no se preocupe —intervino Runa—. Le dejo mi tarjeta por si logra contactar con Diego y puede hacernos llegar hasta él. No dude en llamarnos para cualquier cosa que necesite.

—De acuerdo, así lo haré.

8

El andén de los recuerdos

Sábado, 15 de octubre. Diego

DESPUÉS DE SALIR apresuradamente del apartamento de Olivia, Diego estuvo vagando sin rumbo por las calles de la ciudad como un autómata. No se encontraba bien. Una leve pero continua sensación de mareo le hacía caminar con cautela; tenía la sensación de que se iba a caer al suelo con cada paso que daba. El impacto sufrido al despertar junto al cuerpo inerte de la que solo unas horas antes había sido su amante lo había dejado sin fuerzas, con una presión en el pecho que le hacía temer que pudiera sufrir un infarto en cualquier momento. Se paró un instante para tomar aire y miró a su alrededor. De alguna manera había conseguido llegar hasta los jardines del río. Se preguntó cómo demonios lo había hecho sin ser consciente de ello.

Una algarabía de gritos y risas le llegó desde el parque Gulliver, donde un gigante de cemento tumbado en el suelo era invadido cada día por cientos de pequeños liliputienses que se subían sobre la figura, y se lanzaban por las rampas y toboganes formados con sus ropas. Era sábado por la mañana, sin duda, el mejor momento para pasear con los niños por el inmenso jardín que un día ocupó el río Turia. Un río sin agua, pero con un goteo incesante de paseantes que disfrutaban de la naturaleza en pleno centro de la ciudad.

Siguió caminando en dirección a la Ciudad de las Artes y las Ciencias. Con toda seguridad estaría repleta de turistas, pero el ambiente sería más tranquilo. Observó cómo un chico que paseaba al perro se detenía ante una fuente y presionaba el botón para que el animal bebiera. De repente sintió una sed insoportable y arrastró los pies hasta allí para saciarla. Bebió con tanta ansiedad que pronto notó el estómago revuelto. Le sobrevino una arcada y acabó vomitando ante los gestos de repugnancia de los viandantes que pasaban a su lado. Se limpió los restos de vómito con la manga de la camisa y en ese momento fue consciente del lamentable aspecto que debía de tener. Para el resto de mortales pasaría por un borracho más tras una noche de excesos. Necesitaba descansar, ya pensaría después qué hacer.

Vio un banco situado bajo la sombra de un sauce llorón, a la orilla del riachuelo artificial que comenzaba en el estanque de Neptuno y acababa bajo el puente de l'Assut de l'Or, al que, por su forma,

muchos llamaban popularmente el Jamonero. Aquel lugar le pareció perfecto para reposar un rato sin que nadie lo molestara.

Cuando se recostó, cerró los ojos y su mente volvió al apartamento de Olivia. Creía haberlo limpiado todo con mucho cuidado, pero la probabilidad de que algo se le hubiera escapado era bastante alta. No estaba para pensar con claridad cuando lo hizo. De todas formas, en cuanto la policía revisara el teléfono de Olivia, descubrirían todos los vídeos en los que salía follando con ella. Odiaba que quisiera grabarlo todo cada vez que tenían sexo. Pero era eso o nada. Por mucho que protestara, siempre acababa arrastrándose hasta sus pies como un cachorro suplicando una caricia. Y ella lo sabía. Además, estaba Rebeca. Ella seguro que le hablaría de él a la policía. Sabía que tras la amabilidad fingida que le demostraba se escondían otro tipo de sentimientos. No lo soportaba. Lo notaba en sus miradas esquivas y su rictus receloso cuando creía que nadie la veía. No aprobaba su relación con Olivia y, aunque jamás se atrevería a decírselo a la cara porque era su profesor, él sentía que lo odiaba.

El canto de los pájaros y el suave roce de las hojas mecidas por el viento lograron que el cuerpo se le fuera relajando, y poco a poco empezó a sentirse mejor. Inspiró hondo y trató de dormir un poco, pero su cabeza no estaba por la labor. Su mente agitada se desplazaba sin remedio a través de los recuerdos como un tren sin rumbo a punto de descarrilar; fuera cual fuera su recorrido, este siempre concluía en el mismo andén: Olivia.

La primera parada en la que se detuvo fue el día que la vio por primera vez. Aún podía sentir los nervios propios del inicio del curso, esa incertidumbre que siempre lo ahogaba al pensar en lo importante que era aquella toma de contacto inicial con sus alumnos. Porque estaba convencido de que la primera impresión siempre es la que cuenta. Da igual lo que hagas después si no has conseguido conectar en los primeros diez minutos.

Al principio no la vio. Se limitó a presentarse y soltar el discurso que tenía preparado. Un mensaje de motivación para hacerles entender la importancia de la materia que habían elegido y las metas que debían alcanzar antes de finalizar el curso. Al hablar, desplazaba la mirada de manera aleatoria entre los oyentes, sin detenerse apenas unos segundos en cada uno de ellos. Todos atentos e interesados, como solía ocurrir los primeros días. Hasta que sus ojos se encontraron con los de Olivia y la fuerza magnética de su mirada los retuvo allí unos instantes más de la cuenta. Debieron de ser apenas unos segundos, pero a él le pareció que el tiempo se había detenido, atrapado en el azul intenso de sus iris.

Hubo algunos que percibieron su turbación y se volvieron hacia donde ella estaba sentada para descubrir cuál era la causa de aquel

temblor en el tono de su voz. Los años de experiencia le permitieron disimular lo suficiente como para salir airoso de aquel trance, pero su mirada volvía una y otra vez a ella sin remedio, y su corazón se aceleraba al hacerlo como si fuera un adolescente enamorado. Ella era simplemente preciosa. De nariz pequeña y recta; ojos grandes de un azul casi grisáceo en los que podía perderse como en dos océanos infinitos; mejillas ligeramente arreboladas; labios carnosos que humedecía con la punta de la lengua de una manera tan sensual que Diego necesitaba tragar saliva para poder seguir con su discurso; pelo moreno ondulado que le caía sobre los hombros y le rozaba las clavículas desnudas de una manera desenfadada que lo hipnotizaba. Y aquella sonrisa. Una sonrisa dedicada solo a él y que conseguía transportarlo a una dimensión lejana desde la que podía atisbar todo lo que podrían hacer juntos.

Aquel día tuvo que obligarse a tomar asiento para disimular el bulto embarazoso que crecía bajo sus pantalones. Al finalizar la clase, ella se acercó para saludarlo junto a Rebeca, su amiga del alma, que ya por entonces parecía no poder vivir sin el cobijo de su sombra y no se separaba de Olivia. Recordó cómo le había molestado la presencia de la chica de mirada huidiza y poco agraciada que la acompañaba, y había deseado que se fuera y lo dejara a solas con Olivia. Deseaba volver a perderse en aquellos ojos sin interrupciones.

Diego se revolvió en el banco en el que estaba tumbado. Hacía calor a pesar de que aún era por la mañana y estaba a la sombra. La sed lo estaba torturando. Se acercó de nuevo a la fuente y bebió con cautela, obligándose a tomar pequeños sorbos de agua a pesar de que su instinto lo empujaba a tragar todo lo que pudiera. Al rato se incorporó y se limpió la barbilla. Parecía que el estómago empezaba a tolerar el líquido y enseguida se sintió mejor, aunque aún un poco mareado. Volvió al banco, y su cabeza, a Olivia.

Siguiente parada: su primer polvo con ella en los baños de aquella discoteca y todo lo que vino a continuación.

Hacía un par de meses que había empezado el curso y él se sentía cada vez más atraído por ella. Habían tenido más de una conversación intrascendente por los pasillos o al finalizar la clase, pero siempre con la presencia incómoda e inquebrantable de Rebeca, que ya empezaba a mirarlo con gesto torcido cada vez que los tres coincidían. Hasta que un día Olivia se presentó en su despacho con la excusa de revisar la nota de un examen. Estaba distraído con una lectura y su visita lo tomó tan de sorpresa que apenas fue capaz de disimular su regocijo.

Ella cerró la puerta tras de sí con sumo cuidado, como si temiera llamar la atención con el ruido. A continuación, deslizó su sensual figura con un movimiento grácil hasta la silla situada frente a la mesa del profesor, y se sentó con los pies muy juntos y las manos sobre las

piernas. Miró a Diego y se humedeció los labios.

—¡Por fin solos! —dijo. Su mirada lo atravesaba y le decía cosas que, en forma de palabras, le hubieran hecho ruborizarse.

Diego tragó saliva. Le costaba respirar teniéndola tan cerca en un espacio tan reducido y sin tener que preocuparse por miradas indiscretas.

—Parece que hayas visto un fantasma. —Olivia se inclinó sonriente sobre la mesa para coger la mano de Diego, a sabiendas de que ese gesto le proporcionaría una perspectiva privilegiada de sus pechos.

A él le recorrió un escalofrío al sentir su piel, y de manera instintiva entrelazó los dedos con los de ella y le apretó la mano.

—Hola… —No fue capaz de decir nada más y se sintió ridículo.

—Se supone que estoy aquí para discutir uno de los puntos del examen, que, al parecer, mi profesor ha corregido injustamente…

—Podemos discutir los puntos que quieras —balbuceó él con el corazón a punto de salírsele por la boca.

Ella le acarició el dorso de la mano con el dedo pulgar.

—Creo que este no es el lugar apropiado para discutir nada…

Olivia se levantó de la silla y se acercó aún más a él. Sus rostros estaban tan cerca que Diego percibió el olor de su perfume y entornó los ojos, cautivado por aquella maravillosa sensación. Ella desplazó la mirada hasta los labios de él y, muy lentamente, se acercó hasta rozarlos con los suyos. Él se dejó llevar y sintió el contacto húmedo de su lengua tratando de abrirse paso hasta el interior de su boca. Se incorporó y la atrajo hacia sí con torpeza, con el ansia de la necesidad. Sus lenguas se enredaron, y sus cuerpos se buscaron con tanto ímpetu que algunos papeles y objetos que había sobre la mesa cayeron al suelo. Una taza de café a medio terminar estalló en mil pedazos y rompió el hechizo. Entonces ella reaccionó y colocó una mano entre sus bocas.

—Para…

Él la soltó a regañadientes; necesitaba más.

Ella se apartó, se recolocó la blusa y se arregló el pelo.

—Aquí, no —continuó sin perder la sonrisa—. Esta noche estaré en Rumbo 144. Suelo pasarme por allí a menudo con mis amigas.

Él asintió aún confundido y, antes de que pudiera decir nada, ella se había marchado. Se quedó solo en su despacho, temblando y agitado como un drogadicto con el síndrome de abstinencia al que le han mostrado durante unos instantes la droga que necesita.

Había estado un par de veces en Rumbo 144, una discoteca que solían frecuentar los universitarios. El estilo de música variaba según el día y la sala entre *pop*, *rock*, *house*, *soul* o incluso algo de *R&B*. No estaba mal, pero él prefería lugares más tranquilos. Con un vaso en la mano, se acomodó en un rincón desde el que tenía una buena

perspectiva de los grupos de gente que se divertían en el local. Al cabo de dos horas y cuatro cubatas, empezó a impacientarse. Durante ese tiempo, su ánimo había ido transformándose a cada minuto que pasaba. Pasó de la euforia inicial con la que había llegado a la decepción y, en los últimos minutos, lo dominaba la irritación. Cuando se convenció de que Olivia le había tomado el pelo y que no pensaba aparecer, apuró su bebida y sacó un billete para pagar la consumición, dispuesto a marcharse. Entonces sintió que alguien lo cogía de la mano y supo que era ella. Su ánimo volvió a cambiar como por arte de magia, como si las últimas horas no hubieran existido, y se dejó arrastrar entre la multitud hasta los baños, donde se encerraron y sus cuerpos dieron rienda suelta al deseo reprimido.

Aquel fue el mejor polvo de su vida, que, meses después, seguiría rememorando cada vez que estaba solo y la echaba de menos. Para ella estuvo bien, sin más. Al menos eso fue lo que le dijo poco después, tomando otra copa. Pero también le confesó que no le importaría repetirlo, así que lo invitó a pasar juntos el fin de semana siguiente. Su compañera de piso se iba al pueblo y tendrían todo el apartamento para los dos. Aquel encuentro fue el primero de los muchos que vinieron después. Dos días completos sin salir, encerrados por voluntad propia entre las paredes de aquel piso de estudiantes disfrutando del sexo, las drogas y el alcohol.

Con el tiempo, ella le confesó que se aburría y que necesitaba algo más para que su relación no se estancara. Entonces comenzó a proponerle ciertos juegos que a él al principio le divertían. Le pedía que la atara a la cama, y que le cubriera la nariz y la boca con la mano cuando iba a alcanzar el orgasmo. Un día se empeñó en hacerlo con una bolsa de plástico en la cabeza, simulando la asfixia. Al principio él se negó, le parecía algo muy peligroso. Pero ella acabó embaucándolo y él quiso pensar que, si lo hacían con cuidado, era seguro. Lo repitieron en un par de ocasiones, pero no era algo que a él le entusiasmara y siempre trataba de evitarlo.

Ambos tenían claro que su relación solo se basaba en el sexo y no les importaba, lo llevaban bien. Pero, en ocasiones, sin venir a cuento, ella provocaba una discusión por la menor tontería. Se volvía fría como un témpano de hielo e incluso lo agredía. Le clavaba las uñas, le escupía y le mordía hasta hacerle sangrar. Entonces lograba sacar lo peor de él, que reaccionaba con rabia desmedida, hasta el punto de desear matarla. Aquellas discusiones siempre terminaban con sexo violento y en cada ocasión él se prometía que sería la última vez. Pero, antes de que ese pensamiento se materializara en su cerebro, ya sabía que se estaba engañando.

Y luego estaban los vídeos. Se empeñaba en grabar fragmentos de sus encuentros cada dos por tres. Buscaba la postura que mejor

resaltara la belleza de sus formas e impostaba los gestos y sonidos. Había que ser tonto para no darse cuenta de que estaba actuando. No sabía qué hacía con las grabaciones, aunque sospechaba que la mayoría acabarían colgadas en internet. Por eso trataba de no mostrar nunca el rostro, aunque no siempre lo conseguía. Seguía siendo su profesor y no quería verse comprometido en su trabajo ni que nadie lo señalara con el dedo. Pero, como con todo lo demás, siempre acababa cediendo.

En numerosas ocasiones había pensado acabar con aquella extraña relación y alejarse de ella, porque lo asfixiaba en la misma medida que le daba la vida. Los lunes él evitaba encontrarse con su mirada en clase, cansado y apesadumbrado por los intensos días que acababan de pasar juntos. Pero, según iba pasando la semana, la abstinencia de sus caricias se iba haciendo más real, más palpable. El viernes ya estaba desesperado por tenerla entre sus brazos y se convencía de que todo estaba bien. Sí, era su alumna, pero era adulta y no estaban haciendo nada que ella no quisiera. ¿Qué tenía de malo? Así que él continuó a su lado y se convirtió en adicto de unas caricias y unas atenciones que cada vez lo enredaban más en su compleja tela de araña.

Hasta aquella noche.

El estruendo de una traca lo sacó de golpe de su ensoñación. Probablemente alguien estaría celebrando alguna boda o bautizo. En Valencia, si no se tiraban unos petardos al finalizar cualquier celebración, el acto parecía insulso, como si le faltara algo. Diego se incorporó y se quedó sentado en el banco, con los dedos enredados en el cabello, derrotado. Los recuerdos habían sido tan intensos que su cuerpo había reaccionado reclamando una piel y unas caricias que no podría volver a disfrutar. Se puso en pie y, por primera vez desde que llegó al parque, fue consciente de lo que había ocurrido. Olivia estaba muerta. Y era probable que la hubiese matado él. Seguía sin recordar nada de la noche anterior, era como si le hubieran lavado el cerebro. Se preguntó si se habrían pasado con la coca o si les habrían vendido una de mala calidad.

Pensó que no podía huir para siempre, entre otras cosas, porque no tenía ningún sitio adónde ir. Fue entonces cuando la idea de acudir a la policía comenzó a parecerle coherente. Estaba seguro de que acabarían dando con él y todo sería mucho peor. Echó a andar envuelto en sus pensamientos. De repente lo tuvo claro: iba a entregarse y a contarlo todo. Solo con pensarlo sintió un enorme alivio, hasta caminaba más ligero. Un aroma desagradable le inundó las fosas nasales. Al mirar hacia abajo, se dio cuenta de que su camisa estaba acartonada, cubierta de vómito seco y apestoso. No podía presentarse así en ningún sitio. Él era un profesor respetable y, aunque acabara detenido, lo haría con dignidad. Dirigió sus pasos hasta su

casa. Se daría una ducha, se arreglaría y después se enfrentaría a lo ocurrido en la primera comisaría que encontrara.

Diego caminaba cabizbajo, sumido en sus pensamientos y angustiado. Por eso no lo vio venir. Un poco antes de llegar al portal, una furgoneta frenó en seco a su lado, cortándole el paso. Del vehículo se apeó un hombre con un pasamontañas que le propinó un fuerte golpe en la cabeza. Él no fue consciente de cómo lo introdujeron sin miramientos en el vehículo que, a continuación, escapó a toda velocidad. Todo duró apenas unos segundos y, a excepción de un viejo chucho callejero, nadie más fue testigo de aquel ataque en una calle poco transitada a plena luz del día.

9

Dedos cercenados

ROI ESTABA CANSADO. Observó sus ojos inyectados en sangre en el espejo del copiloto y se los frotó con la esperanza de despejarse un poco. Ya había perdido la cuenta de los cafés que se había tomado ese día, pero estaba claro que necesitaba otro. Llevaba meses sin dormir bien, a menos que antes de meterse en la cama se relajara con un par de porros de marihuana. Los últimos días ni siquiera ese remedio, que siempre le había funcionado, lograba enturbiar lo suficiente sus sueños como para que las pesadillas no lo encontraran. Unas noches lo torturaban los cuerpos andrajosos de niños perdidos que lo acosaban con el fin de reprocharle la horrible vida que habían tenido lejos de sus familias, otras eran su padre y su hermano los que lo atormentaban. Pero todos sus sueños, de forma recurrente, acababan con la visión de dedos cercenados. Los suyos. Uno por cada vez que había vuelto la vista atrás y había decidido ignorar lo sucedido.

En el de la noche anterior, no tenía suficientes dedos en el cuerpo para pagar esa afrenta, con lo que la deuda pasaba a la persona más cercana a él, la que más le importaba. Entonces eran los dedos de Runa los que empezaban a peligrar. En ese momento se despertó y ya no fue capaz de volver a conciliar el sueño. En el coche, camino del Anatómico Forense, pensaba que era triste que, a excepción de su compañera, por la que daría la vida si fuera necesario, no tuviera a nadie más que le importara en realidad. Eso convertía su existencia en un patético intento de disfrutar de algo parecido a una vida, lo cual no ayudaba a salir del bucle en el que estaba metido.

Miró a Runa, que en ese momento se concentraba en aparcar. Ella también llevaba días muy callada. Sabía que algo le preocupaba, pero también que no lo iba a compartir con él hasta que ella misma lo decidiera.

Runa iba sentada al volante, pero su cabeza estaba muy lejos de allí. Cada vez que cerraba los ojos lo veía a él. Con el pelo cayéndole ligeramente sobre el rostro, acariciándole la mejilla y observándola con ese descaro que la volvía loca. Klaus se había convertido en una obsesión que no se podía quitar de la cabeza.

Llevaba tiempo valorando la posibilidad de intentar dar con él en secreto; aunque la probabilidad de lograrlo fuera tan escasa que daba risa, ella estaba dispuesta a remover cielo y tierra para conseguirlo. El hecho de que estuviera en busca y captura por la policía no facilitaba

para nada las cosas. Si era inteligente, y estaba segura de que lo era, ya debía de encontrarse fuera del país. No quedaría ningún rastro que pudiera seguir para dar con él. Lo había meditado mucho, pero siempre llegaba a la misma conclusión: Odalys Armstrong era su única opción. Pero su amor propio le impedía recurrir a la cubana. Aparcó y, tras quitar el contacto, se volvió hacia su compañero, que también había permanecido todo el trayecto en silencio.

—¿Vamos?

Él asintió, sonrió sin demasiado entusiasmo y salió del coche. Ninguno de los dos estaba con los ánimos para tirar cohetes.

En el Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses localizaron a Natalia, que estaba a punto de marcharse. La patóloga ya se había cambiado y se disponía a salir por la puerta del despacho.

—Ya no os esperaba hoy —dijo sorprendida—. Pero pasad, que os lo cuento en cinco minutos. Hemos tenido una mañana movidita.

—¿Y eso? —preguntó Runa.

—A última hora han venido los familiares de la chica. De hecho, hace nada que se han marchado —comenzó a explicar Natalia, que volvió a dejar el bolso sobre la percha de la pared y tomó asiento—. Eran el padre y el hermano, y no os imagináis la que han liado. Ha tenido que intervenir Seguridad. El padre, un hombre obeso en silla de ruedas, tiene una pierna diabética con muy mal aspecto. El hermano, que es el que ha reconocido el cadáver, es una mala bestia. Un tipo de campo, grande como un oso y con unos modales que dejan mucho que desear. El padre, en cambio, estaba como ido, no paraba de sollozar. Cuando el hombre ha reconocido a su hermana, le ha dado por romper todo lo que había a su alcance. Se ha puesto a dar golpes y manotazos de tal manera que los chicos de Seguridad se las han visto negras para reducirlo.

—Vaya. —Runa negaba con la cabeza—. Espero que no te haya hecho daño.

—Ha sido más el susto que otra cosa. Después, se ha acurrucado en el suelo junto a la silla de ruedas de su padre y se ha puesto a llorar como un niño. Y cuando ya pensaba que se había acabado todo, el hombre, Moncho se llama, va y me dice que les entregue a su hermana, que se la llevan. Y claro, ante mi negativa, vuelta a empezar con los gritos y los golpes. Solo su padre ha conseguido hacerlo callar, se ha disculpado por él y finalmente se han marchado.

—Pensábamos hacerles una visita después de hablar contigo —anunció Roi.

—Pues id con cuidado, ese hombre no parece estar en sus cabales. La noticia de la muerte de su hermana lo ha trastornado por completo.

—Descuida, lo tendremos en cuenta —afirmó Runa—. ¿Qué has podido sacar en claro de la autopsia?

—Lo que pensaba en un principio. La muerte se produjo entre las once de la noche del viernes y las tres de la mañana del sábado por una anoxia anóxica provocada por la bolsa de plástico que tenía alrededor de la cabeza, es decir, por asfixia. Solo he encontrado unas pequeñas infiltraciones hemorrágicas en la musculatura del cuello, compatibles con el método que se utilizó, aunque también con algún otro tipo de fuerza, como la realizada en un intento de estrangulamiento. De hecho, presenta dos leves marcas de presión en la piel del cuello que podrían encajar con los dedos pulgares al sujetarlo con las manos.

Natalia hizo un gesto colocando las manos y apretando sobre un cuello imaginario.

—Pero, al igual que el corte del labio —prosiguió—, creo que pudieron hacerse unas horas antes de su muerte.

—O sea, que puede que alguien la agrediera en cualquier otro momento antes de su fallecimiento —comentó Roi.

—Es posible —concedió Natalia con gesto afirmativo—. No existen más lesiones a nivel torácico, abdominal o craneal. Yo también he solicitado un análisis de ADN de las células epiteliales que tenía bajo las uñas. He tomado muestras de bilis, contenido estomacal, humor vítreo y sangre para el análisis de sustancias tóxicas y psicofármacos. Entre ellos, la escopolamina. Los de la Científica encontraron restos de una planta, que habían preparado en infusión, en la basura del apartamento de las chicas. Hace unos minutos me han comunicado que se trata de una planta llamada *Brugmansia arborea*, más conocida como trompeta de ángel o floripondio. Es una planta cuya flor en forma de trompeta contiene una alta cantidad de alcaloides, entre ellos la escopolamina, la hioscamina o la metelodina, y que provoca efectos alucinógenos. Crece en estado silvestre en cualquier lugar y también se utiliza en jardines como planta ornamental debido a sus grandes flores. El caso es que es bastante fácil de encontrar y se han dado varios casos de jóvenes que han acabado en Urgencias por una intoxicación de dichas sustancias. Se suele preparar a modo de infusión, pero su consumo es muy peligroso. Dependiendo de la dosis absorbida por el organismo, puede causar un coma e incluso la muerte.

Ambos policías asintieron ante la explicación de Natalia. No era la primera vez que habían oído hablar de aquella planta.

—Aún es pronto para daros una respuesta. En cuanto tenga los resultados os lo confirmaré, pero me atrevería a avanzar que la chica estaba bajo el efecto sedante de esa infusión o algo similar cuando le sobrevino la muerte. No hay ningún signo de forcejeo. Si hubiera estado consciente os aseguro que, con una muerte tan terrible, habría entrado en pánico, y yo hubiera encontrado algún signo de defensa.

Aunque parezca extraño, hay documentados bastantes casos de suicidios de este tipo. Yo misma he asistido a un par de autopsias, pero todas ellas tienen en común varios puntos que este caso no comparte. El primero es que, en el último momento, el instinto de supervivencia actúa siempre y los suicidas no mueren con un rostro tan apacible como el que tenía esta chica. Además, como ya os comenté, suelen utilizar esparadrapo o algún tipo de sujeción para evitar que la bolsa se suelte en caso de pérdida de conocimiento. En este caso, alguien tuvo que estar apretando la bolsa al cuello para evitar que se soltara y se filtrara el oxígeno. Ella misma no habría podido hacerlo.

—Las huellas parciales y las pocas completas que han recuperado los chicos de la Científica no son de mucha utilidad de momento —informó Roi—. Las que no pertenecen a ninguna de las dos chicas están incompletas y no sirven para el cotejo, al menos por ahora. Están intentando acentuarlas para ver si consiguen algo. Tendrán que centrarse en el ADN de las muestras de vómito y semen recogidas de las sábanas. Al parecer también se han hallado restos epiteliales en la parte de la bolsa anudada al cuello que podrían pertenecer a la persona que la sujetó.

—Sabes que un resultado positivo en ADN tampoco sería una prueba concluyente —objetó Runa—. Puede que el juez lo desestime alegando que esa persona pudo mantener relaciones con la víctima antes de su muerte o incluso haber utilizado la bolsa en otra ocasión. No es por ser agorera, pero, como no encontremos algo más, el asesino se nos escapa.

—El crimen perfecto no existe —opinó Roi—. Es imposible no dejar ni una sola pista. Las pruebas están ahí, solo hay que saber interpretarlas.

—No existe ni aun cuando estás convencido de que sí —afirmó Natalia—. Si no, que se lo digan a vuestros colegas de Alemania con el caso del fantasma que persiguieron durante décadas. ¿Os suena? Solo hace unos años que lo resolvieron.

Los dos policías negaron con la cabeza y Natalia comenzó su explicación.

—Al fantasma también lo llamaron «la mujer sin rostro». Era una asesina en serie cuyos restos de ADN se encontraron en más de cuarenta escenas de crímenes en varios países: Alemania, Austria y Francia, creo recordar. Su ADN no solo apareció en escenas de asesinatos, también en varios robos con violencia en un período de casi veinte años. El caso traía a la policía de cabeza, porque la única conexión entre todos esos crímenes era el ADN de la mujer fantasma. Muchos lo consideraron el crimen perfecto. Hasta que, en el año 2009, se descubrió que el ADN misterioso recuperado de cada una de esas

escenas pertenecía a una trabajadora de la fábrica de bastoncillos que se utilizaban para la toma de muestras.

—¡Madre de Dios! —exclamó Roi.

—¡Joder con la fantasma! —rio Runa—. ¿Nadie le dijo que utilizara guantes para no contaminar las futuras muestras?

—La policía invirtió varios millones de euros y miles de horas tratando de descubrir al fantasma. Incluso se ofrecieron recompensas de varios cientos de miles de euros para quien les ofreciera alguna pista fiable de la asesina. Por suerte, a partir de entonces se establecieron unas normas ISO para la fabricación de esos consumibles de toma de muestras de ADN.

—¡Vaya desastre! No me gustaría tener que verme en una de esas —dijo Roi.

—Lo que quiero decir es que nadie es tan infalible. Y si de verdad crees que lo es, es porque no estás enfocando el problema de la manera correcta —afirmó Natalia.

—Pues tendremos que esforzarnos en enfocarlo mejor —sentenció Runa mirando de soslayo a su compañero.

—Hay algo que es posible que no tenga importancia —añadió Natalia, que captó la atención inmediata de los policías—, pero que he pedido que analicen también. He encontrado la marca de una gota en el cristal de la esfera del reloj de la víctima. Lo más probable es que solo se trate de una salpicadura de agua o que su análisis no nos lleve a ninguna parte, pero nunca se sabe.

10

Una flor en el lodo

HACÍA RATO QUE habían pasado el pueblo de El Palmar y avanzaban a través de estrechos caminos agrícolas, rodeados de campos de arroz y acequias. El paisaje era completamente llano y solo se vislumbraban algunas construcciones aisladas a lo lejos. El arroz ya se había recogido y en los campos solo quedaba la paja resultante y los restos de la cosecha. El GPS les indicaba que continuaran en paralelo a la gran laguna central, pero pronto se dieron cuenta de que allí no servían de nada sus indicaciones. O el aparato señalaba un desvío que no existía, o el camino desaparecía, cercenado por una acequia o un canal que era imposible atravesar o, de repente, se topaban con una cadena que cruzaba la vía con un cartel de prohibido el paso. En varias ocasiones se vieron obligados a hacer maniobras para poder dar la vuelta y regresar por donde habían llegado, lo cual no hacía más que desesperar a Runa.

El paisaje, aunque pardo y de tonalidades apagadas por la época del año en la que se encontraban, seguía siendo espectacular. A su izquierda se extendía un amplio humedal repleto de cañas y vegetación del que, de vez en cuando, levantaban el vuelo un grupo de aves. Roi pudo distinguir grullas, patos y alguna que otra garza, que huían de forma precipitada y escandalosa, molestas por su intromisión. Al fondo se podía observar la gran laguna central de la Albufera, con el bonito reflejo anaranjado del sol de la tarde en sus aguas. La vida salvaje encontraba su sitio en cada uno de los rincones de aquel lugar. Solo ellos parecían desentonar con el ruidoso vehículo en medio del silencio de aquella tarde de octubre.

Siglos atrás, aquella zona de arrozales había sido cubierta de tierra para ganar en campos de cultivo, quedando por debajo del nivel de las aguas de la Albufera. Para evitar que se inundara de forma permanente, se construyeron diques de tierra y cañas. En la época apropiada, mediante la red de canales y acequias, toda la zona de cultivo se inundaba por la simple acción de la gravedad. Cuando llegaba el momento de extraer el agua, se utilizaban unas turbinas que actuaban como bombas de extracción y que se localizaban en unas pequeñas construcciones de color blanco llamadas motores.

Runa tenía un plano de la zona en el móvil e intentaba guiar a Roi por los caminos en los que suponía que debían de estar situados, porque hacía rato que se habían perdido. Cuando ya pensaban que

estaban en la dirección correcta, se encontraron con otra cadena que les cortaba el paso. Aquello los obligó a girar a la derecha por un camino que no aparecía en el mapa, alejándose de la Albufera.

—No sé si vamos a poder salir de aquí hoy —se quejó Runa abriendo la ventanilla. La tarde era calurosa y húmeda, y necesitaba respirar aire puro. Enseguida se arrepintió, porque una nube de mosquitos entró en el coche como si les fuera la vida en ello—. ¡Mierda! —gritó sacudiendo las manos para espantarlos a la par que pretendía cerrar la ventanilla para dejar a todos fuera.

—En primavera y verano es normal en esta zona, Runa. Esto es un humedal.

—¡Pues estamos en octubre!

—Pero aún hace calor, y las lluvias tampoco es que hayan ayudado.

—No sé cómo alguien puede vivir en un sitio así… aunque me parece que estamos bastante lejos de la vivienda de los Llopis.

—Pues al menos ya han prohibido la quema de la paja de arroz porque, si siguieran haciéndolo, en esta época del año no podríamos estar aquí. Pronto volverán a inundar todos los arrozales y el paisaje cambiará de nuevo completamente. Pero no puedes negarme que esto es una maravilla, un espectáculo de la naturaleza.

—Sí, si no te lo niego, pero a mí déjame en la ciudad. El campo para ti, que te gusta más. Llevo años viviendo en Valencia y nunca había tenido curiosidad por venir aquí.

—Eso es porque has venido en mala época. Un día tengo que llevarte al Tancat de la Pipa. ¿Has ido alguna vez?

—Es la primera vez que lo oigo. No sé lo que es.

—Se llama así porque el antiguo dueño de las tierras le regaló una pipa a cada uno de sus empleados para que no perdieran el tiempo liándose cigarrillos. Antes salía a correr por allí cuando tenía el día libre porque está cerca de la ciudad y me ayudaba a despejar la cabeza. Es un área de reserva, justo al otro lado de la laguna. En ella se han recreado humedales con filtros verdes para mejorar la calidad del agua, cosa que actualmente es un problema. Antes se plantaba el arroz ya crecido a mano; ahora se hace con semillas, lo que obliga a utilizar pesticidas que dañan el ecosistema. Con ese proyecto han conseguido limpiar de forma natural millones de litros de agua y están restaurando la fauna y la flora de la zona. Es un sitio muy bonito para visitar dando un paseo.

—Si me lo pintas así, tendré que pensarlo. Aunque, si luego me invitas a un arrocito, igual me convences antes.

Roi no pudo evitar reírse. Su compañera era de esas personas a las que puedes conquistar antes por el estómago que con palabras.

—Mira, ahí parece que hay alguien, vamos a preguntar.

A la orilla de una acequia bastante ancha y cubierta de cañas

pescaba un hombre sentado en una pequeña silla plegable. El agua era de color pardo y Runa hizo una mueca de desagrado al pensar qué podría salir de allí enganchado en el anzuelo. Roi detuvo el coche y ambos se apearon. El hombre debía de tener unos ochenta años, a juzgar por el número de arrugas que le surcaban el rostro curtido por el sol. Llevaba una gorra con algún tipo de publicidad que en algún momento debió de ser blanca.

—*¡Ieee!* —saludó con un gesto de la cabeza.

—Buenas tardes —saludó Roi, acercándose un poco a mirar el agua que, efectivamente, estaba bastante turbia—. ¿Se está dando bien la pesca?

—*Naah… Un parell de llises*. Poca cosa. *On van per aquests camins?* —preguntó observándolos con curiosidad—. *És fàcil perdre's si no els coneixes…*

—La verdad es que ya estamos perdidos, el GPS no ha hecho más que liarnos —añadió Roi.

El hombre rio con ganas mientras negaba con la cabeza.

—*Aqueixos aparells millor per a* la capital.

—Si no le importa, ¿podría hablar en castellano? —apuntó Runa. No es que no entendiera el valenciano y tampoco le importaba que se dirigieran a ella en ese idioma, estaba acostumbrada, pero aquel hombre pronunciaba de forma tan cerrada que le costaba seguirlo—. No soy de Valencia y me cuesta…

—Ya me he dado cuenta por la pinta. *On* van?

—Estábamos intentando llegar a la alquería de la familia Llopis. Ramón Llopis se llama el padre.

—¿El *mafiós*? *Collons!* No están lejos ni *nah…*

—¿Por qué le llaman así? —preguntó Roi intrigado. Sabía que en los pueblos de la zona era muy común utilizar motes para referirse a la gente o a las familias. Pocos se salvaban de esa costumbre y eran muchos los que heredaban ese apodo durante generaciones.

—*Fa molts anys* se decía que se ganaba el jornal de forma poco honrada —comenzó a explicar el hombre, haciendo un esfuerzo evidente por mantener su conversación en un castellano que acababa de desempolvar tras décadas en desuso—. Siempre fueron los ricos del *poble*, siempre con su Mercedes y la *millor* alquería de toda la zona. Las tierras y el *arròs* les dieron mucho dinero, pero ya no es como antes, hace tiempo que las tierras ya no te hacen rico. Aunque, como buenos *senyorets*, han de mantener las apariencias. El padre está enfermo y ya no *té* tantos aires de grandeza, y el hijo es un rucio que no sabe ni freír un huevo. Y un bruto *també*, que ha tenido muchos líos en el *poble*. Es de los que dejó la escuela para trabajar en *l'horta*. Bebe mucho, y se *trabuca* cuando habla y no hay quien lo entienda. Ahora creo que trabaja en la piscifactoría de El Palmar y *també*

paseando a los turistas con la barca por la laguna. Así gana algo de dinero, pero poca cosa, que eso no deja mucho.

Los policías escuchaban con atención, tratando de no perderse con aquel chapurreo que mezclaba términos y palabras de las dos lenguas. Mientras hablaba, el hombre no quitaba la vista del agua y movía la caña de un lado a otro para llamar la atención de algún pez. De vez en cuando, con la mano libre, se retiraba la gorra para rascarse la cabeza y volvía a calzársela con la parsimonia del que no tiene nada mejor que hacer. Junto a él, tirada en el suelo entre la hierba, había una vieja bicicleta que en un principio les había pasado desapercibida. Runa espantó una pequeña nube de mosquitos y miró a su alrededor preguntándose por qué aquel hombre habría elegido ese lugar para detenerse a pescar. Era un sitio perdido en medio de ninguna parte y no precisamente agradable.

—¿Por qué pesca aquí? —preguntó sin poder frenar su curiosidad—. No parece que haya muchos peces…

—¿Y por qué no, *filla*? —El hombre se encogió de hombros—. Salgo todas las tardes con la bici y me paro donde me parece. Este es tan buen lugar como cualquier otro.

—Creo que la familia tiene una hija… —lo interrumpió Roi para volver al tema que les interesaba. Quería saber qué opinaba aquel hombre sin pelos en la lengua de Olivia.

—¡Menuda mujer, la Olivia! Si yo fuera joven… Bonica como los ángeles y *més* lista que ninguno. Salió a su *mare*. La pobre murió de no sé qué enfermedad, pero yo creo que entre el padre y el hijo la mataron a disgustos. La *filla* es la única de la familia que ha hecho carrera. Creo que estudia en la capital, no se la ve mucho por aquí. Pero ¿por qué los buscan? ¿Ha ocurrido alguna cosa?

Runa carraspeó, no tenía ninguna gana de ponerse a darle explicaciones a aquel hombre que podría estar dándoles palique toda la tarde.

—Queríamos hablar con ellos de un negocio —improvisó sin pensar demasiado.

El hombre se olvidó por un momento de lo que estaba haciendo y miró de arriba abajo a Runa. A ella le dio la impresión de que la miraba torcido y al instante se sintió incómoda.

—¿Sería tan amable de indicarnos el camino hasta la vivienda de los Llopis? —añadió más por romper el silencio que por otra cosa—. Se nos va a hacer tarde…

El hombre le dedicó una sonrisa astuta. Estaba claro que no se creía lo del negocio, pero no insistió más.

—Nada más salir de El Palmar han que seguir *recte*. Si vuelven al *poble* y van todo *recte* un par de *quilòmetres*, no *té* pérdida. En el momento que se encuentren un motor a la derecha y una vía cortada

de frente, tiren a la izquierda otro par de *quilòmetres* hasta que se topen con una *séquia*. Síganla y en *res* darán con la alquería, que se ve de lejos.

Runa ya se había perdido antes de que el viejo terminara la segunda frase. Iba a pedirle que volviera a explicarse cuando Roi la interrumpió.

—Muchas gracias, ha sido de mucha ayuda. Espero que se dé bien la tarde de pesca.

—*De res, bon home. No em puc queixar, per a sopar hui tinc* [1] —añadió ya sin esforzarse por utilizar el castellano, haciendo un gesto de despedida con la mano.

Antes de que ninguno de los dos policías se metiese en el coche para salir de allí, el hombre ya estaba a lo suyo, concentrado en las ondas que formaba el corcho rojo que flotaba en el agua. Ni siquiera se volvió a observar cómo se marchaban. Solo habían sido un pequeño paréntesis en la tranquila soledad de su día, un incordio pasajero que no tardaría más de unos minutos en olvidar. Todo lo que no fuera el canto de los pájaros o el chapoteo del agua le estorbaba. Cuando el sonido del coche por fin se extinguió, miró al cielo y calculó que aún le quedaba una hora antes de recoger. Se acomodó en la silla, respiró hondo y el estómago le gruñó de regocijo. Sacó una manzana de la bolsa que tenía en el suelo y empezó a cortarla en trozos con una pequeña navaja. Saboreó el primer bocado cerrando los ojos, como si de un manjar se tratara. Entonces sonrió, tenía toda una hora de deleite por delante.

A Roi y Runa aún les costó llegar al pueblo, puesto que se vieron obligados a volver sobre sus pasos en un par de ocasiones. Pero, una vez alcanzado el punto de partida, todo fue más fácil. Siguiendo las indicaciones que les había dado el pescador, enseguida llegaron a la acequia y en unos minutos ya estaban recorriendo el camino que llevaba directamente a la vivienda de los Llopis. Se trataba de una gran alquería rodeada de árboles en medio de los campos de arroz; su presencia se asemejaba a un oasis surgiendo en medio del desierto. La casa debía de tener varios siglos de historia y, aunque no se la veía descuidada, empezaba a dar muestras de haber vivido tiempos mejores. Eran cosas sutiles pero evidentes, como el barniz desconchado de las contraventanas, el terreno levantado por las raíces de un gran pino centenario que daba sombra al edificio principal o la gran grieta que recorría la chimenea, y que precisaba un arreglo urgente.

Dos perros guardianes salieron a su encuentro. Ladraban al vehículo con fiereza desmedida al tiempo que mostraban a los visitantes unas fauces amenazadoras llenas de babas, dejando muy claras sus

intenciones si alguno de los dos se atrevía a bajar. Roi aparcó frente a la entrada justo cuando la gran puerta de madera se abrió. Salió a recibirlos un gigante de casi dos metros, panzudo y desgarbado, que sujetaba un cigarro consumido entre los labios. Por su aspecto, ambos imaginaron que se trataba de Moncho, el hermano de Olivia. El hombre reprendió a los perros con un grito y estos se transformaron al instante en dos fieles mascotas que se acercaron a él con entusiasmo y un acelerado movimiento de colas.

—¡Pueden salir! —les gritó a los recién llegados con un ademán. Los policías, aún reacios a creerse el cambio de actitud de los cánidos, se miraron indecisos antes de bajar del coche con cautela.

—Buenas tardes —lo saludó Runa—. Somos los subinspectores del Grupo de Homicidios: Runa Østberg y Rodrigo Melgar. ¿Podríamos hablar un momento con usted y con su padre?

—Si vienen por lo de esta mañana, siento haber perdido los nervios…

—No se preocupe, no es por eso. Necesitamos hacerles algunas preguntas sobre Olivia.

—Mi padre está enfermo. Le estoy dando los calmantes que le ha recetado el médico; esta desgracia ha sido un golpe muy fuerte para él.

—Solo será un momento. Comprenda que cualquier detalle, por insignificante que parezca, puede servirnos para dar con el asesino de su hermana.

El hombre lo pensó un momento antes de arrojar el cigarrillo al suelo y hacerse a un lado para dejarlos pasar. Los perros se quedaron fuera, observando a los dos extraños entrar en el edificio sin mostrar agresividad alguna, pero pendientes en todo momento de la actitud de su amo. Roi sintió un escalofrío y no pudo evitar buscar con la mano el arma al ser consciente de que un simple gesto del gigante serviría para que los dos perros los destrozaran.

La entrada estaba formada por un gran espacio con suelos de mármol, decorado con varios cuadros de proporciones considerables y anchos marcos repujados de color dorado. En ellos se representaban escenas de la huerta y de labradores sembrando arroz mediante el método tradicional, en campos inundados. Al frente nacía una gran escalera, con balaustrada de madera, que se separaba en dos brazos a ambos lados para dar acceso a la planta superior. Moncho hizo que lo siguieran hasta una sala contigua que debía de hacer las veces de salón, donde había varios sofás anticuados colocados frente a una gran chimenea cuya pared ennegrecida por el humo desvelaba décadas de uso. En un rincón descansaba una mesa camilla forrada con unos faldones de color verde descolorido y dos sillones orejeros de cuero enfrentados. Sobre la mesa, papeles desordenados, un plato con restos

de comida, una botella y un vaso de vino a medio terminar.

Daba la impresión de que aquel era el rincón más utilizado de la casa. Una enorme televisión plana emitía algún programa vespertino de tertulias en el que los integrantes trataban de hablar todos a la vez, creando un alboroto considerable. Moncho alcanzó el mando para apagar el aparato y los hizo tomar asiento en los sofás. Runa sintió en los dedos la espesa capa de polvo que los cubría nada más acomodarse en uno de ellos; hacía tiempo que nadie se había molestado en pasar un trapo por aquellos muebles. Si miraba a su alrededor podía notar la misma decadencia y dejadez en cada rincón. Antes de que ninguno de los tres rompiera el silencio, se escucharon unos gritos.

—¡Moncho! ¿Quién ha venido? ¡Ayúdame a levantarme!

El aludido no disimuló su crispación.

—Ya lo han despertado —gruñó de malos modos antes de arrastrar su gran envergadura fuera del salón—. Esperen aquí un momento.

Al poco volvió a aparecer empujando la silla de ruedas de su padre. Un hombre obeso, con rostro hinchado y demudado por el dolor, que los miraba con más desprecio que interés.

—¿Para qué han venido? Ahora ya no los necesitamos para nada… —ladró con una voz ronca que le provocó una tos flemática y desagradable.

—Sentimos mucho lo ocurrido —se adelantó Runa incorporándose —. Ya no podemos hacer mucho por su hija, pero haremos todo lo que esté en nuestra mano para que la persona que le hizo eso pague por ello.

Ramón, el padre de Moncho, se llevó las manos a la cara y comenzó a sollozar.

—¡Mi niña…! —dijo entre hipidos—. Era lo más bonito que tenía, una flor que daba alegría a esta casa. Sin ella…

El hombre continuó sollozando mientras su hijo le daba unas palmaditas en la espalda para consolarlo. Runa miró a su alrededor y se preguntó cómo encajaba Olivia en aquella vivienda desatendida y con una familia así. Conviviendo con dos hombres rudos criados en el campo y para el campo que no aparentaban tener demasiadas luces.

—¿Olivia vivía aquí cuando no estaba estudiando?

—A ella cada vez le gustaba menos esto —aseguró Moncho después de colocar la silla de su padre junto a la chimenea. A continuación, se dejó caer en el sofá, que protestó con un crujido amenazador—. Decía que aquí se aburría miserablemente y hacía ya varios años que vivía de alquiler en la ciudad. A mí nunca me gustó la idea. Si fuera por mí nunca se habría ido, pero ella siempre lograba salirse con la suya. No tenía más que ponerle a su padre carita de pena y él se desvivía con lo que le pidiera.

—Deja de hablar como si yo no estuviera aquí —le reprochó Ramón

tras sonarse los mocos—. Sabes tan bien como yo que era un ángel. Toda belleza y personalidad, como su madre. Seis años tenía mi Oli cuando nos dejó. Moncho ya había superado los veinte y para él fue distinto, pero sé que también la extrañó mucho. Contraté a una chica para que la cuidara, bastante tenía yo con la pena y la faena del campo, que por aquel entonces era mucha y muy dura. Cuando se hizo un poco mayor la llevé a un internado hasta que cumplió los quince. Este no era un buen lugar para ella, lo suyo eran los estudios. Y hace unos años quiso dejarlo y vivir en un piso de estudiantes. Al principio me costó decidirme. Me daba miedo por lo pequeña que era aún, pero es cierto que siempre fue una niña muy adelantada para su edad, muy inteligente. Sabía cuidarse sola… —La voz de Ramón se quebró cuando le sobrevino de nuevo el llanto.

—¡Pues más miedo le tenía que haber dado! —exclamó el hijo, exhalando humo por la boca al hablar.

Runa no disimuló su irritación. Odiaba a la gente que le daba una calada al cigarro y en vez de expulsar el humo antes de hablar, lo iba soltando poco a poco entre las palabras, como uno de esos efectos teatrales que ambientan los escenarios.

—¡Bueno, ya está bien! —gritó el padre entre lamentos—. ¡No es momento de cargar a nadie con la culpa!

—¿Sospechan de alguna persona que pudiera querer hacerle daño? —intervino Roi para romper el ambiente enrarecido que se había creado.

Ramón negó con la cabeza, y Moncho tampoco hizo ademán de contestar.

—Aún no me explico cómo han podido hacerle algo así a mi niña…

Los sollozos volvieron y Roi siguió con las preguntas.

—¿Tienen conocimiento de que Olivia se viera con alguien? Me refiero a si sabían de algún novio u otra persona que pudiera ser algo más que un amigo para ella…

Padre e hijo hicieron un gesto negativo al mismo tiempo.

—Es importante cualquier dato que puedan ofrecernos. Quizá nos lleve a dar con el culpable.

Silencio de nuevo.

—Parece ser que su hija salía con uno de sus profesores, que actualmente está en paradero desconocido —explicó Runa—. En estos momentos es nuestro principal sospechoso.

Moncho se puso en pie de un salto, sobresaltándolos a todos.

—¡*Fill* de puta! ¡¿La mató un profesor?!

—Tranquilícese —le sugirió Runa con un gesto apaciguador de las manos. Recordaba lo que les había contado Natalia y no tenía la menor intención de soportar otro ataque de ira de aquel gigante—. No he dicho eso. Es lo que estamos intentando averiguar.

—¿Por qué querría matarla un profesor? —casi susurró Ramón.

—No sabemos si eso fue así. Mientras no podamos hablar con él y saber qué ocurrió, no podemos afirmarlo —señaló Roi.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaron con Olivia? —preguntó Runa, que intentaba redirigir el hilo de la conversación. No podía quitarse de encima la sensación de que aquellos dos ocultaban algo, o que, al menos, no lo estaban contando todo.

—Creo que fue el mismo viernes a mediodía cuando me llamó —informó Ramón, emitiendo un escandaloso suspiro que parecía salir de las profundidades de una caverna—. Me dijo que este fin de semana se quedaba para estudiar, pero que vendría al siguiente. No noté nada raro. Estaba como siempre…, contenta y cariñosa.

—¿A qué se dedican ustedes? ¿Siguen cultivando arroz?

—El arroz es nuestro medio de vida, sí —afirmó Ramón—. Ya no es como antes, pero deja bastante dinero. Mi hijo echa alguna hora en la piscifactoría y pasea turistas por la laguna cuando le sale alguna excursión. Pero más que nada para sus caprichos.

—A nadie le va mal un dinerito extra —confirmó Moncho con una sonrisa condescendiente semioculta entre una nube de humo.

Runa pensó que aquello no debía de ser del todo cierto, a juzgar por lo que veía a su alrededor. Como les había dicho el pescador, aquella familia parecía tener problemas con sus cuentas, por mucho que trataran de disimularlo. Si de verdad les sobrara el dinero, la casa no mostraría tanta decadencia. Era evidente que ni siquiera tenían personal de limpieza, aunque este se necesitaba con urgencia. Tampoco encajaban en el perfil de esos ricachones tacaños que guardan y guardan, y acaban muriendo en la miseria con sus cuentas a rebosar en el banco. Debía de resultar un golpe tremendo para su orgullo el haber dilapidado su fortuna y que aquello acabara siendo de dominio público.

Runa posó la mirada en el padre, que apenas podía valerse por sí mismo, sentado en su silla de ruedas y con aspecto derrotado. Después observó con detalle al hijo, un hombre tan desagradable como corpulento. Por un momento sintió lástima de Olivia, que debía de ahogarse como una flor en el lodo con el funesto ambiente familiar que creaban aquellos dos. Ella hubiera hecho cualquier cosa para escapar de aquel nido de suciedad y decadencia. Cualquier cosa.

11

Secretos

Fin de semana, 23-25 de septiembre. Rebeca

CUANDO SE BAJÓ del tren, en el andén la estaba esperando Juan José, el sobrino de Candela, la asistenta de la familia. Era un hombre bajito y rechoncho que andaba de una manera extraña, impulsando todo el cuerpo hacia un lado y otro para acompañar a las piernas, como si estas estuvieran soldadas a la cadera. El pelo negro azabache, la tez oscura y unos ojos pequeños de mirada huidiza le conferían un aspecto que a Rebeca no le agradaba. Le daba la impresión de que la observaba como si supiera algún secreto sobre ella que pudieran utilizar en su contra en cualquier momento.

Candela llegó a la casa cuando Rebeca era apenas un bebé. Era de Colombia, país del que huyó cuando mataron a su hijo y al que no tenía intención de regresar. Comenzó a trabajar para la familia y con el tiempo acabó formando parte de ella. Rebeca no concebía la vida en Villa Jacinta sin aquella mujer, era como su segunda madre. Si echaba la vista atrás, en su memoria atesoraba más momentos buenos con ella que con su madre o su abuela, con las que nunca jugó y a las que jamás confesó sus secretos. Porque para eso siempre estaba ahí Candela.

Cuando llevaba años trabajando para la familia, Candela le pidió ayuda a Pía para sacar a su sobrino de Colombia. Estaba metido en líos con las FARC [2] y su vida corría peligro. Pronto, Juan José pudo salir de aquel país y se trasladó a Villa Jacinta para vivir con su tía. Ambos tenían sus dependencias en una de las alas del enorme edificio, destinada en exclusiva para ellos. Juntos, pero no revueltos, como decía Juliana. Juan José trabajaba para la familia y se encargaba de gestionar los trabajos de las tierras. Contrataba temporeros cuando era necesario y supervisaba a los que se dedicaban a procesar el vino en las bodegas. También se responsabilizaba del mantenimiento de la casa.

Como de costumbre, se saludaron al verse y ninguno de los dos abrió la boca en los diez minutos que se tardaba en recorrer el trayecto desde la estación a la casa familiar. Rebeca apenas había cruzado con él unas pocas palabras en toda su vida. Algo incómoda por el silencio que se imponía al ruido del motor, alzó la mirada y se encontró con unos ojillos oscuros que se clavaban en ella a través del

espejo retrovisor. Se sintió incómoda, como si fuera una pieza de caza ante un depredador. Carraspeó, se revolvió en el asiento y se puso a mirar el móvil para evitar tener que decirle nada; no se atrevía. Ese hombre le daba grima. Pero en su casa era otro más de los acogidos a los que su madre y su abuela protegían, cosa que ella debía respetar. Porque Juan José no era el único. Hacía un par de años que su abuela había hecho un hueco en la familia a dos chicos un poco mayores que ella, Nadia y Xisco. Eran hijos de unos conocidos suyos que, al parecer, habían muerto en un desgraciado accidente. Su madre, siempre dispuesta a ayudar a los necesitados, se había mostrado encantada con la decisión de Juliana. En aquel asunto había algo que a Rebeca no le acababa de encajar. Ninguno de los dos parecía triste por la trágica pérdida de sus padres, y ya eran mayores de edad, por lo que podían buscarse la vida por sí mismos sin necesidad de una acogida. Pero allí nadie se atrevía a discutir las decisiones de la abuela, y mucho menos ella.

Xisco y Nadia convivían con ellas y todos trataban de aparentar que formaban parte del clan familiar. Aunque Pía solía decir que eran los hermanastros de Rebeca, Juliana se encargaba a menudo de marcar la línea para que tuvieran claro que su estirpe solo estaba formada por tres integrantes. Eso sí, no les faltaba de nada. Xisco, un chico de ojos vivos de un intenso color azul y un rostro pecoso y pálido, resultó ser un cerebrito al que le encantaba la informática. Sin ayuda de nadie, había montado los sistemas de alarma de la casa y había colocado sensores en los diferentes cercados, en la bodega y en la nave en la que almacenaban el tractor y el resto de útiles del campo. Habían sufrido más de un robo y nadie quería que se repitiera. En su habitación había varios ordenadores y diferentes aparatos que Rebeca ni siquiera intuía para qué podrían servirle. El caso era que, de alguna manera, ganaba bastante dinero en internet. Ella había tenido una conversación con su madre, preocupada por si Xisco pudiera estar metido en algún negocio sucio, pero Pía siempre lo defendía, alegando que era un chico muy listo que sabía sacar partido a su inteligencia.

A Rebeca no le caía mal, aunque tampoco es que tuvieran demasiada relación, porque la mayor parte del tiempo él lo pasaba en su cuarto, tecleando. Nadia tampoco parecía mala persona, pero nunca tuvo la intención de acercarse a Rebeca, tener una conversación seria con ella o compartir algún momento importante entre chicas. Aunque jamás le había dado problemas a la familia, era de carácter un tanto esquivo y reservado, no le interesaba hacer amistades. Solo se la veía feliz con Xisco, no parecía necesitar a nadie más en su vida. Rebeca hubiera jurado que podía identificar ciertos rasgos gitanos en aquella chica de piel oscura, ojos negros como un pozo sin fondo y pelo azabache. Su físico no podía ser más diferente al de Xisco, no

parecían hermanos.

Mucho antes de llegar, Rebeca vislumbró los viñedos de su familia, que parecían extenderse hasta el infinito. Vivían a un par de kilómetros de Titaguas, el municipio al que pertenecía Villa Jacinta, la finca que habían heredado del abuelo, el padre de Juliana, cuyo nombre se había puesto en honor a la difunta madre de esta. Más allá de las grandes extensiones de vides se divisaban frondosos bosques de pinos y encinas que acababan en las escarpadas riberas del río Turia. La localización entre montañas de los viñedos de la zona, a una altitud considerable, les proporcionaba un microclima que producía uno de los mejores vinos con D. O. de Valencia.

Rebeca bajó un poco la ventanilla y respiró el aire del campo, que al instante le llenó los pulmones e hizo que se sintiese mejor. Hacía unas semanas que un ejército de hombres había llevado a cabo la vendimia y las plantas ya se preparaban para pasar el invierno. Se vio a sí misma de pequeña, corriendo entre las cepas con su vestido blanco de volantes y molestando a los jornaleros con la excusa de ayudar en la recogida de la uva, siempre bajo la atenta mirada de Candela, que no la perdía de vista ni un instante.

Entonces era feliz. En la casa habitada más cercana vivían unos ganaderos, el padre y tres hijos, que se dedicaban a la cría de ovejas, pero estaban demasiado lejos como para poder llamarlos vecinos. En resumidas cuentas, estaban prácticamente aislados. Aquella era una cualidad que siempre le había gustado. Estar en constante contacto con la naturaleza, alejada del bullicio de la ciudad e incluso del pueblo que, por mucho que no llegara al medio millar de habitantes, le seguían pareciendo demasiados. Pero, al ir creciendo, aquella soledad se volvió su enemiga y acabó por ahogarla.

Cuando llegaron, solo Candela, con sus rulos perpetuos en la cabeza y el delantal atado a la cintura, salió a su encuentro. La abrazó sin darle tiempo a soltar la maleta.

—¿Cómo está mi niña? —La apartó unos instantes para poder mirarla mejor—. No tienes buena cara…

Rebeca volvió a requerir el contacto de su cuerpo y permaneció unos instantes entre los brazos de Candela, su Tata, como la llamaba de manera cariñosa desde que era pequeña. Entre aquellos prominentes pechos y contundentes brazos se sentía reconfortada y arropada. Cerró los ojos e inspiró su característico olor, que al instante la transportó a los mejores días de su niñez. Era un aroma mezcla de pan recién hecho, campo y unas ligeras trazas de jabón que la embriagaba.

—Estoy bien, Tata. Solo un poco cansada.

Juan José aparcó el coche y pasó por delante, dispuesto a seguir con sus cosas. Hizo un gesto con la cabeza para saludar a su tía y

desapareció por el largo pasillo.

Candela la besó en la cabeza y le dio un par de golpecitos en el hombro.

—Lo que necesitas es una buena comida, que a saber qué demonios coméis ahí, tan solitas, en la ciudad. Además, no creas que no me he dado cuenta de que cada vez te cuesta más venir. —La mujer bajó la voz y habló casi en un susurro—: Y Juliana también, que el fin de semana pasado la escuché echando sapos y culebras por la boca cuando no viniste.

Rebeca frunció el ceño, contrariada al pensar que tendría que soportar el sermón de su abuela.

—Vamos, ven a la cocina, que seguro que tienes hambre. Estaba preparando una coca de *llanda* [3] solo para ti, pero, si no ponemos cuidado, entre unos y otros no te dejan ni las migas.

Candela tiró de ella y la arrastró hasta la cocina. Rebeca se dejó llevar con una sonrisa en los labios; ya podía percibir el aroma que salía del horno, aún caliente.

Juliana estaba sentada a la gran mesa rectangular de la cocina, tomándose un té. La miró de hito en hito cuando entró sonriente detrás de Candela y esbozó una mueca de desagrado que a Rebeca no le pasó desapercibida. Aunque estuvieran en el campo y ese día no fuera a encontrarse con nadie, Juliana siempre iba bien vestida y perfectamente peinada, con un recogido a la altura de la nuca del que escapaba algún rebelde mechón gris. Su cuerpo enjuto y pequeño se adivinaba a través de sus vestidos elegantes. Solía usar los trajes de principios del siglo pasado de su madre, que había conservado intactos y que le sentaban como un guante. Incluso había mandado confeccionar de nuevo otros idénticos a los que ya estaban demasiado desgastados por el uso y el paso del tiempo. No le importaban los comentarios ni las miradas curiosas de la gente con la que se encontraba en las contadas ocasiones que salía de los dominios de Villa Jacinta. Desde luego era una mujer que llamaba la atención y que imponía respeto con su sola presencia. Ahí sentada, en la antigua cocina con techos de vigas de madera y suelos de cerámica, el tiempo parecía haberse detenido y su figura no desentonaba en absoluto.

—Buenas tardes, abuela —la saludó Rebeca al entrar. Se acercó y le dio un beso en la arrugada frente.

Ella frunció la nariz y le dedicó una mirada severa. Ni le devolvió el beso ni correspondió a su saludo.

—¿Y mamá? ¿No está por aquí?

—Se ha acercado al pueblo, creo que tenía que ir a la iglesia —respondió Candela mientras colocaba sobre la mesa el bizcocho—. Aún está un poco caliente, pero vamos, que si quieres le puedes hincar el diente ya —dijo con la satisfacción reflejada en las rubicundas

mejillas mientras lo cortaba en pequeñas porciones.

—No deberías preparar tanto dulce —le reprochó Juliana tras beber un sorbo de su taza—. A la niña le sobran unos cuantos kilos. Además, la malcrías.

Rebeca arrugó la nariz con desagrado, aunque tampoco le afectó demasiado su crítico comentario, porque ya estaba acostumbrada a la lengua avinagrada de su abuela. Estiró la mano y eligió el trozo más grande, se lo llevó a la boca sin demora y emitió un gruñido de placer al saborearlo.

Juliana negó con la cabeza y rodeó la taza con sus huesudas manos.

En ese momento entró Nadia en la cocina y se precipitó hasta la mesa para hacerse con una ración de la coca de *llanda*.

—¡Llevaba un rato oliéndola y ya no he podido resistirme más! ¡Qué buena!

—Hola, Nadia —saludó Rebeca.

—*Uhmmla* —correspondió ella a dos carrillos.

Juliana apartó la mirada de la taza y se dirigió a la recién llegada.

—¿Habéis acabado con eso? —Estiró la cabeza para mirar a Nadia y dejó a la vista un fino y largo cuello lleno de surcos, que a Rebeca le recordó al de una vieja gallina desplumada.

—Hecho —respondió la apelada con un gesto de asentimiento. A continuación, se metió otro trozo en la boca y cogió tres o cuatro más antes de volver a salir de la cocina.

—Ya te he dicho que, si no espabilas, no lo pruebas —rio Candela, que en el fondo estaba encantada con el éxito de su bizcocho—. Mañana había pensado hacer unas rosquillas de anís…

—¿De qué hablabas con Nadia? —la interrumpió Rebeca para dirigirse a su abuela, intrigada por la actitud de esta.

Juliana la miró en silencio con los ojos entrecerrados. Candela percibió la tensión y se volvió para dedicarle toda su atención a los cacharros del fregadero. Entonces, Rebeca alzó los hombros con gesto inquisitivo, molesta por el rostro impertérrito de su abuela.

—Tenemos que hablar —sentenció Juliana.

Rebeca tragó saliva. No le gustaba nada el tono que acababa de emplear su abuela con ella. Se avecinaba tormenta.

—Tu ropa huele a humo y tienes unas ojeras como si hubieras estado dos días de fiesta. ¡Y el curso no ha hecho más que empezar!

—No sé…, debo de estar incubando algo —improvisó Rebeca con la mirada perdida en la ventana, que ya dejaba entrever los rojizos tonos del ocaso.

—¡No te atrevas a dudar de mi inteligencia, impertinente! ¡Y menos en mi propia cara!

—Abuela, yo…

—No quiero que vuelvas a pasar un solo fin de semana fuera de

casa. ¿Entendido?

Rebeca asentía con la cabeza, esta vez con los ojos clavados en las zapatillas. Su mente viajaba una y otra vez al recuerdo de los labios de Olivia entre los suyos y se veía obligada a parpadear con fuerza para desechar esos pensamientos de su cabeza por temor a que Juliana olfateara su rastro.

—Fui yo la que convenció a tu madre para que no te metiera en una residencia cuando me lo pediste. De verdad que estaba convencida de que te iría bien para que aprendieras a sacarte las castañas del fuego tú sola y acabaras de transformarte en una mujer hecha y derecha.

—Lo sé…

—¡Pues demuéstrame que no me equivoqué o se te acabaron los estudios!

Juliana no gritaba. No le hacía falta. El tono que empleaba y la certeza de que todo lo que decía se cumplía eran más que suficientes.

—¿Qué pasa? —La voz inquisitiva de Pía aflojó la presión que Rebeca sentía sobre las sienes, y solo entonces pudo volver a respirar. Era como si su abuela tratara de penetrar en su cabeza a golpe de mirada, con esos ojos verdes vidriosos que a simple vista podrían parecer delicados, pero que poseían una energía capaz de arrastrar hasta sus pies a las más férreas voluntades.

—Hola, mamá —farfulló casi sin aliento.

Pía entró en la cocina acarreando una de las capillas portátiles que iban rotando por los domicilios de los feligreses más devotos del pueblo. Se trataba de una urna de madera que contenía la imagen de algún santo o una virgen, con una ranura en su base para depositar limosnas. Años atrás la imagen solo permanecía un día en cada casa debido al gran número de creyentes que la solicitaban, pero pocos eran ya los que seguían manteniendo esa tradición. Rebeca sospechaba que, además de su madre, solo tres o cuatro mujeres mayores del pueblo lo hacían.

Pía colocó la urna en uno de los muebles bajos de la cocina y abrió sus pequeñas puertas de madera para dejar la imagen de una virgen a la vista. Sacó de un cajón una vela de té, la encendió y la puso frente a la pequeña capilla. Susurró unas palabras frente a ella y se santiguó. A continuación, se acercó a las dos mujeres y le dio un beso a su hija.

Era una copia de Rebeca, pero curtida por los años. Aunque la había tenido muy joven, el tiempo no había sido demasiado benevolente con ella. El mismo tono blanquecino de piel, los mismos mofletes generosos que se sonrojaban con cualquier cambio de temperatura, el mismo cuerpo de naturaleza rolliza, y el mismo cabello moreno y lacio que solía llevar recogido en una coleta o un moño. Solo en la forma de vestir eran polos opuestos. Pía, con sus sempiternas faldas de tubo de todos los colores y sus chaquetas de botones a juego, contrastaba con

el *look* más juvenil y desenfadado de su hija, que solía utilizar siempre vaqueros y camisetas o sudaderas anchas.

—¿Estabais discutiendo? —preguntó dirigiéndose a Juliana, que apuraba el té y se levantaba dispuesta a marcharse.

—Ya está todo dicho —sentenció esta con gesto agrio—. No hay nada más que hablar.

Juliana salió envarada de la cocina, como siempre que algo la contrariaba, con la cabeza bien alta. Todos callaron hasta que su pétrea presencia desapareció tras ella y la atmósfera se aligeró. Rebeca se preguntó una vez más si su abuela siempre había sido así o si, como le había explicado su madre, la muerte del abuelo, antes de que ella naciera, la había consumido por dentro hasta reducir su alma a un seco amasijo de sentimientos.

—Ya sabes que no te conviene irritarla. —Sacudió el dedo índice ante la cara de su hija a modo de amonestación.

—Pero si no he hecho nada malo…

—Ya la conoces. No le agradó que no vinieras el fin de semana pasado, cree que podrías desviarte del camino correcto y yo, por una vez, estoy de acuerdo con ella. Tiene sus contactos en la ciudad y alguien le ha ido con el cuento de que os vieron por la calle a ti y a tu compañera de piso en actitud un poco… frívola.

—¡¿Qué?! —exclamó Rebeca. De repente el corazón parecía haberle escalado desde el pecho hasta la garganta. Recordó ir por la calle hablando y riendo despreocupada con Oli al regresar a casa después de tomar algo en un bar. En algún momento puede que se abrazaran o incluso que caminaran sujetas de la mano. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que alguien pudiera verlas, y mucho menos que su actitud diera que hablar. Si algo tan inocente había provocado un enfado así en su abuela, no quería ni imaginar qué pasaría si supiera lo demás—. O sea, que ahora tiene espías. ¡Lo que me faltaba!

—¿Es cierto lo que le contaron?

—¿Que salí con una amiga, nos reímos y lo pasamos bien? Pues sí. ¿Qué tiene de malo eso?

Pía la observó con los ojos entrecerrados, como si estuviera valorando la respuesta de su hija.

—¡Es que siempre estáis igual! ¡No confiáis en mí! Sabes que nunca os he dado problemas y estoy sacando la carrera con muy buenas notas. ¿Qué más tengo que hacer?

—El mundo está lleno de maldad y tentaciones, hija. Hasta hace nada estabas protegida viviendo bajo este techo, con nosotras. Ahora eres tú la que tienes que aprender a defenderte. Todas las noches rezo por ti para que no te ocurra nada.

Por suerte, Rebeca se mordió la lengua a tiempo antes de decirle que se podía meter sus rezos por donde le pareciera.

—¿Y qué hay de Nadia y Xisco? Porque Xisco aún trabaja para la familia y gana algo de dinero, pero ¿qué hace Nadia? Desaparece durante horas y nadie le hace reproches; no estudia ni trabaja. Y jamás le decís nada. ¡No es justo!

—Está buscando trabajo, Rebeca. Pero no es fácil, dale tiempo.

—Pues algo no me cuadra, porque lleva años intentándolo. O tiene muy mala suerte o le viene fenomenal no encontrarlo…

Pía alzó las cejas ante el gesto escéptico de su hija. Nunca le había gustado discutir, y menos con ella.

—Anda, sube a deshacer la maleta y ponte cómoda, que yo tengo que hablar con Candela.

Rebeca le hizo caso, aunque solo fuera por no seguir con el tema. Subió la escalera de madera, como tenía por costumbre desde que podía recordar, evitando las zonas de cada escalón que crujían con el peso de su cuerpo. De pequeña le encantaba jugar a subirla o bajarla por completo sin que sonara ni una sola vez y, tras años de explotar el mismo juego, era toda una experta. Cuando pasó junto a la habitación de Xisco, escuchó a sus hermanastros hablar al otro lado de la puerta, que había quedado entornada. Lo hacían en voz muy baja, casi susurrando. Se detuvo y acercó la oreja con mucha cautela.

—Necesito acabarlo antes de mañana o la vieja me mata —susurró Nadia—. Se me ha caído y se me ha roto sin querer. He tenido que volver a empezar.

—Pues mañana tiene que estar listo para el envío. Ya se ha hecho parte de la transferencia —respondió Xisco.

—Esta noche, cuando todos duerman, volveré para acabar el trabajo…

Rebeca escuchaba atónita en silencio, intentando dilucidar qué se traían entre manos aquellos dos cuando la puerta del cuarto de su abuela se abrió. Rebeca soltó una pequeña exclamación y continuó el camino hasta el dormitorio, tratando de disimular su semblante contrariado al cruzarse con Juliana. Antes de entrar se volvió y vio que Nadia se asomaba por la puerta de su habitación y le dedicaba una gélida mirada.

12

Un cebo apetitoso

EL TEMA ESTABA llegando a un punto preocupante. No era solo que Runa no pudiera quitarse de la cabeza a Klaus en todo el santo día, sino que, además, últimamente hasta soñaba con él. Y si al menos se tratara de sueños agradables, podría estar hasta bien. Pero no. Su cabeza se empeñaba en ambientar los sueños en los que aparecía él de forma tenebrosa, y a la mañana siguiente se despertaba con una sensación de desasosiego que le oprimía el estómago durante horas. En el último aparecían los dos desnudos y cubiertos de sangre. Runa quería tocarlo y estiraba un brazo tembloroso hacia él, pero nunca llegaba a alcanzarlo porque algo lo arrastraba para alejarlo de ella. En la mirada de Klaus podía ver la súplica. Sus ojos le rogaban que no lo dejara, que luchara por él. Pero ella era incapaz de moverse, y finalmente el cuerpo del hombre convulsionaba hasta deshacerse en cenizas rojas.

Sentada frente al ordenador, Runa sacudió la cabeza para arrancarse aquella odiosa imagen de la memoria. No entendía por qué un simple sueño podía perturbarla tanto. Nunca les había dado demasiada importancia a las pesadillas, y, sin duda, las había tenido mucho peores.

Estaba sola en el despacho, y aprovechó el momento para acceder a la base de datos de la Interpol y tratar de dar con alguna pista que pudiera llevarla hasta Klaus. Tras unos minutos de frustración ya sabía que su búsqueda no sería fructífera. Poco antes había tenido una escueta y discreta conversación con Marcelino Climent, el jefe de la UCRIF [4], con la excusa de que necesitaba información para contrastar ciertos aspectos que podrían tener similitudes con un nuevo caso que tenían entre manos. Él le confirmó que Klaus seguía en busca y captura, acusado de un posible delito de tráfico de personas e inmigración irregular. No tenían noticia alguna de su paradero ni de los otros dos implicados en el caso por el que preguntaba, aunque sospechaban que ninguno de ellos había salido de España. Runa pensó en Vila y en lo bien que se le daba rastrear por las redes en busca de cualquier tipo de información, y por un momento se sintió tentada a pedirle que lo buscara. Pero no podía justificar sus intenciones, así que esa opción también quedaba descartada.

Cerró los ojos y suspiró. Solo le quedaba una alternativa, una que llevaba días postponiendo porque las probabilidades de éxito eran casi

nulas, por no hablar de que dejaría un rastro claro en el sistema informático. Se arriesgaba a que la pillaran, pero tenía que hablar con Odalys. Estaba segura de que esa bruja, aún desde la cárcel, sabría dónde encontrar a Klaus.

LA ESPERA SE le hizo eterna en la cabina de la cárcel de Picassent, mientras aguardaba a que Odalys Armstrong se personara al otro lado del grueso cristal. Dentro del pequeño cubículo hacía calor y podía percibir un molesto olor a sudor rancio que le hizo pensar que su último ocupante no daba demasiada importancia a la higiene. A través de los cristales laterales podía ver otras cabinas. En una de ellas, una mujer gesticulaba con ímpetu mientras se recogía la larga melena negra en una coleta improvisada; parecía bastante enfadada. Runa trató de abanicarse con la mano al notar que una gota de sudor le recorría el escote, perdiéndose entre los pliegues de su camiseta. En momentos como aquel se alegraba de llevar el pelo rapado.

Se recostó en la silla de plástico en la que estaba sentada, apenas tenía sitio para estirar las piernas ahí dentro. Trataba de encontrar una postura más cómoda cuando la vio llegar. Había adelgazado, pero seguía teniendo el mismo aspecto exótico y atractivo de siempre. Sus movimientos eran precisos, carentes de vacilación, incluso le pareció adivinar cierto postureo en su sensual modo de andar. Su negra piel brillaba a la luz de los focos y se había recogido las trenzas en un gran moño sobre la cabeza.

En los informes que le habían proporcionado al entrar se aseguraba que, pese a no llevar mucho tiempo en prisión, se había hecho respetar entre las demás internas. Eran muchas las que la temían y más aun las que la seguían como una de las líderes más fuertes del grupo de mujeres. Con toda seguridad, no era de las más corpulentas, probablemente ni siquiera de las más agresivas, pero su alto coeficiente intelectual destacaba allí dentro como un brillante encastrado en una roca. No era conflictiva, no lo necesitaba, porque siempre se hacía acompañar por alguna reclusa dispuesta a librar sus batallas.

Odalys tomó asiento y la miró muy seria. Se acercó tanto al cristal separador que Runa pudo percibir una atávica oscuridad en su mirada. Por un momento se dejó llevar, atraída sin remedio hacia un abismo de naturaleza casi inhumana. Ya no llevaba las lentillas azules, pero seguía conservando el mismo aspecto extraño, como de fiera amansada que en cualquier momento puede atacar. Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Runa y la ayudó a volver a la realidad. Esperaba que la cubana rompiera el hielo para interesarse por su visita, pero pronto quedó patente que ella no pronunciaría la primera palabra en aquel encuentro. Se limitaba a mirarla de tal

manera que la subinspectora comenzó a ponerse nerviosa.

—Hola, Odalys —saludó con una voz blanda, mucho más laxa de lo que esperaba.

La interpelada inclinó la cabeza hacia un lado como un felino, sin dejar de observarla y sin despegar los labios.

¿Por dónde empezar? ¿Qué palabras elegir? ¿Debía preguntarle cómo lo llevaba ahí dentro? ¿Qué sentido tenía? De camino a la prisión había pensado comenzar la conversación con las típicas frases educadas que se suelen decir sin demasiada convicción, pero en ese momento todo lo que se le ocurría se le antojaba carente de sentido. Su mente parecía haberse quedado en blanco, sentía los pensamientos perezosos y lentos. De alguna manera, Odalys estaba consiguiendo intimidarla y esa certeza la hizo reaccionar. Carraspeó y decidió ir al grano, cada vez más convencida de que aquella visita era un error tremendo.

—Necesito encontrar a Klaus Mikhailov. Sé que tú podrías ayudarme.

El gesto impertérrito de la mulata se transformó en una sonrisa burlona.

—Tienes que estar desesperada de verdad para acudir a mí en busca de esa información —se regocijó—. ¿Qué te ha hecho pensar que yo iba a querer ayudarte?

—Necesito hablar con él. Esta visita es extraoficial, no tiene nada que ver con el caso que te metió en la cárcel.

Odalys soltó aire por la nariz, incrédula.

—Y ¿con qué tiene que ver, si puede saberse?

—Está en peligro. No puedo contarte mucho más, y tú eres la última esperanza que tengo para ponerlo sobre aviso. —Runa mantuvo la mirada de la reclusa en todo momento para resultar creíble. Aquella mentira era su última baza y estaba dispuesta a jugarla bien. Sabía que Odalys jamás delataría a ninguno de sus antiguos compinches, pero tenía la esperanza de que, a través de ella, la noticia de que lo estaba buscando llegara a oídos de él. Después, solo podía confiar en que Klaus tratara de ponerse en contacto con ella de alguna manera.

—No tengo ni idea de dónde puede estar y, aunque lo supiera, no iba a darle esa información a una perra policía como tú.

—Entonces serás la responsable de lo que le ocurra.

Odalys rio a carcajadas.

—Por mí, como si ese cabrón se pudre en el infierno. Has llamado a la puerta equivocada, preciosa.

Runa hizo ademán de levantarse. La conversación había acabado.

—A no ser que quieras un vis a vis conmigo —continuó entre risas la cubana mientras se masajeaba los pechos de manera insinuante.

—Espera ahí sentada —sentenció Runa, y salió de aquel asqueroso

cubículo de cristal sin mirar atrás.

La caña estaba echada. ¿Habría puesto un cebo lo bastante apetitoso para el tipo de pez que pretendía pescar?

13

Cuestión de confianza

DE PIE, EN el salón, frente a los grandes ventanales que daban al jardín, Klaus observaba jugar a Maia mientras se tomaba una cerveza fría. La niña correteaba en círculos tratando de escapar de *Nube*, el pequeño bichón frisé que le había regalado su padre meses atrás. Cuando el perro se acercaba demasiado y lograba alcanzar la tela de su vestido, ella gritaba y cambiaba de dirección, riendo a carcajadas si conseguía esquivarlo.

Cuando la pequeña abrió la caja en la que llevaron a casa al diminuto animal, blanco como la nieve y de pelaje algodonoso, no dudó en bautizarlo enseguida. «¡Es como una nubecita!», exclamó y lo cogió para abrazarlo. Lo hizo con suma delicadeza, como si de un bebé humano se tratara. Desde entonces, los dos se habían vuelto inseparables. El juego acabó cuando Maia tropezó y cayó sobre la hierba, lo que el perro aprovechó para lanzarse sobre ella y dedicarle unos entusiastas lametazos, como si su piel fuera un rico helado de nata que degustar. Cuando consiguió quitarse de encima a su amigo, se volvió y descubrió a Klaus al otro lado del cristal. Su sonrisa se iluminó y sacudió la mano con energía para saludarlo. Tenía los mofletes encendidos por el juego y sus grandes ojos brillaban de júbilo. El flequillo recto sobre las cejas se le había mojado por el sudor, y se le separaba en pequeñas cortinillas que le dejaban la frente al descubierto. Klaus le devolvió el saludo con una sonrisa, pero en menos de un segundo ella ya estaba a otra cosa y había dejado de prestarle atención. Tenía solo cuatro años, pero era tan alegre y vivaracha que era imposible no enamorarse de ella. Siempre estaba sonriendo. Salvo por alguna que otra rabieta, Klaus no recordaba haberla visto ni una sola vez con el rostro triste o enfadado.

Maia era la hija de Davit Vaitonis, el hombre que lo había acogido meses atrás, cuando logró escapar de la policía. Davit era uno de los mejores amigos de Sasha, su antiguo jefe y también amigo, que murió en un tiroteo. Sasha le había insistido en varias ocasiones en que, ante cualquier emergencia, podía acudir a él con toda confianza. Si iba de su parte lo acogería como a un hermano y lo ayudaría en lo que fuera necesario sin pedirle nada a cambio. Y así había sido. Davit era un lituano afincado desde hacía más de dos décadas en España; un empresario muy conocido y respetado entre la alta sociedad de la zona de Levante. Regentaba varios concesionarios de coches de lujo en

Jávea, pero el verdadero negocio que le permitía llevar un nivel de vida tan alto permanecía en la sombra.

Klaus no había querido indagar en sus turbios asuntos, era lo mejor para todos, pero sabía, por lo que Sasha le había contado, que Davit había sido un «ladrón de ley», como llamaban en castellano a los *vory v zakone*, una organización formada por integrantes de países del Este y dedicada al crimen organizado. Según su amigo, aquello formaba ya parte de su pasado, pero él intuía que Davit no se había desvinculado del todo de su vida anterior. De todas formas, a él le traía sin cuidado lo que hiciera con su vida, no era quién para juzgar a nadie. Salir del país, aunque fuera con documentación falsa, se había convertido en una peligrosa opción que había tenido que descartar, puesto que en todas las aduanas y fronteras estaban esperando a que lo intentara. No le quedó, por tanto, más opción que seguir los consejos de su amigo Sasha y recurrir al lituano. El problema era que, después de varios meses, comenzaba a sentir que estaba abusando de su hospitalidad. Se sentía a gusto en aquella mansión aislada en la que no le faltaba de nada y en la que disfrutaba de una grata compañía, pero tenía que hacer algo con su vida.

Recordó la llamada del día anterior. Andrei, uno de los trabajadores del prostíbulo en el que había tenido lugar el tiroteo que acabó con la vida de Sasha y de varios hombres más, se había puesto en contacto con él. Al parecer tenía nuevo jefe y había conseguido el favor de este, alcanzando un puesto importante en el negocio. Necesitaban un chófer de confianza, y enseguida pensó en él. No quiso darle demasiados detalles sobre la naturaleza de dicho negocio hasta que no aceptara, pero no hacía falta ser muy listo para saber que no sería algo legal. Klaus había rechazado su oferta amablemente, no le apetecía volver a meterse en un atolladero del que, con seguridad, le costaría salir. Aquello implicaría moverse a las órdenes de algún jefe con poco cerebro y mucho poder, y tener que acatar órdenes sin poder cuestionarlas, por mucho que estas fueran descabelladas. Sasha había sido un hombre razonable y los últimos años no habían estado mal, pero recordaba a ciertos cabecillas con los que no le gustaría volver a cruzarse.

—Estás aquí —dijo una voz femenina a sus espaldas. Se trataba de Natela, la madre de Maia y esposa de Davit. Llevaba puesto un ligero vestido largo que se le ajustaba al cuerpo y le realzaba la figura al andar, y Klaus no pudo evitar mirarla unos segundos más de la cuenta —. Necesito un trago, esto de hacer de madre las veinticuatro horas del día es agotador.

Natela colocó un par de vasos con hielo sobre una mesa de cristal y quitó el tapón de la botella de vodka que llevaba en la mano. Se sentó en el enorme sofá de cuero blanco en forma de ele que ocupaba parte

del salón, colocado de manera estratégica para obtener las mejores vistas del jardín. Desde allí podía observar a su hija, que seguía jugando con el perro.

—¿Quieres una copa? —preguntó tras alzar su bebida en dirección a Klaus. Él rechazó la invitación mostrándole la cerveza aún por terminar.

Natela bebió un largo trago. Sin duda estaba acostumbrada a las bebidas fuertes.

—Estoy cansada —dijo con un suspiro—. ¿Te importaría sentarte? Me gustaría hablar contigo.

Se retiró para dejar espacio y dio un par de golpecitos en el frío cuero del sofá, a su lado. Klaus miró a su alrededor, sintiéndose un tanto incómodo. La mirada expectante de ella le hizo decidirse finalmente. Se sentó tratando de guardar cierta distancia, pero no pudo evitar percibir el agradable perfume que desprendía. Natela lo miró con aquellos enormes ojos verdes y se sujetó un mechón de cabello rubio detrás de la oreja. Era bellísima, una copia a tamaño adulto y con formas estilizadas de la niña que saltaba en el jardín. Él carraspeó y volvió a mirar a su alrededor. No le gustaba esa situación, porque podría llevar a ideas equivocadas a cualquiera que entrara en el salón. Ella percibió su turbación y comenzó a hablar.

—No te preocupes, no voy a morderte —sonrió mostrando unos dientes blancos y bien alineados—. Solo quería pedirte un favor.

—Dime.

—Verás, no sé cómo decirte esto… Quizá hayas oído algo de los negocios de mi marido…

—No es algo en lo que yo deba meterme, Natela —sentenció Klaus. No pensaba, ni por asomo, pisar un terreno tan pantanoso.

—Es que estoy muy preocupada por él. Lleva tiempo recibiendo amenazas y sé que esta gente no se anda con tonterías. Él trata de quitarle importancia, pero sé que también está asustado. Temo por su vida, Klaus, por la vida de mi hija y por la mía propia. La última fue ayer.

Klaus frunció el ceño. Aquello no se lo esperaba. Dejó la botella de cerveza sobre la mesa y la miró muy serio.

—¿Qué es lo que quieren? ¿Por qué esas amenazas?

—Quieren que nos vayamos de aquí, que desaparezca y que deje el camino libre a otros, pero él no quiere ni oír hablar del tema. Dice que le ha costado demasiado llegar a donde está como para salir huyendo al menor contratiempo. Sé que van a ir a por él, hay rumores de que se está preparando una *shodka* [5].

—Y ¿qué puedo hacer yo? —Klaus se encogió de hombros y alzó las cejas confuso.

—Puedes hablar con él e intentar convencerlo para que entre en

razón y nos vayamos. Al menos durante una temporada, hasta que todo se calme… Sé que os lleváis bien y que tenéis largas conversaciones.

Klaus le dirigió una mirada preocupada. Lo que le estaba pidiendo traspasaba el nivel de confianza que tenía con su anfitrión. Ella lo miró con ojos vidriosos y alargó una mano hasta alcanzarle el brazo. Lo acarició suavemente con los dedos, recreándose en las marcadas formas de su bíceps.

—Quizá si yo…

—¡Ya estoy en casa! —La voz de Davit se escuchó tras un portazo y Natela retiró la mano como si se hubiera quemado con ácido.

Klaus se incorporó y cogió el botellín vacío dispuesto a llevarlo a la cocina. Cuando llegó a su altura, Davit observó los vasos y la botella de vodka y frunció el ceño.

—Natela, déjanos solos un momento —exigió con voz ronca, desafiando a Klaus con la mirada. Se podía apreciar el movimiento de los músculos de la mandíbula tras la barba canosa.

—Iré fuera con Maia —anunció ella. Se incorporó y, al pasar junto a su marido, le rozó el brazo con delicadeza. Él ni siquiera se molestó en mirarla. En unos pocos segundos, los dos hombres estaban solos.

Davit se quitó la chaqueta y se aflojó los botones del cuello de la camisa. Caminó hasta el mueble bar y se sirvió una copa en silencio. Klaus lo observaba inquieto. A cada segundo que pasaba sin que su anfitrión se pronunciara, más crecía la desazón en su interior. Pensó que aquella era una estrategia estudiada para ponerlo nervioso y que empezara a hablar antes de que él le preguntara. Muchas personas, traicionadas por el miedo o los nervios, comenzarían a poner excusas y a justificarse sin razón, mostrándose como culpables sin pretenderlo por aquello de *excusatio non petita, accusatio manifesta*. Por su parte, no iba a presentar argumento alguno, puesto que no había hecho o pensado nada que pudiera reprochársele, así que se obligó a serenarse y se limitó a esperar a que el otro iniciara la conversación.

—Te he ofrecido mi confianza al abrirte las puertas de mi hogar —comenzó a decir, aún de espaldas a Klaus—. He permitido que duermas bajo el mismo techo que las personas que más quiero en este mundo sin conocerte. ¿Y sabes por qué?

Davit se volvió y se dirigió hacia su oyente moviendo el vaso en círculos para que el hielo se mezclara con la bebida. Klaus no dijo nada, pero mantuvo la mirada sin amedrentarse.

—Porque llevo grabado en la sangre el código de honor del hampa y es algo que respetaré hasta la muerte. Una de las leyes de ese código nos obliga a ayudar a los que son como nosotros y cumplir cualquier promesa que les hagamos.

Klaus asintió con un movimiento de cabeza. Sabía que se refería al

código que debe cumplir todo aquel que quiera formar parte de los *vory v zakone*, una serie de leyes inquebrantables para sus integrantes.

—Al padre de Sasha le prometí en su lecho de muerte que cuidaría de su hijo siempre que este acudiera a mí en busca de ayuda. Lamentablemente, parece que ni siquiera tuvo tiempo de intentarlo. Por eso, cuando llegaste a mí por recomendación suya, pensé que ayudarte sería una forma de cumplir esa promesa. El problema es que no te conozco, Klaus. No sé quién eres en realidad. ¿Puedo confiar en ti o resulta que he metido a un zorro en mi madriguera?

—Por supuesto que puedes confiar en mí, Davit. Estoy en deuda contigo por lo que has hecho por mí y jamás haría nada que pudiera perjudicarte —argumentó Klaus sin que le temblara la voz. Se sentía en desventaja al estar sentado, en una posición baja, mientras su interlocutor se mantenía de pie a su lado, pero pensó que, de momento, así debía de ser. Debía mantener la apariencia de cierta sumisión, pero dejando claro que él no era un súbdito cualquiera al que intimidar. La sangre fría a la hora de controlar los gestos y las palabras le había salvado la vida en más de una ocasión. El destino lo había empujado por caminos que habían acabado siendo peligrosas encrucijadas, y no era ningún novato en trances como aquel. Aunque su relación con Davit hasta la fecha había sido excelente, sabía que no debía confiarse.

Davit se volvió hacia la ventana y contempló los juegos de Maia con su madre y el perro en el jardín. Natela se sintió observada y miró hacia ellos. Su sonrisa se difuminó y unas pequeñas arrugas le aparecieron en la frente antes de que la niña reclamara de nuevo su atención.

—Me ha dado la impresión de que interrumpía algo importante entre vosotros dos cuando he llegado —comentó volviéndose para enfrentarse a la mirada de Klaus.

—Y no te falta razón. Tu mujer está muy preocupada por ti, por vuestra familia, y me estaba pidiendo ayuda. Tenía la esperanza de que yo pudiera convencerte para que os vayáis de aquí una temporada. Teme por vuestra vida.

El semblante de Davit se endureció.

—Eso no es posible. Si me escondo como una cucaracha, mi vida no valdrá más que la de uno de esos asquerosos bichos. —Alzó el dedo índice a modo de advertencia—. No abuses de mi confianza metiéndote en asuntos que no te incumben.

—No pienso hacerlo. Era lo que estaba intentando explicarle a Natela cuando llegaste. Pero no puedes reprocharle que esté preocupada. Ella te ama, de eso estoy seguro. Solo hay que fijarse en cómo te mira.

Davit volvió a mirar por la ventana y una sombra de preocupación

le nubló el rostro. Apuró de un trago su bebida y respiró hondo.

—Parece que tienes detrás a una agente de Homicidios.

—¿Qué quieres decir? —Klaus se envaró en el asiento.

—Ha llegado a mis oídos que una policía te está buscando. Dice que necesita hablar contigo porque estás en peligro.

—Runa… —A Klaus se le aceleró el corazón.

—Sí, tenía un nombre parecido a ese. No es española, eso desde luego. ¿Qué te traes entre manos con la policía, Klaus?

—Es la primera noticia que tengo de esto. No tengo ni idea de qué es lo que está ocurriendo.

Davit asintió y volvió al mueble bar para rellenar el vaso. El sonido de sus palabras se mezcló con el tintineo de los hielos.

—Quiero que te marches de esta casa. He dejado de estar cómodo en tu compañía.

Klaus se incorporó.

—Está bien. Dame un par de horas para organizarme y me marcharé. Te agradezco lo que has hecho por mí en todo este tiempo, Davit. Has sido como un hermano.

Al no recibir respuesta, salió del salón en dirección a su cuarto. Mientras subía las escaleras pensó en la oferta de trabajo que le había hecho Andrei. Por lo que le había contado, era más que probable que él estuviera al tanto de lo que se estaba cociendo en el mundillo y pudiera averiguar si su amigo estaba en peligro, pero tendría que ir con mucho cuidado. Estaba cansado y más dispuesto que nunca a romper esa maldita tendencia suya a meterse en problemas, pero tendría que ser en otro momento. Iba a intentar ayudar a Davit.

Todos aquellos pensamientos quedaron a un lado cuando pensó en Runa, y su recuerdo acaparó toda su atención. ¿Por qué querría contactar con él? ¿Tendría algo importante que decirle o era una trampa para detenerlo? Seguía en el punto de mira de la policía y era consciente de que tendría que responder ante la ley si lograban dar con él. Pero se había informado por las noticias de que el caso que los había unido en el pasado estaba cerrado; no tenía ningún sentido que siguiera buscándolo para encerrarlo. Los cargos de los que se le acusaba no eran competencia suya. ¿Y si de verdad su vida corriera peligro? En ese momento tampoco se le ocurría nadie que deseara verlo muerto y que no estuviera ya bajo tierra.

Una chispa comenzó a prender con timidez en algún lugar de su cerebro y no tardó en destacar con su brillo sobre todos los demás pensamientos, provocándole una agradable sensación de calor en todo el cuerpo. Sacudió la cabeza. Temía alentar aquella idea y avivarla hasta que se convirtiera en una llama, porque correría el riesgo de acabar quemándose al creer que Runa lo buscaba por un motivo muy diferente: porque quería volver a verlo. Pero tampoco podía negar que

esa era una posibilidad.

14

Excursión nocturna

Madrugada del viernes 23 al 24 septiembre. Rebeca

REBECA ESTABA DECIDIDA a descubrir qué se traían entre manos Xisco y Nadia. Fuera lo que fuera, intuía que su abuela debía estar al tanto por el comentario que había escuchado a hurtadillas aquella noche. Después de cenar se retiró a su habitación con la excusa de que estaba cansada y necesitaba dormir. A nadie le pareció extraño, solo Candela le dedicó una mirada de inquietud a la que ella correspondió con una sonrisa sincera acompañada de un bostezo. Una vez en el cuarto, se metió en la cama sin quitarse la ropa y se dispuso a esperar. Pensó en Olivia y deseó poder tenerla a su lado en aquel momento. Cerró los ojos y volvió a recrearse una vez más con el sabor de sus labios. Pero estaba tan cansada que el sueño la venció en un par de minutos. Se despertó sobresaltada y miró el reloj: las 12.25 de la noche.

«¡Mierda! Soy imbécil», pensó.

Se incorporó y aguzó el oído. No se oía nada. A esas alturas del año ni siquiera se escuchaban los cantos nocturnos de los grillos, solo el ulular de algún ave rapaz en la lejanía rompía de vez en cuando el silencio. Lo más probable era que Nadia hubiera salido ya de la casa, si es que pretendía hacerlo, porque allí lo habitual era que todos se fueran a dormir temprano. Tanto su madre como su abuela eran de las que ya estaban en pie a primera hora de la mañana, tuvieran algo que hacer o no.

Al final se resignó a quedarse con las ganas de saber qué ocurría en aquella casa. Sentada en la cama y apoyada contra el cabezal, pensó de nuevo en Olivia. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? ¿Estaría ya dormida o habría salido de fiesta por ahí? Alcanzó el móvil que reposaba en su mesita de noche y sopesó la idea de enviarle un mensaje. Decidió mirar antes en las redes sociales de su amiga. En la última foto, que había publicado hacía solo unos minutos, aparecía ella con un chico al que no conocía. Por el ángulo en el que se había tomado la fotografía se trataba de un *selfie*. Ambos guapos y perfectos, con sonrisas sugerentes y los rostros muy juntos. Cada uno sacaba la lengua y rozaba con la punta la del otro. A Rebeca la invadió un sentimiento de asco y rabia tal que tuvo que morderse las mejillas para no ponerse a gritar. Lanzó el teléfono con furia y este rebotó en la madera del suelo, provocando un estruendo en el silencio de la

noche. Apagó la luz al instante y se metió bajo las sábanas haciéndose la dormida. Solo le faltaba que alguien irrumpiera en su habitación para pedirle explicaciones por culpa de un arrebato.

«No es más que una puta», pensó con la respiración acelerada por la ira y el corazón encogido de resentimiento.

Trató de relajarse mientras esperaba alguna reacción al ruido que había provocado, pero la casa continuaba en silencio. Nadie parecía haberse dado cuenta. Mejor así. Aunque intentó dormir, estaba demasiado alterada para conciliar el sueño. Una hora después, la cabeza le bullía elaborando una sucia mezcolanza de pensamientos infames, crueles y dañinos que no hacían más que revolverle el estómago. Estaba valorando si levantarse para ir al lavabo a provocarse el vómito para expulsar de su cuerpo toda esa mierda que la quemaba por dentro cuando escuchó un leve ruido al otro lado de la puerta, en el pasillo. Dejó de respirar y se concentró, quizá había sido su imaginación. Entonces volvió a escucharlo y reconoció el sutil crujido de la madera. Alguien bajaba las escaleras. Alguien ajeno a los secretos que la casa susurraba a quien, como ella, estaba dispuesto a escuchar y entender cómo recorrer sus rincones sin provocar el más mínimo sonido.

Se levantó como impulsada por un resorte, se puso un jersey y se calzó las zapatillas deportivas. A continuación, salió de la habitación y bajó las escaleras en completo silencio. Una vez en la planta baja, se detuvo durante un momento y escudriñó en la oscuridad. Desde la cocina le llegó el débil resplandor de la vela que había encendido su madre, y que debía de estar a punto de consumirse. Allí no había nadie, pero se dio cuenta de que una de las ventanas del salón estaba abierta. Una ligera brisa movía la delicada cortina de lino que la cubría. Pensó que era una manera inteligente de salir de la casa sin hacer demasiado ruido, sin duda mucho mejor que tratar de abrir la pesada puerta centenaria de la entrada, con los cerrojos y los goznes sin engrasar. Sobre todo, si Nadia había sido previsora y había dejado la persiana subida y la ventana entreabierta antes.

Pensó en la alarma. Por fuerza debía de estar desactivada, o ya habría saltado. Xisco se habría encargado de ello. Con un movimiento ágil, Rebeca alcanzó la ventana y miró afuera. Solo fue un instante, pero le pareció ver una sombra que se desplazaba entre los viñedos. Saltó fuera de la casa y se encaminó en aquella dirección.

La luna aparecía de vez en cuando entre las nubes y aclaraba las sombras, permitiéndole ver más allá de unos cuantos metros. Se dio cuenta de que Nadia caminaba campo a través en dirección a la nave en la que se guardaban los aperos del campo. La chica no se preocupó ni una sola vez en comprobar si alguien la seguía y caminaba de forma despreocupada, sin intentar ocultarse. Rebeca supuso que ni se le

habría pasado por la cabeza que alguien pudiera seguirla, tan segura como estaba de que no podía haber nadie allí a esa hora, en medio del campo.

Cuando llegaron al recinto y Nadia empujó la gran puerta de metal, el sonido fue ensordecedor. Rebeca se agachó por puro instinto hasta casi quedar tumbada en el suelo. El terreno estaba húmedo y notó que los dedos se le hundían en el barro. Nadia solo necesitó abrir la puerta unos centímetros, lo suficiente para colarse dentro, y enseguida la cerró tras ella. El chirrido del metal volvió a arañar el silencio, pero estaban demasiado lejos de ninguna parte para que alguien pudiera escucharlo.

Rebeca la maldijo en silencio, nunca podría entrar sin que aquella condenada puerta la delatara. Jamás había estado en ese edificio grande y un tanto descuidado; nunca había tenido la necesidad de ir hasta allí, y mucho menos de curiosear en su interior. Echó un vistazo rápido y vio una gran ventana enrejada que se abría en uno de los laterales. Corrió hacia ella haciendo el menor ruido posible. Al llegar distinguió unas ráfagas de luz que se movían en el interior; Nadia había encendido una linterna. La ventana estaba demasiado alta y no alcanzaba a asomarse. Intentó saltar para sujetarse a la reja y alzarse de alguna manera, pero le fue imposible; pesaba demasiado. Miró a su alrededor y vio un par de bidones grandes de gasóleo almacenados junto a la pared. Se dirigió hasta ellos con la esperanza de que estuvieran vacíos. Y lo estaban, pero aun así le sorprendió el peso.

Estaba intentando mover uno, girándolo sobre sí mismo, cuando el ruido de un motor en el interior de la nave la sobresaltó. Por poco se le para el corazón, y tuvo que detenerse para tomar aliento. ¿Nadia había arrancado el tractor? ¿Qué demonios estaría haciendo? Se apresuró a arrastrar el bidón hasta la ventana, amparada por el ruido del interior, y se encaramó sobre él para asomarse justo a tiempo de ver cómo Nadia desplazaba el vehículo unos metros, lo paraba y pegaba un salto fuera de él.

Alumbrándose con la linterna, removió las briznas de paja que había en el suelo con el pie, como si estuviera buscando algo. Cuando lo encontró se agachó y, con visible esfuerzo, logró levantar una trampilla. En un par de segundos había desaparecido en su interior. Una luz fluorescente se encendió dentro del habitáculo por el que la chica se había metido antes de que la trampilla volviera a su posición inicial. Rebeca observó todo aquello estupefacta. Tuvo que pellizcarse para demostrarse a sí misma que no estaba soñando. Por la cabeza se le pasaron multitud de posibles explicaciones, pero ninguna tenía sentido. Por un momento sintió la necesidad de salir corriendo y avisar a su abuela. A punto estuvo de hacerlo, pero recordó las palabras de Nadia: «Necesito acabarlo o la vieja me mata», y un poco

antes a su abuela en la cocina preguntándole a su hermanastra si ya lo había hecho. Pero ¿el qué? ¿A qué se refería? Sospechó que, si no su madre, al menos su abuela estaba al corriente de lo que sucedía allí, por lo que decidió no contarle a nadie lo que había averiguado.

Después de casi una hora de aburrida espera sin que sucediera nada, Rebeca decidió volver a la casa. Allí corría el riesgo de ser descubierta cuando Nadia saliera, y no iba a averiguar mucho más. Mientras caminaba de vuelta entre las vides, se dijo que tenía que regresar en otro momento y descubrir el secreto por su cuenta. Era consciente de que el plan presentaba demasiados inconvenientes. En primer lugar, no tenía ni idea de dónde guardaban las llaves de la nave, y mucho menos las del tractor. Y, aunque lograra hacerse con ellas, jamás conseguiría mover aquel trasto. Ni siquiera sabía conducir un coche, ¡cómo demonios iba a mover un tractor! Mientras se exprimía el cerebro intentando dar con una solución, divisó a lo lejos la silueta de la casona. Se detuvo un momento y miró atrás. Ni rastro de Nadia.

Una vez dentro de la casa se le ocurrió una idea maliciosa. Cerró la ventana con mucho cuidado y bajó la persiana milímetro a milímetro, procurando que el ruido no la delatara. Nadia no encontraría la manera de entrar cuando llegara. Cinco minutos después se echó sobre la cama, dispuesta a dormir un rato. El cansancio la venció en segundos.

Se levantó temprano, se vistió con la misma ropa del día anterior y bajó a desayunar. Le intrigaba tanto saber cómo habría podido resolver Nadia el problema que no era capaz de esperar un minuto más. Antes de entrar en la cocina, llegó a sus oídos el familiar ruido de cacharros, y el olor a café recién hecho y a pan caliente hizo que su estómago se despertara. Se detuvo unos instantes en el umbral de la puerta, cerró los ojos y disfrutó de esas sensaciones que, una vez más, la transportaron a su infancia.

La recibió Candela, con las rosquillas de anís que le había prometido el día anterior ya preparadas y su actitud siempre positiva ante el trabajo. Disfrutaba con lo que hacía y eso se percibía en cada detalle. Recordaba a menudo lo que le decía cuando era una niña y se frustraba cuando algo no le salía como quería o lloraba por cualquier tontería. La Tata le decía que, cuando tuviera alguna obligación ineludible, algo que fuera preciso llevar a cabo aunque no le apeteciera, si lograba encontrar la manera de hacerlo de forma que pudiera disfrutar con ello, hallaría la felicidad en el camino. Al parecer ella lo había conseguido, a fuerza de intentarlo.

—¡Qué madrugadora! —exclamó risueña con una taza de café recién hecho para ella.

—He dormido como un tronco. Estaba cansadísima. —Miró a su alrededor por si había algún rastro en la mesa que le indicara si los

demás ya se habían despertado. La vela de la virgen era nueva y ardía con fuerza—. ¿No se ha levantado nadie más?

—Tu madre y tu abuela ya están por ahí danzando —replicó Candela con un gesto de la cabeza—. Juliana ya ha estado con Juan José a primera hora en la bodega. Debe de haber habido algún problema con la fermentación en una de las cubas de acero.

Rebeca asintió mientras le daba un bocado a una de las rosquillas. No sabía qué ingrediente especial les añadía Candela, pero jamás había probado unas tan deliciosas. Ella decía que no había ningún misterio, que estaban tan ricas porque estaban hechas con cariño. Y quizá tuviera razón.

—¿A qué hora te levantas tú, Tata? —le preguntó inquieta. Necesitaba saber si había ocurrido algo especial esa mañana y no podía preguntarlo sin más.

—Uy, hija. A las seis o seis y media ya estoy preparando los desayunos…

La conversación fluyó durante el tiempo que le duró el café, y Rebeca llegó a la conclusión de que, para Candela, aquella mañana era como cualquier otra. No había ocurrido nada fuera de lo normal. Se preguntó cómo se las habría apañado Nadia para entrar sin llamar la atención. Miró por la ventana, hacía un día estupendo. De repente le entraron ganas de salir a pasear un rato y disfrutar del sol. En pocos días llegaría el frío, y en aquella zona las temperaturas bajaban mucho. Entonces ya no le apetecería tanto. Se levantó dispuesta a salir de casa y en ese momento entraron en la cocina Nadia y su abuela, charlando amigablemente. Al darse cuenta de su presencia, ambas callaron y el gesto risueño de Juliana se transformó en un rictus amargo. Después se sentó a la mesa y le pidió a Candela que le preparara un té. Por un instante las dos chicas se quedaron de pie, inmóviles una frente a la otra. A Rebeca le pareció ver un destello provocador en la mirada de Nadia, como si la retara a decir algo. Ella permaneció en silencio sosteniéndole el pulso, sin amedrentarse. Entonces Nadia bajó la mirada al suelo y sonrió triunfante. A continuación, se dirigió a la mesa y se sentó junto a Juliana. Rebeca imitó el gesto de su hermanastra, buscando la causa de aquella extraña reacción. Cuando vio el barro seco adherido al bajo de los pantalones, lo comprendió.

15

Plantón

DESPUÉS DE SEMANAS dándole vueltas y más vueltas sin llegar a una conclusión satisfactoria, Roi por fin había decidido enfrentarse a su padre. No podía seguir esquivando la situación para siempre porque tampoco era capaz de quitárselo de la cabeza, y ese hecho le estaba pasando factura; cada vez recurría más a la marihuana que escondía en un bote de café de la cocina. Lo que había empezado siendo un refugio esporádico para momentos complicados estaba convirtiéndose en algo demasiado habitual. Por no hablar de que sus compañeros, en especial Runa, también lo notaban diferente. Era consciente de que estaba más irritable que de costumbre.

Llevaba años sin hablar con Pedro por decisión propia. No le salía llamarlo «padre», esa palabra y lo que implicaba le resultaba demasiado fuera de lugar como para utilizarla tan alegremente. Pero nada podría cambiar el hecho de que fuera su progenitor. No había estado cuando más lo necesitaba. Tampoco cuando su madre murió tras meses de sufrimiento en los que acabó perdiendo la cabeza y él se quedó solo. Mucho después, cuando logró sobrellevar la situación a base de psicólogos y esfuerzo, Pedro trató de acercar posturas de nuevo, pero ya era demasiado tarde. Roi odiaba a ese tipo de personas que se arriman a tu sombra mientras te va bien, pero que desaparecen como por arte de magia cuando la vida te da un revés. Esos que te dejan a merced de la marea llevándose el salvavidas y pretenden volver como si nada cuando se enteran de que has conseguido salir a flote por ti mismo. Pedro era una de esas personas. No podía entender que hubiera sido tan cobarde como para salir huyendo en una situación desesperada sin importarle lo que dejaba atrás. Y si, además, treinta años después, alguien insinuaba que él era el culpable de todo lo que ocurrió, que todo ese sufrimiento fue por su culpa, ¿qué demonios podía hacer?

Por eso le había costado tanto tomar la decisión que le había empujado a estar donde estaba en aquel momento, caminando por las calles de Peñíscola en busca de la cafetería en la que habían concertado una cita para hablar. No le apetecía lo más mínimo encontrarse con él en su terreno. Cuanta más distancia pusiera entre sus vidas, mejor. Solo necesitaba mirarlo a los ojos y preguntarle qué había de cierto en lo que había descubierto meses atrás, y que le robaba el sueño cada noche. No quería pensar qué haría si él lo

admitía y sus sospechas se confirmaban. Llevarlo ante la ley y conseguir pruebas después de más de treinta años sería complicado. Quizá todo fuera un terrible error, o acaso un acto malintencionado de quien lo había conducido a esa pista. Fuera como fuere, decidió que ya se preocuparía después.

Caminaba junto a la muralla de Santa Bárbara, en cuyo muro, siglos atrás, algún estudiante de la Escuela de Navegación había grabado en la piedra escenas de barcos entrando y saliendo del puerto. Era como si se hubiera utilizado aquel lugar a modo de pizarra al aire libre para impartir las clases. Las vistas desde allí eran imponentes. Roi se detuvo un momento para disfrutar de la amplia línea del horizonte, perfilada por el azul intenso del Mediterráneo. El cielo estaba despejado y las olas rompían a sus pies, veinte metros más abajo, con la mansedumbre de un mar en calma. Los rayos de sol, inclementes, le abrasaban la piel, y se obligó a continuar caminando. Necesitaba encontrar la cafetería e hidratarse con algo fresco o se desplomaría en mitad de la calle.

—¡Una cerveza bien fría! —solicitó al camarero mientras se acomodaba en una de las mesas de la terraza que disfrutaba de la sombra de un gran ficus.

Pensó en lo bonito de aquel rincón que refrescaba una suave brisa marina. Las vistas y la tranquilidad que se respiraba invitaban a coger un libro y ponerse a leer. Aunque en ese momento no estaba para mucha ficción. Al poco sacó el móvil y se puso a mirar las noticias mientras esperaba.

Varias horas después, tras unas cuantas cervezas y con la cafeína de otros tantos cafés corriéndole por las venas, el asiento de al lado seguía vacío. Su padre no había hecho acto de presencia. Al principio pensó que se había equivocado de lugar o de hora, pero pronto comprendió que le había dado plantón. Lo llamó por teléfono varias veces, solo para constatar que tenía el móvil apagado. Con cada minuto que pasaba su enfado iba en aumento. Pensó que, sin lugar a dudas, aquella sería una buena excusa para disfrutar de su cánnabis, y deseó estar en su apartamento para fumarse con calma un buen porro.

Pagó la cuenta y se levantó con demasiado ímpetu debido a su frustración. Con el movimiento, arrastró la silla de metal que tenía al lado y esta cayó al suelo, perturbando con el estruendo la tranquilidad de la terraza. Varias personas se volvieron para mirarlo con cara de pocos amigos y Roi salió de allí con paso apresurado. Ya en el coche, en vez de tomar la autovía hacia Valencia, que era lo que en realidad le pedía el cuerpo, reflexionó un poco y decidió enfrentarse al problema de una vez por todas y conducir hasta la dirección en la que le constaba que residía Pedro.

El GPS lo guio hasta una urbanización a las afueras del municipio

donde todas las calles parecían idénticas. Los adosados con un pequeño jardín al frente se sucedían uno detrás de otro hasta que se perdían de vista al final de la calle. Roi pensó que a su padre siempre le habían gustado las apariencias. Desconocía la situación económica en la que se encontraba, pero estaba seguro de que, aunque su bolsillo se resintiera para pagar una casa así, él se las apañaría para poder permitírselo.

Aparcó en la calle, justo ante la puerta del número que le indicaba el navegador. Bajó del coche y echó un vistazo a su alrededor antes de tocar el timbre. A simple vista la casa parecía habitada: las persianas estaban alzadas, el jardín bien cuidado. Pero nadie respondía. Presionó con rabia el timbre varias veces seguidas antes de desistir. Estaba claro que había hecho el viaje en balde. Cuando iba a subirse al coche, escuchó una voz a sus espaldas que le hizo darse la vuelta. Un hombre mayor de pelo blanco y gafas colgadas al cuello con una cadenilla dorada se dirigía a él desde el jardín vecino al de su padre. Aunque la temperatura era alta, llevaba puesta una chaqueta gris que le cubría el huesudo cuerpo.

—Si busca a Pedro, hace varios días que no se pasa por aquí. —Llevaba en los brazos un perro pequeño de pelo blanco y rizado que observaba a Roi con ojillos despiertos—. He tenido que hacerme cargo de su perro y darle de comer —dijo señalando con un gesto de la cabeza al animal—. El pobre *Felipín* estaba hambriento y muerto de sed.

—Y ¿no sabe dónde puede estar? —se interesó Roi.

—La verdad es que es extraño… Suele dejárnoslo cuando se va a ausentar unos días para que cuidemos de él. No es normal que se haya marchado sin decir nada.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

El hombre hizo memoria; miró al cielo y entrecerró los ojos.

—Yo diría que el miércoles… Sí, el miércoles por la tarde estuvo en casa. Yo estaba arreglando unas cosas en el jardín, y recuerdo que pasó y me saludó. Pero no se detuvo a charlar como otras veces, parecía ir con prisa. Justo le estaba comentando a mi mujer esta tarde que me preocupa que le haya pasado algo.

El miércoles. Eso quería decir que hacía tres días que no daba señales de vida. Aquello era bastante raro.

—Gracias —Roi se despidió del hombre con un gesto de la mano y abrió la puerta del coche dispuesto a marcharse.

—Pero, oiga…, ¿quién es usted?

Roi bajó un poco la ventanilla.

—Un conocido de su vecino —dijo antes de arrancar y marcharse de allí con una desagradable sensación en la boca del estómago.

16

Las voces

QUIQUE SE LEVANTÓ esa mañana con un estado de ánimo que no recordaba haber experimentado nunca. Lo despertó la placentera sensación de tibieza en el rostro provocada por un tímido sol matinal que se colaba a través de los huecos de la persiana con el propósito de acariciarlo. Entreabrió los ojos, aún somnoliento, y contempló las motas de polvo que flotaban sobre los haces de luz, como si viajaran con ellos, impulsadas por su energía. Podría quedarse así para siempre, disfrutando de cosas tan sencillas como el movimiento errático de una mota de polvo.

En ese momento fue más consciente que nunca de que había desperdiciado años subsistiendo a la sombra de una armadura mental que él mismo se había impuesto de manera irracional. Se había refugiado bajo aquel caparazón en los momentos en los que apenas podía soportar los retos que la vida le ponía por delante, y que a él siempre le habían parecido hostiles, vinieran de donde vinieran. Pero aquella protección también había terminado convirtiéndose en su prisión, algo que le costó mucho tiempo descubrir. Porque cuando uno mira el mundo a través de las oscuras lentes del miedo no contempla lo que hay a su alrededor, sino lo que su mente considera que le debe mostrar.

Desde que murió su madre, y con mucha más intensidad desde que conoció a Amelia, Quique se había despojado de esas lentes y ante él se había abierto un mundo nuevo y sorprendente que le parecía maravilloso. El claxon de un coche en la lejanía lo hizo volver a la realidad y ser consciente de que se le hacía tarde. Se levantó de un salto y se duchó en dos minutos mientras canturreaba algún éxito de Springsteen. Era uno de sus cantantes favoritos, cuyas canciones aparecían en todas sus listas de reproducción porque, de alguna manera, las letras y el ritmo lograban espantar las nubes para que el sol brillara.

Aún tarareaba cuando llegó a la oficina y se encaminó hacia el despacho. En la última investigación en la que había participado, sus pesquisas lo llevaron a descubrir la conexión entre varios asesinatos y un antiguo y extraño manuscrito del siglo XV. Aquello había sido clave para la resolución de un caso que había llevado de cabeza durante semanas al Grupo de Homicidios al completo. Tras aquella exitosa colaboración, el inspector Patiño había decidido trasladarlo al

despacho del grupo Alquimista 10, que en la actualidad compartía con Runa y Rodrigo.

Quique era uno de los mejores rastreadores de información de la Jefatura. Dedicaba la mayor parte de su tiempo a la investigación digital y dejaba el trabajo de campo para sus compañeros. A veces debía actuar fuera de las dependencias policiales, pero era frente a un ordenador donde realmente podía explotar sus cualidades. Los tres juntos formaban un equipo muy cualificado que, durante el último año, había logrado uno de los mayores índices de resolución de casos criminales de España.

Alquimista 10 ya era conocido en las dependencias policiales de toda la Policía Nacional por su buena fama y ejemplo a seguir.

Al entrar en el despacho se encontró a Lope, que dormía a pierna suelta sobre un pequeño sofá de tres plazas que habían embutido entre dos estanterías llenas de carpetas, y en el que él mismo había pasado más de una noche hecho un cuatro cuando la investigación lo requería.

—Lope, ¿qué haces aquí? —preguntó zarandeando a su compañero.

Lope se despertó y lo miró confuso, frotándose el cuello.

—¡Madre de Dios, qué mal se duerme en este sofá! —se quejó, incorporándose con cierta dificultad.

—¿Has pasado la noche aquí?

—Sí, Vila, pero no se lo digas a nadie, que no quiero que Patiño se entere o me echará a los perros. Es que ayer discutí con la parienta. ¡No la soporto! Prefiero levantarme hecho un guiñapo que volver a compartir lecho con ella. Voy a ver si me aseo un poco…

Quique no pudo evitar sonreír al ver a su compañero salir del despacho renqueando y dolorido. Pero enseguida se centró en lo suyo.

El día anterior había estado investigando al padre y al hermano de Olivia Llopis, la chica que habían hallado muerta, pero estaban limpios. Moncho, el hermano, tenía un expediente policial abierto porque lo habían detenido en varias ocasiones por algún altercado sin demasiada importancia, aunque no había encontrado nada que pudiera estar relacionado con la muerte de Olivia.

El móvil de la chica lo esperaba sobre la mesa. Curiosamente, solo se había encontrado una huella parcial en el lector biométrico del aparato y esta pertenecía a la dueña. La ausencia de cualquier otro rastro indicaba que alguien se había esmerado en limpiar el teléfono. En el pasado, cuando los sensores biométricos de los dispositivos móviles carecían de seguridad, era habitual que los propios policías utilizaran la huella de una persona fallecida para desbloquear su móvil y así acceder al contenido. Nadie se preguntaba si era ético o no, se hacía y punto. Era una forma de acelerar de manera sustancial una investigación en la que la rapidez podía ser crucial. Quique había oído

casos en Estados Unidos en los que el FBI se había presentado en medio de un funeral para intentar desbloquear un móvil con el dedo del muerto.

Con el tiempo, ese tipo de seguridad se fue perfeccionando hasta lograr que los lectores de huellas reaccionaran ante las ondas eléctricas generadas por un cuerpo vivo, y que desaparecen a los pocos minutos de morir. Por eso, a menos que el móvil fuera muy antiguo, ya no era posible aquella técnica tan rápida y barata. Durante un tiempo, los investigadores se encontraron con un verdadero problema porque las compañías telefónicas tampoco estaban por la labor. Incluso se negaban a desbloquear los móviles de los sospechosos de asesinato y en algunos casos se había tenido que recurrir a los *hackers*. Pero entonces, una compañía israelí desarrolló un *software* para desbloquear cualquier terminal, algo así como una llave maestra que podía saltarse todas las medidas de seguridad. La Policía Nacional había invertido varios miles de euros en él y tal problema ya no existía.

Lo primero que hizo fue acceder a la galería de imágenes, donde había numerosas fotos y vídeos. Empezó a visualizar la primera grabación y al segundo los ojos se le abrieron como platos. No tenía mucha calidad, lo habían grabado con el móvil, pero se distinguía claramente a Olivia en la cama con un hombre. Estaban desnudos y practicaban sexo en una postura imposible que buscaba mostrar a la cámara todos sus secretos. Ella gritaba de placer de forma tan escandalosa que, avergonzado, Quique tuvo que bajar el volumen. Estaba solo en el despacho, pero no pudo evitar sonrojarse ante tal fogosidad.

Pasó al siguiente vídeo, en el que ella aparecía atada a la cama de pies y manos, y su acompañante le daba placer con un consolador. Revisó por encima cada una de las grabaciones, todas seguían la misma tónica. En la mayoría aparecía el mismo hombre del principio, pero en otros la pareja cambiaba. Pensó en el padre de Olivia y en cómo reaccionaría si pudiera ver los vídeos póstumos de su hija. Esas imágenes quedarían en la retina de Ramón para siempre. ¿Y su hermano? ¿Tendría conocimiento de su existencia? Y, de ser así, ¿cómo reaccionaría? Lo lógico era que, dado su perfil agresivo, su reacción fuera desproporcionada. Pero ¿hasta qué punto?

Se obligó a frenar sus pensamientos. Sabía que, a la hora de investigar un asesinato, la lógica debía tratarse con cautela, porque el hombre podía llegar a ser el más impredecible e irracional de todos los seres vivos del planeta. Fuera culpable o no.

Tras trastear un rato con el terminal, descubrió que la chica tenía un perfil en OnlyFans, una plataforma de pago en la que los usuarios podían visualizar fotografías y vídeos de contenido sexual explícito.

Olivia había subido bastantes vídeos y recibía ingresos por cada visualización. Tendrían que solicitar una orden para acceder al detalle de sus ganancias, pero, dado el número de visualizaciones que tenía cada una de las grabaciones, imaginó que debía de tratarse de una cifra nada desdeñable.

El siguiente paso sería examinar las redes sociales de la chica. En ellas Olivia mostraba un comportamiento liberal, insinuándose a menudo mediante comentarios, fotografías y vídeos un poco subidos de tono, siempre apurando el límite de tolerancia para que los algoritmos no los bloquearan. La avalancha de comentarios que tenía en cada publicación hizo resoplar a Quique. Tenía mucho trabajo por delante si quería encontrar algún perfil que destacara entre ellos, alguien que pudiera resultar sospechoso.

Runa entró por la puerta y Patiño lo hizo tras ella.

—¿Cómo vais? ¿Tenéis alguna pista de quién ha podido asesinar a la chica? —preguntó él sin llegar a saludar.

Runa se obligó a disimular su gesto de fastidio antes de volverse.

—Buenos días, Patiño. Estamos a la espera de que llegue el informe toxicológico definitivo. Tenemos a su novio, el profesor de Historia, en el punto de mira, pero aún no hemos podido dar con él. Todavía es pronto.

—Yo estaba revisando el móvil de la chica y parece que le iba el tema porno —intervino Vila—. Se grababa con sus parejas y tenía una cuenta donde cobraba por las visualizaciones de esos vídeos.

Runa esperaba la típica reprimenda de su jefe, que siempre perdía los nervios en cuanto pasaba más de un día sin que le ofrecieran resultados, pero Patiño se limitó a asentir, concentrado en tratar de quitar el envoltorio del chupachup que tenía entre las manos.

—De acuerdo —dijo sin mucho énfasis—. Os quiero en mi despacho en cuanto averigüéis algo interesante.

A continuación, salió por la puerta sin añadir nada más. Runa y Quique se miraron extrañados.

—Está raro… —comentó Vila.

—Ese no es Patiño, nos lo han cambiado —replicó Runa divertida—. Y ¿qué ha sido de ese cigarrillo que siempre lleva sobre la oreja? ¿De verdad lo ha cambiado por un chupachup?

Quique se encogió de hombros y le pasó el móvil de Olivia a Runa para que le echara un vistazo.

—Puedes ver los vídeos si quieres, ya te advierto que no tienen desperdicio. Voy a tratar de rastrear los comentarios de otras cuentas en las redes a ver si averiguo algo mientras tanto.

—¿Todavía no ha venido Roi?

—No. Y me extraña, porque siempre suele ser de los primeros en llegar.

—Últimamente también está raro, voy a tener que hablar muy en serio con él.

Cuando Quique se puso a investigar los meses anteriores de la vida de Olivia, no tardó en dar con algo interesante. Su olfato de sabueso lo llevó a empezar por el historial médico de la chica, y enseguida descubrió que había estado ingresada en el hospital por un intento de suicidio el pasado mes de julio. Poco después, estuvo ingresada durante varias semanas en una clínica de salud mental para tratarle un grave trastorno de personalidad narcisista, y recibió el alta ya en septiembre. En el expediente se indicaba que había intentado asfixiarse con el gas de la cocina y había estado a punto de conseguirlo.

Runa soltó un improperio tras colgar el teléfono después de haber mantenido una larga conversación con Ramón Llopis. No estaba dispuesta a volver a perderse entre caminos de tierra, acequias y campos sin cultivar. Así que, en cuanto Quique le contó lo del intento de suicidio de Olivia, no dudó en llamar al padre de la chica para pedirle explicaciones. El hombre reconoció que había omitido ese detalle porque a su modo de ver no tenía importancia, y no quería manchar aún más el nombre de su hija. Le contó lo sucedido y le explicó que lo habían ocultado por vergüenza, por el qué dirán y porque era demasiado doloroso saber que su propia hija no quería seguir viviendo.

Ninguna de aquellas excusas convenció a la subinspectora; habían entorpecido una investigación policial y así se lo hizo saber. Se obligó a morderse la lengua para no hablarle de los vídeos que acababa de visualizar. Si para él suponía una vergüenza que su hija se hubiera intentado suicidar, ¿qué opinaría al ver lo que esta hacía en su intimidad? Finalmente, tras una reprimenda, se despidió de forma cortante.

—Esto es de traca —protestó con cara de hastío—. Hasta los propios familiares de la víctima te van poniendo trabas.

—Lo que está claro es que la chica no debía de ser tan feliz como trataba de aparentar —comentó Quique al tiempo que buscaba información en internet sobre el trastorno que sufría Olivia—. Parece algo común en las redes eso de querer mostrarse al mundo tal y como a la persona le gustaría ser, cuando quizá lo que está haciendo es dejar patentes sus carencias.

—Yo creo que debe de ser como una droga. Se vuelven adictos a los *likes* y cuando no reciben los suficientes, se sienten irrelevantes. Entonces, la única manera de combatir ese sentimiento que les hace sentirse invisibles es publicar contenidos cada vez más polémicos para recibir más interacciones. Imagino que llega un momento en que ni siquiera les importa si los comentarios que reciben son positivos o

negativos, el caso es llamar la atención. En ocasiones como esta, todo puede acabar en un círculo vicioso bastante peligroso, ya que cada contenido acaba sepultado pronto entre miles de publicaciones similares, y la satisfacción dura poco.

Quique giró la pantalla del ordenador hacia su compañera para que pudiera leer.

—Mira lo que dice en esta página sobre el trastorno de personalidad narcisista.

Runa comenzó a leer:

> … El trastorno se caracteriza por una necesidad de admiración constante, un exacerbado sentimiento de superioridad y falta de empatía. Estas personas tienden a ser altivas y arrogantes, y suelen explotar a otros para conseguir objetivos propios. Se sienten únicos y especiales, pero envidian a los demás y están convencidos de que los demás también los envidian a ellos. Se caracterizan por seguir patrones repetitivos de pensamiento y conducta que les provocan una angustia constante y acaba por generarles importantes problemas de autoestima e incluso depresión. En ocasiones, este trastorno va acompañado de un narcisismo sexual. Suele darse en personas con buena apariencia y gran capacidad dialéctica que se muestran muy atentos y cariñosos, sobre todo con las personas que no los conocen. Su manera de actuar y aparente confianza en sí mismas les hacen parecer muy atractivas, aún más a aquellos que no gozan de mucha autoestima. Se caracterizan por utilizar las relaciones sexuales como arma para conseguir lo que desean o para castigar a sus parejas…

—Problemas de autoestima y depresión —repitió Runa—. Si a todo eso le sumamos la tragedia de su madre y el tener que pasar los meses de verano encerrada en esa decrépita casa con su padre y su hermano, aislada del mundo, tenemos una bomba de relojería con una cuenta atrás para la autodestrucción —sentenció.

—Si tenemos en cuenta los juegos sexuales que practicaba, ¿no crees que lo de la bolsa pudo ser un desliz en uno de ellos? —comentó Quique.

—Sí. Tras ver el contenido de su móvil, por el momento es la teoría de más peso. Sobre todo, porque la desaparición de su novio la avala. Tenemos que encontrarlo.

ROI, QUE ACABABA de llegar porque se había quedado dormido, se frotó los ojos con desgana. Ya estaba hecho polvo y aún no era ni media mañana. Por suerte, Quique había salido al bar de Juan a por tres cafés bien cargados; los de la máquina de la oficina eran peor que el

agua de charca. Había pasado la noche entre pesadillas, pensando dónde podía haberse metido su padre y valorando si poner una denuncia por desaparición o esperar a que apareciera, vivo o muerto. Quiso convencerse de que en el fondo le daba igual lo que le hubiera ocurrido a Pedro, pero sabía que se estaba engañando. Decidió dejarlo por el momento. Tenía cosas más importantes en las que pensar, como el caso que estaban investigando. Debía mantener la profesionalidad por encima de todo y dejar de lado sus problemas personales. Meditaba sobre ello cuando le llegó un correo electrónico.

—Acaba de llegar el informe toxicológico de la autopsia —anunció mientras enviaba una copia a la impresora para que Runa pudiera leerlo—. Natalia estaba en lo cierto. La chica se encontraba bajo los efectos de la escopolamina cuando murió.

Runa alcanzó los papeles y se puso a revisarlos. Finalmente los dejó caer sobre la mesa.

—Parece que esa infusión de floripondio debió de ser la manera en la que la droga llegó a su organismo.

—En ese caso, el asesino la tuvo a su merced para lo que quisiera. ¿Y si fuera algún conocido o seguidor en redes sociales al que rechazó y decidió vengarse? Quique aún está investigando esa posibilidad. De momento me ha confirmado que, aunque recibía bastantes insultos de gente conservadora, no ha dado con ninguna amenaza.

Runa asintió con la cabeza.

—No es mala hipótesis. No la descartemos. Calculo que la probabilidad de que Olivia ofendiera a alguien con su actitud y comentarios debe de ser bastante alta. También es posible que alguien pensara que era una chica fácil y al final no resultara ser así.

—O que alguno se encaprichara con ella y Olivia lo humillara de alguna manera.

Runa se encogió de hombros.

—Entonces, ¿qué sentido tiene que su novio no aparezca? Si está escondido es porque tendrá algo que ocultar. Sigo pensando que lo más probable es que se le fuera la mano y la matara sin querer. Quizá él también estuviera bajo los efectos de la droga.

En ese momento entró Quique en el despacho y repartió un vaso de café para llevar a cada uno.

—¿Cómo vais? —preguntó.

—Si quieres te relevo un rato rastreando las redes —sugirió Roi después de darle un largo trago a su café.

—Y de paso podrías investigar a Diego Lago. Tenemos que averiguar en qué lugar ha podido esconderse —añadió Runa—. Amigos, viviendas, aficiones, viajes recientes… Ya sabes cómo va esto, y tú eres un *crack* rastreando. Quiero saberlo todo. Ya ha llegado la orden de registro de su domicilio, nosotros salimos para allá a ver si

encontramos algo que nos haga dar con su paradero.

Vila asintió de camino a la mesa.

—Lo tenía pendiente, pero me pongo con ello ya. Voy a hablar con los operadores de telefonía. Conseguiré el número de tarjeta de su móvil y trataré de geolocalizarlo. Si no le ha quitado la batería o lo ha destruido, daremos con él. Después obtendré el registro de posiciones del terminal.

Runa alzó el dedo pulgar en señal de aceptación.

—Yo voy a pedir la orden para obtener un registro de llamadas y mensajes. A ver si podemos pincharlo.

El móvil de Runa sonó y ella miró extrañada la pantalla. Al descolgar escuchó la voz histérica de Rebeca pidiéndoles entre gritos y sollozos que fueran a su casa de inmediato porque Olivia estaba allí. La había escuchado hablar en casa del vecino.

17

La fuerza del lobo

—ME ALEGRO DE que te hayas decidido a aceptar el trabajo. —Andrei le propino a Klaus un efusivo abrazo que remató con unos fuertes golpes en la espalda—. Necesitaba a alguien de mucha confianza, y ya no puede uno fiarse de cualquiera. Tú y yo nos hemos salvado la vida mutuamente y eso crea una unión, un vínculo de hermandad, que solo la propia muerte puede romper.

Klaus correspondió al saludo, pero con algo menos de entusiasmo. Detectaba un cambio evidente en la actitud de su amigo. Hasta la fecha, Andrei había trabajado bajo las órdenes de Sasha y, por extensión, de las suyas propias, pero acababa de escalar varios niveles por encima de él en la pirámide de poder y se encargaba de dejarlo claro con su actitud.

Dimitri también se alegró de verlo, pero se limitó a ofrecerle su enorme zarpa de oso a modo de saludo formal. El grandullón seguía conservando el mismo aire flemático con rostro de *bulldog*, pero juraría que su increíble envergadura había aumentado en los últimos meses a golpe de gimnasio. Pensó que era una pena que el cerebro no fuera un músculo que poder ejercitar de la misma manera que los demás; Dimitri estaba destinado a acabar sus días siendo el perro faldero de alguien. Carecía de escrúpulos a la hora de ejecutar cualquier tipo de orden que le llegara desde arriba, fuera la que fuese. Jamás cuestionaría nada y obedecería sin rechistar. Era la perfecta máquina de matar, con poca sesera y, por ende, sin remordimientos. Por el momento era Andrei el que le ataba la cadena al cuello, pero Klaus apostaría la mano derecha a que se iría moviendo alegremente la cola con cualquiera que lo pusiera en nómina ofreciéndole una longaniza más sabrosa.

Estaban en una casa de lujo en primera línea de playa, en la costa de Jávea. Las paredes y los muebles eran de un color blanco inmaculado y solo algunos toques de azul destacaban por aquí y por allá, combinados con objetos de cuerda y decoraciones marineras. Se encontraban en la planta superior, con forma rectangular, donde el lateral que daba al mar no tenía pared; era todo de cristal para favorecer las espléndidas vistas. Desde allí podía verse una gran piscina desbordante y, a escasos metros más allá, las rocas de la playa. La construcción estaba tan cerca del mar que desafiaba descaradamente la ley de costas. Andrei preparó un par de tragos y le

ofreció uno.

—Vodka con zumo de limón, ¿verdad? Aún lo recuerdo.

—Buena memoria —alabó Klaus, que aceptó de buena gana la bebida.

—Salgamos a la terraza, hoy hace un día espectacular. —Accionó un mando a distancia y uno de los paneles de cristal se deslizó de forma lateral.

Ambos se acomodaron en sendas tumbonas entre las que había una pequeña mesa de madera blanca.

Andrei levantó la copa a modo de brindis y habló en ruso:

—¡La fuerza del lobo está en la manada! ¡Bebamos para que ninguno de nosotros rompa esa unión!

—¡Por la manada! —correspondió Klaus en el mismo idioma. Su anfitrión había utilizado la costumbre de su país de brindar al estilo tradicional, donde en la primera parte del brindis se cuenta una historia corta y en la segunda se saca una conclusión sobre esta.

Tras el trago, Andrei comenzó a hablar con la vista perdida en el mar infinito.

—Imagino que te habrán llegado noticias sobre las últimas detenciones. Ha caído Alexei Shirokov, y con él más de cien personas. No puedo decir que me apene, porque su desaparición ha dejado un vacío de poder que nosotros vamos a aprovechar. El problema es que hay otros perros que quieren la misma carnaza y a esos hay que demostrarles que somos los más fuertes. Trabajaremos para Levan Bondarenko, el próximo líder de toda la zona de Levante. Es uno de los lobos más poderosos de la organización y en su manada no solo estaremos protegidos, sino que disfrutaremos de un futuro maravilloso lleno de riqueza, mujeres bellas y todo lo que se nos antoje. No tienes más que pedirlo. Podrás convertirte en un *vory v zakone*, un ladrón de ley, y jurarás obediencia sobre las leyes del hampa.

En la época de los zares rusos, los campesinos, ahogados por las injusticias y la pobreza, habían sobrevivido a base de convertirse en ladrones y bandoleros. Poco a poco se establecieron grupos bien organizados que se ayudaban y protegían entre sí. Con la llegada del comunismo, muchos de esos bandidos fueron ejecutados, y a otros los enviaron a los gulags [6], donde se crearon grupos resistentes y se establecieron importantes uniones.

En aquellos campos de trabajos forzados, los tatuajes comenzaron a formar parte de su forma de vida; eran un modo de demostrar la antigüedad o jerarquía del grupo. Se hacían de manera muy rudimentaria, utilizando el caucho quemado de ruedas viejas. Las calaveras, crucifijos, serpientes o puñales recorrían los cuerpos de los más veteranos, y los alambres de espinas numeraban con cada una de ellas los años de condena.

Estos grupos se revelaban negándose a trabajar, bajo la premisa establecida en su código de honor: «No construirás tu propia cárcel». Incluso crearon un lenguaje propio, el *fenya*, que sigue utilizándose en la actualidad por los delincuentes y que el gobierno de Putin está tratando de erradicar aplicando severas penas a los que continúen utilizándolo. En los gulags se concibió el germen de los ladrones de ley, y allí comenzó la leyenda. Tras la muerte de Stalin, se produjo una amnistía indiscriminada de presos y millones de ellos acabaron en la calle. Estos grupos permanecieron durante años en la sombra hasta que, en la década de los setenta, surgieron de nuevo con más fuerza como una poderosa organización criminal regida por sus propios códigos inquebrantables de conducta.

Klaus bebió un largo trago de vodka y se obligó a relajarse. Cerró los ojos y dejó que el sol le acariciara el rostro.

—Entonces va a haber movimiento. ¿Sabes a quiénes tienen pensado quitar de en medio? —preguntó sin que se le alterara el pulso lo más mínimo. Dudaba que Andrei estuviera al tanto de su relación con Davit. Su estancia en la casa de los Vaitonis se había llevado con discreción debido a que a Klaus lo estaba buscando la policía. Pero también sabía que a Andrei no le costaría mucho averiguarlo si se molestaba en hacer las preguntas oportunas.

—Hay varios candidatos. —Andrei lo miró sonriente y con expresión triunfante—. Pero aún no hay nada decidido. Si decides unirte, lo sabrás a su debido tiempo.

Klaus observó sus gestos detenidamente y por un momento pensó que estaba cometiendo un grave error al subestimar a Andrei. Era posible que él estuviera al tanto de su amistad con Davit y, si era cierto que su amigo era uno de los objetivos, entonces se estaría metiendo en un buen lío. Sujetó la cruz de oro blanco que llevaba al cuello y que jamás se quitaba. Se acordó de su abuelo y de cómo siempre había llevado al límite su existencia. Él también sentía en el estómago ese mismo gusanillo que lo empujaba a la acción. Algo dentro de él ansiaba volver a paladear el riesgo que, sin duda, acabaría con la rutina diaria. Ya casi podía sentir el poder de la adrenalina arrancando la costra de monotonía que se le había ido acumulando en las venas. Porque ser consciente de que tu vida corre peligro hace que vivas cada minuto al límite y lo disfrutes de verdad. Y porque ya había arrojado demasiados instantes de su vida a ese montón de tiempo desaprovechado sin ser saboreado. Aquel pensamiento lo llevó a Runa. Evocó su cuerpo desmadejado entre sus brazos y la sonrisa que le había dedicado cuando recuperó la consciencia por unos instantes. Ella era otro motivo para derrochar adrenalina, y se le antojaba mucho más apetecible que todo lo anterior. Se preguntó si debía hacerle una visita, y con solo pensarlo

notó un cosquilleo en el estómago.

Andrei seguía hablando de lo que iba a ser su futuro, hinchándose como un pavo cuando explicaba lo importante que era el puesto que había alcanzado en la organización y lo mucho que lo tenían en estima los de arriba. O no quería verlo o de verdad no sabía que, en un negocio como aquel, tu vida vale lo mismo que la de un perro para aquellos a los que sirves. El mismo que te acaricia un día, al siguiente te pega un tiro en la cabeza porque no le gusta cómo lo has mirado.

—Por el momento tenemos que estar alerta. Esperamos a unos cuantos peces gordos que llegarán desde Tallin para hacer una mesa redonda en la que decidir quién se queda y a quién hay que quitar de en medio. Tú serías el chófer de confianza para lo que se necesite, pero en poco tiempo sé que acabarían encargándote trabajos mucho más sustanciosos.

—Pues adelante —ratificó Klaus estirando la mano para estrechársela a Andrei.

Este soltó una risotada que espantó a un par de gaviotas que paseaban por la arena. Se levantó y le cogió la mano con fuerza para hacer que se incorporara y darle un abrazo efusivo.

—¡Sabía que no me defraudarías! —exclamó entre risas de alegría —. Vamos a poner el mundo a nuestros pies.

18

Una alteración en la energía

HABÍAN PASADO SOLO unos días desde que descubrió el cuerpo sin vida de Olivia, y Rebeca seguía sin poder creerse que su amiga ya no estuviera. El día en cuestión, pese a lo sucedido, había acudido a la universidad por la tarde como cualquier otro lunes, pero había sido incapaz de concentrarse en nada. Cuando intentaba estudiar, las líneas de los textos se fusionaban y serpenteaban juguetonas en el papel, formando imágenes que le hacían revivir momentos delicados. Era imposible. Si seguía así, los resultados del trimestre dejarían mucho que desear, pero no sabía cómo apartar de su cabeza a Oli. Ni sabía ni quería. Lo peor de todo era que había vuelto a tener esa horrible pesadilla en la que le ponía a Olivia una bolsa en la cabeza. El sueño había sido muy real, tanto que había podido sentir la rabia corriéndole por las venas cuando ajustaba la bolsa con todas sus fuerzas al cuello de su amiga. Aquel sueño la había dejado trastornada para el resto del día.

Esa mañana se había quedado en casa. Se había propuesto encontrarlo, y no se movería de allí hasta conseguirlo. Ya había registrado todo el apartamento y seguía sin dar con ello. Aún quedaban restos que le recordaban que la policía había estado inspeccionando cada rincón, pero no tenía ninguna gana de ponerse a limpiar. Le urgía mucho más dar con lo que buscaba. ¿Dónde lo habría puesto Olivia? Si la policía no había logrado encontrarlo cuando revisaron la casa, las probabilidades de que estuviera allí eran mínimas. ¿Y si era cierto que se lo había dado a Diego? Eso era lo que su amiga le había dicho, pero por alguna razón no la creyó. Tampoco quería ni siquiera considerar aquella posibilidad porque, si era cierta, estaría en un buen lío.

Se detuvo a pensar y miró a su alrededor con los brazos en jarras. El desorden era tal que tendría que pasar un par de días limpiando y volviendo a ordenarlo todo, lo que estaba muy lejos de apetecerle. Se pasó la mano por la frente; estaba sudando. La casa tenía una orientación pésima para los meses calurosos de Valencia; el sol se ensañaba con la fachada desde antes del mediodía hasta que se retiraba. Aunque por las mañanas ya refrescaba, aún había tardes como aquella en las que el otoño se rezagaba y tardaba en imponerse.

Abrió la puerta del balcón y agradeció el soplo de aire que entró en el apartamento. Sonrió al ver el apaño improvisado que había hecho

para evitar que el fastidioso gato del vecino se colara. Se trataba de un enorme cartón que había colocado de manera que ocupara toda la pared común, desde el techo hasta el suelo, y que sobresalía un par de palmos de la barandilla. Si *Manchurrón* quería pasar, tendría que jugarse la vida. Con un poco de suerte volvería a intentarlo y desaparecería para siempre. Ya llevaba varios días sin verlo, pero cuando salía al balcón escuchaba sus lamentos, cada vez más lastimeros. Lo oyó emitir uno de sus aullidos roncos y plañideros al otro lado del parapeto. Le pareció que le hablaba en ese lenguaje suyo, entre enfadado y quejumbroso, pidiéndole explicaciones por no dejarlo pasar.

«Te jodes», pensó y se dio la vuelta con un gesto torcido para seguir con lo que estaba haciendo.

No había dado más que un par de pasos cuando escuchó una voz que la llamaba por su nombre. Rebeca se quedó petrificada. La mandíbula se le desencajó y todo el cuerpo comenzó a temblarle. ¿De verdad acababa de oír la voz de Olivia pronunciando su nombre? Sacudió la cabeza y se abrazó a sí misma. La cabeza empezaba a jugarle malas pasadas. Pero, había sido tan real… Se frotó los brazos para entrar en calor. De repente la temperatura parecía haber caído en picado y tenía la piel de gallina. Esperó y concentró todos sus sentidos en lo que la rodeaba. Ni siquiera se atrevió a moverse; si hubiera podido dejar de respirar, lo habría hecho.

Cuando empezaba a convencerse de que habría confundido cualquier otro sonido con la voz de su amiga, volvió a escucharlo. Era Olivia, que hablaba entre risas, aunque no podía distinguir lo que decía. Tras el *shock* inicial, trató de recuperar el aliento y dio unos pasos para intentar acercarse al lugar de donde creía que provenían las voces: el dormitorio de Olivia. Con el corazón desbocado, empujó con cautela la puerta del cuarto, que permanecía entornada, temerosa de encontrarse allí al fantasma de su amiga. O algo peor. La habitación estaba vacía. Le pareció escuchar algo de nuevo y colocó la oreja contra la pared del fondo. No tardó en volver a oír la voz de su amiga, en esa ocasión con tal nitidez que estaba segura de que no eran imaginaciones suyas. Su voz provenía del piso de al lado, del apartamento de Cándido.

CUANDO LA CHICA la llamó tan asustada que parecía que le iba a dar un ataque, a Runa le costó encontrar las palabras para tratar de calmarla por teléfono. Tuvo que obligarse a no colgar al instante y dejarla gritando al otro lado de la línea para salir en su ayuda. Solo acertó a decirle que no se moviera de donde estaba, que no abriese la puerta a nadie y que iban para allá. Reconocía que le faltaba temple para esas cosas. Lo suyo no eran las palabras de consuelo, le perdía la

impaciencia. Los demás podrían decir después lo que quisieran, tacharla de brusca o intratable. Le daba igual. Solo pensaba en que, demasiado a menudo, unos segundos perdidos con mera palabrería marcaban la diferencia entre la vida y la muerte. Y estaba convencida de que eso era lo importante, aunque sabía de sobra lo que su compañero opinaría al respecto. Recogió sus cosas y avisó a Roi, que la miró con gesto escéptico cuando le contó sobre la marcha que Rebeca la había llamado histérica y le había contado a gritos que su amiga, la muerta, estaba con el vecino.

Cuando llegaron, Rebeca aún temblaba. Enseguida los llevó hasta el cuarto que había ocupado su amiga.

—¡Está ahí, al otro lado! —Señaló la pared con un dedo tembloroso.

—A ver, Rebeca. Cálmate un poco y explícanos mejor qué ha ocurrido —intervino Roi, al que todo aquello le parecía una broma pesada. Runa puso la oreja en el tabique y frunció el ceño. No detectó ningún sonido al otro lado.

—¡Lo digo en serio! —gritó Rebeca, consciente de que los policías no iban a creerla—. ¡Lo he escuchado varias veces! ¡Era su voz!

La chica se sentó en una esquina de la cama con sumo cuidado, como si tuviera miedo a ocupar con su cuerpo el mismo espacio que poco antes había ocupado el cadáver de su amiga. Se inclinó y ocultó el rostro entre las manos sin parar de sollozar.

—¡Juro que lo he escuchado! ¡No estoy loca!

—Está bien —repuso Runa—. Tiene que haber una explicación a todo esto. ¿Seguro que era la voz de Olivia?

—Tan segura como que estoy sentada en su cama. —Rebeca la miró con un destello de rabia en los ojos; las lágrimas le cubrían el rostro enrojecido—. Ese tío es de lo más raro y sé que es experto en buscar fantasmas. A Olivia le contó que había conseguido grabar sus voces con uno de sus aparatos en un par de ocasiones. Decía que era más fácil cuando la muerte era reciente…

—Espera, espera un momento —la interrumpió Runa—. ¿De verdad crees que lo que has escuchado es la voz del fantasma de Olivia?

Rebeca se encogió de hombros.

—¿Y por qué no?

Roi recordó la extraña afición de Cándido. Estaba obsesionado con la idea de contactar con el más allá, con los que ya no estaban. Lo imaginó haciendo funcionar uno de sus artilugios en la estancia que había al otro lado del dormitorio en el que se encontraban, intentando conectar con el alma de Olivia, que había muerto allí mismo solo unos días antes. Se acarició la nuca para aplacar la sensación de frío que le acababa de recorrer la espalda. Era bastante escéptico ante todo lo referente a lo paranormal, pero el escalofrío que acababa de sentir había sido muy real.

—Creo que lo mejor será ir a hacerle una visita a tu vecino. Quizá él tenga alguna explicación.

Rebeca arrugó la nariz, pero enseguida se puso en pie, decidida, y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

Cándido tardó un poco más de lo normal en abrir la puerta. Runa tuvo que tocar un par de veces el timbre. Si no hubiera sido por la insistencia de Rebeca, que les había asegurado que el hombre estaba en casa, era más que probable que los policías hubieran dejado de insistir. Al cabo de unos minutos, un rostro pálido y con el aspecto de llevar varios días sin dormir asomó por la puerta. Observó a los policías con gesto cansado y su mirada se detuvo en Rebeca, a la que escrutó con interés.

—Buenas tardes —saludó—. ¿Puedo ayudarles en algo?

Runa colocó la mano sobre el brazo de la chica antes de que esta, alterada como estaba, hablara más de la cuenta. Si se sentía atacado, se cerraría en banda.

—¿Podemos pasar? —intervino Runa—. Solo queremos hablar un poco con usted. Serán unos minutos.

Cándido señaló con la cabeza a Rebeca.

—¿Y ella?

—Está preocupada por… el alma de su amiga —improvisó Roi, al que su compañera dedicó una mirada significativa—. Quizá usted pueda ayudarla con eso.

El hombre se frotó la barbilla y carraspeó, indeciso. Echó una mirada rápida hacia atrás y volvió a dirigirse a ellos.

—No es un buen momento. Estaba probando uno de mis aparatos y lo tengo todo patas arriba —se excusó.

—Oh, no importa —se apresuró a añadir Runa, que percibía el cambio de actitud del hombre con respecto a la visita anterior—. Como le digo, será solo un momento.

Por fin Cándido se decidió a dejarlos pasar después de sujetar a *Manchurrón* para evitar que se escapara. El gato fue fijando su mirada felina en cada uno de ellos, como si él tampoco acabara de estar conforme con su presencia. Siguieron a su dueño a través del pasillo que conducía al salón. Por el camino, Cándido iba cerrando las puertas de las habitaciones antes de que ninguno de ellos pudiera echar un vistazo dentro. Al llegar al salón, vieron cajas, papeles y piezas por todas partes. Sobre la mesa, un plato con restos de comida resecos y un vaso con el fondo manchado de lo que parecía vino. Las persianas estaban a medio subir y, aunque el sol les daba de lleno, la habitación estaba poco iluminada.

Cándido miró a los recién llegados y no le costó adivinar en sus rostros lo que estaban pensando.

—Ya les he dicho que estaba trabajando. —Dejó a *Manchurrón* en el

suelo, que no tardó en enredarse, zalamero, entre las piernas de Roi, y apagó un aparato que crepitaba de una forma extraña sobre el sofá.

—¿Qué estaba haciendo? —le preguntó Runa.

El hombre la miró con el ceño fruncido.

—Oh, es simple curiosidad. Me parece de lo más interesante todo esto. —Abrió los brazos para señalar lo que había a su alrededor.

—¿Qué es lo que quieren? Dudo mucho que estén aquí por curiosidad.

Rebeca, que había permanecido en segundo plano, intimidada por el lugar en el que se encontraba y la presencia de Cándido, que nunca le había gustado, dio un paso al frente, decidida. Señaló con el dedo la estancia.

—¡He escuchado la voz de Olivia! ¡Y procedía de aquí!

—¿Qué dices? —se defendió Cándido—. Habrá sido la radio. La he tenido encendida hasta hace unos minutos.

—¿Has estado intentando contactar con ella? —quiso saber la chica con mirada suplicante—. Por favor, dime si te ha dicho algo…

Cándido negó con la cabeza y suspiró. Hasta *Manchurrón* dejó de frotarse en el pantalón de Roi y se detuvo para mirar a su dueño con interés. Al cabo de un momento durante el cual el albino se sintió abrumado por el peso de todas aquellas miradas, volvió la vista hacia el suelo y comenzó a hablar.

—Bueno… —dudó unos segundos—. No puedo decir que no lo haya intentado…

—¡Lo sabía! —gritó Rebeca con voz temblorosa por la emoción. Tenía la necesidad enfermiza de volver a sentir a su amiga, aunque ya solo quedara de ella su espíritu, su fantasma o como quisieran llamarlo.

Cándido se sobresaltó y el gato la regañó con un gruñido sordo. Runa la sujetó del brazo para calmarla.

—¿Lo consiguió? —preguntó la subinspectora, más interesada en el tema de lo que le hubiera gustado.

—Todos mis sensores se han visto alterados desde que Olivia ya no está con nosotros. Están captando algo, eso es indudable.

—¿Y su voz? —insistió Rebeca.

—Lo siento, pero no hay ninguna voz. No he conseguido un contacto tan limpio como para alcanzar un plano en el que se escuchen las voces.

—¡Mentira! —gritó la chica fuera de sí—. ¡Yo he oído cómo me llamaba! ¡Era su voz! Y también su risa…

Sus palabras fueron perdiendo fuerza y apagándose hasta transformarse en un sollozo. Entonces se volvió y se apoyó sobre el hombro de Runa, llorando desconsolada. La subinspectora, sorprendida por un gesto tan espontáneo, pero al mismo tiempo tan

íntimo, tardó unos segundos en reaccionar y colocar el brazo sobre el hombro de Rebeca para darle unas palmaditas.

Cándido la miró como si se compadeciera de ella.

—Rebeca, me encantaría poder decirte que tienes razón, pero no puedo ayudarte.

—Creo que será mejor que nos vayamos —comentó Roi. Empezaba a cansarse de *Manchurrón*, que se había tumbado sobre sus pies y le lamía los zapatos—. Pero ¿qué le pasa a este animal?

Roi sacó los pies de debajo del gato con brusquedad y este emitió un bufido antes de salir corriendo.

—Debe de detectar algún olor especial —aclaró Cándido con una sonrisa indefinida—. Es muy sensible para ciertas cosas.

A Roi le vino a la memoria el porro que se había fumado la noche anterior y tragó saliva de forma instintiva. ¿Sería posible que aquel bicho lo detectara?

Runa se disculpó con Cándido por haberlo molestado y, con Rebeca aún apoyada en su hombro, se dispuso a abandonar aquel extraño lugar pensando que, sin lugar a dudas, todo había sido un malentendido, y que el estado de nervios en el que se encontraba la chica lo explicaba todo.

—De todas formas, antes de que se vayan —la voz de Cándido sonó un tono más agudo de lo habitual—, tengo que decirles que sí he detectado algo.

Los tres se volvieron al mismo tiempo para observar con curiosidad la flaca silueta del dueño de la casa, que se perfilaba a contraluz con los ventanales del balcón y creaba un efecto extraño, como si de repente se viera rodeado de un halo celestial. Runa parpadeó, y el efecto desapareció en cuanto Cándido se movió y se acercó a ellos con uno de sus aparatos.

—No solo es el Spiricom el que se vuelve loco —continuó hablando al tiempo que presionaba una tecla y se volvía a escuchar el crepitar repetitivo del aparato—. *Manchurrón* también percibe la existencia de una energía extraña.

Runa alzó las cejas y echó ligeramente la cabeza hacia atrás con gesto divertido.

—No me diga que el gato se lo ha dicho…

—En cierto modo, sí. —Su expresión era tan imperturbable que Runa dejó de sonreír—. Sé que es difícil de creer para alguien poco experimentado en estos temas, pero, si me dejan, se lo puedo demostrar.

—¿Qué pretende hacer? —preguntó Roi.

—En esa casa hay algo que está alterando la energía de forma considerable…

Rebeca se llevó las manos a la boca para ahogar un grito.

—¡Olivia! —exclamó.

—No me atrevería a confirmarlo hasta que haya podido grabar en toda la zona y procesar después las ondas recogidas.

Cándido miró a la chica con un brillo de esperanza en los ojos.

Los labios de Runa se curvaron hacia abajo, todo aquello era surrealista. Miró a Roi y este se encogió de hombros. Aunque se tratara de un montaje o de los delirios de un hombre inestable, tenía que reconocer que lo invadía la curiosidad.

Rebeca había recuperado el ánimo de sopetón. Solo unos días antes, ni se le hubiera pasado por la cabeza hacer algo así. No es que creyera en esas cosas, jamás lo había hecho. Ni siquiera estaba segura de que todo aquello no fuera un disparate más del loco de su vecino. Lo único que sabía era que había escuchado la voz de su amiga. Su voz y su risa. Quizá ella también se estuviera volviendo loca; el cerebro podría haberle jugado una mala pasada debido a su necesidad de llenar el vacío que le había dejado en su vida la pérdida de Olivia. Solo había una manera de averiguarlo.

—Pues vamos —dijo decidida.

Tras llevarse el dedo a la boca para pedir silencio, Cándido fue el primero en entrar en el piso de las chicas. Sujetaba el ruidoso aparato y se parapetaba tras él como si de un escudo se tratara. Con rostro elevado, ceño fruncido y andar ceremonial, su aspecto resultaba tan extraño y fuera de lugar que Runa se tuvo que quedar atrás porque le daba la risa. Antes de que pudieran pasar todos, *Manchurrón* ya se le había colado hábilmente entre las piernas. Fue directo al salón con paso rápido y cola alzada, seguro de sí mismo, como si estuviera en su territorio. Los demás lo ignoraron y siguieron al albino, que movía la caja a un lado y a otro en busca de los lugares con más acumulación de energía según la intensidad con la que chirriara el invento.

Al ir acercándose a la habitación que había sido de Olivia, el sonido se fue intensificando y, una vez dentro, cuando lo colocó sobre la cama, comenzó a vibrar de tal manera que a su dueño le costaba mantener el pulso firme. Desde la puerta, sin atreverse a entrar, tres cabezas lo observaban con la boca abierta. La sonrisa de Runa se había transformado en una mueca indefinida. Tras unos segundos de agitación en los que parecía que aquello iba a explotar, el dispositivo se quedó en silencio, y poco a poco volvió a escucharse el crepitar suave y cadencioso inicial. El hombre, muy concentrado, acabó de recorrer la habitación ya con mucho menos éxito. Tampoco hubo cambios significativos en la señal al entrar en el resto de habitaciones de la casa.

En el cuarto de Olivia, Runa se fijó en que algunos cajones estaban mal cerrados y podía intuirse su contenido revuelto. La cómoda no estaba bien pegada a la pared, como si la hubiesen retirado. Otros

objetos estaban mal colocados y con evidencias de haber sido movidos sobre los rastros del polvo revelador de huellas que sus compañeros habían utilizado el día anterior. Porque aún no habían limpiado el lugar. Recordó que, cuando acudieron a la escena del crimen, la casa estaba más o menos ordenada. Quizá había sido cosa de la Científica, pero algo en aquel lugar le escamaba. Observó a Rebeca, concentrada como estaba en lo que hacía su vecino. ¿Habría estado buscando algo? Pensó en preguntarle cuando Cándido hubiese acabado con lo suyo.

Ya en el salón, *Manchurrón* se afanaba en rascar con las patas la puerta del balcón. Aullaba como solo él sabía hacerlo, pero con más desesperación que de costumbre.

Rebeca señaló al animal y se dirigió a Cándido con cara de pocos amigos.

—Pero ¿qué le pasa a este gato? Lleva así desde que hemos llegado. ¡Siempre queriendo entrar y ahora se desespera por salir!

Su dueño lo miró con curiosidad. De repente su gesto cambió, como si le hubiera sido revelada una verdad hasta entonces desconocida para él. Se acercó al gato y lo apuntó con el aparato, que empezó a sonar otra vez con más intensidad.

—Abre la puerta, por favor —le dijo a Rebeca.

Ella obedeció sin rechistar, intrigada. En cuanto *Manchurrón* tuvo hueco suficiente para pasar, se precipitó al exterior y fue directo a una de las macetas en la que crecía una planta con hojas de color verde. Se subió encima y empezó a revolcarse, arrancando los tallos y masticándolos con fervor.

—¿Qué tipo de planta será esa? —se preguntó Roi en voz alta.

—No sé… Algo para los mosquitos —respondió la chica tras unos segundos de estupor—. La plantó Oli porque, si no, no se puede salir aquí en cuanto se pone el sol.

Runa se agachó para cortar un tallo mientras el gato seguía a lo suyo, masticando hierba como un loco.

—Parece menta o hierbabuena.

En el balcón, situadas junto a las paredes, había varias jardineras cubiertas de plantas de distinta índole. En las dos esquinas frontales se alzaban un par de maceteros redondos colocados sobre unos pedestales cilíndricos de cerámica con figuras que representaban escenas de la antigua Grecia. De ellos surgían sendas enredaderas que caían con gracia hasta casi alcanzar el suelo. Algunas comenzaban a dar signos de necesitar un buen riego.

—Son las plantas de Oli —informó Rebeca con melancolía—. Ella se encargaba de cuidarlas; le encantaba tenerlas bonitas. No creo que duren mucho conmigo. No tengo ni la paciencia ni las ganas necesarias para ocuparme de ellas.

Manchurrón seguía a lo suyo, mordisqueando las hojas verdes de la

planta, que ya estaba toda pisoteada y tenía muchos de los tallos arrancados.

—Está desesperado —comentó Roi mirando al animal, que empezaba a emitir los sonidos extraños que ya le eran familiares.

—Supongo que, como lleva días sin poder pasar —aclaró Rebeca señalando el cartón que había colocado entre su piso y el del vecino—, tenía ganas de volver a comerse eso. Lo he visto oler y masticar esa planta otras veces, pero nunca como ahora. ¡Se ha vuelto loco!

Cándido, que había estado manipulando el Spiricom girando los botones de frecuencias para ajustarlo de oído, como si fuera un afinador, acercó el cacharro al gato. En ese mismo momento, el sonido se transformó en un chirrido corto, pero muy agudo, que hizo que todos dieran un respingo. En especial *Manchurrón*, al que el susto lo sacó al instante del éxtasis que sufría y comenzó a saltar de un lado a otro como si lo persiguiera el mismísimo diablo. En uno de esos saltos se apoyó en el pedestal de barro que sujetaba una de las macetas y todo el conjunto se vino abajo, rompiéndose en pedazos. Antes de que pudieran saber qué estaba ocurriendo, el animal ya había desaparecido de la vista de todos. Entre los restos de tierra y los trozos de cerámica había un hatillo de tela que cubría un objeto. Runa se agachó para alcanzarlo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Cándido acercó el buscador al bulto que tenía la subinspectora en las manos y la señal se intensificó. Al retirar la tela, una piedra plana de color negro con unas extrañas inscripciones grabadas quedó al descubierto.

—Ya os dije que aquí había algo… —repitió con sonrisa triunfadora.

Rebeca se llevó las manos a la boca para ahogar un grito. La policía había encontrado lo que ella tanto había estado buscando.

Roi se acercó al pedestal gemelo que había en el otro extremo del balcón y retiró el tiesto que había encima. Metió la mano en el hueco de cerámica y extrajo otro envoltorio de tela similar que ocultaba una pequeña figura de metal y una especie de poliedro hueco con una piedra redonda en su interior. Por el aspecto que presentaban los objetos, debían de ser muy antiguos.

MIENTRAS TANTO, LEJOS de allí, alguien escuchaba con unos auriculares todo lo que estaba ocurriendo en aquella casa. Ese alguien golpeó la mesa con furia y lanzó lejos de sí los auriculares, que cayeron al suelo de madera, alterando el silencio de la pequeña estancia en la que se encontraba.

19

Maldiciones

Miércoles, 28 de septiembre. Rebeca

ENCONTRARSE DE NUEVO con Olivia tras lo que había pasado el jueves anterior en la fiesta que habían organizado en el piso le iba a resultar bastante embarazoso. Le avergonzaba que al mirar a su amiga a la cara ella pudiera adivinar lo que la atormentaba. Su cabeza se debatía entre el deber y el deseo, y en esa lucha no podía discernir un claro ganador, puesto que su estado de ánimo amparaba a uno u otro según el momento. Quizá su amiga tuviese razón cuando le dijo que era una puritana. Le encantaría poder ser como ella, tan liberal y desvergonzada. Pero había crecido en un ambiente que se encontraba a años luz de aquel comportamiento, y tratar de cambiar sus principios de un día para otro le resultaba agotador.

El encuentro con su amiga no fue tan terrible como había supuesto. Se vieron ya en clase, a primera hora, y Olivia se dirigió a ella como si nada hubiera ocurrido días atrás. Seguía tan habladora y pizpireta como siempre, y le sonreía con esa mirada capaz de levantar pasiones y destruir murallas. Ese simple gesto hizo que la batalla de su cabeza se inclinara a favor del deseo y el deber acabara doblegado, retirándose para recuperar fuerzas tras perder aquel combate desigual.

La clase fue muy interesante, aunque a ella le costó mantener la atención con su amiga tan cerca. Podía percibir su olor, que su cerebro interpretaba como una mezcla de perfume y erotismo que la seducía sin remedio. Tuvo que obligarse a centrarse en la explicación. Diego hablaba en ese momento sobre la justicia en la Antigüedad y apoyaba su discurso con imágenes en el proyector que tenía a la espalda.

—… la aparición del concepto de justicia se da en numerosas civilizaciones. Algunos ejemplos son la diosa Maat, representada con la pluma de avestruz en posición vertical sobre la cabeza, como podéis ver en la imagen. Esta diosa aparece en la representación del Juicio de Osiris, momento en el que se pesaba en una balanza la conciencia del difunto para permitirle o no el acceso a la vida eterna. Forseti era el dios de la justicia, la paz y la verdad en los pueblos nórdicos; Shamash en la mitología sumeria; Tezcatlipoca para los aztecas, considerado como el dios de la noche y las cosas materiales, o la diosa Termis en la mitología griega, representada con la balanza y una espada, con los ojos vendados en muchas ocasiones para mostrar su imparcialidad.

Tras interrumpir su discurso durante unos instantes en los que toda el aula se mantuvo expectante, Diego continuó hablando.

—Y todo esto es simplemente la introducción para el tema que quería tratar hoy. Desde épocas remotas, el hombre ha perseguido la justicia divina invocando a los dioses e implorando su favor. En el período grecorromano, la mentalidad supersticiosa del mundo griego y posteriormente del romano favoreció la aparición de la práctica de la magia maléfica. Se trataba de una serie de conjuros y maldiciones que, acompañados de ciertos rituales, se escribían sobre un material no perecedero como el cobre, zinc, piedra… Existen numerosos hallazgos arqueológicos de estas tablillas de maldición o defixiones, del latín «fijación». Esas tablillas constituyen la mejor fuente para el estudio de la magia en el mundo antiguo.

Diego hizo una pausa y cambió de imagen. En la pantalla apareció la fotografía de una lámina oscura sobre la que aparecían unos símbolos grabados. Rebeca notó que su amiga se revolvía en el asiento. El tema le interesaba y el profesor había logrado captar su atención.

—Se llevaban a cabo maldiciones de todo tipo —continuó al tiempo que cambiaba la imagen para mostrar otras fotografías similares a la primera—. Había maldiciones judiciales, en las que se pretendía ganar un juicio y que el rival sufriera horribles consecuencias si no retiraba los cargos; de tipo comercial, para arruinar a la competencia; de tipo sexual o amoroso, que pretendían atraer a la persona amada; contra los ladrones, contra rivales en competiciones deportivas…

En ese momento Olivia levantó la mano y Diego interrumpió su discurso para escucharla.

—Es un tema muy interesante. Me gustaría saber si tienes la traducción de alguna de esas inscripciones.

—Sí, justo iba a poner un ejemplo ahora mismo. —Presionó el botón del mando a distancia y en la pantalla apareció una frase:

> «¡Oh, Soberana Fuente Saludable! Confío que reclames mis bienes a quienquiera que se haya llevado mis sandalias y mis botas. Oh, diosa, confío que tú, destructora, reclames aquellas contra ellos, si alguna muchacha, mujer u hombre las ha robado».

—Esta tablilla se encontró en la ciudad romana de Itálica, en Santiponce, Sevilla. Está escrita en cursiva romana, esto es, de izquierda a derecha y de arriba abajo. Hay que comentar que el romano medio no tenía un acceso fácil a nuevas prendas; en muchas ocasiones pasaban toda la vida utilizando las mismas…

—Pero yo no me refería a ese tipo de maldiciones —lo interrumpió Olivia. Rebeca miró a su amiga y percibió la sonrisa picarona y el insinuante tono con el que se dirigía al profesor—. Me refería más

bien a algún texto de maldición sexual o amorosa… No sé, siento curiosidad.

Su comentario desató un rumor de risas contenidas entre los alumnos. Al terminar de hablar, Olivia se pasó lenta y descaradamente la lengua por los labios para que Diego pudiera verlo. Tenían la costumbre de sentarse en una de las primeras filas, y aquel día no era una excepción. Diego tuvo que carraspear para disimular su azoramiento mientras Rebeca asistía a aquella escena con la boca abierta. Su compañera estaba provocando al profesor sin ningún reparo y en presencia de todos.

—Bueno… No tengo ningún ejemplo precisamente de eso, pero sí que había preparado uno en el que el *defixus* es una mujer. —Diego volvió a manipular el mando y, tras pasar varias imágenes, se detuvo en una concreta—. Este es un ejemplo de una lámina encontrada en Italia en 1879. Apareció en un sepulcro, bajo el cráneo de un difunto, enrollada y atravesada por un clavo:

> «Dioses infernales, si tenéis algo de sagrado, os encomiendo y entrego a Tyche (esposa-esclava-hija) de Carisio; cualquier cosa que haga, que todo le salga al revés. Dioses infernales, os encomiendo sus miembros, color, figura, cabeza, cabellos, sombra, cerebro, frente, cejas, boca, nariz, mentón, mejillas, labios, su habla, rostro, cuello, hígado, hombros, su corazón, pulmones, tripas, vientre, brazos, dedos, manos, ombligo, vejiga, muslos, rodillas, piernas, talones, plantas, dedos. Dioses infernales, si la veo consumirse, (prometo) hacer de buen grado el sacrificio por el aniversario a sus dioses familiares (…) consume su peculio». [7]

—En este caso, parece que Tyche debía de ser una esclava, ya que el término *peculium* se utilizaba para referirse a los ahorros de los esclavos para comprar su libertad.

Olivia resopló y fingió un gesto de aburrimiento. Por suerte para Rebeca, que se veía como una alcahueta de la Edad Media, presenciando y silenciando un encuentro amoroso clandestino, la cosa no fue a más. Aunque no hacía falta ser muy avispado para darse cuenta de la química que había entre aquellos dos cuando sus miradas se cruzaban. Saltaban chispas que la alcanzaban y la abrasaban con la rabia ardiente de los celos.

AQUELLA MISMA NOCHE, mientras preparaban la cena, la tensión entre las dos acabó por explotar en forma de discusión. Rebeca, que llevaba todo el día mordiéndose la lengua y sentía la boca llena de sapos, no pudo reprimirse cuando Olivia hizo un comentario sobre lo interesante que le había parecido la clase de esa mañana.

—¡No hace falta que lo jures! —reprochó sin disimular su

indignación—. ¡Te comportaste como una perra salida!

Incluso ella misma se sorprendió por la agresividad con la que había pronunciado aquellas palabras. Era como si algo oscuro se hubiera adueñado de su voluntad por un instante y la hubiera espoleado con rabia contra su amiga. Olivia soltó el aire por la nariz y a punto estuvo de atragantarse con aquella salida de tono. Bebió agua para pasar la comida y a continuación se puso a reír a carcajada limpia.

—Vaya, vaya, Rebeca… Veo que no perdiste detalle —atacó sin piedad—. Me parece que te hubiera encantado participar en el juego.

—¡¿Qué dices?! Si algo me provocó esa situación fue vergüenza ajena. ¡En mi vida he pasado tanto apuro! ¡Y Diego babeando como un perro cachondo delante de toda la clase! ¡Es patético!

—Eso es porque sigues siendo una estrecha, Rebe. ¿No aprendiste nada el otro día? Porque yo creo que tú también disfrutaste…

Rebeca se puso en pie de un salto. Las mejillas, enrojecidas por la ira, le temblaban al hablar, y la voz le salía chillona y aguda, como si el ente oscuro que hacía rato que percibía en su interior le oprimiera la garganta al tratar de salirle por la boca.

—¡No te atrevas a insultarme de esa manera! ¡Prefiero ser una estrecha a una perra!

De nuevo la risa, esa vez más desinhibida, casi sensual. Olivia parecía ser inmune a sus palabras, por mucho que fueran arrojadas contra ella en forma de afilados puñales. Se incorporó y se acercó a Rebeca muy despacio, sin romper el contacto visual, desarmándola con una mirada desbordante de lujuria. Rebeca enmudeció y trató de retroceder, pero el mueble de la cocina le cortó el paso. Olivia siguió acercándose hasta que los dos rostros casi se rozaron. El corazón de Rebeca luchaba por salir de la opresión de su pecho; podía sentir los latidos como si fueran puñetazos. Entonces Olivia alzó la mano y le retiró un mechón de pelo que le caía sobre el rostro. Sus dedos apenas la rozaron, pero aquel sutil contacto fue suficiente para que sintiera un latigazo de placer que hizo vibrar hasta la última célula de su ser.

Sus ojos se desplazaron sin remedio hasta los labios de su compañera, tan sugerentes y apetecibles que supo que moriría allí mismo si no podía hacerlos suyos. Aquella mirada suplicaba que continuase, que no se detuviera. Olivia supo interpretar el gesto y se acercó, con desesperante lentitud, hasta tropezar con su boca. Rebeca sintió su lengua tibia y juguetona, tratando de explorar su boca, al principio con timidez, después con una impaciencia que le nubló la razón. Cerró los ojos y se dejó llevar. Olivia le tomó las manos y las condujo por debajo de su camiseta hasta alcanzar sus pechos. Rebeca gimió y los acarició con manos temblorosas. Con torpes movimientos, se fueron despojando de la ropa y, para cuando alcanzaron la cama de Olivia, ya no quedaba obstáculo alguno entre sus cuerpos, locos de

deseo.

A LA MAÑANA siguiente le costó un poco ubicarse al abrir los ojos. Observó su desnudez, apenas disimulada por una sábana arrugada, en el espejo del techo. A su lado, Olivia dormía plácidamente bocabajo, con la espalda al aire y el pelo alborotado de forma graciosa. Hasta durmiendo desprendía un atractivo espectacular. La espalda perfilada y bien tonificada que acababa en un trasero perfecto. A su lado, la visión de su cuerpo, mucho menos agradecido, le resultó casi desagradable y se ocultó bajo las sábanas por instinto. Se sintió incómoda, fuera de lugar, pero su mente viajó a la noche anterior y su cara se iluminó al recordar ciertos momentos.

Olivia gruñó y cambió de postura, aún en sueños, colocándose de lado frente a ella y dejando a la vista uno de sus exuberantes pechos. Ella se volvió y pasó el dedo por el contorno de su seno con extremo cuidado, incluso con cierto miedo, y se maravilló por el efecto que provocó en la piel de su amante, que se erizó como si hubiera activado algún resorte interno, extremadamente sensible. Olivia abrió los ojos, perezosa, y la miró aún medio dormida. Ella la obsequió con la mejor de sus sonrisas.

—Buenos días, dormilona —le susurró Rebeca con voz temblorosa por la emoción. Jamás se había sentido tan dichosa como en aquel momento.

Su amiga parpadeó e, instintivamente, se retiró un poco hacia atrás y se tapó con la sábana. Un gesto que hizo que la sonrisa de Rebeca comenzara a difuminarse.

—Buenos días —respondió con la voz un poco ronca. A continuación, carraspeó y esbozó una suerte de sonrisa a la que ella se aferró como un náufrago a un trozo de madera. Pero solo fue una ilusión, porque cuando se disponía a continuar con su caricia, Olivia se incorporó y salió de la cama—. Tengo un hambre espantosa —comentó, se puso las bragas y una camiseta, y salió de la habitación.

El espejo le devolvió a Rebeca un rostro contrariado, en el que enseguida distinguió la ya familiar sombra de la decepción.

20

Redes sociales

QUIQUE ENTRÓ HABLANDO por teléfono en el despacho y saludó con un ademán a Runa y Rodrigo, que en ese momento reían y comentaban algo mientras miraban la pantalla del ordenador. Tras un par de minutos de conversación, le dio las gracias atentamente a su interlocutor y colgó.

—Vale, ya lo tenemos —comentó al tiempo que se guardaba el teléfono en el bolsillo trasero de los vaqueros—. Dice que esta tarde sobre las cuatro se pasará por aquí.

—¡Genial, Vila! —dijo Runa—. Pensé que te costaría más dar con él y convencerlo.

—Bastante más lo primero, porque en cuanto le he comentado lo que habéis encontrado, enseguida se ha ofrecido para echarle un vistazo a las piezas. Ya había leído que era uno de los expertos más reconocidos en yacimientos arqueológicos, pero es que este tío es la caña. —Quique se sentó en el sofá—. El doctor Álvaro Coscojuela no solo está al frente del Servicio de Investigaciones Prehistóricas de Valencia, sino que también ha dirigido numerosas excavaciones y tiene un sinfín de publicaciones. Me ha contado que empezó en los sesenta, cuando apenas era un crío, trabajando en la primera excavación del yacimiento íbero de L'Alt de Benimaquia. Allí descubrieron lo que debió de ser una de las primeras bodegas de la península, con restos de ánforas para almacenar vino y miles de semillas de uva pertenecientes al siglo VI a. C. Aquel hallazgo lo marcó de tal manera que, a partir de entonces, dedicó su carrera y su vida a la arqueología.

—A ver si él nos aclara de dónde pueden haber salido esos restos, porque sigo sin entender qué hacían escondidos en casa de las chicas —comentó Roi, que miraba cómo su compañera se llevaba un vaso humeante de café a los labios—. ¿Cuántos llevas hoy, Runa? Ya he perdido la cuenta…

Ella se encogió de hombros, ignoró el comentario y cambió de tema.

—¿De verdad creéis que Rebeca no tenía ni idea de lo que eran? Parecía tan sorprendida como nosotros cuando los encontramos.

—Aunque fueran tan amigas como dice, quizá Olivia tenía sus secretos —elucubró Roi.

—¿Y si esos restos fueran la causa de su asesinato? —Runa apuró la bebida, arrugó el vaso de papel y lo lanzó a la papelera.

—Eso solo tendría sentido si fueran valiosos. Lo sabremos en unas horas.

Runa asintió, volvió a su silla y miró a Quique.

—Vila, ¿has encontrado algún perfil sospechoso entre los seguidores de la chica en sus redes sociales?

Quique miraba el móvil abstraído. Había dejado de estar atento a la conversación con sus compañeros sin darse cuenta. Llevaba unos días sin ver a Amelia y la echaba mucho de menos.

Miró las fotos que la escaladora había colgado en Instagram y sonrió. Todas tenían el mismo telón de fondo: las peñas de Guaita, en Puzol. Ella había elegido aquel lugar por su dificultad moderada para la escalada, ideal, según le había contado, para el grupo de principiantes a los que estaba enseñando. Deslizó el dedo con menos interés sobre otras fotos de sus alumnos colgando de la roca; todas le parecían iguales. Al final volvió a la que más le gustaba: un *selfie* en el que aparecía Amelia con la montaña a sus espaldas. Estaba tan sonriente que le brillaban los ojos. Era preciosa. Con esas pequitas que le cubrían de forma caprichosa la nariz, y que a él le parecían una obra de arte. Se la veía feliz, en su ambiente. Era una de esas personas que sonríe en cuanto estableces contacto visual con ella, aunque seas un desconocido o no tenga motivos para sonreír. Eso le encantaba y al mismo tiempo lo asustaba, porque de alguna forma exponía al resto del mundo su inocencia, y eso la volvía vulnerable. A Quique la vida ya le había dado varias lecciones, y en lo profesional había aprendido que el mundo no suele tratar bien a las personas buenas. Siempre hay alguien a su alrededor que trata de aprovecharse.

—¡Vila! —la voz de Runa le llegó de lejos, como si no estuviera a un par de metros de él. Alzó la vista y la vio hacer un ademán con la mano, como si limpiara un espejo empañado, para llamar su atención —. ¿Dónde estabas?

—Perdón —se excusó azorado—. Me había puesto a mirar un rato el móvil…

—Apuesto a que sé con qué, o más bien con quién, estabas embelesado. —Roi le dedicó una sonrisa traviesa al tiempo que movía las cejas de arriba abajo.

Su comentario hizo que las mejillas de Quique se encendieran, y el chico se recogió el pelo en un moño improvisado con la goma que siempre llevaba en la muñeca, como si la temperatura hubiese subido unos cuantos grados de golpe.

—¡Déjalo en paz! —Runa le propinó un golpe en el hombro a su compañero, que le arrancó un fingido quejido de dolor—. Ahora que empieza a disfrutar de la vida, no se te ocurra arruinarle el momento.

Roi alzó las manos en señal de rendición y Quique sonrió.

Runa, tras su aparente enfado, se alegró de que Roi volviera a

mostrarse alegre y chistoso como siempre. Últimamente no eran muchos los momentos en los que podía disfrutar de sus ocurrencias.

—¿Qué me estabas diciendo, Runa?

—Te preguntaba cómo iba el tema de los perfiles que estabas investigando en las redes de la víctima.

Quique se incorporó y se sentó a la mesa.

—He pasado horas rastreando los movimientos que más me han llamado la atención, pero no he encontrado nada relevante. El problema es que podría estar días así.

—Lo sé —reconoció la subinspectora—. Pero también estoy segura de que si hay alguien que puede sacar algo de ahí, ese eres tú, Vila. Y no tenemos mucho más de donde tirar.

—Seguiré con ello, aún me quedan algunos por revisar. —Encendió el ordenador y miró a sus compañeros mientras esperaba, pensando en lo equivocada que estaba la gente al imaginar que el trabajo de un policía se basaba en utilizar sofisticadas pruebas y aparatos de última generación cuando lo cierto era que, en su mayor parte, eran los trabajos repetitivos y tediosos como aquel los que hacían avanzar la investigación. Estaban mucho más cerca del personaje de Colombo que de los de la serie *CSI*—. Por cierto, ¿de qué os reíais cuando he entrado? —preguntó para cambiar de tema.

Sus compañeros se miraron y volvieron a reír sin poder evitarlo.

—Resulta que tenemos un adicto a sustancias psicotrópicas implicado en el caso —lo informó Roi, que a duras penas podía contener la risa.

—¿Y eso tiene gracia? —le reprochó Quique con ceño fruncido.

—Oh, sí. Sí que la tiene —confirmó Runa, que trataba de mantener el rostro impasible, pero tampoco era capaz—. Además, el muy descarado se puso a consumir delante de nosotros y entró en éxtasis.

Quique no salía de su asombro al ver cómo sus compañeros se desternillaban de risa ante él. Su cara debía de ser un poema, porque cada vez que lo miraban se reían aún más.

—¿Qué os pasa? —preguntó extrañado. No le veía la gracia por ninguna parte—. ¿Os habéis tomado algo vosotros también?

Al cabo de un rato, Roi se levantó y manipuló el móvil antes de enseñárselo a Quique.

—Tengo una prueba irrefutable, porque lo grabé cometiendo el delito.

Quique miró la pantalla y no pudo evitar unirse a sus compañeros. En ella se veía a *Manchurrón* en pleno éxtasis alucinógeno sobre una planta. A esas alturas Runa ya no podía más y reía a carcajada limpia.

—¿El gato? ¿Qué está haciendo? —preguntó divertido.

Sus compañeros aún tardaron un rato en recomponerse. Entonces Runa se lo explicó.

—Resulta que esa planta es hierba gatera. Parece ser que libera una sustancia química para defenderse de los insectos que se llama… —Consultó la pantalla y leyó—: Nepetalactona. Al parecer esa sustancia activa una enzima que atrae y droga a los gatos.

—Pero no solo eso —añadió Roi—, también activa sus feromonas sexuales y tiene un efecto afrodisiaco.

—O sea, que esos animales se sienten atraídos por la planta y, al ingerirla, se comportan como si hubieran consumido un alucinógeno —concluyó Runa—. *Manchurrón* llevaba tiempo sin poder consumirla porque Rebeca había colocado una protección de cartón para evitar que se colara por el balcón. Debía de estar desesperado.

—Y por eso se comportaba de forma tan extraña, haciendo esos ruidos que en realidad no son maullidos… —opinó Quique.

—No sé qué decirte. —Roi se secaba las lágrimas con el dorso de la mano. Momentos como aquel relajaban la tensión y le hacían ver la vida de otro modo, no tan sombría como últimamente se le presentaba —. Ese bicho de por sí ya es raro de cojones.

—Bueno, basta de tonterías —sentenció Runa ya más seria—. Acaba de entrar el informe del operador de telefonía con el número de tarjeta del móvil de Diego Lago y su geolocalización. También tenemos los últimos movimientos del terminal de Olivia.

La subinspectora se pasó la mano por la cabeza rapada y se concentró en la pantalla mientras Roi se volvía a colocar a su lado para leerlo.

—¡Lo tenemos! —exclamó ella al cabo de un rato, dando un golpe sobre la mesa con sonrisa triunfante—. El móvil de Diego estaba en el mismo lugar que el de Olivia en el momento en que ella murió. Estaban juntos.

Roi imprimió una copia del informe y con ella en la mano se acercó al mapa que habían colgado en la pared. Cada caso requería de un mapa nuevo, ya que todos acababan llenos de marcas y apuntes.

—No te emociones, ya sabes que el juez no va a admitir eso —atemperó Roi—. No sería la primera vez que se invalida una investigación con la alegación de que el aparato no tiene por qué estar con su dueño en todo momento. Se le podría haber olvidado en casa de Olivia… ya sabes.

—Sí, ya sé —bufó Runa—. No hace falta que me arruines el momento.

—¿Sigue operativo? —quiso saber Quique.

—No, la última posición es de las 13.42 del sábado. Antes de que lo destruyeran o se quedara sin batería, se conectó a varias antenas colocadas cerca de la carretera CV-370. El orden y la distancia temporal entre unas y otras indica que el sujeto debió de salir de la ciudad por esa carretera en un vehículo.

—Ya hemos cursado la orden para acceder al registro de llamadas y mensajes —anunció Quique—. No deberíamos tardar mucho en recibir la información. A ver si hay suerte y lo utilizó durante el tiempo que su móvil permaneció en casa de Olivia.

—El desvío de llamadas a SITEL [8] ya está activado —confirmó Runa—, pero lleva más de un día sin dar señal, dudo mucho que vuelva a hacerlo. Vamos demasiado lentos en esta investigación. Me extraña que Patiño no haya entrado ya por esa puerta para ponernos firmes a todos con sus prisas, aunque lo veo un poco mustio desde hace unos días. No sé qué le pasa.

—Dicen en los corrillos que está enfermo… —informó Roi.

Ella lo miró escéptica e hizo un gesto con la mano para restarle importancia al comentario.

—Bah… habladurías. Mira que les gusta cotillear a algunos. Casi es mejor darles que hablar, porque, si no encuentran nada con lo que despellejarte, se lo inventan.

Runa se puso en pie y se acercó al mapa en el que Roi estaba marcando con números cada uno de los lugares en los que el móvil de Diego se había conectado a alguna antena de telefonía.

—Según esto, salió el sábado por la mañana de casa de Olivia y estuvo dando vueltas por la ciudad de manera errática, sin un rumbo determinado —explicó sin dejar de mirar el informe y el dibujo que estaba formando—. Apagó el móvil nada más salir de la casa, pero, como aún debía de quedarle batería, el aparato siguió conectándose a varias antenas. A las 13.21 comenzó a moverse a una velocidad compatible con la de un vehículo. La señal se perdió a las 13.42, en la CV-35 en dirección a Llíria.

—En ese momento, o se le acabó la batería de forma definitiva o destruyó el aparato —opinó Runa.

—Me inclino por lo segundo —comentó Roi—. Si iba en coche quizá lo lanzó por la ventana para deshacerse de él.

—Pero, entonces, ¿por qué no lo hizo antes?

Roi asintió y emitió un largo suspiro.

—Buena pregunta…

—¿Y si no fue él quien inutilizó el terminal?

—¿Insinúas que alguien se lo pudo llevar a la fuerza y quiso eliminar cualquier posibilidad de seguirlo?

—Y aquí viene la verdadera cuestión: ¿por qué?

—Y otra no menos importante: ¿a dónde lo llevarían?

Roi recorrió la carretera sobre el mapa con el dedo.

—Podrían haber ido a cualquier parte, incluso estar ya lejos de la comunidad —añadió.

Runa se frotó la nuca. Se le estaba empezando a cargar la cabeza y eso no solía acabar bien cuando se trataba de ella.

—Empiezo a tener la cabeza como un bombo —se quejó al tiempo que echaba un vistazo a su reloj—. Son las dos y media, necesito comer algo y que me dé un poco de aire. ¿Comemos en el bar del chino?

—Yo me apunto —se animó Roi, cuyo estómago llevaba un rato protestando—. Así podremos estar de vuelta a tiempo de hablar con el arqueólogo.

—¿Vienes, Vila? —Runa ya estaba abriendo la puerta del despacho.

Quique dudó un instante.

—No tengo mucha hambre, pero si a la vuelta me traéis un bocata de tortilla de patata con alioli os deberé una. Quiero echar un vistazo rápido a lo que estaba haciendo esta mañana a primera hora.

—Oído —asintió Roi imitando al camarero del bar, que siempre respondía con esa palabra cuando le pedían algo. A continuación, desapareció tras su compañera.

Quique consultó por enésima vez el listado de perfiles que más interactuaban con Olivia en Instagram, la red social en la que se mostraba más activa. En su perfil, *@Oli_solo_Oli*, se definía como la Esther de Sylvia Plath, alegando vivir cada instante como si fuera el último.

Al interesarse por Sylvia Plath, Vila descubrió que había sido una escritora estadounidense que había publicado varias obras, entre ellas *La campana de cristal*, con cuya protagonista y *alter ego* de la autora, Esther Greenwood, parecía identificarse Olivia. Tras una vida tormentosa salpicada por múltiples problemas psicológicos y varios intentos de suicidio, finalmente la escritora logró quitarse la vida a la edad de treinta y un años. El método que utilizó para suicidarse fue la asfixia con gas. Al llegar a este punto, Quique sintió que se le erizaba el vello de los brazos. Había creado la cuenta hacía más de un año y, de alguna manera, Olivia ya estaba avisando de lo que iba a suceder después.

Tras masajearse los ojos para descansar la vista, Quique continuó con la tediosa tarea de revisar el resto de perfiles. Ya había tachado unos cuantos cuyo seguimiento no llevaba a ninguna parte, entre ellos el de Cándido Navas, el vecino de Olivia, pero aún le quedaban más de treinta candidatos potenciales. Echó un vistazo rápido a los nombres. ¿Por cuál empezar? Aquella era una tarea tan pesada y aburrida que ya estaba desanimado antes de comenzar. La chica solía subir fotos provocativas, pero también encontró otras extrañas y turbadoras, como una en la que aparecía con una camiseta que tenía una gran mancha roja en el pecho de manera que parecía sangre, como si estuviera herida. Había otra vestida de novia con un traje sucio, el pelo alborotado y la cara llena de surcos negros de rímel provocados por las lágrimas.

Le dio tiempo a revisar unos cuantos perfiles antes de que sus compañeros regresaran de la comida, pero el resultado seguía siendo el mismo: nada.

Cuando los subinspectores salieron para entrevistarse con Álvaro Coscojuela y volvió a quedarse a solas, desenvolvió el bocadillo que Juan, el Chino, había empaquetado con esmero. El delicioso olor de la tortilla de patata caliente le abrió el apetito en segundos y en nada estaba masticando a dos carrillos.

Pensó en lo mucho que le había cambiado la vida en solo unos meses. Antes le habría costado horrores llevarse a la boca algo preparado en un lugar como el bar de Juan, por muy apetecible que pareciera. Jamás habría aprobado los altos estándares de higiene que su TOC le exigía. Y no es que lo hubiera superado del todo. Alguna de sus obsesiones se quedaría con él para siempre, pero el nivel de ansiedad que le provocaban estaba muy por debajo de lo que acostumbraba. Ya era capaz de tocar algunos objetos que hubieran podido manipular otras personas sin tener que lavarse o restregarse las manos. Pero no todo era tan fácil. El contacto físico con los demás iba un paso por detrás en la recuperación. Dependiendo de quién fuera la persona con la que establecía contacto, su cuerpo y su cabeza reaccionaban mejor o peor. Los desconocidos estaban en el nivel menos tolerable y, por supuesto, con Amelia ya ni lo pensaba. Al contrario, estaba deseando acariciar su piel, e incluso besarla. La clave estaba en su cabeza, pero había tenido que pasar por una experiencia terrible para descubrirla.

Al pensar en lo gris que había sido su existencia hasta entonces, supuso que tanto dolor casi había merecido la pena. Su madre estaría orgullosa de cómo había aprendido a colorear los días. Al principio con alguna tímida pincelada, experimentando con cada cambio de tonalidad, pero cada vez con mejor pulso y más certeza en los trazos.

Pasó al perfil siguiente, aún con la boca llena y casi con lágrimas en los ojos por disfrutar de un manjar como aquel, que se había perdido durante años. La cuenta tenía un nombre cuando menos llamativo: *@FatídicoDespertar*, pero lo más interesante era que Olivia la había bloqueado el mismo día de su muerte por la tarde. Curioseó entre las publicaciones y revisó los comentarios. Después de tanto rato rastreando, a su cerebro le costaba distinguir matices cuando todo lo que le ofrecía era el mismo tipo de contenido.

Descubrió que la cuenta de Olivia tenía muchas conversaciones privadas con ese perfil, y apenas había una sola publicación de Olivia que *@FatídicoDespertar* no hubiera marcado con un *like* o le hubiera hecho algún comentario adulador. Hablaban muy a menudo, por lo que decidió centrarse un poco más en ella y revisar cada conversación con más calma. Tenía una base de datos con todas las direcciones IP

de cada uno de los seguidores de Olivia, que obtenía por medio de una aplicación. Cuando escribió la última dirección, le saltó un aviso de duplicidad; ya la había introducido antes con otro nombre de perfil. Al buscar la coincidencia su corazón se aceleró. La dirección era la misma que tenía la cuenta de Cándido Navas, el vecino de Olivia. Cándido estaba haciéndose pasar por otra persona para hablar con ella.

Le llevó un buen rato ponerse al día con las conversaciones entre el falso perfil de Cándido y Olivia. Él se hacía pasar por un veinteañero para acceder más fácilmente a ella. La chica insistía en que quería conocerlo en persona, pero, como era lógico, él le daba largas una y otra vez con distintas excusas. En un momento determinado comenzaron a hablar de la muerte, y casi todas las conversaciones giraban en torno a ese tema a partir de entonces. Él le contaba que había estado a punto de morir y le hablaba de la muerte como algo dulce y agradable. Le decía que no debía tenerle miedo y comentaron en más de una ocasión la posibilidad del suicidio como una salida. Esas conversaciones habían tenido lugar antes del verano, y, solo unos meses después, Olivia había intentado quitarse la vida. El corazón de Vila empezó a latir con fuerza y sintió el familiar cosquilleo que le indicaba que había dado con algo importante. Había tantas conversaciones que decidió ir hacia atrás en la cronología de mensajes y empezar por el más reciente. Él día que murió Olivia, por la tarde, había un mensaje escrito por ella en el que se dirigía a él de malos modos y a continuación lo bloqueaba:

@Oli_solo_Oli: ¡Eres un capullo! No vuelvas a intentar contactar conmigo o te denunciaré.

Vila se revolvió en el asiento, había encontrado algo. Pasó a la conversación del día anterior:

@Oli_solo_Oli: ¡Hola, Fatídico!

@FatídicoDespertar: ¡Hola, preciosidad! He echado de menos tus conversaciones estos días. ¿Dónde estabas?

@Oli_solo_Oli: Quiero quedar contigo y no admito más excusas. Me ha dado por pensar que no quieres que nos veamos porque no eres quien dices ser.

@FatídicoDespertar: Vaya… ¿A qué viene eso ahora? Sabes que estoy muy liado con la vuelta a los desfiles.

@Oli_solo_Oli: Eso no es más que otra excusa de las tuyas. Te he contado mi vida y mis sentimientos, cosas que no he compartido con nadie más. Nunca. ¿Y tú no te dignas a tener una simple cita presencial conmigo? No voy a morderte, si es lo que te preocupa. 😈

@FatídicoDespertar: No es eso… ja, ja, ja.

@Oli_solo_Oli: Pues entonces, ¿qué es? ¿No será que eres feo como un demonio y te da vergüenza que te vea?

@FatídicoDespertar: Ja, ja, ja… Espero que no.

@Oli_solo_Oli: Mira…, estoy harta de esta farsa. ¡Se acabó! Es tu última

oportunidad. Te espero mañana en el Starbucks de la calle Colón de 17.00 a 17.30. Y no me falles o no volverás a hablar conmigo.

@FatídicoDespertar: Olivia, por favor, no te pongas así…

@Oli_solo_Oli: 😡 😡 😡

@FatídicoDespertar: Oli, venga…

@Oli_solo_Oli: 😡 □□

@FatídicoDespertar: De acuerdo, intentaré estar allí.

@Oli_solo_Oli: ¿Cómo que intentarás? ¿Me tomas el pelo?

@FatídicoDespertar: Allí estaré.

@Oli_solo_Oli: ¡Más te vale!

La conversación acababa ahí. Al parecer debió de ocurrir algo el día de la cita, solo unas horas antes de la muerte de Olivia. Quique no necesitó más para solicitar una orden de registro de la casa de Cándido Navas. El albino tenía muchas cosas que explicar.

21

La mirada de un experto

EL DOCTOR ÁLVARO Coscojuela no tardó en presentarse en la Jefatura. Un compañero uniformado lo acompañó hasta la sala en la que lo estaban esperando los subinspectores. Aunque, por lo que les había contado Vila, el hombre no debía de estar lejos de los ochenta años, su aspecto era sorprendentemente jovial. Un afeitado bien apurado daba protagonismo a un rostro bronceado en el que las arrugas no abundaban. Su pelo blanco y espeso, recortado y peinado con pulcritud, le otorgaba cierto aire distinguido, lo que se reafirmaba con el elegante atuendo que había elegido: un traje azul marino que se ceñía a su bien tonificada silueta. Su caminar no era tan firme como la imagen que proyectaba, pero, con toda seguridad, sería la envidia de gran parte de los de su generación.

Después de las presentaciones oportunas se sentó frente a ellos sin poder apartar la mirada de los objetos que esperaban sobre la mesa, aún cubiertos por una tela protectora.

Runa sonrió y los descubrió con cuidado.

—Estos son los restos de los que le ha hablado mi compañero por teléfono —señaló—. Puede tocarlos si lo desea, ya los hemos procesado.

De las figuras se habían recuperado huellas de Olivia y otras parciales muy deterioradas que, por el momento, no habían podido ser reconstruidas ni cotejadas.

Álvaro Coscojuela se colocó unas pequeñas gafas que sacó del bolsillo de la chaqueta y se acercó para ver mejor lo que tenía delante. Sus cejas se alzaron y el rostro se le iluminó durante unos segundos antes de volver a su estado inicial. Entonces se inclinó para sacar algo del bolsillo del pantalón. Eran unos finos guantes blancos de tela, que se colocó antes de tocar los restos arqueológicos. Primero se centró en la tablilla, que tenía una serie de inscripciones. La observó con atención durante unos instantes desde todas las perspectivas posibles, mientras los policías esperaban en silencio una respuesta.

Al cabo de un rato el hombre carraspeó y comenzó a hablar.

—Esto es parte de una tablilla de maldición. Nosotros las llamamos defixiones. Parece que no ha sido manipulada en exceso, porque aún conserva restos de tierra adheridos a su superficie. Esta está grabada en piedra, algo poco habitual por el costo que suponía, tanto económico como en esfuerzo a la hora de trabajar sobre ella. Lo

normal era que se utilizara una fina placa de plomo, papiro o estaño. Por su peso y tamaño debía de formar parte de una pieza importante. Lo más probable es que la encargara alguien de alto poder económico.

—¿Una tablilla de maldición? —se interesó Roi—. ¿Qué es eso?

—Se trata de inscripciones que la gente hacía en el período grecorromano para pedir a los dioses que descargaran su furia contra alguien. Algunas se utilizaban para hacer solicitudes de tipo amoroso, pero las menos. En ella se grababa una especie de conjuro bien detallado sobre un individuo concreto al que solía identificarse con su nombre, y a continuación se enterraba o se arrojaba a algún río o pozo. También las metían en tumbas si lo que se pretendía era que el difunto intermediara con los dioses para lograr que accedieran a la demanda de venganza.

—¿Puede traducir lo que pone? —preguntó Runa muy interesada.

—No está completa, falta la mayor parte y la inscripción se corta, pero puedo identificar algunas palabras como *destruye*, *mata*, *pudran los ojos* y otra palabra incompleta que podría ser *alma*. El resto tendría que estudiarlo con más calma, ahora mismo no puedo aventurarme.

—¿Y la época? —continuó Runa sin dejar de apuntar en una libreta todo lo que el historiador les iba explicando.

—Eso no puedo decirlo a simple vista. El arco temporal es muy amplio, podría ir desde el siglo VII antes de Cristo a varios siglos después de Cristo. Habría que datarlo con algún método científico. Eso también nos permitiría saber si es una falsificación. No me atrevería a decir que no lo sea, pero si es así estaríamos ante un verdadero experto.

Álvaro depositó el fragmento de piedra con mucho cuidado sobre la mesa y pasó a la estatuilla. La observó en silencio durante unos minutos eternos, asintiendo de vez en cuando, pero sin mutar su seria expresión.

—El estado de conservación de este objeto es excelente y a simple vista, sin haber analizado su composición, me atrevería a decir que es de bronce y que pertenece al período romano. Podría tratarse de una de las patas de un incensario o algún tipo de cuenco.

La figura que tenían ante sí representaba a un animal mitológico con cuerpo humano y cara de toro. En la parte trasera podían distinguirse unas grandes alas plegadas.

—¿Cree que podría tratarse de un objeto de alto valor? —preguntó Roi.

El hombre se encogió de hombros.

—Solo puedo decirles que la última subasta en la que se vendió una pieza de características similares, esta alcanzó la suma de veintiséis millones de euros.

—¡Guau! —exclamó Runa llevándose la mano a la frente.

—¡Joder! —Roi empujó la silla hacia atrás, cuyas patas emitieron un quejido desagradable al rozar contra el suelo.

Ambos policías miraban atónitos al historiador.

—O también podría tratarse de una excelente falsificación y no valer nada…

Runa parecía escéptica al respecto.

—No sé por qué me da que no es eso lo que de verdad piensa.

—Lo que yo piense no es relevante en absoluto hasta que no se proceda a estudiar el material de la manera adecuada por un experto y con el equipamiento necesario. He visto auténticas joyas que han sido declaradas falsas durante años, pero también muchas falsificaciones que todo el mundo tenía por originales.

El historiador dejó la figura y se concentró en el tercer y último objeto, con forma de figura poliédrica.

—Este objeto me tiene un poco desconcertado. Tiene la forma de un dodecaedro romano, pero nunca había visto ninguno con una parte móvil en su interior. —Al levantarlo notó que el peso de la piedra al desplazarse le empujaba la muñeca hacia el lado que rodaba. Tenía que hacer más fuerza de la que en apariencia se necesitaba para sujetarla—. Sigue el mismo patrón de doce caras pentagonales planas, pero eso que tiene en su interior… —Álvaro Coscojuela se quitó uno de los guantes e introdujo el meñique a través del hueco circular de una de las caras para tocar la piedra. A continuación, se levantó las gafas con una mano, y con la otra acercó la pieza a su rostro para observar mejor su interior—. Parece hecho de piedra, pero intuyo que debe de estar formado por alguna aleación metálica, dado su peso desproporcionado y lo fría que resulta al tacto. Es una esfera perfecta y extremadamente lisa, sin apenas porosidad.

—¿Para qué servían los dodecaedros romanos? —preguntó Runa con el brillo de la intriga reflejado en los ojos.

—No está muy claro, la verdad. Estos objetos arqueológicos son un gran misterio, porque nadie ha sabido con certeza cuál debía de ser su utilidad. Existen múltiples teorías: unos científicos abogan por su uso como instrumento de medición, o para determinar ciertas fechas en los calendarios. Otros creen que se pudo utilizar como candelabro o incluso como juguete. La mayoría de los que se han encontrado datan del siglo II o III después de Cristo.

—¿De dónde cree que pueden haber salido estos objetos? Forman parte de la investigación de un asesinato.

Álvaro Coscojuela inclinó levemente la cabeza y se retiró las gafas, que volvió a guardar con sumo cuidado en el bolsillo de la chaqueta. Sus movimientos eran pausados, como si necesitara tiempo para preparar una respuesta.

—Lo más probable es que formen parte de un expolio o que alguien

las haya conseguido mediante alguna subasta.

—Según lo que me ha parecido entender, puede que tengamos delante algo de mucho valor, pero también que se trate de falsificaciones —intervino Roi—. Si procedieran de un expolio, ¿no deberían ser todas auténticas?

—No necesariamente. Los mismos que se dedican a expoliar yacimientos suelen falsificar todo tipo de objetos. Hay muchas maneras de estafar en este negocio. Una pieza real puede ser manipulada para darle una apariencia más antigua o para mejorar su estado. Incluso pueden emplearse las partes de metal para fundirlas y fabricar otras piezas falsas, pero cuya datación seguiría siendo la del objeto original. En este caso estaríamos ante un delito de daños contra el patrimonio histórico. Es una verdadera pena porque no solo se estropean los restos, sino que, además, se descontextualiza su procedencia y pierden su verdadero valor histórico y cultural.

—No es raro encontrar noticias en las que se desarticulan verdaderas mafias dedicadas a la falsificación y venta de material arqueológico expoliado —comentó Runa.

—El mercado negro que mueven estos negocios es muy lucrativo y existe desde hace siglos. Se estima que más de la mitad de las colecciones arqueológicas, públicas o privadas, son falsas. Todos los museos tienen algún objeto que muestran como original y no lo es.

—¿Y lo saben? —quiso saber Runa.

Álvaro sonrió y soltó el aire por la nariz con expresión resignada.

—Tengo que decir que a menudo no es fácil distinguir una pieza real de una falsa, pero sí. Muchos lo saben, aunque se niegan a reconocerlo. No solo se falsifican objetos de arte o arqueológicos, también los documentos que certifican su autenticidad. En numerosas ocasiones no son expertos los que firman estos documentos, sino marchantes o galeristas con intereses personales. Algunos las compran a sabiendas de que son falsificaciones para después elaborar documentos que las autentifiquen y venderlas como originales por una gran cantidad de dinero. Es un círculo en el que todos los implicados prefieren no airear los trapos sucios. Los museos temen quedarse sin sus mejores piezas, las casas de subastas miran hacia otro lado para no diezmar sus ingresos, los propios expertos temen que se resienta su credibilidad y los estafados callan por vergüenza.

—No en vano, el tráfico de obras de arte ocupa la tercera plaza en el *ranking* de criminalidad, tras el tráfico de drogas y el de armas —comentó Runa—. Hay verdaderas bandas organizadas a nivel internacional.

—Estoy al tanto —asintió en historiador—. Sé que una parte importante de la financiación de algunos grupos terroristas proviene de este negocio.

—Suele haber intermediarios que operan a través de internet —apuntó Roi—. Una práctica habitual es tener varios perfiles en la web para pujar por las subastas y elevar su precio. ¿Qué valor cree que podrían haber alcanzado estos restos en una subasta?

—Sean auténticos o no, y sobre todo por la figura, varios millones de euros.

Los dos policías se miraron asombrados haciéndose la misma pregunta. ¿Qué demonios hacía aquello escondido en la casa de las chicas? Rebeca negó conocer su existencia desde un primer momento. En ese caso, ¿dónde las habría conseguido Olivia? Sin duda, aquello podría ser un motivo para matar.

Estaban a punto de terminar la reunión cuando Runa recibió un mensaje de Quique en el móvil. Se excusaba por la interrupción, pero los avisaba de que era urgente. Tras despedirse del historiador, los dos policías se dirigieron a su despacho.

—¿Ha ocurrido algo? —quiso saber Runa antes de traspasar el umbral de la puerta.

—Tenemos otro cadáver. Se trata de un hombre joven de complexión atlética que ha aparecido en el embalse de Loriguilla, a unos sesenta kilómetros de Valencia. Al parecer tiene un tiro en la cabeza. Por la descripción, es posible que se trate del hombre que estamos buscando, Diego Lago.

—A ese lugar se llega por la CV-35, que coincide con la localización de la última señal de su teléfono —apuntó Roi.

—Pues vamos para allá —concretó Runa poniéndose en marcha—. Vila, envíame al móvil toda la información disponible para que le pueda echar un vistazo.

—En nada lo tienes.

22

Un cadáver

AL LLEGAR AL embalse de Loriguilla, adivinaron enseguida el lugar en el que había aparecido el cadáver. Un par de vehículos de la Guardia Civil señalaban el punto exacto, sin lugar a equivocaciones. Runa aparcó el coche a un lado de la carretera, justo detrás de los coches patrulla, y se dirigieron a uno de los agentes de la Benemérita, que les salió al paso.

—Buenas tardes. —Los dos policías enseñaron sus placas al tiempo que Runa hacía las presentaciones— Mi nombre es Runa Østberg y mi compañero es Rodrigo Melgar. Somos subinspectores del Grupo de Homicidios de la Policía Judicial de Valencia. Tenemos motivos para pensar que el cadáver que han encontrado puede estar relacionado con el caso que estamos investigando.

—Buenas tardes, soy el sargento Anselmo Picarzo. Creo que ya hemos coincidido en alguna otra ocasión.

Runa asintió, tratando de hacer memoria.

—Creo que fue usted el que nos ayudó hace unos meses en la búsqueda con un georradar en Valencia. ¿Puede ser?

—Efectivamente. Fui yo el encargado. Acompáñenme por aquí. Ya me habían avisado de que iban a personarse. —El hombre hizo un ademán para que lo siguieran—. Pero tengan cuidado, no tiene fácil acceso. Todo apunta a que trataron de deshacerse del cadáver tirándolo desde la carretera con la intención de que cayera al agua, pero quedó enganchado en la maleza unos pocos metros antes de alcanzar la orilla.

Los policías tuvieron que saltar el quitamiedos de la carretera para seguirlo. La inclinación del terreno los obligaba a ir agachados, sujetándose a piedras y arbustos para no resbalar y acabar en el agua, que se veía en calma unos metros más abajo. En la orilla esperaban tres guardias más. Todos se habían alejado a una distancia prudencial del muerto para no aspirar el terrible hedor que desprendía.

—Son los subinspectores de Homicidios de Valencia que estábamos esperando —los presentó Picarzo al llegar a su altura.

Tras los respectivos saludos, los dos policías se acercaron al cadáver para inspeccionarlo de cerca. El rostro deformado por los gases y de un color negro verdoso no les fue de mucha ayuda para poder llevar a cabo un reconocimiento visual. Por el estado del cuerpo, repleto de larvas e hinchado, dedujeron que llevaba varios días muerto. Como ya

les habían adelantado, presentaba laceraciones en la piel y un agujero de bala en la sien. Runa miró hacia la carretera. La postura desmadejada del cuerpo evidenciaba la caída desde allá arriba.

—Un chico que hacía un recorrido en piragua lo descubrió hace unas horas —comentó Picarzo, que esperaba de pie a una distancia prudencial—. El pobre estaba en *shock* cuando llegamos.

Roi se incorporó, ya había tenido bastante.

—Hemos tenido suerte. Un par de metros más y hubiera alcanzado el agua —comentó con la mano cubriéndose la nariz—. Habríamos tardado más en encontrarlo.

Runa sacó el móvil para observar un par de fotografías recientes de Diego Lago que le había enviado Vila y se concentró en el examen de sus rasgos.

—¿Creen que es el hombre al que buscaban? —preguntó el guardia.

Runa se incorporó también y se alejó del cuerpo.

—Es difícil decirlo en el estado en el que está —comentó tras dar unos pasos para alejarse del cadáver—. Podría ser. Su morfología coincide, pero no me atrevería a aventurar nada. ¿Han podido ver si llevaba encima algún tipo de documentación? —preguntó dirigiéndose a los otros guardias.

—Yo he hecho una inspección visual del cadáver y no parece que lleve nada encima que pueda identificarlo —respondió el más alto.

Runa asintió. Tenía el estómago revuelto y no quería que ninguno de los allí presentes se percatara de su malestar.

Roi le dedicó una mirada fugaz que le dejó claro que él sí se había dado cuenta. Sabía que la muerte y su compañera nunca podrían hacer las paces. En una profesión como la suya eso era un inconveniente, y aún más con lo exigente que era consigo misma en todo lo relacionado con su trabajo. Lo entendía como una debilidad y se negaba a aceptarlo.

Para él las cosas eran distintas. No le resultaba agradable enfrentarse a un cadáver, pero podía soportarlo. Aunque en los últimos días su estado de ánimo le hacía verlo todo más negro de lo habitual. Sentía que se iba hundiendo poco a poco en un pozo que solo existía en su mente. Por las noches, su pasado y todos los muertos a los que se había enfrentado tiraban de él y lo arrastraban al fondo con sus garras retorcidas y descarnadas. Solo la marihuana lograba sacarlo de las profundidades del abismo, pero cada vez necesitaba más para sentirse a salvo. Sabía de sobra que su padre era el origen de todo aquello. Había vuelto a intentar contactar con él sin éxito alguno y la falta de noticias lo estaba perturbando.

Sobre sus cabezas se escuchó el motor de un coche que reducía la velocidad hasta detenerse.

—Voy a ver, no sea que se trate de algún curioso más. Ya he tenido

que desalojar a un par de ellos —comentó el sargento Picarzo, que resopló por el esfuerzo al subir la pendiente—. Es raro que aún no se haya enterado la prensa. No creo que tarden en aparecer.

—Deben de ser los de la Científica, Picarzo —opinó uno de sus compañeros—. Me han llamado hace unos minutos para que les indicara el punto exacto en el que nos encontramos.

—¿Saben si hay alguna cámara por aquí cerca que pueda haber captado a los vehículos que pasan por la zona? —se interesó Runa.

—Ya hemos pensado en ello. Hay cámaras de vigilancia un poco más adelante, en la zona de la presa y el aparcamiento, pero no a esta altura.

Minutos más tarde, tres agentes ataviados con monos de protección y cargados con el material necesario para llevar a cabo la inspección del cadáver y de la zona se afanaban por llegar hasta ellos sin resbalar.

—Aquí no tenemos mucho más que hacer. —Runa consultó el reloj —. No nos queda más remedio que esperar al resultado de la autopsia para averiguar si se trata del hombre que buscamos. Y aún nos queda pendiente hacerle una visita a nuestro amigo, el albino.

—¿Crees que se trataba de Diego? —preguntó Roi ya en el coche, mientras Runa conducía de vuelta a Valencia.

—No podría afirmarlo a ciencia cierta, pero tengo una corazonada. Creo que podría ser él.

—Yo también. Además, es mucha casualidad que haya aparecido en la misma zona en la que se perdió la señal de su teléfono. Desde entonces han pasado cuatro días, y yo diría que ese tipo lleva muerto por lo menos tres. Por un momento se me ha pasado por la cabeza que el tal Diego pudiera haber matado a su novia y después, al no ser capaz de asumir sus actos, se hubiera quitado la vida. Pero es evidente que alguien dejó ahí su cadáver, y no hay rastro del arma. Creo que deberíamos descartar esa teoría.

—Imaginemos por un momento que es el cadáver de Diego Lago. Aparece con un tiro en la cabeza solo unas horas después de que hayamos encontrado a su novia muerta por asfixia en la cama. —Runa se masajeó la nuca—. Esto comienza a ponerse serio, y estoy convencida de que la clave está en esas malditas piezas. No dejo de darle vueltas a cómo pudieron acabar en manos de Olivia. Pienso en su familia, en ese gigante con tan poco cerebro y en su padre enfermo, y no me los imagino llevando un negocio ilegal de venta de material arqueológico. Cualquier otro chanchullo me encajaría más. Pero tampoco podemos descartarlo.

Runa hizo una pausa mientras Roi asentía en silencio. El tráfico se había ido ralentizando a medida que se acercaban a la ciudad y a esas

alturas ya estaban metidos en pleno atasco.

—Eso suponiendo que sea cierto que la otra, la tal Rebeca, no sepa nada del tema —continuó diciendo Runa, casi más para sí misma que para que su compañero la escuchara. Solían hacer aquello a menudo. Cada uno decía lo que le venía a la cabeza, por muy descabellado que pudiera parecer, y, gracias a aquel *brainstorming*, solían llegar a conclusiones bastante aceptables—. Tengo claro que nos oculta algo. No sé si por miedo, pero no nos lo ha contado todo. Sé que se hizo la tonta cuando le pregunté el otro día por qué algunos cajones de la habitación de Olivia estaban abiertos y desordenados. No creo que la Científica los dejara así, como quiso hacernos creer. Estoy convencida de que estaba buscando algo, y mira qué casualidad que los restos arqueológicos aparecen escondidos en otro lugar de la casa poco después. Deberíamos volver a hablar con ella.

—Es curioso que el apartamento de Diego también estuviera revuelto —añadió Roi. El registro de la vivienda del chico no había aportado ningún dato relevante a excepción de ese detalle.

—Alguien pudo estar buscando allí esas piezas. Pero ¿de dónde demonios salieron?

—¿Y si las robaron? Si son tan valiosas como parece, alguien podría querer matar para recuperarlas. Puede que el profesor de Historia conociera a alguien en ese mundillo —aventuró Roi.

—O intentaron vendérselas a la persona equivocada.

—Pero, si es así, no me encaja la forma de morir de Olivia. Parecía más bien un crimen sexual o pasional. Una cosa es pegarle un tiro a alguien, y otra muy diferente asfixiarla de esa manera en la cama…

—Quizá el asesino quiso disfrutar con ella antes de matarla. Esa chica era una belleza. Pudo torturarla privándola de oxígeno con la bolsa para que le dijera lo que quería saber. —Runa soltó el aire por la nariz, un tanto decepcionada por la falta de pruebas.

—No tenemos más que conjeturas —se quejó Roi.

—Pues pongámonos manos a la obra hasta que encontremos algo. Ya sabes cómo funciona esto.

Empezaba a anochecer cuando llegaron a la rotonda de la Fuente de Valencia, en la avenida de las Cortes Valencianas. Era una de las entradas de la ciudad y a esa hora siempre había retenciones.

—¡Por fin! —celebró Runa cuando el semáforo se puso en verde—. Creía que no íbamos a llegar nunca.

23

Confesiones

Fin de semana del 7 al 9 de octubre. Rebeca

ERA VIERNES POR la tarde. Otro fin de semana metida en la aislada casa del pueblo, sin más perspectiva que dejar pasar las horas y tratar por todos los medios de que el aburrimiento no acabara estirándolas como chicles. Rebeca entendía por qué Olivia se quedaba en Valencia y solo iba a ver a su familia lo justo y necesario para que no se preocuparan. En su caso no tenía elección. Su abuela le exigía hacer acto de presencia cada viernes puntualmente, como si tuviera que fichar, aunque luego solo intercambiara un par de frases con ella antes de volver a marcharse.

Tenía que estudiar, pero no le apetecía en absoluto. Estaba sentada en la cama con una novela entre las manos. Había colocado unos cojines sobre el cabecero para sentarse y leer un rato, pero decidió dejarlo cuando se dio cuenta de que estaba leyendo por enésima vez el mismo párrafo. No encontraba una postura cómoda ni tampoco podía concentrarse en lo que leía. Su mente estaba a kilómetros de allí. Era como si al tren solo se hubiera subido su cuerpo, una hueca carcasa que se movía por inercia colocando un pie tras otro, en piloto automático.

Nada más llegar a casa se había metido en la ducha y después, sin ganas de comer nada ni de charlar con nadie, se había atrincherado en su cuarto. Para colmo, había empezado a llover. Podía escuchar el ruido de las gotas de agua al estrellarse con fuerza contra la ventana. La lluvia tenía el poder de afectar a su estado de ánimo hasta el punto de dejarla al borde de la depresión, más aún cuando su equilibrio emocional se balanceaba sobre una cuerda floja, como le ocurría en los últimos días. Pensó en escuchar algo de música. Su cabeza insistía en que eligiera la lista de reproducción más triste que tuviera. Dudaba entre varias cuando alguien llamó a la puerta. La cabeza de Candela se asomó con cautela.

—¿Puedo? —preguntó con rostro preocupado. Se había quitado los rulos y su pelo negro lucía brillante y ondulado, con sus rebeldes mechones sometidos bajo una fina capa de laca.

Rebeca no contestó. Dio unos golpecitos con la mano sobre el colchón y se hizo a un lado para dejarle espacio. Candela cerró la puerta tras ella y se acomodó junto a Rebeca tras quitarse las

zapatillas. Le pasó uno de sus rechonchos brazos por encima del hombro y la atrajo hacia sí.

—¿Qué te pasa, mi niña? Llevo mucho tiempo sin verte sonreír y, con lo bonita que es esa sonrisa, eso hasta podría considerarse un delito.

Sus palabras tuvieron el efecto deseado y Rebeca sonrió. Dejó a un lado el móvil y se acurrucó entre los brazos de Candela. Al cabo de un instante respiró hondo y comenzó a hablar.

—Muchas cosas, Tata.

—Pues yo ya no tengo nada más que hacer hoy, así que… ¡Hasta me he puesto guapa para venir a verte, ya ves! —Se señaló el pelo haciendo un bucle en el aire con el dedo y esbozando una cálida sonrisa que derrochaba amor—. Ya sabes que yo siempre estoy dispuesta a escuchar.

Rebeca volvió por un momento a su infancia, a las charlas que tenía con ella cuando estaba triste. Siempre le decía lo mismo, que ordenara todos sus problemas en la cabeza por orden de importancia y que empezara a contárselos por el último, el más fácil de relatar. El resto siempre solían salir solos, como si uno tirara del otro hasta lograr que fueran fluyendo de forma natural. Siempre funcionaba. Tras meditarlo un rato, Rebeca comenzó a hablar.

—Háblame de mi padre.

Candela tragó saliva y se revolvió entre las almohadas.

—Y no me sirve lo de siempre, que no eres quién para contarme ciertas cosas, que eso debería hacerlo mi madre. Porque mi madre jamás va a hacerlo, y lo sabes. Si empiezas tú, te prometo que te contaré todo lo que de verdad me preocupa, sin omitir nada.

—¿Lo harás de verdad?

Rebeca asintió. Estaba decidida a hacerlo, necesitaba compartir con alguien lo que la atormentaba desde hacía días. Quería hablarle de Olivia a su Tata. Era la única persona en la que podía confiar sin recibir una terrible reprimenda y con la seguridad de que su secreto seguiría estando a salvo. Candela empezó a hablar en voz muy baja, como si temiera ser escuchada a pesar de que estaban solas en la habitación.

—Yo no lo conocí, pero después de tantos años, una escucha cosas… Era un chico del pueblo que se llamaba Mario. O más bien se llama, porque imagino que seguirá vivo. No me preguntes los apellidos ni quiénes eran sus padres, a tanto no alcanzo. Lo que sí sé es que venía de una familia de campesinos, sin mucho dinero. Él trabajaba para tu abuelo en el campo y, por lo que tengo entendido, parece que Ricardo lo tenía en alta estima y, aunque fuera un empleado, lo trataba como al hijo que nunca pudo tener.

Rebeca asintió en silencio. Algo había oído sobre aquella historia.

—El caso es que tu madre y el chico, que por aquel entonces no tendrían más de quince años, se enamoraron y estuvieron un tiempo ocultando una relación que sabían que nadie aprobaría.

—Hasta que Pía se quedó embarazada.

—Conociendo a tu abuela, aquello debió de suponer una gran tragedia para esta familia, que empezó a ser la comidilla del pueblo. Nadie sabía a ciencia cierta quién era el padre, pero todos sospechaban y hablaban en los corrillos. Ya sabes lo que es un pueblo para estas cosas, hija. Desde luego no me hubiera gustado estar en el lugar de Pía, porque debió de sufrir mucho, atormentada por el gran pecado que a ojos de los demás había cometido. Dicen que aquello fue lo que la empujó a encerrarse en la fe, y que por eso desde entonces no sale de la iglesia.

Rebeca no podía ni imaginarse cómo pudo su madre enfrentarse a su abuela para darle la noticia de que estaba esperando un niño. Solo de pensarlo, toda la piel se le erizaba y le recorría un escalofrío por la espalda. Creía a Juliana perfectamente capaz de matar a su propia hija por una ofensa tan grande como aquella, que dejaría dañada para siempre la reputación de la familia.

—Y ¿qué fue de él?

—No lo sé. Dicen que al poco de destaparse el escándalo se marchó del pueblo. Creo que don Benito, el párroco, le consiguió una beca para estudiar en Madrid o algo así. No sé más.

—¿Y el abuelo? Si en tanta estima lo tenía, ¿no hizo nada?

Candela se encogió de hombros.

—No lo sé. Tampoco lo conocí, porque murió poco después. Yo llegué a la casa cuando Pía estaba a punto de dar a luz. Cuando naciste, eras una preciosa bebecita sonrosada y regordeta que no dejaba de sonreír.

Candela apretó a Rebeca entre los brazos y ella se dejó hacer, encantada. Aspiró su reconfortante aroma a jabón de lavar y laca Nelly, cuyos botes compraba por pares en el supermercado del pueblo, y se acurrucó un poco más cerca del calor de su cuerpo.

—Recuerdo que los primeros días me extrañaba mucho el poco interés que tu madre y tu abuela te dedicaban.

—Imagino que me veían como el fruto del demonio. La causa de todos sus problemas —apuntó Rebeca sin que las palabras de Candela la hubieran afectado demasiado. Estaba acostumbrada desde siempre a no recibir de su familia más que las atenciones justas.

—Por eso yo me volqué contigo desde el principio. Y porque tú, con esa preciosa sonrisa, también llenaste el hueco que había quedado en mi corazón cuando murió mi hijo, allá en Colombia.

—Y por eso tú eres mi verdadera madre —dijo Rebeca al tiempo que se alzaba para darle un beso en la mejilla.

Candela le devolvió el beso, emocionada, y sus ojos se enturbiaron durante unos segundos. Las dos se quedaron calladas unos instantes, disfrutando la una de la presencia de la otra sin que el silencio las incomodara.

—¿Qué es lo que hay en la nave donde se guarda el tractor? —preguntó por fin Rebeca directa al grano, sin prebendas. Notó que Candela se envaraba a su lado y carraspeaba. La pregunta la había tomado por sorpresa—. Seguí a Nadia el otro día y vi cómo se metía en una especie de sótano que hay justo debajo del tractor…

—Shh, calla —le advirtió Candela mirando con temor hacia la puerta—. En esta casa las paredes oyen. Habla más bajo. Se supone que es mejor que tú no sepas nada.

—Tataaaa… —Rebeca se deshizo del abrazo de la mujer, molesta por lo que acababa de decir—. No puedes seguir tratándome como si fuera pequeña. ¡Tengo veinte años! Además, sé que esos dos traman algo con la abuela —añadió refiriéndose a Nadia y Xisco.

Candela respiró con fuerza, se cubrió el rostro con las manos y expulsó el aire a través de ellas.

—Me estás poniendo en un aprieto… —comentó apurada.

—¡Vamos! Sabes que no voy a decir nada…

—No es por eso, mi niña. No hace falta ni que lo digas. Quiero protegerte, es peligroso.

—¿Protegerme? —Rebeca alzó las cejas en un gesto de incredulidad—. Y ¿no has pensado que quizá mi desconocimiento sobre lo que está ocurriendo sea lo que puede ponerme en peligro?

Candela se mordió los labios y miró a la chica con la resignación en el rostro.

—Ahí abajo hay un yacimiento arqueológico que tu abuela está explotando de forma ilegal desde hace años —susurró en un tono tan bajo que obligó a la joven a acercarse para entenderla.

Rebeca la miró con la boca abierta y los ojos desorbitados. Jamás hubiera imaginado algo así.

—¡¿Qué?!

Candela le tapó la boca con la mano.

—¡Calla! Habla en voz baja, por favor.

Ella asintió con un movimiento de cabeza y volvió a recostarse sobre la mujer.

—Y Nadia y Xisco la ayudan a vender las piezas —dedujo enseguida.

—Así es. Creo que además Nadia es buena haciendo falsificaciones y copias de los restos. Y el chico se encarga de contactar con los clientes por internet y de conseguir certificados falsos de autenticidad.

—¿Mi madre está al tanto? —quiso saber, aún atónita por lo que Candela le acababa de revelar.

—O no lo sabe o se hace la tonta. Aunque yo me decantaría por lo primero.

—¡Vaya con la abuelita! —susurró Rebeca sonriendo. Le costaba procesar todo aquello, pero no dudó ni por un instante que Candela le decía la verdad.

—Cualquiera lo diría, ¿verdad? —Candela asintió con sonrisa cómplice.

—Gracias por contarme todo esto, Tata. Esta conversación la deberíamos haber tenido hace tiempo.

—Es cierto que tienes todo el derecho, cariño. Pero soy de las que piensa que es mejor no saber aquello que puede hacerte daño. El desconocimiento es la mejor defensa ante el dolor.

—Pues yo creo que es mejor lo contrario, enfrentarse a la verdad cuanto antes para no dar tiempo a que tu cabeza empiece a darle vueltas al problema y entrar en una espiral de desconfianza que puede llegar a causar aún más daño. Es como quitar de golpe una tirita.

—Bueno, pues ya está dicho. Ya lo sabes. Espero que seas discreta y no hagas ninguna tontería.

El silencio volvió a instalarse entre ellas. Le tocaba mover ficha a Rebeca y ambas eran conscientes. Candela no quiso presionarla y esperó con paciencia a que, cuando estuviera lista, empezara a hablar.

—Me he liado con Olivia, mi compañera de piso —soltó por fin. La noticia le cayó como el hielo a Candela, que jamás hubiera esperado algo así. Pero no se inmutó, ni alteró en lo más mínimo su postura.

—Vaya… —acertó a decir por fin.

—Parece que la cosa esta noche va de sorpresas, ¿eh? —bromeó Rebeca con sonrisa triste y lágrimas en los ojos.

Candela le limpió las lágrimas y la besó en la frente. Quería a aquella chica como si fuera su propia hija y podía sentir su dolor con solo mirarla.

—Cuéntamelo todo —le dijo, y la acogió de nuevo entre los brazos.

Rebeca le relató lo ocurrido desde el primer día en que, agobiada por sentirse diferente, había bebido y había acabado entre los brazos de Olivia y de no sabía cuántos chicos o chicas más. Se lo contó todo, con pelos y señales, sin dejarse nada. Le contó lo mucho que deseaba estar con ella y lo sucia y detestable que se sentía después. Le explicó lo mal que lo estaba pasando por su difícil carácter y su bipolaridad, por sus desprecios y sus palabras hirientes.

—Creo que estoy enamorada de ella —sentenció antes de dar por acabado su relato. Al mirar a Candela la vio con los ojos rojos y llorosos. Estaba muy emocionada.

—Rebeca… Creo que estás metida en una relación muy tóxica de la que te deberías alejar por tu bien.

—Lo dices porque es una chica, ¿verdad?

—¡No! El amor, el verdadero, no tiene género ni raza ni edad, aunque la sociedad trate de hacernos creer lo contrario y no estén bien vistas cierto tipo de relaciones. No es eso. Aunque Olivia fuera un chico, te diría lo mismo. Lo que tienes con ella es una relación tóxica que solo te causará dolor.

—No pienso alejarme de ella si es lo que insinúas.

—Llevo días notándote rara. Sabía que te pasaba algo, pero esto es más grave de lo que imaginaba. Nunca te había visto así. ¿Cuánto hace que no sonríes?

—Prefiero este sufrimiento al que tendría si no volviera a verla, Tata.

—Eso lo dices ahora, cuando el dolor y la incertidumbre no te dejan ver más allá, pero seguro que después, poniendo un poco de distancia, lo entenderías perfectamente. Eres una chica muy inteligente y sé que podrías con ello. Tienes que tirar de la tirita de golpe, tú lo has dicho.

Rebeca siguió negando con la cabeza sin decir nada.

—Si quieres, puedo inventar cualquier excusa para convencer a Juliana de que necesitas cambiar de piso.

Rebeca se deshizo bruscamente del abrazo protector de Candela.

—¡Ni se te ocurra! Respeta mi decisión, por favor.

Candela asintió con gesto compungido una vez que comprendió que no tenía nada que hacer.

—Y, por favor, no estés triste. —Rebeca tomó la cara de la mujer entre las manos y la obligó a mirarla—. No quiero que llores ni que sufras tú también por todo esto. Encontraré la manera de arreglarlo, no te preocupes.

—No lloro, cariño…

—¡Pues tienes los ojos como dos tomates!

—Ah, eso es que últimamente los tengo irritados. Siempre me ocurre en otoño, cuando empiezan las primeras lluvias.

—Ya…

Ambas sonrieron y volvieron a abrazarse.

24

El motivo y el medio

CUANDO CÁNDIDO RETIRÓ la mirilla de la puerta para ver quién llamaba a esas horas, se quedó paralizado al reconocer a la subinspectora de pelo rapado y a su compañero. Que además fueran acompañados de otros dos policías no presagiaba nada bueno. Apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos con fuerza. Aquello lo había pillado totalmente desprevenido.

—Sabemos que está ahí, Cándido. —La voz de la subinspectora sonó decidida y amenazante—. No lo ponga más difícil. Traemos una orden y vamos a entrar con o sin su consentimiento.

Cándido se tapó la cara con manos temblorosas e intentó pensar con rapidez, pero los nervios le embotaban el cerebro.

—Mierda —susurró para sí—. Mierda, mierda…

—No nos obligue a echar la puerta abajo, no estamos para perder el tiempo —escuchó decir al otro lado.

Dio una vuelta sobre sí mismo, como si buscara algo. Se llevó la mano a la frente y se obligó a respirar hondo a la vez que cerraba los ojos. Necesitaba relajarse o solo conseguiría empeorar las cosas. Al cabo de unos instantes carraspeó y se armó de valor.

Al abrir la puerta se encontró al otro lado con cuatro robles plantados frente a él. La idea de salir corriendo como alma que lleva el diablo quedaba descartada.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarles a estas horas? —saludó con toda la entereza de la que fue capaz.

La subinspectora le tendió un sobre.

—Aquí tiene la orden de registro. ¿Nos permite pasar?

Cándido observó el sobre sin saber muy bien qué hacer con él hasta que, al ver el rostro de impaciencia de Runa, se hizo a un lado para permitirles el paso. Ella entró seguida de su compañero. Iban acompañados de un hombre más mayor que tenía un gran bigote blanco, y otro de unos cuarenta, con unos bíceps desproporcionados.

—Yo me quedaré con usted mientras mis compañeros hacen su trabajo —dijo este último, que colocó la mano sobre su hombro y cerró la puerta tras ellos.

Mientras Cándido esperaba sentado en el salón con *Manchurrón* en brazos y el policía a su lado sin quitarle el ojo de encima, podía escuchar cómo los otros tres lo revolvían todo en las habitaciones contiguas.

—Será mejor que nos dividamos —sugirió Runa a los demás—. Yo voy a empezar por su habitación. Después hacemos el salón y la cocina entre todos.

—De acuerdo —dijo Roi—. Yo voy a la habitación que queda.

—Venga, el cuarto de baño para mí —añadió Lope.

Cada uno se puso a registrar la estancia correspondiente, peinando centímetro a centímetro y siguiendo un patrón imaginario para no dejarse nada, como si de la escena de un crimen se tratara.

Roi se encontraba en una especie de estudio en el que había un viejo sofá lleno de pelos de gato, una tabla de planchar en un rincón y una gran mesa que ocupaba toda una pared, llena de aparatos electrónicos, cables y artilugios extraños. Sobre ella también había un ordenador portátil y una impresora y, a su lado, varios discos duros. Abrió un armario empotrado y descubrió que allí tenía para rato, porque estaba repleto de ropa y cajas apiladas. Decidió comenzar por él. Después seguiría por la mesa.

Runa había revisado la cama de Cándido al detalle: somier, estructura y colchón. Ahí no había nada, así que decidió continuar por el armario. Comenzó a sacar las perchas y a ponerlas sobre la cama para mirar en los bolsillos de cada prenda.

Tras comprobar que el contenido de la cisterna era solo agua, Lope se concentró en el armario del cuarto de baño, sacando cada recipiente y abriéndolo para ver su contenido. Se había fijado que el techo tenía paneles desmontables de escayola. Seguramente habría un aparato de aire acondicionado allí instalado. Ese sería su próximo paso.

Tras más de media hora ninguno de los tres había dado con nada extraño. Roi había terminado con el armario, pero a Runa todavía le faltaba un buen rato con el suyo. Lope tampoco encontró nada en el cuarto de baño y se acercó a los dos hombres que esperaban en el salón.

—Necesito una escalera —dijo dirigiéndose al propietario de la casa, que se esforzaba por permanecer relajado, aunque el movimiento nervioso de las piernas lo delataba.

Cándido negó con la cabeza.

—No tengo. Pero ya les digo que están perdiendo el tiempo. No sé qué es lo que están buscando, pero no van a encontrar nada.

—Pues no lo veo yo muy tranquilo para estar tan seguro. Pero, bueno, si es así, mejor para usted. Cogeré entonces una silla.

Roi pasó a la mesa, observando cada cacharro por si cabía la posibilidad de esconder algo en ellos. No tenía ni idea de qué podía ser todo aquello ni para qué demonios podría servir. Viniendo de Cándido, podría esperar cualquier cosa. En el extremo más alejado de la mesa había un gran radiocasete de los de antes, con grandes

altavoces y doble pletina para grabar de una cinta a otra. Se acordó de uno muy parecido que tenía cuando, a los quince, le dio por grabar cintas de sus músicos favoritos. La economía no le daba para comprar cada nuevo álbum que salía al mercado, así que se las apañaba para conseguirlos prestados y copiarlos. Incluso trataba de grabarlos de las emisoras de radio que emitían canciones a todas horas. Con un poco de suerte el locutor dejaba que se escuchara la canción completa sin interrumpir con algún comentario. En caso contrario, debía esperar a que volvieran a ponerla y probar suerte de nuevo. Pero ya nadie tenía algo así en casa; las cintas de casete eran del siglo pasado.

Había una colocada en la pletina. La extrajo y vio que tenía escrita una fecha. Calculó que de unos quince días atrás. La colocó de nuevo y le dio al *play*. No se escuchaba nada. Subió el volumen para ver si podía percibir algo, pero parecía vacía. Le dio la vuelta y probó de nuevo. Un grito salió de los altavoces y le pegó tal susto que dio un salto hacia atrás y tuvo que hacer equilibrios para no caer sobre el sofá. Mientras tanto, la reproducción continuaba a todo volumen, lo que alertó a sus compañeros, que dejaron lo que estaban haciendo y acudieron al lugar de las voces. Roi bajó un poco el volumen y los tres rodearon el aparato, atentos. No les costó demasiado entender que lo que escuchaban era una fogosa escena de sexo entre un hombre y una mujer. Los tres se miraron sorprendidos. Lope, con el rostro encendido por la vergüenza, no sabía dónde meterse.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó llevándose la mano a la boca, azorado.

—Shhh —Runa lo hizo callar. Le había parecido escuchar que alguien decía algo—. Rebobina un poco, Roi —ordenó.

Roi obedeció y los tres pudieron escuchar la voz de un hombre que, entre gemidos, pronunciaba el nombre de su amante: Olivia.

Aquello fue suficiente para Runa, que detuvo la grabación, sacó la cinta y se fue directa hasta el salón, donde Cándido ya no levantaba la vista del suelo.

—¿Qué explicación tenemos para esto? —Agitó en el aire el casete —. ¿Grababas a tu vecina? —Se dio cuenta de que había empezado a tutearle. Para ella, aquel hombre extraño que en ese momento parecía abatido, había perdido el derecho a ser tratado de usted. No le daba ninguna pena su expresión de tristeza. La experiencia le había enseñado a no confiar en las apariencias, porque se había enfrentado a verdaderos demonios ocultos bajo rostros angelicales, y no todos habían alcanzado la mayoría de edad.

Cándido cerró los ojos y negó con la cabeza. Runa no pudo sacarle más, se había cerrado en banda y se negaba a colaborar. Rebeca tenía razón al decir que había escuchado la voz de su compañera muerta. Al menos ya habían resuelto el misterio del fantasma de Olivia.

Manchurrón sintió que el abrazo de su dueño se relajaba y saltó de su regazo, estirándose con ganas antes de correr hasta Roi y frotarse contra sus pantalones.

—Ya estamos —protestó él, empujándolo un poco con el pie para quitárselo de encima. Pero al momento ya lo tenía otra vez al lado.

—Sigamos registrando. Me da la impresión de que esta no es la única grabación —comentó Runa—. Sigo con el armario, aún me queda alguna caja.

Los tres siguieron con el registro. Runa no tardó en dar con una caja de zapatos llena de fotografías de Olivia impresas en papel fotográfico casero. La mayoría eran *selfies*, con lo que supuso que Cándido las había obtenido a través de las redes sociales. Pero otras eran instantáneas de la chica tomadas a escondidas, paseando por distintos lugares de la ciudad, seguramente hechas con el móvil.

Mientras Lope se afanaba por revisar hasta el último rincón del falso techo del cuarto de baño sin demasiado éxito, Roi había acabado de peinar la habitación en la que estaba. Movió un poco el sofá para poder subirse de pie en él, intentando no pisar a *Manchurrón*, que no lo dejaba ni a sol ni a sombra y trataba de llamar su atención con lamentos lastimeros de los suyos. Se estiró para alcanzar el cajón de la persiana y, con un destornillador fino de los que había sobre la mesa, hizo palanca para levantar la tapa que cubría el soporte enrollable. Le sorprendió la facilidad con la que consiguió desencajarla. Lo normal era que se resistiera un poco, teniendo en cuenta que no es habitual que se abra y en ocasiones se suele pintar encima. En cuanto retiró la tapa supo que había dado con algo.

—¡Bingo! —exclamó al tiempo que comenzaba a sacar más cintas de grabación. En aquel escondite había por lo menos veinte casetes. También había una bolsa de plástico anudada. Su contenido era bastante ligero.

Lope y Runa volvieron a dejar lo que estaban haciendo para acercarse hasta donde estaba su compañero. Recopilaron las cintas y Runa abrió la bolsa. Dentro había otra bolsa de cierre hermético con hojas secas. Al abrirlo y examinarlo con más calma descubrió que eran flores.

—Me parece que ya sabemos de dónde salió la infusión de floripondio que encontraron en la casa de las chicas y en el cuerpo de la víctima.

La subinspectora se acercó de nuevo a Cándido, que los había escuchado hablar y esperaba cabizbajo, casi ausente, custodiado por el policía. A Runa le pareció aún más pálido de lo normal, si es que tal cosa era posible. Le mostró la bolsa hermética.

—Tengo la impresión de que cuando analicen esto va a coincidir con los restos de infusión que encontraron en el piso de las chicas. ¿Se

lo proporcionaste tú?

Cándido ni siquiera la miró. Se había quedado como en trance, con la vista perdida en el suelo infinito.

—Así no avanzamos. Si te niegas a hablar solo conseguirás ganar algo de tiempo, pero te aseguro que el resultado acabará siendo el mismo. La única diferencia será que el juez tendrá en cuenta tus pocas ganas de colaborar.

Nada. Runa tuvo que morderse la lengua, porque le entraron unas tremendas ganas de sujetar a aquel hombre por los hombros y zarandearlo hasta que reaccionara, o abofetearlo si fuera necesario.

—Las cosas se están poniendo muy feas para ti, Cándido. ¿Dónde estabas el viernes pasado por la noche?

Él pareció reaccionar a ese comentario. Alzó la mirada y se enfrentó a la de Runa con sus grandes ojos muy abiertos. Entonces sonrió. Pero aquella era una sonrisa forzada y triste.

—Yo solo quería protegerla —susurró. Una lágrima recorrió su pálida mejilla como una diminuta vía de agua abriéndose paso entre la blanca nieve.

—¿Protegerla? ¿De quién? —intervino Runa. Él bajó la cabeza para abstraerse una vez más mirando al suelo, como un maniquí robotizado al que se le acaba la energía—. Puedo entender tu frustración, Cándido. Ella era joven y guapa, y jamás se habría fijado en alguien como tú… Seguramente eso hizo que te enfadaras mucho. ¿Tanto como para matarla? —continuó diciendo la subinspectora, con la esperanza de enfadarlo y hacer que reaccionara.

Pero él ya no estaba allí. Su mente parecía haberse alejado del cuerpo, como en una de esas experiencias que tanto perseguía. A Runa se le pasó por la cabeza que quizá, tras tantos años de investigación, aquel tipo había logrado dominar alguna de esas técnicas de viajes astrales o como quiera que se llamaran. Sacudió la cabeza para desechar ese pensamiento fuera de toda lógica. Lo que ocurría era que estaba delante de un actor formidable. Con un bufido se dirigió al policía que estaba al lado.

—Espósalo y hazle saber sus derechos. Está detenido.

—¿Seguimos con el registro? —preguntó Lope.

—Nos llevamos todo lo que hemos descubierto, además del ordenador y los discos duros. Voy a hacer que los técnicos de la Científica peinen hasta el último centímetro de esta casa. Tenemos el motivo y el medio, no creo que nos cueste demasiado dar con la oportunidad. Con esos tres puntos en su contra, este puede darse por jodido.

Una sombra de temor atravesó el rostro de Cándido cuando el metal de las esposas se hundió en la lívida piel de sus muñecas.

25

Visita inesperada

DESPUÉS DE DARSE una ducha caliente algo más larga de lo habitual, Runa se sintió reconfortada. Pero esa agradable sensación de normalidad le duró tan poco como el vapor que se había condensado en el cuarto de baño tras abrir la puerta. No acababa de entender qué era lo que había cambiado, por qué todo el espacio vacío a su alrededor parecía volverse hostil cuando, tras una jornada de trabajo agotadora, se encontraba a solas consigo misma. Siempre había sido una persona solitaria, muy celosa de su intimidad, y de las que disfrutan del silencio y la tranquilidad de hacer lo que les viene en gana cuando les apetece. Nunca se había planteado tener una pareja estable y desde luego seguía sin hacerlo, pero cada día sentía una necesidad más acuciante de tener al lado a una persona con la que acabar el día.

De alguna manera, aquel cada vez más insufrible sentimiento de soledad la había llevado a solicitar el encuentro con Odalys en la cárcel. Mientras se vestía con una larga camiseta vieja que le hacía las veces de pijama y unos gruesos calcetines, fue consciente de lo patético de su intento por volver a dar con Klaus. ¿Por qué demonios no podía quitarse a ese hombre de la cabeza? ¡Como si no hubiera otros con los que echar un buen polvo cuando se le antojara! No tenía más que darse una vuelta por ciertos bares de ambiente y esa noche pillaba seguro. Pero eso ya lo había probado y, aunque lograba evadirse y aliviar su malestar durante unas horas, al día siguiente era peor todavía. Porque cuando se despertaba desnuda junto a un tipo al que jamás se habría acercado en condiciones normales, sentía asco de sí misma. ¿Tan desesperada estaba? Sin duda, debía de ser así, porque hasta ese puñetero albino con el que jamás se había cruzado se lo había notado. Se le ponían los pelos de punta solo de pensar que un tipo como aquel pudiera meterse en su cabeza y adivinar sus pensamientos. Al menos parecía que la investigación avanzaba algo tras su detención.

Mientras se calentaba en el microondas un paquete de *noodles* con verduras que había encargado en un *thai* de camino a casa, se abrió una cerveza con cierta desgana. Pensó en Roi y lo agobiado que estaba últimamente con el tema de su padre. Habían estado hablando un rato al salir del trabajo y sabía que no estaba bien, por mucho que él se empeñara en negarlo. Lo conocía demasiado. Cuando por fin se había

decidido a ponerle cara a sus fantasmas y enfrentarse a su padre, parecía que a este se lo hubiera tragado la tierra. No había rastro de él y nada apuntaba a que su desaparición fuera voluntaria. Roi también se sentía solo y ella lo sabía.

Aquella noche lo había invitado a cenar a casa. Pensó que así espantarían a sus respectivas soledades durante un rato, aunque fuera para compartir unos tristes fideos que se calentaban en el micro. Roi, tras vacilar durante un instante, acabó declinando amablemente su oferta con la excusa, demasiado desgastada ya, de que estaba cansado.

Cuando le estaba dando el primer trago a la cerveza, sonó el timbre. Miró extrañada el reloj. No esperaba visita, y menos a aquellas horas. Entonces sonrió al acordarse de su compañero.

—Te lo has pensado mejor —dijo con una gran sonrisa al tiempo que quitaba la cadena de la puerta y la abría—. Espero que hayas traído algo más…

La frase se quedó a medias y su sonrisa se congeló al ver quién estaba al otro lado de la puerta. Instintivamente, se llevó la mano al lugar donde debería estar su arma reglamentaria, pero la había dejado en el dormitorio.

Klaus alzó las manos en señal de rendición.

—No vas a necesitar tu pistola, te lo aseguro. Espero que yo tampoco la necesite, porque he venido desarmado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Runa de modo cortante cuando por fin pudo recobrarse.

—Creo haber oído que me estabas buscando. Dímelo tú.

Runa soltó el aire contenido y los músculos se le destensaron un poco, pero no supo qué decir.

—¿Puedo pasar o estabas esperando a otra persona?

Runa carraspeó y se hizo a un lado para permitir que entrara. No podía evitar seguir sintiéndose recelosa y no quitaba ojo a sus movimientos. Cerró la puerta tras ella sin echar el cerrojo y señaló con la mano en dirección al salón. Una vez allí, Klaus se volvió a mirarla con las manos en los bolsillos y una de esas sonrisas suyas con las que Runa tantas veces había fantaseado.

—Bueno, pues aquí me tienes.

—Sabes que podría detenerte ahora mismo. Sigues acusado de varios cargos de…

Klaus dio unos pasos hacia ella y no la dejó acabar.

—Pero no lo vas a hacer, ¿verdad?

Runa se mordió la lengua, estaban tan cerca que podía oler su perfume. Un perfume que, por alguna razón, no le era extraño. El corazón comenzó a bombear sangre con fuerza y por un momento dudó entre salir corriendo en busca de su arma o lanzarse en sus brazos.

Él se acercó un poco más, apenas unos pocos centímetros separaban sus rostros. Runa era consciente en todo momento del juego de seducción de Klaus, pero se negaba a dejarse llevar y tampoco pensaba retroceder ni un solo centímetro en su posición.

—Eras tú la que querías verme. ¿Es cierto que estoy en peligro? —preguntó con un susurro grave sin apartar la mirada de los ojos de ella.

Sentir su respiración tan cerca hizo que las piernas de Runa comenzaran a temblar.

—No hagas eso.

—¿El qué?

Ella lo apartó de un empujón.

—No intentes seducirme de esa manera.

Runa se dirigió a la cocina y él fue tras ella. Al llegar, sacó un par de cervezas de la nevera y se volvió hacia Klaus sin que su rostro desvelara lo turbada que estaba. La parte más sensata de su cerebro no dejaba de preguntarse dónde habría dejado el arma ese día.

—Solo sigo mi instinto, Runa. Sé lo que arriesgo presentándome aquí, no soy tonto.

—¿Y por qué estás tan seguro de que no voy a detenerte ahora mismo?

—¿De veras quieres hacerlo? —Extendió las manos para mostrarle las muñecas—. Adelante, puedes esposarme si quieres, no voy a oponer resistencia.

Ella lo miró un instante con suspicacia y le pasó una de las cervezas.

—No estoy orgulloso de lo que he hecho, Runa. Si me parara a repasar mi vida al detalle, lo más probable es que no pudiera encontrar nada que me hiciera estarlo. Pero no soy un asesino.

—Pero trabajabas en un burdel en el que las chicas estaban sometidas y engañadas. Las traíais de sus países para que ejercieran la prostitución a la fuerza. Ese es un delito muy grave.

—No voy a negarlo, tengo una parte oscura con la que estoy obligado a convivir el resto de mi vida. Podría darte mil excusas: que tuve una infancia difícil, que solo me encontraba arropado con los chicos malos, que ellos me ayudaron en los peores momentos…, pero no voy a hacerlo. Nadie me obligó a hacer lo que hice.

Runa sabía, por el testimonio de las prostitutas a las que habían liberado, que Klaus no era un mal tipo. Era el único que parecía tratarlas con un mínimo de respeto. Pero, aun así…

—¿Por qué no te entregas entonces?

—No voy a hacer eso, Runa. A no ser que seas tú la que me arrastre hasta comisaría, pienso volver a salir por esa puerta y seguir con mi vida.

Runa le dio un largo trago a la cerveza.

—¿Por qué me ayudaste aquel día?

—Improvisé sobre la marcha. Ese día quería verte, necesitaba hacerte llegar de alguna manera el informe que había caído en mis manos, y que me exculpaba de la muerte de Clara.

Runa asintió. Se daba cuenta de que la sensación de peligro que la había invadido unos minutos antes había desaparecido por completo. En su lugar, había ido creciendo la fuerza de la atracción. Percibía cómo vibraba hasta la última célula de su cuerpo, como si por sus venas fluyera algún tipo de fluido imantado que la empujaba hasta él.

Klaus se acercó más, como si ese magnetismo también estuviera actuando sobre él.

—Dime para qué me buscabas y me marcharé. No te molestaré más.

Lo que menos le apetecía a Runa en ese momento era que se marchara. Llevaba semanas soñando con un encuentro parecido y no iba a desaprovecharlo. Apuró la cerveza y la dejó sobre la encimera. Después acortó un poco más la distancia entre los dos y lo miró con un anhelo apenas contenido.

«¡A la mierda!», pensó. Y se lanzó a la desesperada en busca de su boca.

26

La partida de ajedrez

Lunes, 10 de octubre. Toren

EL FASTUOSO CASTILLO del siglo XIV situado al norte de Dingwall, en las Highlands escocesas, apareció entre los árboles de improviso. Su imponente silueta de piedra se alzaba en el horizonte gris plata como si de un coloso se tratara. Protegido por fortificaciones y rodeado de un foso inundado, solo se podía acceder a él por un puente situado en uno de los laterales. Las tierras que lo rodeaban estaban formadas por bosques y grandes pastizales. Toren lo contempló desde el coche. Aunque recorría el mismo trayecto a menudo, no podía evitar sentirse abrumado por aquella maravilla cada vez que dejaba atrás el bosque y su monumental figura se mostraba ante él.

Aquella mañana, un cielo plomizo confería a la estructura un aspecto oscuro, casi fantasmal. Condujo hasta el puente, donde detuvo unos instantes el Range Rover y saludó a la cámara de vigilancia. Existía un gran aparcamiento para los empleados en la parte trasera exterior del castillo, pero él nunca lo utilizaba. La puerta de acceso comenzó a desplazarse pesadamente hacia un lateral con un quejido continuo. Estaba reforzada con flejes de hierro a modo de reja y debía de pesar lo suyo. Aunque el mobiliario interior había sido elegido tratando de respetar los gustos de la época, a Toren le molestaba el exceso de modernidad que saltaba a la vista allá donde esta se detuviera: cámaras y focos repartidos por todo el entorno, colocados sin disimulo alguno; paredes de cristal y vitrinas en medio de una sala o un pasillo; puertas blindadas que se le antojaban *ooparts* [9], como alguno de los objetos que se custodiaban en la sala acorazada del ala norte… Más objetos fuera de lugar. Hasta la enorme puerta de entrada, cuya madera seguramente habría crecido en alguno de los bosques cercanos, había sido adaptada al progreso. ¿De verdad era necesario? Él lo entendía como una profanación. Como si al cuadro de *La joven de la perla,* de Klimt, le pintaran un *piercing* en la nariz, o el libro que contempla la *Mujer leyendo,* de Manet, fuera sustituido por otro electrónico para adaptarlo a los nuevos tiempos. Aunque se utilizaran las mismas técnicas y se copiara el estilo, por muy profesional que fuera, aquello no dejaba de ser una cagada.

Aparcó el coche en el gran patio interior, donde solo tenían acceso el rey, que se hacía llamar Koning, y sus dos personas de máxima

confianza, entre las que se encontraba él. Ninguno de los tres utilizaba su verdadero nombre jamás. Él era la torre de la partida, Toren en holandés, y Dame era la otra pieza clave del tablero, la dama. Ella pocas veces entraba en escena. Koning solo requería de sus servicios en situaciones excepcionales, cuando se veía obligado a hacer limpieza por algún desafortunado incidente. Porque cuando a Dame se le daba carta blanca para empezar a jugar, hasta en el infierno se echaban a temblar. Tenía el alma tan negra como blanca era su piel. De rostro delicado y facciones aniñadas, solía combinar con gran acierto la vestimenta y el maquillaje para mostrar un aspecto más joven e inocente. Su misión era acabar la partida eliminando las piezas sobrantes. Él no confiaba en Dame. Era una víbora traicionera a la que no se podía subestimar, y temía que, llegado el momento, ni el mismo Koning fuera capaz de contenerla si se descontrolaba. Por suerte, no solían coincidir. La única condición que ambos habían impuesto cuando comenzaron a trabajar para Koning fue la de actuar en solitario.

Recorrió los pasillos en dirección al ala norte, donde suponía que se encontraba el jefe. Pasó por la sala de informática, cuyo interior podía verse a través de la gran pared de cristal que la separaba del pasillo. Cada puesto estaba formado por tres monitores y un potente ordenador de última generación. La pared del fondo estaba cubierta por enormes pantallas en las que se podían ver transacciones económicas que destacaban por su cuantía a nivel mundial y en tiempo real, y mostraban alarmas cuando alguna de ellas requería atención.

En el interior de la sala había cuatro personas concentradas en su trabajo. Dos rastreadores y dos *hackers*. A Koning le gustaba referirse a ellos como los alfiles y los caballos, que también tenían un papel muy importante en la partida. Los primeros analizaban noticias y se encargaban de olfatear en la red transacciones económicas sustanciales y cualquier tipo de movimientos que pudieran desvelar el paradero de obras de arte desaparecidas, robadas o de colecciones particulares, así como de objetos fuera de lugar, los *ooparts* que tanto obsesionaban al que era la pieza clave del juego. Los segundos encontraban brechas de seguridad y conseguían colarse en los sistemas de defensa e inutilizarlos, establecían la estrategia a seguir y movilizaban a los peones, que jamás pisaban el castillo porque ni siquiera sabían de su existencia. Estos últimos tendrían que pasar a la acción para lograr hacerse con el objetivo marcado. Todos ellos, como piezas en una partida de ajedrez, trabajaban con una impecable organización bajo las órdenes directas del rey. El resto de personal estaba formado por efectivos de seguridad y los dos asistentes de Koning que, al igual que él, vivían en el castillo.

Toren continuó andando, preguntándose qué habrían descubierto en aquella ocasión para que se requiriera de sus servicios. Sin duda, debía de ser algo tan importante que no se podía dejar en manos de los peones. Torció el gesto al mirar hacia la cámara que había en el techo al final del corredor. No le gustaba que nadie lo grabara en ninguna circunstancia, porque no podía tener la certeza de que aquellas grabaciones no cayeran en manos equivocadas. Siempre trataba de pasar desapercibido. Tenía ojos y nariz grandes, pero proporcionados, frente despejada, pelo rubio ligeramente largo y peinado siempre hacia atrás, barba rasurada y ropa informal poco llamativa. Ni joven ni viejo, ni feo ni demasiado atractivo, ni alto ni bajo, en su peso. Un tipo más entre tantos de rasgos comunes que nadie recordaría. Como debía ser.

Tras caminar por varios corredores, llegó a un lugar en el que no había nada más que una pequeña sala vacía con otra cámara de vigilancia. De nuevo, saludó al dispositivo y al instante se deslizó un pequeño panel a su izquierda con un lector de iris y un teclado numérico. El escaneo ocular y la contraseña adecuada hicieron que una de las paredes de la sala se deslizara trabajosamente, con el sonido del roce arenoso provocado por el peso de las piedras que ocultaban la puerta de una enorme cámara acorazada. Una vez dentro, escuchó a sus espaldas cómo la puerta se cerraba de nuevo hasta terminar con un sonoro chasquido que retumbó en el espacio cerrado en el que se encontraba.

Frente a él se abría una enorme sala con vitrinas de seguridad que contenían objetos extraños. En las paredes se exponían cuadros ante los que cualquier entendido en arte se habría maravillado, puesto que todos ellos eran obras dadas por desaparecidas. Entre ellas pudo distinguir *El concierto,* de Johannes Vermeer, y *La tormenta en el mar de Galilea,* de Rembrandt, ambos robados junto a otros en un museo de Massachusetts en 1990. Por el segundo aún se ofrecía una recompensa de nueve millones de euros.

Koning estaba al fondo de la sala, de pie ante una pantalla de ordenador con los brazos cruzados y las gafas sobre la punta de la nariz. Lucía un traje de *tweed* de color gris hecho a medida que le sentaba como un guante. Su ropa, cara e impecable, le confería un aspecto distinguido siempre y cuando uno no bajara la vista a sus pies. Porque en el interior del castillo siempre usaba unas zapatillas de paño a cuadros, de las de andar por casa, que arruinaban el conjunto elegante de su imagen. Y las seguiría utilizando, aunque recibiera la visita del mismísimo *sha* de Persia, porque al viejo hacía ya tiempo que no le importaban las apariencias.

Caminó hacia él sin dejar de pasear la mirada por las vitrinas repletas de monedas, mapas, manuscritos, cerámicas y otros extraños

y valiosos objetos que, juntos, debían de sumar miles de años de antigüedad.

—Esta es nueva —dijo al tiempo que se acercaba con verdadera curiosidad a uno de los armarios acristalados más cercanos al dueño del castillo. Dentro había una espada corta y de doble filo que parecía hecha de algún material similar al hierro o al bronce.

Koning se volvió hacia él. Con gesto rápido se atusó las finas hebras de cabello blanco que pugnaban por cubrir su cabeza despejada y se ajustó las gafas, empujándolas con el dedo corazón.

—Ah, hola, Toren. No te esperaba tan pronto. Es la verdadera *Kusanagi*, la del Tesoro Imperial de Japón. Para que me entiendas, la equivalente a la *Excalibur*, pero nipona.

Su expresión dichosa y un ligero temblor en el tono de voz desvelaban el orgullo que sentía al poseer una pieza de tal categoría en su colección.

—¡Vaya! —El recién llegado negó con la cabeza, sonriente—. Lo que no puedas conseguir tú…

—La leyenda dice que el que la empuñe será capaz de controlar el viento al blandirla. Pero debe de estar averiada, porque lo he intentado y ni siquiera me ha despeinado.

Koning emitió un gorjeo que pretendía ser una risa y agitó la mano en el aire para dar a entender que ese tema ya no le interesaba.

—Ven a ver esto, anda. —Hizo un gesto para que Toren se acercara a un pequeño cofre de estaño que reposaba sobre una mesa. A continuación, lo abrió y se volvió hacia él—. ¿Sabes lo que es?

El cofre contenía una pequeña figura hueca de metal con forma de poliedro. En su interior podía apreciarse una esfera de piedra.

—Parece un dodecaedro romano —comentó Toren.

—¿Qué sabes de estas piezas?

—No mucho, la verdad. Sé que se han encontrado unas cuantas repartidas por toda Europa, pero también que ningún científico ha podido descubrir su utilidad hasta la fecha.

Koning asintió, satisfecho. Se puso unos finos guantes negros de tela y le tendió otros a Toren.

—Así es. Pero esta tiene algo de lo que carecen todas las demás —explicó sacando el objeto del cofre—. Toma, sujétalo.

Toren sopesó la figura con interés.

—Pesa bastante. Y es la única que he visto que tiene algo dentro. El resto de piezas encontradas creo que están vacías.

—Cierto. Esta pieza en concreto lleva más de cincuenta años en mi colección. Fue mi madre quien la encontró escondida entre otros objetos polvorientos de una vieja tienda de antigüedades de Sicilia. Estaba guardada en este mismo cofre que ves aquí. Tras un exhaustivo estudio de los materiales, llegó a la conclusión de que aquellos objetos

podían tener más de dos mil años de antigüedad. El dodecaedro la fascinó de tal manera que dedicó parte de su vida a tratar de descubrir su naturaleza, pero murió antes de conseguirlo. Ella siempre creyó que aquel cofre había pertenecido a Arquímedes de Siracusa. Es un cofre sencillo, sin demasiado valor, pero sobre la tapa aparece una pequeña inscripción (Αρχ) dentro de un círculo. Las tres primeras letras del nombre en griego del gran matemático: Αρχιμήδης.

—¿Tenía razón? ¿Ese objeto pertenecía realmente a Arquímedes?

Toren siguió a Koning hasta una de las vitrinas. El dueño del castillo extrajo con sumo cuidado un gran libro de gruesas tapas marrones cuyo aspecto no hacía pensar que fuera antiguo.

—Por fin estoy en condiciones de afirmar que mi madre no se equivocaba. Solo se conocen tres obras de Arquímedes, los llamados códices A, B y C, y los dos primeros llevan siglos perdidos. Yo he dado con una cuarta obra, de la que nadie tiene conocimiento, titulada *Sobre la posición de los astros y los eclipses lunares*. La estás viendo en estos momentos. Es un tratado sobre astronomía, pero, en un determinado momento, casi como si quisiera esconderlo entre el resto de datos y dibujos, habla sobre esta extraña pieza.

Koning depositó el volumen sobre la mesa para mostrarle su contenido. Como ya había intuido Toren, el libro no era más que un soporte para contener las hojas sueltas de un manuscrito, puesto que las páginas estaban inmaculadas. Se acercó para estudiar con minuciosidad la primera de ellas. El estado del pergamino era tan precario que la página había sido reconstruida y reforzada con dos finísimas láminas de papel de alta transparencia adheridas a cada lado.

—Está protegida con tisú japonés Kuranai de nueve gramos por metro cuadrado. De lo mejorcito —explicó Koning ufano.

Cuando Toren se acercó y pudo estudiarlo con minuciosidad, frunció el ceño, confundido. Bajo las líneas escritas, en perpendicular, podían verse fragmentos de una escritura anterior.

—¡Es parte de un palimpsesto! —exclamó sintiendo la emoción de tener una valiosa joya ante sus ojos.

—Muy agudo, sí señor —exclamó Koning con un ronroneo de satisfacción—. Este ejemplar sufrió el mismo destino que el códice C, el último en ser encontrado y descifrado hace solo unos años. Ambos fueron reutilizados y permanecieron ocultos durante siglos bajo los textos de un libro de oraciones.

—Entonces, ¿has conseguido descifrar el texto que había debajo?

—Querido amigo, ¿es que acaso lo dudas?

Emitió otro de sus bisbiseos a modo de risa que siempre terminaban por irritar a Toren. Le daba la impresión de que el viejo estaba llamando al gato. Admiraba a aquel hombre entrado en años que

jamás alzaba el tono de voz más de lo necesario, que parecía recopilar la historia del mundo en su formidable cabeza, como si de una Wikipedia andante se tratara, y que tenía una sensibilidad especial para todo lo relacionado con el arte. Pero su risa incitaba a cometer un asesinato. Por un momento se imaginó dándole jaque mate, apretándole el cuello hasta que los ojos se le salieran de las órbitas. Pagaría por ver la cara de asombro que pondría al verse sorprendido. Aquella fantasía le provocó un hormigueo de placer en la boca del estómago y rio para sus adentros.

Koning colocó la página en su sitio y le mostró otras sin sacarlas del libro que las contenía.

—Hemos seguido paso a paso las mismas técnicas que se utilizaron para descifrar el códice C —continuó explicando—. Mis expertos se enfrentaron primero a la ardua tarea de desmontar el libro, eliminando con meticulosidad las capas de pegamento del lomo. También hubo que acabar con los hongos provocados por la humedad y limpiar las manchas de cera que había desperdigadas por todas las páginas debido al habitual uso de velas como iluminación en la Antigüedad. Estaba tan deteriorado que algunos fragmentos de pergamino se desprendieron en el proceso y hubo que colocarlos en su lugar como si de un puzle se tratara, y después utilizar el soporte auxiliar de tisú para mantener cada página de una pieza.

Hizo una pausa para devolver el gran libro a la vitrina en la que se mantenían unas condiciones de temperatura y humedad adecuadas para su conservación. Toren esperó con paciencia a que el anciano tuviera a bien continuar con su explicación.

—El paso siguiente fue tomar varias imágenes de cada página con frecuencias de luz diferentes. Al combinar algunas de las fotografías de una misma página sobre un lienzo digital y utilizar técnicas de rayos X, logramos resaltar el texto de Arquímedes y oscurecer el que se escribió encima. De esa manera conseguimos recuperar el texto casi al completo y descifrar el contenido.

El hombre volvió al ordenador y tecleó unos comandos antes de que la pantalla mostrara textos en griego y sus traducciones al inglés. Sin lugar a dudas, aquel trabajo debía de haber requerido mucho tiempo, así como de varios entendidos en la materia.

—¡Y aquí tenemos el texto completo! —exclamó Koning con un temblor de emoción en la voz al tiempo que señalaba el monitor.

—Otro milagro de los tuyos —susurró Toren sin poder disimular la fascinación que le producía lo que veían sus ojos. Estaban ante la voz de un genio que había vivido en otra sociedad, casi en otro mundo, y que les hablaba desde la tumba a más de dos mil años de distancia. De repente lo invadió la necesidad de saber lo que contenían aquellas páginas.

—Así es como he sabido que esa pieza pertenecía a Arquímedes y su utilidad —explicó Koning mientras movía la rueda del ratón y por la pantalla pasaban con rapidez las imágenes de cada página del manuscrito—. En aquella época existían ya los dodecaedros, aunque eran muy pocos los que podían permitirse ingenios así. Parece ser que María la Judía, la primera alquimista de la historia, logró fabricar una especie de roca porosa que emitía luz al contacto con el fuego. Introducían un pedazo de esa roca dentro de un objeto resistente que pudiera transportarse fácilmente y que dejara pasar la luz. Para ello utilizaban los dodecaedros. Pero la sustancia era bastante volátil, y al poco tiempo de ser utilizada dejaba de funcionar y se convertía en polvo.

—Por eso todos los dodecaedros que se han encontrado están vacíos…

—Has dado en el clavo. Muchos alquimistas trataron de seguir las indicaciones de María para volver a fabricar esa sustancia, pero al parecer eran muy pocos los que lo lograban. Con el tiempo imagino que ya nadie pudo continuar fabricando ese material y su uso se olvidó.

—Pero tú tienes una pieza que aún contiene esa roca. —Toren sonrió al entender la importancia de lo que tenía ante sí.

—Es mucho más que eso, amigo mío —replicó Koning eufórico—. Ese poliedro contiene una piedra muy especial. No es como las demás que se fabricaron. Por lo que se cuenta en el manuscrito, lo más seguro es que se tratara de un fragmento de algún meteorito. El caso es que María la Judía, gracias a alguno de sus métodos, logró conferirle a la piedra unas características excepcionales. Ahora sé que existe otra pieza exactamente igual a esta y que la complementa. Arquímedes relata en su manuscrito que un soldado romano entró a la fuerza en su casa y la robó. Por separado, ninguna de las dos sirve para mucho. Pero cuando se ponen en contacto…

Koning negó con la cabeza y esbozó una sonrisa de triunfo, disfrutando del momento de suspense que acababa de crear.

—¿Qué es lo que ocurre cuando se juntan? ¡No puedes dejarme con la intriga!

—Creo que la alquimista pudo descubrir una fuente de energía limpia e inagotable. Necesito la otra pieza.

—Tienes un fragmento de la piedra original, y los medios para analizarla y tratar de fabricar otra similar tú mismo. O quizá fragmentarla en dos partes para intentar que ambas reaccionen al contacto. ¿Por qué no lo intentas?

—Lo he pensado, pero no quiero dañarla. Probamos a raspar con sumo cuidado la superficie de la esfera, pero el polvo resultante se volvía blanquecino al desprenderse y se volatilizaba en pocos

segundos. Al analizar los componentes, descubrimos uno que no existe en nuestra tabla periódica. Efectivamente, debe de proceder del espacio.

—¡Qué interesante!

—Así es, pero vayamos al tema que nos concierne a ambos —sugirió Koning cambiando de tercio al tiempo que apagaba el ordenador y sujetaba a Toren por el hombro para guiarlo hasta la salida—. Ayer saltó una alarma de coincidencia. Nuestros rastreadores han localizado un objeto similar en España, cerca de la ciudad de Valencia. Creemos que puede ser el que estamos buscando.

—¿En España? ¿Cómo ha podido llegar allí desde Sicilia?

—Ese es uno de los misterios que será prácticamente imposible de resolver. Es probable que el mismo soldado romano que robó la pieza fuera el que la llevó allí hace dos mil años. Ten en cuenta que, justo después de la conquista de Siracusa, los romanos se centraron en la guerra con Hispania, donde enviaron miles de tropas que entraron por la costa levantina. No es descabellado pensar que el ladrón fuera uno de aquellos soldados y que la llevara consigo.

—Y quieres que lo recupere.

—Detectaron una comunicación entre un marchante de arte y un posible vendedor. Entre las piezas que se ofrecían hay una que se corresponde con la de Arquímedes. También hubo un intercambio de dinero importante que suponemos era un anticipo. Debes salir ya, antes de que se produzca la venta y perdamos el rastro del poliedro.

Toren asintió con entusiasmo. Ya había comenzado a sentir las cosquillas en el estómago previas al inicio de la caza. Hacía más de un mes que no entraba en acción y su cuerpo, ávido de adrenalina, comenzaba a reaccionar.

—De acuerdo, así lo haré.

—Ahora te entregaremos un portátil con nombres, fotos, direcciones y toda la información que necesitas, así como los correspondientes billetes de avión. Además, tengo entendido que te defiendes bastante bien en español, así que no creo que tengas demasiados problemas.

—No los habrá. No te preocupes.

La puerta acorazada comenzó a desplazarse cuando se acercaron a la salida y Koning se despidió de él con unos golpecitos en el hombro.

—Ya sabes. Haz lo que tengas que hacer. Y lo más importante, no vuelvas con las manos vacías.

27

Prueba de fe

—ESTA NOCHE SE decide nuestro futuro —dijo Andrei mientras trataba de atarse el nudo de la corbata ante el espejo sin demasiado éxito. Klaus lo observaba, de brazos cruzados, sentado en el borde de una gran mesa de mármol que ocupaba buena parte de la lujosa *suite* del hotel que el primero había reservado—. Hablé con Bondarenko y le pareció bien que pasaras a formar parte de mi equipo. Pero no quiero engañarte. Al principio no estaba demasiado convencido. Ya sabes que en este mundo todos acabamos conociéndonos y, por supuesto, él ya había oído hablar de ti cuando trabajábamos para Pávlov en el club. No te ofendas, pero parece que en el sector tienes fama de blando. —Andrei soltó una carcajada que pronto interrumpió para soltar un taco al tener que empezar de nuevo con el nudo de la corbata.

—Y tú, ¿qué opinas de eso? —Klaus alzó las cejas con expectación.

Andrei se volvió hacia él sonriente.

—He visto de lo que eres capaz. Sé que puedes darle finiquito a cualquier capullo sin despeinarte y por eso te quiero a mi lado. Pero mírate. —Señaló con un gesto de la cabeza a Klaus—. Aparte del tatuaje ese del brazo, tienes la piel como el culo de un bebé. No basta con tener buenos músculos, ¡eso no te da personalidad!

Klaus se llevó la mano al tatuaje del que hablaba Andrei, y que le cubría todo el antebrazo. La elegante camisa blanca que se había puesto para la ocasión lo ocultaba, pero podía sentirlo bajo la tela, como si la tinta reaccionara al tacto. Se lo había hecho en memoria de su abuela, la persona cuya muerte más había lamentado. Uno de los tres cuchillos del dibujo, en el que se reflejaba el rostro de la muerte, era por ella. Los otros dos estaban dedicados a su madre y su abuelo. Aquel no era su único tatuaje. Su espalda estaba cubierta por la cabeza de un lobo que parecía surgir de su interior tras haberle desgarrado la piel. Andrei no estaba al tanto de su existencia, pero él tampoco tenía la intención de mostrárselo. Al contrario que los de su amigo, sus tatuajes no eran algo que exhibir para ganar respeto. Tenían un significado muy personal.

Andrei comenzó a remangarse la camisa.

—Mira el último que me he hecho.

En su brazo apenas quedaba un solo centímetro de piel sin cubrir, algo que se repetía en el resto de su nervudo cuerpo. Incluso la cara había sucumbido a su obsesión por la tinta con la estrella de seis

puntas que lucía en el pómulo derecho. Se notaba que se los había ido haciendo por impulsos, en distintas ocasiones y sin darle demasiada importancia a la armonía. Algunos acertados y con cierta calidad artística, la mayoría ejecutados con torpes trazos. Parecían pegatinas en blanco y negro que alguien le hubiera repartido al azar por todo el cuerpo. Sobre el codo, Andrei señaló un dibujo.

—¡No jodas! —exclamó Klaus. No estaba seguro de si aquello le hacía gracia o lo espantaba—. ¿En serio te has tatuado la cara del jefe?

—¿A que ha quedado de puta madre? —los ojos de Andrei relucían de orgullo mientras acariciaba las duras facciones de Levan Bondarenko, grabadas sobre la piel—. Al él le ha encantado.

Klaus no supo qué decir. Se había quedado sin habla.

—Pues eso, que yo creo que deberías hacerte algún tatuaje más si quieres convertirte en un buen ladrón de ley. Así adquirirás más…, ¿cómo lo dicen aquí? ¿Caché?

—Si piensas que voy a tatuarme el careto de alguien, lo llevas claro.

Andrei rio con ganas al tiempo que volvía a pelearse con la corbata.

—No hace falta que te explique que aquí hay que hacerse respetar. Estas cosas ayudan.

—Lo pensaré —dijo para zanjar la cuestión. No tenía ganas de seguir hablando del tema.

—Además, cuando llegue el momento, tendrás que jurar obediencia con alguna prueba de fe. Es necesario si quieres llegar a ser alguien. Ya sabes que, una vez dentro, tendrás protección y pasta de sobra para vivir como quieras. La organización tiene compradas a personas muy influyentes en la Policía y la Guardia Civil, además de unos cuantos políticos que aceptan sobornos de buena gana. También tienen a los mejores abogados, así que tu pequeño problemilla con la justicia no tardará en ser historia.

Andrei se colocó la corbata, que por fin había conseguido anudar a su gusto y, tras atusarse un poco el pelo rubio cortado a cepillo, asintió con satisfacción a la imagen que le devolvía el espejo y recogió la chaqueta.

—¿Listo? —preguntó.

Klaus asintió y se dispuso a salir tras él. Hacía rato que había comenzado a sentir el fastidioso gusanillo de la duda en la boca del estómago. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Algo debió de adivinar el bielorruso en su expresión, porque le dio una fuerte palmada en la espalda.

—No te preocupes. Todo saldrá bien, amigo. Confía en mí.

El cometido inicial de Klaus era hacer las veces de chófer de Andrei o de cualquiera que necesitara de sus servicios, algo provisional hasta que se le asignara un cargo concreto. Condujo un flamante BMW

negro hasta el lugar en el que se iba a celebrar la importante reunión de los peces gordos de la mafia. Se trataba de una impresionante mansión en Moraira, con vistas a la bahía. Probablemente, una más de las múltiples casas de lujo que Bondarenko gestionaba desde su inmobiliaria. La puerta de acceso se abrió en cuanto se acercaron sin necesidad de mostrar ninguna credencial, puesto que Andrei estaba comunicando en ese momento su llegada por teléfono.

Klaus condujo a través de un camino asfaltado siguiendo las indicaciones del guardia que les salió al paso. El jardín de la casa estaba cubierto de luces decorativas y modernas hogueras acristaladas. A su alrededor se reunían ya los asistentes más puntuales, que conversaban de forma animada con una copa en la mano, a cada cual más elegante. Todo, hasta el más mínimo detalle, se había preparado a conciencia para dar una buena impresión a los invitados al evento. Cada pocos metros había un hombre armado con su correspondiente pinganillo en la oreja, pero todos estaban situados de manera estratégica para no destacar demasiado.

Klaus aparcó en el lugar señalado, y Andrei bajó del coche y le dio indicaciones para que lo esperara allí hasta nuevo aviso. Una vez a solas, puso música y se aflojó la corbata para acomodarse. La *shodka* que se iba a celebrar, con toda seguridad duraría varias horas. Había estado investigando un poco y sabía que los tentáculos de Bondarenko se extendían por media España, además de por parte de Europa y Asia. Poseía múltiples propiedades y empresas legales por todo el país; centros comerciales, cines, hoteles, naves industriales… Cualquier negocio era bueno para él, y de sus ingresos siempre destinaba un buen pellizco para alguna obra benéfica. Pero todos sabían, aunque nadie hasta el momento se había atrevido a demostrarlo, que el verdadero negocio se ocultaba bajo esa perfecta imagen de empresario ejemplar.

Después de la actuación policial que acabó con el descabezamiento del grupo de Alexei Shirokov, que hasta entonces había ocupado el tercer puesto en el *ranking* de la mafia rusa mundial, Levan Bondarenko era uno de los candidatos con más peso para ocupar su puesto. La cuestión era saber con antelación a quién pensaban sacrificar para que aquello fuera posible. Si Davit ya había recibido amenazas, debía de estar en el punto de mira, y su nombre sería uno de los que se barajarían aquella noche. Nadie se atrevería a tocarlo si los peces gordos no daban su visto bueno, pero que Natela le hubiera confirmado que su amigo no estaba invitado a aquella fiesta ya de por sí era una mala señal.

A su lado aparcó un Maybach oscuro cuyo chófer se apresuró a abrir la puerta a sus ocupantes. De él se apeó una rubia despampanante de largas y esbeltas piernas, que lo miró con aire de superioridad antes de

desaparecer del brazo del hombre que la acompañaba. En ese momento, Klaus rememoró su encuentro con Runa y no pudo evitar sonreír. Muy a su pesar, se había obligado a marcharse antes de que ella despertara. No quería arriesgarse a que la magia que los había unido la noche anterior desapareciera con la mente ya fría y el cuerpo desahogado. Se preguntó una vez más qué demonios le ocurría con aquella mujer que lo atraía de forma tan irremediable como la droga a un adicto o el precipicio a un suicida. Tenía claro que no solo era cuestión del físico; podría tener a sus pies a la chica más preciosa con solo desearlo, aunque esa facilidad le hacía perder el interés. En cambio, siempre había tendido a encapricharse de aquello que no podía tener, y el riesgo que implicaba estar con ella también era un buen aliciente para un amante del peligro y las situaciones extremas como él.

Algo en su interior le susurraba que había más, que quizá fueran dos almas afines encontrándose en un universo en el que ese tipo de casualidades no solían darse con demasiada frecuencia. Pero él no quería ni podía pensar en nada parecido en ese momento, era ridículo si tenía en cuenta lo que estaba haciendo. Debía olvidarse de ella, porque no podía permitirse ninguna distracción. Ojalá las cosas hubieran sido de otra manera. Hubo un tiempo en que estuvo tentado a dejarlo todo y cambiar de vida, marcharse lejos y comenzar de nuevo. Pero todo eso había quedado descartado desde el momento en que aceptó el ofrecimiento de Andrei.

Tras algo más de dos horas de aburrida espera, Andrei llegó y le pidió que lo acompañara. Estaba eufórico, pero se negaba a contarle nada.

—Dime al menos qué es lo que ha pasado ahí dentro. —Klaus trató de sonsacarle algo, empezaba a ponerse muy nervioso.

—Ahora lo sabrás, y no te preocupes, tío, que todo ha ido bien. Tú sígueme y no abras la boca hasta que te lo pidan.

Hablaba muy rápido y no dejaba de aspirar con fuerza mientras se tocaba la nariz. Estaba claro que ya tenía en el cuerpo algo más que un par de copas. Lo acompañó en silencio hasta el interior de la mansión y pasaron junto a varios invitados, que seguían animados con la fiesta. Un camarero se acercó con una bandeja llena de canapés y Andrei se llevó varios a la boca, cogiendo otros pocos para más tarde.

—¿No quieres? Están muy buenos —dijo con la boca llena.

Klaus rechazó el ofrecimiento con un gesto de la mano, no tenía el estómago para ingerir nada. Andrei se encogió de hombros y siguió andando hasta llegar a una habitación con la puerta cerrada. Llamó con los nudillos y al momento se escuchó una voz grave, como de tenor, que le ordenó que entrara.

—Este es Klaus Mikhailov, jefe. Aquí lo tienes.

Klaus entró y al instante la puerta se cerró tras él; estaba frente al mismísimo Levan Bondarenko. Al fondo de la sala, en un rincón, otro tipo de los del pinganillo permanecía de pie, al más puro estilo de la Guardia Real inglesa.

Bondarenko era un hombre alto y elegante. Debía de estar a punto de alcanzar los sesenta, pero se conservaba muy bien. Tenía una gran mata de pelo blanco que le caía ligeramente sobre la frente. Los ojos, de un azul intenso, eran tan claros que hacían que su mirada resultara inquietante.

—Por fin te conozco —saludó avanzando hasta él para tenderle la mano—. Por aquí hablan muy bien de ti.

—Es un honor, señor Bondarenko. —Klaus trataba de mostrar entusiasmo, pero le parecía que su corazón latía con tanta fuerza que cualquiera que se acercara podría escucharlo. Aquel era el punto de inflexión, ya no había marcha atrás. Salir del embrollo en el que se estaba metiendo le iba a resultar muy difícil, pero se lo debía a Davit y a su familia. *Quid pro quo*.

—Tu amigo Andrei pondría la mano en el fuego por ti, y en este negocio la confianza y la fidelidad son las que marcan la diferencia.

—Estoy de acuerdo —afirmó Klaus—. Supongo que no resulta fácil encontrar a gente de confianza.

—Pero, y creo que ya lo sabes, aquí nos regimos por unas reglas inquebrantables. Una de ellas es que se responderá con la vida propia si se introduce en la organización a alguien que pueda perjudicarla. Andrei es uno de mis hombres más fieles, no me gustaría tener que prescindir de él.

—Puede estar tranquilo, señor. No le causaré problemas. —Klaus habló con voz firme, no era la primera vez que se encontraba en una situación como aquella. De peores había salido.

Bondarenko lo miró pensativo durante unos segundos acariciándose la barbilla hasta que por fin asintió.

—Otra de las reglas de estricto cumplimiento es que el que quiera entrar tiene que demostrar obediencia mediante una prueba de fe.

—Lo sé —afirmó Klaus.

El hombre de pelo blanco se dio la vuelta y se dirigió hacia una gran mesa de madera con bonitas vetas en la que se apilaban varias carpetas. Observó durante unos instantes el contenido de una de ellas. Klaus pensó que, a simple vista, su apariencia podía ser la de cualquier otro hombre de negocios importante, forrado de dinero e incluso con cierto poder político. Pero él sabía que bajo todo aquello se escondía algo mucho más peligroso.

La caída del muro de Berlín en 1989 había abierto las puertas de Europa a la delincuencia rusa y de Europa del Este. En poco más de un año, los robos de vehículos de alta gama se triplicaron y las drogas

comenzaron a fluir hacia la Europa Occidental a través de Alemania. El tráfico de mujeres también había sido uno de los negocios más lucrativos para estas mafias. A partir de entonces, los prostíbulos de Europa comenzaron a llenarse de jóvenes de ojos azules a las que se les había prometido una exitosa carrera como modelo. El contrabando de tabaco, armas y alcohol fueron otras de las actividades ilegales más frecuentes, pero no las únicas. Menos nombrado, pero no por ello menos importante, resultó ser el tráfico del llamado «mercurio rojo» o plutonio, y de materiales radiactivos. Pocos eran los que sabían que Levan Bondarenko se había dedicado durante varios años a esa actividad, y menos aún los que se atrevían a afirmar que todavía podría tener activa alguna célula dedicada al contrabando de material nuclear.

Lo cierto era que nadie sabía a ciencia cierta si aquellos rumores formaban parte de una leyenda urbana o eran justificados. Se decía que, en 1994, tras la detención en el aeropuerto de Múnich de varios de sus hombres por la posesión de una maleta con doscientos gramos de uranio y trescientos cincuenta gramos de plutonio-239, por un valor de más de trescientos millones de dólares americanos, Bondarenko había dejado a un lado ese tipo de actividades para dedicarse a otras más seguras, aunque menos lucrativas. Por un momento, Klaus temió que la prueba de fe a la que se refería el mafioso tuviera algo que ver con algo así.

Bondarenko sacó una fotografía de entre el resto de papeles y se acercó con ella a Klaus.

—Esto no quiere decir que estés dentro. Aún te queda mucho camino por recorrer si quieres llegar a ser un *vor*, pero hará que mi confianza en ti aumente de manera sustancial y podamos empezar a hablar de negocios.

Klaus tomó la fotografía que le tendía y la observó con detenimiento. Notó que su corazón se saltaba un latido en el mismo instante en que reconoció a Davit Vaitonis con Maia en brazos. A su lado, Natela les sonreía ajena al fotógrafo que, a unos metros de distancia, acababa de tomar aquella instantánea.

—Tienes tres días para acabar el trabajo. Que sea limpio y rápido.

Klaus tragó saliva y puso todo su empeño en que su voz sonara clara, sin modulación alguna.

—¿Solo él? —preguntó.

Bondarenko movió la mano en el aire para hacerle ver que le traía sin cuidado.

—Él es el objetivo. Con ella puedes hacer después lo que te parezca. —Esbozó una sonrisa que dejaba entrever un sinfín de atroces posibilidades.

Klaus asintió y se guardó la fotografía.

—Hemos acabado, puedes marcharte. —Sin esperar respuesta, el jefe de Andrei dio media vuelta y se sacó un paquete de tabaco del bolsillo. Antes de que diera la primera calada, Klaus ya había salido de la habitación.

28

El descubrimiento

Fin de semana del 7 al 9 de octubre. Rebeca

CUANDO CANDELA SE fue, Rebeca se quedó aún un buen rato tumbada en la cama con la mirada perdida en el techo. En una de las esquinas se estaba formando una mancha de humedad que parecía crecer por momentos. Cada semana lograba conquistar unos centímetros más a la pintura blanca del techo, como un cáncer silencioso que se extendía sin remedio. Perdida en las imaginarias figuras que formaba la filtración, su mente recreaba la conversación que había tenido con Candela. Se sentía más ligera, como si de verdad se hubiera quitado un peso físico de encima al compartir sus inquietudes con ella. Hasta los labios se le habían curvado para formar una sonrisa sin que fuera consciente de ello.

De repente, un discreto crujido de la madera en el silencio de la noche la sacó de su ensoñación. Se incorporó y prestó atención hasta confirmar que alguien estaba bajando las escaleras. No tardó en salir ella misma de la habitación y descender por ellas. En la oscuridad de la noche, pudo ver cómo Nadia salía por la ventana, en esa ocasión, con una mochila a la espalda. No pensaba ir tras ella, ya sabía a dónde se dirigía. Sería mejor esperar a que regresara y quizá, si encontraba el valor suficiente, podría pedirle explicaciones.

Pasó algo más de una hora hasta que Nadia regresó. Durante ese tiempo, Rebeca tuvo que esforzarse por mantenerse despierta, obligándose a permanecer de pie y a caminar de un lado a otro en silencio. Estaba tan cansada que sabía que se le cerrarían los ojos y se quedaría dormida en cuanto se sentara. Esperó entre las sombras, luchando contra el sueño, hasta que escuchó el sonido de la ventana al cerrarse. Enseguida se puso en guardia.

Vio que Nadia salía del salón y se deslizó tras ella con el corazón a punto de salírsele del pecho. La idea de decirle algo antes de que subiera a su cuarto quedó descartada; de repente sentía tanto miedo que era probable que ni la voz le respondiera. La siguió a cierta distancia hasta el pasillo que daba a la cocina y la vio detenerse frente al armario de las llaves y encender una diminuta linterna que apenas iluminaba unos centímetros a su alrededor. Era una caja de madera que colgaba de la pared y en la que se guardaban todas las llaves de la propiedad, colocadas en diferentes ganchos. Rebeca estiró el cuello

para fijarse en qué llave elegía, pero Nadia hizo algo inesperado. Empujó uno de los ganchos y lo giró varias veces hacia la derecha, hasta que sonó un clac y la caja entera se separó discretamente de la pared. Entonces sacó algo del hueco que había quedado al descubierto.

No pudo saber de qué se trataba debido a la poca luz que emitía la diminuta linterna, pero le pareció un objeto metálico. A continuación, Nadia se encaminó hasta el fondo del pasillo, donde se encontraban un pequeño aseo y la puerta que daba acceso al sótano. Al principio, Rebeca pensó que la chica se dirigía al baño, pero su sorpresa fue mayúscula cuando metió una llave en la cerradura de la otra puerta. Ella no había entrado nunca allí. Era una estancia que llevaba clausurada desde que tenía uso de razón porque, según le había dicho su abuela, había sufrido un derrumbe hacía muchos años y era peligroso. Recordaba que Juliana le había explicado que unos albañiles habían tapiado la entrada y que detrás de la puerta solo había un grueso muro de ladrillos.

Cuando la puerta cedió y Nadia desapareció tras ella, supo que aquella historia no era cierta. Desde donde estaba, podía ver el comienzo de una estrecha escalera que descendía hasta las entrañas de la tierra. No pensaba seguirla hasta aquella ratonera, así que decidió esperar. Poco después la chica volvió a salir y, realizando la misma maniobra sobre la caja de las llaves, depositó lo que ahora Rebeca sabía que era la llave de acceso al sótano.

Esperó entre las sombras a que Nadia subiera a su habitación y la casa volviera a quedar en silencio. Tras lo que le pareció una eternidad, se deslizó hasta el armario de las llaves, pero enseguida se dio cuenta de que necesitaría algo de luz. Hizo memoria y recordó las pequeñas velas que su madre ponía ante la figura de la virgen cuando la tenía en casa. Abrió uno de los cajones de la cocina, y no tardó en encontrar un mechero y varias velas de té. Encendió una y la cubrió con el dorso de la mano para que no se apagara al caminar.

Una vez frente al armario de las llaves, intentó reproducir el mismo movimiento que había visto hacer a Nadia momentos antes con uno de los ganchos, pero no ocurrió nada. Pasó al siguiente y el resultado fue el mismo. Cuando probó con el de la esquina inferior derecha, notó que el gancho se desplazaba y lo giró hasta que escuchó el clac de apertura. Al deslizar la caja, descubrió un pequeño hueco en el que había una sola llave, que sacó con un gesto de triunfo y el corazón acelerado.

Le costó abrir la puerta sin hacer ruido. La cerradura estaba algo oxidada y rechinaba con cada mínimo movimiento. Al empujarla para tratar de abrirla, emitió un chirrido que la dejó paralizada por un momento, como una liebre hipnotizada por las luces de un coche en la

carretera. Tras unos segundos de angustia, la casa seguía en silencio, por lo que se decidió a bajar las escaleras. El olor a humedad del interior le hizo arrugar la nariz. A unos tres o cuatro metros de la entrada, la escalera acababa sobre un suelo de tierra. El espacio cuadrado que se abría ante ella no era muy grande. Calculó que tendría unos cinco metros de lado a lado.

Alzó la vela en el aire para ver mejor. Al fondo había varias barricas de madera como las que solían utilizar para almacenar el vino tras cada vendimia. A juzgar por su aspecto, debían de llevar siglos ahí dentro, porque algunos de los anillos de metal que las rodeaban estaban descolgados y la madera tenía aspecto de estar podrida en algunas zonas. Pensó que lo más probable era que aquel lugar se hubiera utilizado como una pequeña bodega en algún momento del pasado, antes de que se construyera la actual, mucho más grande y bien acondicionada.

Continuó observándolo todo con los pies sobre el último peldaño de la escalera. En el rincón izquierdo se amontonaban varios sacos cubiertos de polvo, y un poco más allá, sobre la pared, se mantenía en precario equilibrio una destartalada estantería de madera tan perjudicada por la humedad y el tiempo como las barricas. En las baldas había varias cajas también de madera y objetos tapados con tela gruesa de saco.

Iba a poner un pie en el suelo cuando, al iluminarlo con la vela, se dio cuenta de que la tierra estaba llena de huellas de pisadas. Se veía claramente que estas tomaban dos direcciones, unas iban hasta la estantería y otras se perdían entre los sacos. Decidió acercarse primero a la estantería. Al descubrir el primer objeto tuvo que contener una exclamación. Ante ella se mostraba una gran tablilla de maldición de piedra negra con una inscripción grabada. El centelleo de la vela en la oscuridad provocaba un efecto casi mágico que hacía que la formidable pieza resultara aún más misteriosa y atractiva. Enseguida se acordó de Olivia. Aquello le encantaría, pero era demasiado grande. Al observarla mejor se dio cuenta de que estaba rota; una grieta la atravesaba de manera irregular. Al sujetar el fragmento más pequeño, este se desprendió y Rebeca lo cogió sin dudarlo ni un segundo. Le sorprendió su peso comparado con el tamaño que tenía, sin embargo, decidió que aquello no se iba a quedar allí, aunque no pudiera llevárselo entero. Dejó el trozo de piedra sobre el primer escalón de la escalera y continuó observando el resto de objetos.

La vela se había derretido por completo y tenía que ir con cuidado para no apagarla con los movimientos de la mano. Había más restos arqueológicos tapados con telas, pero la mayoría parecían bastante pesados y no le llamaron excesivamente la atención. En una de las cajas se acumulaban unos pequeños objetos de metal, similares a

hebillas de cinturón de otra época. Algunas estaban mejor conservadas, en otras se hacía evidente el paso del tiempo. Se fijó también en que muchas se parecían, como si se hubieran fabricado en serie. Aquello no le interesaba demasiado.

Dirigió sus pasos hacia el lugar donde acababan las pisadas junto a los sacos. Dejó la vela en el suelo para intentar moverlos. Al tacto parecían estar rellenos de arena, o quizá se tratara de trigo o arroz. Retiró varios a un lado, pero no encontró nada debajo. Cuando ya pensaba que aquella no había sido una buena idea, y tras apartar el último saco, vio otro que estaba medio vacío. Tiró de la tela hasta encontrar la apertura. El resto de sacos se cerraban cosidos con una cuerda que colgaba unos centímetros a cada lado, pero el que tenía ante sí estaba abierto.

Al examinar el contenido descubrió que se trataba de arena de grano grueso. Metió la mano y palpó hasta que sus dedos rozaron un material diferente. Escondidas entre la gravilla había varias bolsas de plástico con algo en el interior. Cuando abrió la primera, descubrió un objeto recubierto por varias capas de tela enrolladas sobre él. Era una pequeña estatuilla que representaba a una persona con cara de toro y alas a la espalda. No le pareció especialmente bonita, pero si estaba allí escondida era, sin duda, porque debía de ser muy valiosa. Sonrió y la envolvió de nuevo en la tela.

La otra bolsa contenía una pequeña y extraña figura de metal con forma de poliedro hueco. En su interior había una piedra redonda más pesada de lo que podía imaginarse, dado su tamaño. No sabía qué era aquello, pero le pareció un objeto curioso y, al igual que la figurilla, también debía de ser valiosa. Guardó los dos objetos en una de las bolsas y colocó el saco como lo había encontrado mientras sonreía para sus adentros. Nadie podría negar que aquella excursión nocturna le había resultado muy fructífera.

No tenía muy claro qué iba a hacer con todo aquello, pero ya se le ocurriría algo. De momento, estaba segura de que el trozo de tablilla entusiasmaría a Olivia. Lástima que no pudiera llevársela entera; era demasiado pesada. Antes de volver sobre sus pasos con las tres piezas, lo dejó todo como estaba. A simple vista, nadie sospecharía que había estado allí.

29

La fotografía

CÁNDIDO ESPERABA EN la sala de interrogatorios junto al abogado de oficio que le habían asignado cuando Runa entró para tomarle declaración. Al parecer, el acusado había advertido al letrado que no quería que interviniera lo más mínimo en su declaración, puesto que pensaba contar toda la verdad y asumir las consecuencias. Aquello era bastante irregular, pero facilitaba mucho las cosas. Roi se había ido a comer a casa y no había aparecido en toda la tarde, algo impropio de él. Lo llamó un par de veces sin éxito, por lo que al final decidió comenzar por su cuenta. Tomó nota mental para hablar seriamente con su compañero; no lo veía centrado. Sabía que la desaparición de su padre lo estaba trastornando, pero ya era hora de que empezara a pasar página o acabaría mal.

—Buenos días —saludó a un Cándido que parecía mucho más dispuesto a colaborar que en la última ocasión, durante el registro de su domicilio—. Espero que, después de haber pasado unas cuantas horas a la sombra, tu actitud haya cambiado y podamos hablar un poco. De lo contrario, esto va a alargarse demasiado y será incómodo para todos.

—Veo que vamos a tutearnos —señaló él con la cabeza inclinada y examinándose las uñas con vehemencia, como si esa tarea fuera lo que más le importara en ese momento.

Runa se encogió de hombros y se sentó frente a él. Cada vez que lo miraba, su piel le parecía más pálida. Tenía en el rostro un brillo de porcelana, como si se hubiera maquillado al estilo de las *geishas*.

—Voy a ir al grano. No tengo tiempo que perder con comentarios sobre el tiempo o sobre cómo piensas que voy a dirigir este interrogatorio. La cosa pinta muy mal para ti, Cándido. Para que me entiendas: estás jodido.

Él soltó aire por la nariz de forma audible y alzó la mirada para observarla.

—Crees que yo la maté, ¿no es así?

—No importa lo que yo crea. El caso es que todas las pruebas apuntan en tu dirección y son como flechas a punto de ser disparadas. Mucho vas a tener que convencerme para que te ayude a que ninguna te dé de lleno.

Cándido alzó la mano con brusquedad en dirección a su abogado para detener su gesto de protesta antes de que este se materializara. El

letrado, tras unos segundos de desconcierto, lo miró de arriba abajo con gesto despectivo y se repantingó en la silla al tiempo que se cruzaba de brazos, dispuesto a no mover un dedo más por su cliente.

—¿Y cómo crees que lo hice? Y, todavía mejor, ¿qué motivo tendría? —continuó.

—Hemos descubierto el sistema de cables y micrófonos que habías montado. Estaba detrás de un panel deslizante de madera, en el interior de un armario, y atravesaba el tabique hasta la misma habitación de Olivia. Te las apañaste para colocar un micrófono diminuto tras la fotografía de su cuarto. Tengo que reconocer que me ha parecido un sistema bastante ingenioso. No te debió de resultar difícil instalarlo ya que, según Rebeca, Olivia te había dejado una copia de las llaves después de perder las suyas un fin de semana y tener que llamar al cerrajero. De hecho, también hemos encontrado ese juego de llaves en tu casa. Y te recuerdo que el asesino de Olivia no forzó la puerta.

—Es cierto que utilicé las llaves para colocar los micrófonos cuando las chicas no estaban en casa. Pero juro por Dios que yo no la maté.

—Ese juramento carece de valor cuando uno ha dejado de creer en el dios al que invoca. Pero, dime una cosa… No dejo de preguntarme por qué solo audio. Te hubiera costado lo mismo instalar una cámara de vídeo.

—¿Para qué? No quería ver lo que hacía en su intimidad. Solo quería escuchar.

—¿Eres de esos a los que les pone más el sonido que el vídeo? La imaginación puede hacer maravillas si se la estimula correctamente, ¿verdad?

Él esbozó una sonrisa triste.

—Solo quería protegerla, saber que estaba bien en todo momento. Ella se exponía demasiado y este mundo está lleno de depredadores.

Runa soltó una carcajada. No pudo evitarlo.

—Y por eso lo grababas todo, ¿no? ¡Venga, hombre! Estás dudando de mi inteligencia.

—No. Yo la quería. Lo que sentía por ella era algo muy especial.

—Vamos, que te la cascabas en privado con todas esas fotos que hemos encontrado y las grabaciones —apuntó Runa, directa como siempre—. Eso puede llegar a ser muy frustrante. Con el tiempo deja de ser suficiente y necesitas más.

Cándido negó con un movimiento de cabeza y frunció los labios hasta que un millar de diminutas arrugas los rodearon.

—Sé que es lo que parece, pero te repito que estás muy equivocada… Una vez tuve una hija, ¿sabes? Fue mucho antes de entrar en el seminario. Yo era muy joven y su madre también. Tuvimos el bebé a pesar de que todo estaba en nuestra contra: sin

haber acabado los estudios, sin trabajo ni dinero, sin la aprobación de nuestros padres…, pero con mucha ilusión. La llamamos Olivia, y ahora tendría la misma edad que Oli.

—¿Tendría?

—Murió antes de cumplir los tres meses. Nos instalamos en la casa vieja de una tía abuela mía que acababa de fallecer. Yo me pasaba el día fuera, trabajando en lo que podía por una miseria de salario. Si en algún momento noté que su madre se había ido apagando poco a poco, no le di importancia. O más bien no quise verlo, ofuscado como estaba en conseguir un trabajo mejor. Un día llegué a casa, ya de noche, tras haber pasado el día recogiendo cebollas en el campo, sucio y dolorido. Supe que algo ocurría en cuanto entré. Todo estaba a oscuras y nadie respondía a mis llamadas. Cuando llegué al dormitorio, ella estaba tumbada en la cama junto al bebé ya frío. Lo había asfixiado con su propio cuerpo.

La sala se quedó en silencio por unos instantes. Entonces, Cándido, que había permanecido con la mirada perdida en el infinito mientras contaba aquella historia, pareció volver en sí. Carraspeó y se enfrentó a la mirada recelosa de Runa.

—Siempre he visto a Oli como a la hija que el destino me arrebató. Nunca le habría hecho daño.

Runa soltó aire por la nariz.

—No me costará demasiado contrastar esa historia, que, aunque fuera cierta, no hará que parezcas menos culpable. Cualquiera podría ver un comportamiento psicótico en tu manera de actuar. Estabas obsesionado con ella y por eso la escuchabas teniendo sexo con otras personas. Además, tenías infinidad de fotos suyas tomadas sin permiso y de forma clandestina. Solo con eso ya tienes todas las papeletas para que un juez te mande unos cuantos años a la cárcel. Y no olvides que tu móvil te sitúa en el lugar y el momento del crimen.

—Vivo justo allí, la posición de mi móvil no es relevante. Y no la escuchaba teniendo sexo, lo grababa todo para escucharlo después y saber con quién estaba y si podía estar en peligro. Es inevitable que en algún momento quedara registrado algún momento íntimo.

—Ya… ¿Estabas en casa ese día?

—Parece que sí.

—Y ¿no grabaste nada esa noche?

—No, esa noche no estaba de mucho humor. Me metí pronto en la cama.

—¡Vaya, hombre! ¡Qué casualidad! No cuela, majo.

Aunque Runa seguía interpretando su papel sin inmutarse, estaba confundida. Sospechaba que podía estar frente al asesino de Olivia, pero tenía que reconocer que aquella historia de la hija muerta la había pillado por sorpresa. Además, el lenguaje corporal del

interrogado le indicaba que estaba diciendo la verdad. En todos los años que llevaba estudiando la mente criminal, eran escasas las ocasiones en las que se había equivocado en sus conclusiones tras analizar la comunicación no verbal de algún individuo. Cándido se estaba conteniendo, pero no para ocultar lo ocurrido, sino más bien para tratar de esconder el dolor que sentía. Por otro lado, parecía resignado. Distinguía el desaliento en sus ojos, como si estuviera cansado de luchar contra los mismos fantasmas para acabar perdiendo siempre. Pensó que podría estar equivocada y no debía confiarse porque, cuando uno se miente a sí mismo, es capaz de engañar a cualquiera.

—Lo cierto es que ese día, por la tarde, oí gritos en la casa de las chicas. Al principio pensé que estaban celebrando alguna de sus fiestas, que pueden llegar a ser muy ruidosas, así que me puse los auriculares y traté de ignorarlo. Pero pronto me di cuenta de que ocurría algo. Escuché ruidos y golpes, como si estuvieran moviendo muebles o tirando cosas al suelo. Cuando me decidí a llamar a la puerta y me abrieron, Rebeca y Olivia estaban muy alteradas.

En ese momento, Roi entró en la sala y se sentó junto a Runa. El cansancio se reflejaba en su rostro sin afeitar.

—Sigue, por favor. No quería interrumpir —animó a Runa con un gesto de la mano. A continuación, se frotó el cuello como si lo sintiera dolorido. Ella le dedicó una mirada que le dejó claro que después iban a tener una conversación seria, y Roi supo que no podría eludirla.

—¿Y el floripondio? ¿Se lo proporcionaste tú? —continuó, volviendo a centrarse en el interrogado.

—Es para uso propio, lo utilizo a veces para alcanzar un estado de consciencia que me permita acercarme con más facilidad a las experiencias que busco. Olivia me preguntó un día si tomaba algún tipo de droga. Siempre estaba buscando experiencias nuevas que la llevaran al límite. Así que le preparé un té, advirtiéndole que era algo muy peligroso si se excedía en la cantidad. Si no lo hubiera hecho yo, seguramente lo habría buscado por su cuenta y hubiera sido peor.

Aquella tarde, cuando fui a su casa para preguntar por qué había tanto jaleo, me dijeron que alguien las había agredido, pero creo que no era cierto. Supuse que se habían peleado, porque ambas tenían la cara magullada y había cierta tensión entre ellas. Rebeca apenas habló y Olivia, que era una experta en el arte de las apariencias, trató de mostrarse natural, como si no hubiera pasado nada. Me pidió que les preparara una infusión de las mías y, aunque me negué, no tardó en convencerme. Olivia siempre lograba hacer de mí lo que le daba la gana, tenía ese poder y ella lo sabía…

El rostro de Cándido se ensombreció al recordar y a Runa le pareció que iba a echarse a llorar.

—¿Has dicho que Olivia buscaba experiencias nuevas que la llevaran al límite? —preguntó Runa, interesada.

—Supongo que era una forma de autodestrucción. Vivía con la obsesión de encontrar placer en todo lo que hacía. Cuando tu cerebro se acostumbra a eso, exige esos estímulos placenteros a todas horas y cada vez necesita más.

—Parece que la conocías mucho. ¿Sabes que intentó suicidarse?

Cándido asintió, soltando aire por la nariz y volviendo a concentrarse en las uñas, impecablemente arregladas. Runa volvió a tener la sensación de que aquel hombre no mentía. No le había podido pillar en un solo gesto que indicara que pudiera estar fingiendo o inventando los hechos que contaba. Y, sin embargo, todas las pruebas indicaban lo contrario. Se obligó a centrarse más en su lenguaje corporal. Era consciente de que había gente capaz de controlarse hasta el punto de poder engañarla, pero en ese caso la intuición y la lógica se desafiaban.

—Hablábamos mucho, era mi manera de intentar que viera la vida de otra manera. Bajo esa cara bonita y ese carácter fuerte se escondía una persona sensible y atormentada. Yo quería ayudarla porque sé lo que es eso y sé lo que se sufre. Creo que su manera de seguir a flote era transgrediendo las normas, llamando la atención y revelándose contra el mundo. Pero eso no hacía más que empeorar el pobre concepto que tenía sobre sí misma. Tras el verano, volvió diferente, más cáustica y desafiante con la vida.

—¿Sabes qué le sucedió? —preguntó Runa mientras tomaba notas en su libreta.

Cándido negó y frunció los labios.

—Nunca quiso hablar de ello, aunque sí me dijo que había intentado quitarse la vida. Me contó que había estado muy cerca de la muerte, pero que no había tenido ninguna ECM, como me ocurrió a mí. Le interesaba mucho ese tema y solía preguntarme sobre ello.

—Dices que hablabas mucho con ella. ¿Cómo lo hacías, como Cándido Navas o como Fatídico Despertar? Porque me da la impresión de que Cándido, para ella, no era más que el vecino rarito que siempre cedía a sus caprichos.

El interrogado volvió a esbozar una triste sonrisa.

—A veces como Cándido, cuando quería saber cosas o necesitaba algo. En la mayoría de ocasiones, como Fatídico.

—¿Ella no sospechó nunca que eras tú el que estaba detrás de esa cuenta?

—No. Estoy seguro de que si fuera así, me habría enterado.

—¿Por qué lo hacías?

Cándido se encogió de hombros.

—No encontré otra manera de acercarme a ella sin que me viera

como un bicho raro.

—Entonces, ¿no llegasteis a quedar? En la última conversación que hemos encontrado ella insistía mucho y tú aceptaste.

—Le di plantón. No tuve valor.

—Imagino que no le sentaría nada bien, ¿no?

El hombre asintió.

—Olivia no aceptaba un «no» por respuesta.

Runa miró a su compañero, que escuchaba en silencio tratando de ponerse al día. Le hizo un gesto con la mano, invitándole a decir algo.

Roi carraspeó y comenzó a hablar.

—Tengo una duda. ¿En ninguna de sus grabaciones captó alguna conversación que hiciera referencia a las piezas arqueológicas que guardaban las chicas?

Cándido hizo un gesto negativo.

—Si la escuché, no lo relacioné con nada parecido.

Roi asintió.

—Imagino que sabe que estamos analizando todas las grabaciones una por una, y las fotografías también. En este momento tenemos a una persona dedicada a ello en exclusiva. ¿Qué vamos a encontrarnos, Cándido?

Este lo miró con expresión apagada y tardó en responder.

—Supongo que más de lo mismo —dijo al fin.

Runa sacó una fotografía de Diego Lago de una carpeta y se la mostró.

—¿Lo conoces?

El albino se la acercó a la cara y la observó durante unos instantes. Después hizo un gesto afirmativo.

—Puede que lo haya visto alguna vez en la casa de las chicas.

Unos golpes en la puerta les interrumpieron y la cabeza de Quique asomó enseguida al otro lado.

—Pasa, Vila, ¿qué ocurre?

Quique entró con un portátil en la mano y les mostró la pantalla a sus dos compañeros.

—Esto estaba entre las fotos de uno de los discos duros requisados.

Ambos pusieron cara de sorpresa y Cándido se cubrió la cara con las manos. Sabía lo que ocurriría a continuación.

Runa giró el portátil para que tanto el detenido como su abogado pudieran ver también la fotografía de la pantalla. En ella se veía el cuerpo sin vida de Olivia sobre la cama con la bolsa cubriéndole la cabeza, tal y como la había encontrado la policía horas después.

El letrado se revolvió en su asiento y carraspeó, contrariado. Sin duda, aquella imagen era una prueba crucial.

—La fecha y hora en las que se tomó esta fotografía corresponden al sábado 15 de octubre a las 21.35. No se descubrió el cadáver hasta el

lunes siguiente, casi dos días después —explicó Vila.

Runa se dirigió a Cándido con voz grave.

—¿Cómo explicas que esta fotografía haya acabado en tu poder?

Cándido se derrumbó y comenzó a sollozar. Se abrazó a sí mismo mientras impulsaba el cuerpo de forma rítmica adelante y atrás, sin dejar de mirar la impoluta mesa de metal en la que descansaba el ordenador. No desvió la mirada a la pantalla en ningún momento.

—Creo que esta es la pista que necesitábamos para que un juez tome una decisión —comentó Runa—. Todo lo que nos estabas contando no era más que una triste maniobra de distracción. Ahora sí que estás jodido.

Cándido apretó los puños con fuerza.

—¡Yo no la maté! —gritó con una patente desesperación en la voz.

Runa se cruzó de brazos y se quedó mirándolo, expectante. Roi se revolvió en el asiento y esperó a que el detenido se pronunciara mientras que el abogado, que hacía tiempo que había decidido que allí estaba de más, se limitaba a observarlos a todos con aire flemático. Al cabo de unos minutos, Cándido comenzó a hablar.

—Yo también tomé la infusión con ellas aquella noche.

—¿Rebeca también la tomó? —quiso saber Runa.

Él asintió.

—Me subió mucho y estuve un rato alucinando. Después, cuando se me pasó un poco el efecto, vi a Olivia besuqueándose con un tipo.

—¿Podría tratarse de él? —Runa le volvió a mostrar la fotografía de Diego.

—Fue todo muy confuso. Podría ser, pero no puedo asegurarlo.

—¿Qué pasó después? —preguntó Roi.

—De repente me sentí incómodo y fuera de lugar, así que me marché. Ni siquiera sé muy bien cómo llegué a mi casa. Me desperté al día siguiente tendido sobre la cama, todavía con la ropa puesta y con una resaca terrible. No recordaba nada de lo ocurrido. Solo que había estado en casa de las chicas, poco más.

Cándido se sorbió la nariz y se enjugó las lágrimas. Runa hizo un ademán con la mano para animarlo a continuar. Él dudó, pero al final se explicó tras un profundo suspiro.

—Estuve todo el día preocupado por si les había ocurrido algo la noche anterior. No se escuchaba nada en su piso, y aquello no era normal. A veces, ese tipo de drogas te pega fuerte y pueden ser peligrosas. Llamé a la puerta varias veces sin éxito. Ya por la tarde me pareció escuchar ruidos y volví a llamar. Al otro lado podía escuchar los maullidos de *Manchurrón*, que se había vuelto a colar por el balcón, pero tampoco contestó nadie. Volví a casa y al cabo de unos minutos oí que alguien cerraba la puerta. Corrí hasta la mirilla y me dio tiempo a ver cómo un hombre trajeado bajaba por las escaleras. Lo

vi solo unos segundos de espaldas, no lo reconocí. Ni siquiera podría confirmar si era o no el mismo tipo de la noche anterior. Tuve un mal presentimiento, y entonces cogí la llave que me había dejado Olivia y volví al piso de las chicas. Estaba todo patas arriba…

—Un momento —lo interrumpió Runa—. Dices que la casa estaba patas arriba. ¿Tocaste algo o lo dejaste como estaba?

—No toqué nada… bueno, creo que no. Supuse que habían estado buscando algo. Después he pensado que quizá fueran las piezas esas que encontramos el otro día…

Runa asintió. ¿Por qué la casa volvía a estar ordenada cuando acudieron a la llamada de Rebeca el lunes siguiente? Si ella había encontrado el cadáver, ¿qué sentido tenía que lo hubiera ordenado todo antes de llamar a la policía, si no era para ocultar pruebas? Al día siguiente harían una visita a la chica. Sin duda, sabía más de lo que les había contado.

—Continúa, por favor —animó a Cándido.

—En cuanto la vi, supe que estaba muerta. En la casa no había nadie más. La… La toqué, estaba muy fría. Debía de llevar horas muerta. Alguien le había anudado… —Cándido se señaló con el dedo el cuello y la voz se le quebró—. Yo no la maté…, ya estaba muerta cuando llegué.

—¿Y te dedicaste a sacarle fotografías? —la subinspectora lo miró con escepticismo.

Él se encogió de hombros y cerró los ojos con fuerza, como si estuviera reviviendo aquel momento.

—No sé lo que me pasó. La verdad es que no tengo ni idea de por qué lo hice. No sé, quería tener un último recuerdo de ella o… yo qué sé. Fue una tontería. Saqué el móvil y…

No pudo seguir hablando.

—Una pregunta más —comenzó Runa—. ¿Tienes una pistola o has tenido una alguna vez?

—¡¿Qué?! No, pero ¿qué dices…?

Runa suspiró y se levantó de la silla. La reacción del detenido había sido de verdadera sorpresa ante la última pregunta.

—Hemos terminado —anunció—. ¿Tienes algo más que contarnos?

Él hizo un gesto negativo. En verdad parecía estar roto por dentro, destrozado. Alzó la cabeza y miró a Roi con los ojos vidriosos.

—Por favor, cuida de *Manchurrón*. No puede quedarse solo tanto tiempo y sé que a ti te aprecia.

Roi se quedó parado sin saber qué decir.

—Te lo ruego, es muy buen animal de compañía. Os llevaréis bien— imploró.

Roi finalmente asintió.

—De acuerdo, veré qué puedo hacer —dijo no muy convencido

antes de salir.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente —soltó Runa antes siquiera de que llegaran a su despacho.

Él la miró con las cejas alzadas.

—No te hagas el tonto, sabes bien a lo que me refiero.

—No me pasa nada, Runa…

—Eso ya me lo has dicho, pero ¿sabes qué? No te lo crees ni tú.

—Lo de mi padre me tiene algo preocupado, eso es todo. Lleva días desaparecido. Hablo cada día con los policías que llevan el caso y no tienen nada.

—¿Y si se ha ido por su cuenta?

—¿Y dejar al perro abandonado? Además, encontraron el móvil y la documentación en su casa. No, no se ha ido por su cuenta.

—Y ¿piensas que puede haber sido…?

—¡Está claro que ha sido él! ¡Recuerda el mensaje que me dejó!

—Lo que está claro es que, pase lo que pase, tienes que seguir con tu vida, Roi. Deja que se ocupen los que llevan el caso. Últimamente estás raro, no te concentras en el trabajo, llegas tarde… Tú no eres así. ¿Qué te pasa? ¿Dónde narices te has metido esta tarde? ¿Hay algo más que quieras contarme?

Rodrigo tensó los músculos de la mandíbula.

—Te estás poniendo paranoica, Runa. ¡Vale ya con el tema, joder!

—Rodrigo…

—¡Que me dejes en paz, coño!

Roi se adelantó y se dirigió airado al despacho, dejándola plantada en medio del pasillo. No tenía excusa por haber llegado tarde. Después de comer se había tumbado en el sofá para relajarse y se había fumado un porro bien cargado. Lo que iba a ser una pequeña cabezadita antes de volver al trabajo había durado casi cuatro horas. ¿Cómo iba a explicarle eso?

Ella lo siguió con la mirada, preocupada.

TRAS REDACTAR EL informe y poner al día a Patiño, que seguía con el chupachup en la boca sin inmutarse por nada de lo que le contara, Runa se dispuso a marcharse a casa.

—Vila, ¿te quedas?

Él asintió.

—En cinco minutos me marcho, quiero dejar acabado esto. Solo me falta el último disco duro por revisar y unas cuantas cintas, pero ya lo dejo para mañana, que he quedado con Amelia para tomar algo.

—Anda, vete, que ya está bien por hoy. ¿Roi se ha marchado hace mucho?

—Acaba de salir. Creo que iba a recoger al gato drogata ese.

ROI ENTRÓ EN su casa con el gato, una bolsa de comida y las cosas del animal. Cerró la puerta tras él y lo soltó. El gato se dio un garbeo rápido por el apartamento y enseguida volvió a su lado con el rabo levantado. Se lo quedó mirando y emitió uno de esos extraños aullidos suyos. Roi se mordió el labio inferior.

—¿Qué voy a hacer contigo, *Manchurrón*? Más vale que no te acostumbres demasiado, esto es algo temporal.

—Miaaaauuuuuu.

30

Mechta

RUNA CERRÓ LA puerta de su casa y se apoyó sobre ella con los ojos cerrados. El interrogatorio de Cándido la había dejado agotada. Todas las pistas apuntaban a que estaba implicado en la muerte de la chica, pero también estaba convencida de que tenía que haber algo más. Le faltaban datos importantes y, como siempre le ocurría, no estaría tranquila hasta que todo encajara en su lugar y pudiera ver y entender el caso de manera global, con perspectiva.

Se masajeó las sienes hasta sentir que la tensión se aliviaba. La semana estaba siendo muy movida y las jornadas terminaban haciéndose eternas. Tampoco había dormido bien las últimas noches, y eso no era nada bueno para sus migrañas.

Se descalzó y se dirigió a la cocina para tomarse el medicamento preventivo. Aún no habían empezado los síntomas y era probable que ese día ni siquiera llegaran a aparecer, pero, si no era así y no se medicaba a tiempo, corría el riesgo de padecer uno de sus terribles ataques. No había vuelto a tener ninguna crisis grave desde hacía unos meses y sentía que estaba en el tiempo de descuento para la siguiente.

Mientras se tragaba la píldora, su mente volvió a Cándido y meditó sobre lo afligido que se había mostrado durante todo el interrogatorio. Parecía muy convincente, y en más de una ocasión su actitud le había hecho dudar. Estaba hecha un lío. De repente sonó el timbre. No esperaba a nadie, pero sintió un agradable cosquilleo en el estómago mientras se apresuraba a abrir.

Al otro lado de la puerta se encontró a un Klaus muy serio que, al verla, esbozó un amago de sonrisa. Se apoyaba con una mano en el marco de la puerta mientras la otra permanecía en el bolsillo de los vaqueros. La camisa blanca ajustada ligeramente abierta y el pelo algo alborotado. Cuando la miró, Runa se perdió por un instante en la oscuridad de sus ojos, como ya le había sucedido en otras ocasiones. Las piernas le temblaron y tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le notara que podría derretirse allí mismo sin necesidad de que él la tocara. Sin embargo, había algo nuevo en su expresión. Intuyó que una parte de él estaba lejos de allí. Reconoció al instante esa sensación de querer estar al cien por cien, pero no poder sacar de tu cabeza un molesto pensamiento. A ella le había ocurrido lo mismo innumerables veces cuando algo la preocupaba en exceso.

—¿Piensas dejarme pasar o vamos a estar aquí mirándonos toda la

noche?

—Claro, pasa. —Runa se hizo a un lado y sintió el rubor en las mejillas. Era consciente de que reaccionaba como una adolescente con el cuerpo a rebosar de hormonas y le daba mucha rabia, pero la presencia de Klaus la desequilibraba en todos los sentidos.

Él traspasó el umbral muy despacio, sin romper el contacto visual y tan cerca que ella pudo oler su perfume y sentir su respiración acelerada. La mano de él buscó la suya y acarició sus dedos. Fue un contacto muy sutil, pero suficiente como para provocar una chispa que recorrió el brazo de Runa y acabó explotándole en el pecho.

La onda expansiva la impulsó contra él en busca de su boca, con tanta energía que ambos estuvieron a punto de acabar en el suelo. Él contrarrestó la embestida y respondió a sus besos con ímpetu. La puerta se cerró de golpe con el peso de los dos cuerpos, que se buscaban con el anhelo de un animal hambriento al que se le ofrece un poco de comida.

Klaus desabotonó con torpeza la camisa de Runa y acarició un instante el encaje negro de su sujetador antes de apartarlo para dejar a la vista uno de sus pezones, que saboreó con fruición. Ella levantó la vista al techo y gimió de placer al tiempo que trataba de quitarle el pantalón. Pronto la ropa de ambos estaba hecha un revoltijo en el suelo. Runa se subió de un salto a horcajadas sobre él y le rodeó la cintura con las piernas mientras sus lenguas jugueteaban. Klaus la sujetó por las caderas sin esfuerzo aparente y la penetró con tanto ímpetu que las paredes temblaron con cada embestida. En esos momentos, a ninguno de los dos le hubiera importado que la casa se derrumbara sobre ellos, porque sus cuerpos y sus mentes habían conectado de tal manera que se habían aislado en un universo propio en el que solo existían ellos dos. Todo lo demás había dejado de tener importancia. Y solo tras alcanzar el éxtasis, entre jadeos, volvieron a ser conscientes del mundo que los rodeaba.

Un poco más tarde, bebían unas cervezas y picoteaban algo de comida en el sofá. Ella recostaba la espalda contra el pecho aún desnudo de Klaus y él la rodeaba con un brazo. Sus cuerpos, agotados, se negaban a perder el contacto. Aunque saciados de la sed inicial, seguían teniendo la necesidad de sentirse. Runa había encendido la chimenea eléctrica, y un juego de luces y sombras los arrullaba mientras hablaban, arropados con una fina manta.

—¿A mí no vas a proponerme lo de los cortes en la piel? —preguntó ella fanfarrona, refiriéndose a una práctica sexual que había llevado a cabo Klaus en el pasado.

—Mmm, pues no estaría nada mal. Estoy seguro de que te volverías loca cuando retirara las gotas de sangre con la lengua…

—Estarías muerto antes de que pudieras acercarte con la cuchilla.

Klaus rio con ganas ante la seriedad con la que Runa había pronunciado aquellas palabras.

—Nunca haría algo que tú no quisieras.

Ella sonrió y le dio un trago a la cerveza, acurrucándose de nuevo entre los brazos de él. Klaus acarició con dulzura el cuello y el rostro de Runa hasta llegar a la gran cicatriz que le recorría la cabeza rapada y que disimulaba con acierto el tatuaje del dragón.

—¿Qué te ocurrió? —preguntó.

—Un accidente de coche. Tuve suerte.

—¿Y por qué un dragón?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que era el dibujo ideal para la forma de la cicatriz. La cola del animal daba mucho juego.

—¿Solo por eso? ¿No tiene ningún significado especial para ti?

—El tatuador me explicó que los dragones son un signo de sabiduría e inmortalidad para los japoneses, pero a mí simplemente fue el que más me gustó. El lobo que tienes en la espalda me parece espectacular.

—Supongo que yo tengo un poco de lobo solitario.

—Intimida sin necesidad de mostrar los colmillos y se hace respetar solo con la mirada. No sé por qué intuyo que es más bien ese el motivo por el cual te sientes identificado con ese dibujo.

—Empiezas a darme miedo. Este es nuestro segundo encuentro y ya te has metido en mi cabeza.

Runa rio y señaló el antebrazo de Klaus.

—¿Y este? ¿Qué significa?

Klaus suspiró y, aunque Runa no pudo verlo, su mirada se empañó de melancolía. Jamás le había hablado a nadie sobre sus tatuajes, y mucho menos sobre su familia.

—Cada uno de los puñales representa a una persona a la que quise mucho. Mi madre y mis abuelos.

—Imagino que ninguno de los tres vive…

—Así es. Yo me crie con mi abuela. Era española, ¿sabes?

—¿Sí?

Klaus asintió.

—Fue uno de los niños que emigraron a Rusia cuando estalló la guerra civil española. Allí se enamoró de mi abuelo, y el país que la había acogido también acabó conquistándola porque, muchos años después, cuando la obligaron a volver a España, no pudo adaptarse y regresó en cuanto se lo permitieron. Llegó a trabajar para la KGB.

—¿En serio? —Runa volvió la cabeza para mirarlo.

Él asintió.

—Era una mujer extraordinaria y la más fuerte que he conocido jamás. Esta cruz era suya. —Klaus le mostró la cruz de oro blanco que

llevaba colgada al cuello—. Murió cuando yo tenía dieciséis años y, a partir de entonces, mi vida se desmoronó. Tú me recuerdas mucho a ella.

Runa sonrió. Allí tumbada, en los brazos de Klaus, por fin sentía que había encontrado su lugar. Con ninguno de los hombres que había estado se había sentido como con él. Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que aquel momento nunca terminara. Él la besó en la cabeza.

—Imagino que no debió de ser fácil.

—Ha habido momentos difíciles, sí. No estoy orgulloso de muchas de las cosas que he hecho, pero tampoco pienso lamentarme a estas alturas.

—¿Y qué va a pasar a partir de ahora? —quiso saber Runa.

Él no respondió. Era como si acabara de tragarse una bola de espinas al pensar que, en breve, sería él quien apretaría el gatillo para matar a un amigo. Había intentado por todos los medios hablar con él y ponerlo sobre aviso, pero le había sido imposible.

Ella percibió su turbación y miró hacia arriba, en busca de su mirada.

—Sé que algo te preocupa. Lo he notado en tus ojos en cuanto he abierto la puerta. ¿Qué pasa?

—Supongo que no puedo dejar de ser quien soy, Runa. —Klaus se incorporó para sentarse bien y enseguida sintió un vacío al perder el contacto con la piel de Runa—. No tengo derecho a irrumpir así en tu vida.

—Creo que no te he puesto una pistola en la cabeza para que estés aquí —comentó ella.

—Escucha. —Klaus buscó las manos de Runa y las rodeó con las suyas. De repente se sentía un poco más animado con la idea que se le acababa de ocurrir—. ¿Y si nos vamos los dos lejos de aquí? Hacemos las maletas y tomamos el primer vuelo que salga a cualquier lugar. Ahora mismo.

Runa lo miró sorprendida. No sabía muy bien qué decir.

—Siempre, desde que mi abuela murió, he soñado muchas veces con vivir en una cabaña, cerca de los grandes lagos de Canadá, junto a las Montañas Rocosas canadienses. De niño tenía un *border collie* marrón y blanco al que amaba con locura. Volvería a tener uno igual y lo llamaría *Mechta*.

—*¿Mechta?* —preguntó Runa confundida. De repente sintió una desagradable sensación de pérdida. Intuyó que lo que tenían, que aún ni siquiera sabía cómo calificar, iba a durar menos de lo que esperaba.

—Significa «sueño».

—Ese es tu sueño… —El semblante de Runa se entristeció.

—Sí. Y me encantaría compartirlo contigo.

—No puedo irme, Klaus. Mi vida está aquí, en esta ciudad. Tengo un trabajo que me gusta y no quiero renunciar a ello. Yo…

—Ni yo puedo pedírtelo. —Klaus le sujetó la cara con ambas manos —. Tienes razón.

Ella lo miró angustiada y él la besó. Ella cerró los ojos y saboreó sus labios como si fueran de miel. Sus cuerpos, todavía desnudos, volvieron a encontrarse bajo los pliegues de la manta entre besos y caricias.

—¿NO VAS A darme tu teléfono? —preguntó Runa antes de que Klaus se marchara, ya por la mañana.

—Es mejor que no lo haga, créeme.

Runa esbozó un intento de sonrisa al tiempo que deslizaba un papel en el bolsillo del pantalón de él.

—Te dejo el mío, por si algún día no puedes vivir sin mí y necesitas llamarme.

Él sonrió y la besó con pasión. Cuando se marchó, ella tuvo un mal presentimiento. Algo le decía que aquello era una despedida.

31

El regalo

Lunes, 10 de octubre. Rebeca

DESPUÉS DE LA noche que pasaron juntas, Olivia no había vuelto a ser la misma. Estaba más fría y distante de lo normal. Cuando Rebeca trataba de sacar el tema, ella le salía con el cuento de que no le apetecía hablar de lo sucedido, que no debía darle tanta importancia a algo que no la tenía. Lo que pasó, pasó. Se habían dejado llevar en un momento determinado y las dos disfrutaron un rato, nada más. Decepcionada y dolida, Rebeca decidió posponer una conversación que consideraba de vital importancia para ubicarse y saber qué demonios significaba ella para su amiga. La situación la superaba, pero también le aterraba hacerla enfadar y que su insistencia acabara provocando un alejamiento o algo peor. Había degustado durante un efímero instante el sabor de la felicidad y estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para experimentar de nuevo esa maravillosa sensación. No le importaba el sexo, ni siquiera precisaba de sus caricias. Solo quería sentir que conectaban, que la viera como a alguien importante en su vida, y no como un trapo de usar y tirar. Se angustiaba a la espera de unas migajas de atención que, cuando por fin llegaban, le resultaban insípidas.

Tenía escondidas las piezas que había sustraído ese fin de semana del sótano de su casa. Estaba convencida de que sería una forma de acercamiento, porque sabía lo mucho que le interesarían a Olivia y creía haber descubierto un punto de unión, un tema común que podría acercarlas de manera definitiva. No quiso esperar más y aquella misma tarde, tras volver de la universidad, se presentó ante ella con una caja de cartón atada con un gran lazo rojo.

—¿Esto qué es? —preguntó Olivia sorprendida. No dudó un segundo en empezar a desatar el lazo. Cuando retiró la tapa y descubrió varios bultos envueltos en tela, la miró con suspicacia—. ¿Es una broma?

—Adelante —la animó Rebeca con un movimiento de cabeza.

Olivia colocó la caja sobre la mesa del salón y decidió comenzar por el objeto más grande.

—¡Cómo pesa! —exclamó.

Rebeca la observaba en silencio, con regocijo. Cuando Olivia por fin destapó la tablilla de maldición, se le escapó un grito.

—¿En serio? ¿Es de verdad o es una falsificación?

—Por supuesto que es una pieza auténtica. Es parte de una más grande, pero me fue imposible traerla entera.

—¿Dónde la has conseguido? ¡Esto es una maravilla! —gritó al tiempo que recorría las inscripciones con el dedo índice, como si estuviera escribiendo sobre los trazos, completamente alucinada.

—Eso no importa.

Olivia continuó desenvolviendo los otros dos objetos, reaccionando con cada uno de manera similar. La estatuilla alada de cabeza de toro le pareció espectacular. El dodecaedro tan solo consiguió unos instantes de atención, pero lo que la había dejado deslumbrada era la tablilla de maldición. Volvió a sujetarla entre las manos.

—Es como las que nos mostró Diego el otro día. No puedo creer que esté tocando una de verdad. ¿Imaginas la cantidad de manos por las que habrá pasado?

Cerró los ojos y su mente viajó varios siglos atrás. ¿Quién habría encargado esa maldición y para qué? Pensó en miles de posibilidades excitantes.

Rebeca observó su rostro soñador y no pudo evitar sentir una oleada de cariño que agitó cada célula de su cuerpo. Estaba preciosa cuando se ilusionaba.

—¿Las quieres? —preguntó guiada por un impulso—. Si las quieres, son tuyas.

Olivia la miró con los ojos y la boca tan abiertos que le recordó a una niña pequeña descubriendo los regalos del día de Reyes. Depositó la pieza de nuevo en la caja con manos temblorosas y se puso a dar saltos de alegría, agitando los brazos en el aire como si le quemaran. Después la abrazó con tanto ímpetu que ella tuvo que echar un pie hacia atrás para no caerse.

—¡Gracias! ¡Gracias! Eres una buena amiga, Rebeca.

Le dio un fuerte beso en la mejilla. Rebeca entornó los ojos y movió un poco la cara en busca de unos labios que no alcanzó.

—¿Sabes lo que pone? —Olivia observaba la tablilla desde todos los ángulos posibles.

—Ni idea. Pero podrías copiar los símbolos en un papel y que alguien de la uni intente traducirlos.

—Eso haré. ¡Lástima que falte un trozo!

Olivia dejó la pieza con cuidado sobre la mesa y sacó el móvil del bolsillo trasero de sus pantalones, dispuesta a hacerle una fotografía. Rebeca la detuvo con un gesto de la mano.

—Es mejor que nadie sepa que esto está aquí. Podrían detenernos.

Olivia asintió y se guardó el móvil. Salió corriendo hacia su habitación y enseguida volvió con un bolígrafo y un papel.

—Entonces lo copiaré y le diré a Diego que lo he visto en internet.

Diego. Otra vez ese odioso profesor. Ni siquiera era necesario que estuviera presente para arruinarle el momento.

A partir de ese día Olivia se mostró mucho más amable con ella, aunque seguía marcando las distancias. Incluso alguna vez, cuando bajaba la guardia, podía vislumbrar retazos de la Olivia de antes del verano, la que de verdad le gustaba. Cada vez eran más los momentos en los que podían charlar con desenfado de cualquier cosa y reír un rato juntas. Rebeca había vuelto a encontrar la felicidad, se sentía como en una burbuja de cristal. Aunque se moría por tenerla de nuevo entre los brazos, entendía que no debía forzar la situación. Si tenía paciencia y jugaba bien sus cartas, sin agobiarla, el tiempo acabaría inclinando la balanza a su favor. Estaba convencida.

Pero, solo un par de días después, todo explotó y la onda expansiva reventó en mil pedazos su burbuja de cristal.

Supo que algo iba mal en cuanto giró la llave y entró en casa. Los gemidos que escuchó la paralizaron como si le hubieran golpeado los tímpanos con una barra de metal. Con el corazón en la mano, obligó a sus piernas a acercarse al origen de aquel escándalo. Entre risas sofocadas, pudo distinguir una voz masculina que conocía demasiado bien. La puerta de la habitación de Olivia estaba abierta de par en par. Estaba claro que le importaba un carajo que ella pudiera llegar y ver lo que estaba sucediendo tras aquellas paredes. Se le ocurrió que quizá esa era la idea de su amiga, que lo estaba haciendo con toda la intención. Apartó aquel cruel y terrible pensamiento para poder continuar y se obligó a echar un vistazo al interior del cuarto. Tenía que saberlo.

Lo que vio confirmó sus sospechas y al mismo tiempo le resquebrajó el corazón. Su amiga cabalgaba sobre Diego, su profesor de Historia, con rabia y excitación desmedida, como si se hubiera vuelto loca. Él no se percató de su presencia, pero Olivia sí. Sus ojos se encontraron y, sin dejar de mirarla, continuó con los gritos de placer. Fue entonces cuando Rebeca salió corriendo y abandonó la casa a toda prisa, entre sollozos y lágrimas. Casi no vio a Cándido cuando pasó ante su puerta trastabillando.

—Rebeca, ¿estás bien? ¿Qué te ocurre? —preguntó con gesto preocupado mientras ella lo ignoraba y *Manchurrón* salía disparado hacia su apartamento—. ¡Te has dejado la puerta abierta! —le oyó decir antes de desaparecer escaleras abajo. Pero a ella le daba igual. ¡Que se fuera al infierno aquel chalado y su maldito gato! ¡Que se fueran al infierno todos!

Salió corriendo a la calle, le faltaba el aire. Caminó con pasos inseguros, sin rumbo, huyendo de aquel lugar al que no quería regresar jamás.

32

El comprador

Viernes, 14 de octubre. Día de la muerte de Olivia. Nadia

NADIA CERRÓ LOS ojos, alzó la cabeza y dejó que la brisa del mar acariciara su piel gitana. Después de meses de extrema sequía y de sofocante calor, por fin el tiempo había concedido la tregua que todos ansiaban, aunque la temperatura seguía siendo elevada para el mes de octubre. Las deseadas precipitaciones aún no habían hecho acto de presencia y, tras un verano en el que la temperatura del mar se había mantenido muy por encima de los niveles habituales, se esperaban lluvias torrenciales para los días siguientes. De momento el mal tiempo parecía lejano, porque no se veía ni una sola nube. Pero todos los valencianos habían sufrido las inundaciones en mayor o menor medida en los últimos tiempos y sabían lo que una alerta naranja podía suponer. Más de uno miraba al cielo, implorando que las tormentas pasaran de largo y descargaran su furia en el mar.

Nadia estaba sentada en uno de los bancos de madera que recorren La Marina, el lugar donde se encontraba el antiguo puerto de la ciudad. Años atrás, toda la zona había sido reformada y convertida en un enorme espacio público que siempre estaba repleto de gente paseando, tomando algo en uno de los muchos restaurantes o practicando distintas actividades acuáticas. Aquella zona se había convertido en un barrio más de la ciudad. Nadia miró a su alrededor con la placentera sensación de tibieza que le regalaban los rayos de sol. A su izquierda veía los blancos tirantes del puente giratorio que se había instalado para las competiciones de la Copa América, y que posteriormente fue reutilizado como parte del circuito de Fórmula 1.

Un grupo de chicos que recorría el canal practicando *paddle surf* pasó muy cerca de ella y atrajo su mirada. Al fondo, a lo lejos, podía ver un enorme crucero del tamaño de una ciudad pequeña, fondeado en el puerto. El lugar estaba lleno de vida e invitaba a detenerse para disfrutar de las vistas y el ambiente animado. Miró a su derecha para completar la postal panorámica que se extendía a su alrededor. Un poco más alejado, un antiguo galeón con las velas izadas se mecía perezosamente sobre las mansas aguas del canal, mientras una larga cola de visitantes esperaba frente a una pequeña escalerilla a que les llegara el turno de subir a bordo. Tras él, a modo de telón de fondo, el moderno edificio Veles e Vents presidía el marítimo escenario, cual

imponente navío de blancas plataformas horizontales.

El graznido de dos gaviotas peleando por algún resto de comida devolvió a Nadia a la realidad. Miró el reloj y echó un vistazo rápido a la zona de paseo. El comprador, que se hacía llamar Arcángel, se estaba retrasando. Se volvió para mirar a Xisco, que la observaba sin perderla de vista unos metros más atrás. Estaba apoyado en una barandilla con una cámara de fotos en las manos, como un turista cualquiera. El chico se encogió de hombros y ella volvió a contemplar de nuevo el mar, sintiéndose cada vez más inquieta. Sacó el móvil del bolsillo para comprobar que no tenía ningún mensaje que le advirtiera de un cambio de planes. Nada. Silencio absoluto. Su intuición le decía que se marcharan, que algo podía estar yendo mal, pero aquella podría ser su última oportunidad para abandonar el país y comenzar una nueva vida en algún paraíso sin tener que volver a preocuparse jamás por el dinero. No podía desperdiciarla por una simple corazonada.

Xisco le tenía echado el ojo a una isla en el golfo de Tailandia llamada Koh Phangan. En las fotos se veían unas playas maravillosas con zonas residenciales de lujo y, lo que más le interesaba a él: con la disponibilidad de una buena velocidad de internet. Además, su estancia en Villa Jacinta había dejado de tener sentido para ellos cuando el yacimiento comenzó a dar signos de agotamiento, y de eso hacía ya varios meses. Prácticamente todo lo que habían encajado en el mercado con las últimas transacciones habían sido falsificaciones. Aunque Juliana les insistía en que no debían preocuparse por ello, que ya encontrarían otra manera de obtener ingresos, todos sabían que aquel filón se había acabado. La vieja no hacía más que repetir que, si habían encontrado aquel yacimiento, tenía que haber alguno más no muy lejos, puesto que los asentamientos de ese tipo pocas veces aparecían aislados. Pretendía seguir haciendo prospecciones hasta dar con algo y volver a retomar el negocio. Pero ellos ya estaban cansados de vivir al amparo de su sofocante sombra. Toda su existencia la habían pasado bajo las estrictas órdenes de algún tutor, de unos padres adoptivos o, en última estancia, bajo la severa mano de Juliana. Y todos ellos habían regentado cada instante de su vida y coartado su libertad de decisión. Había llegado el momento de sentirse libres de hacer lo que les viniera en gana sin rendir cuentas a nadie.

Cuando Nadia descubrió la figurilla, enseguida supo que era especial y que podía valer mucho dinero, pero nunca imaginó que tanto. Le ocultó a Juliana el descubrimiento y supo que había hecho bien cuando el comprador les hizo la primera oferta: doscientos cincuenta mil euros por esa figura y un curioso objeto geométrico hueco con una piedra en su interior que había descubierto tiempo atrás, y cuya existencia también le había ocultado a Juliana. Tras

informarse sobre el valor de la primera pieza en cuestión, supieron que tenían entre manos algo muy valioso y Nadia estaba dispuesta a sacarle partido. Xisco, siempre prudente y conformista, no quería pedir más dinero, pero ella estaba segura de que el comprador mordería el anzuelo. El tipo conocía el valor de lo que iban a venderle y, al igual que ellos, era consciente de que, en comparación, el precio que les quería pagar era ridículo.

En el encuentro que iba a llevarse a cabo en los próximos minutos y que ella había forzado, Nadia iba a aprovechar para presionar un poco más. Pretendía hacer ver al comprador que no era el único interesado, cosa que no era cierta, puesto que, por seguridad, nadie más tenía conocimiento de la existencia de las piezas. Pero él no tenía manera de saberlo. Le pediría un millón de euros y se aseguraría de que entendiera que esa iba a ser su última oferta. Xisco le haría llegar un mensaje con la documentación que demostraba que solo la pequeña figurilla podía alcanzar la friolera de cinco millones de euros en el mercado. Su propuesta le parecía más que justa.

Pero la euforia inicial de saber que ellos tenían la sartén por el mango en aquel trato se estaba evaporando por momentos. Comenzaba a pensar que el comprador, por alguna razón que se le escapaba, se había echado atrás. Si estaba en lo cierto, todas las negociaciones de los últimos días se irían al traste, pero entonces no tendría sentido que les hubiera adelantado ya veinte mil euros.

Tras meditarlo un momento, decidió que esperarían quince minutos más antes de darse por vencidos. Miró de nuevo a su amigo, que, por sus movimientos inquietos, comenzaba a dar muestras de impaciencia. No pudo evitar sonreír al verlo allí de pie, tan pálido que su piel parecía brillar como la nieve al sol y con esa cara de preocupación tan propia de él. Llevaban juntos casi desde que podía recordar, y no podía imaginar un futuro sin él. Eran una familia de dos. Mucho más que hermanos.

Su mente voló al pasado sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Una sonrisa triste le enturbió el rostro al visualizar a aquella niña mal vestida, de cara sucia y dos perpetuos surcos de mocos asomando por la nariz, que corría sola y descalza por la calle pidiendo ayuda y llorando desconsolada. Se había encontrado a su madre muerta en la cama con una jeringuilla colgando del brazo y no sabía a quién acudir.

Aquel día marcó para siempre el resto de su existencia. A partir de entonces fue dando tumbos por distintos centros de acogida, sin lograr adaptarse en ninguno. En el último, un colegio de monjas con casa de acogida, conoció a Xisco. Era menudo y poco hablador, pero muy inteligente. Enseguida congeniaron y se hicieron amigos. Iban juntos a todas partes. Ella siempre estaba castigada por su pillería; robaba comida de las cocinas y se apropiaba de los juguetes o las pertenencias

de otros niños, apañándoselas siempre para salir airosa y que acabaran culpando a otro. Xisco era el más sensato de los dos y siempre la disuadía para que no cometiera otra locura de las suyas. Era la voz de su conciencia y le evitó muchos castigos.

Con doce años, la paciencia infinita de las monjas llegó a su fin cuando Nadia, con la ayuda de Xisco, sustrajo una talla de madera del retablo que constituía el altar mayor de la capilla del colegio. Se trataba de un pequeño ángel de madera con el que se había encaprichado y que resultó muy dañado al arrancarlo del conjunto. El incidente tuvo más repercusión de lo esperado, al tratarse de una valiosa obra de Berruguete. La Comisión Episcopal del Patrimonio Cultural envió a una persona para investigar aquel desaguisado y el resultado fue la expulsión de los dos niños del centro. Por suerte, la directora del colegio conocía a una pareja que llevaba tiempo intentando tener familia y, tras mover cielo y tierra, consiguió superar los obstáculos legales para que ambos fueran adoptados. En apenas un par de meses, el destino los llevó hasta Cuenca con su nueva familia de acogida, los Carballino. Eran buena gente y los trataron como si fueran sus propios hijos desde el primer momento, pero no tardaron en descubrir que ocultaban un fascinante secreto.

33

La oferta

Viernes, 14 de octubre. Día de la muerte de Olivia. Nadia y Xisco

NADIA CONSULTÓ DE nuevo el reloj y miró a su alrededor. El comprador seguía sin aparecer. Xisco le hizo un gesto impaciente con las manos para indicarle que debían marcharse, pero ella lo apaciguó mostrándole la palma abierta. Cinco minutos más. Algo le decía que debía esperar, tenía una corazonada.

Su mente volvió al pasado, al momento en que fueron adoptados por los Carballino. Carlos, el padre, era de familia humilde y desde muy joven había tenido que trabajar para ganarse el sustento. El destino lo llevó a tierras mexicanas, donde conoció a María Fernanda y se casaron. Allí entablaron amistad con un artista argentino que acababa de abrir una galería de arte que en poco tiempo se puso de moda. De ese modo conocieron a artistas famosos y todo tipo de personajes relacionados con el mundillo, y pronto pensaron en abrir su propia empresa de compraventa de obras de arte. Pero su negocio tenía una característica muy especial: las obras que vendían eran perfectas falsificaciones hechas por Cheng, un inmigrante chino con un don especial para reproducir todo cuadro que caía en sus manos.

Pronto el dinero comenzó a entrar a espuertas en su vida. Tenían pisos en Ciudad de México y en Manhattan, así como una gran casa de campo con mucho terreno en un pueblo cercano a la ciudad de Cuenca, en España, donde pasaban parte del año.

Cuando el negocio ya iba viento en popa, aparecieron los dos niños en la vida de Carlos y María Fernanda como el regalo divino que habían ansiado durante tanto tiempo. Con ellos, Nadia aprendió las técnicas para reproducir y envejecer vasijas, figuras, objetos religiosos e incluso monedas. Antes de cumplir los veinte ya era toda una experta y sus creaciones aportaban mucho dinero a la familia, aunque su principal fuente de ingresos eran las obras pictóricas, por las que habían llegado a ganar millones de dólares.

Xisco descubrió su pasión por los ordenadores y se formó en los mejores colegios. Empezó a utilizar sus conocimientos para falsificar documentos que acreditaban la autenticidad de las falsificaciones que vendían. Al mismo tiempo, descubrió todo un mundo virtual en el que

conseguir nuevos compradores y desplegar el negocio familiar a nivel mundial.

Pero en 2019 uno de los compradores, que había adquirido un Pollock de 1950 por una suma desorbitada, mandó analizar su obra por expertos y estos descubrieron un pigmento amarillo que se había fabricado mucho después de la fecha en la que supuestamente se había pintado el cuadro. La noticia trascendió a los medios y otros compradores comenzaron a sospechar. A partir de ahí todo se desmoronó en pocos meses. Carlos y los chicos, viendo que las cosas se ponían cada vez más feas, viajaron a España, pero María Fernanda se vio obligada a retrasar su viaje porque tenía un problema con los papeles. Finalmente fue detenida en Estados Unidos, acusada de evasión de impuestos y blanqueo de capitales. Desde allí se emitió una orden de extradición para Carlos y sus hijos adoptivos, pero esta fue rechazada. En 2021, Carlos fue detenido y entró en una prisión española. Nadia y Xisco quedaron libres de cargos, pero todas las posesiones, el dinero y las casas de la pareja fueron embargados, con lo que se vieron en la calle de la noche a la mañana.

Después de haber disfrutado de una vida de lujo durante más de una década, a ambos les costó demasiado asumir que lo habían vuelto a perder todo.

Comenzaron a buscar trabajo, pero ninguno de los dos se veía como camarero o empleado de una cadena de hamburgueserías, y tampoco ayudaba la crisis sanitaria que por aquella época seguía azotando al mundo. Xisco hizo sus pesquisas y encontró una casa de subastas de Valencia que era evidente que ocultaba algo, y a través de ella se hizo pasar por un adinerado comprador de objetos antiguos o hallazgos arqueológicos. Fue así como los dos chicos contactaron con Juliana, que por aquel entonces estaba intentando hacer dinero de forma discreta con los objetos del yacimiento que su marido había encontrado años atrás.

Juliana enseguida se dio cuenta de que aquellos dos críos de poco más de veinte años no iban a comprarle nada. Se asustó y el encuentro resultó bastante violento. Por suerte, la mujer se avino a escuchar lo que tenían que contarle. Le explicaron quiénes eran y lo que habían conseguido en los últimos años con sus padrastros. Pero lo que acabó de convencerla fue el ser consciente de que, si ellos habían logrado averiguar lo que estaba haciendo, la policía tampoco tardaría en dar con ella y su incipiente negocio ilegal. Xisco le aseguró que, si los contrataba, con sus conocimientos informáticos podría crear una telaraña virtual que ocultara todos los movimientos de forma que fueran invisibles al resto del mundo, y Nadia se ofreció a multiplicar los ingresos con sus falsificaciones.

Juliana los presentó al resto de la familia como los hijos de unos

viejos conocidos que habían fallecido y a los que quería ayudar acogiéndolos en su hogar. Acostumbrada como estaba la matriarca a no dar explicaciones, nadie puso en tela de juicio su decisión. Muy al contrario, Pía estuvo encantada desde el primer momento de poder amparar, con la ayuda de Dios, a los dos nuevos integrantes de la familia. Rebeca era la única que nunca había acabado de fiarse de ellos.

De todo aquello hacía ya más de dos años.

—Siempre me ha gustado contemplar el mar. Tiene algo que hace que te encuentres contigo mismo.

La voz a sus espaldas sobresaltó a Nadia y la sacó de golpe de sus pensamientos. Al volverse vio a un hombre rubio, de unos treinta y tantos años, que permanecía de pie a su lado contemplando el horizonte. Se notaba por su acento que era extranjero, americano o quizá inglés. Ella se levantó y echó un vistazo de reojo a Xisco, que se había puesto en guardia con la llegada de aquel extraño.

—Oh, siento mucho haberte asustado. No era mi intención —se disculpó con una cálida sonrisa al tiempo que le tendía la mano—. Me llamo Michael.

Nadia bajó la vista a su mano y dudó unos instantes. Lo más probable sería que aquel tipo fuera un simple turista de los muchos que visitaban La Marina, pero había algo en él que la inquietaba. ¿Era el tono de autoridad con el que hablaba o sería esa mirada fría que la atravesaba y la hacía sentirse intimidada?

—Lo siento, tengo prisa —se excusó dispuesta a marcharse.

Él apartó la mano, que había sido ignorada con toda la intención. Esbozó una media sonrisa lobuna y dio un paso para colocarse frente a Nadia y cortarle la retirada.

—Creo que te conviene escuchar lo que tengo que decirte, Nadia —soltó sin perder la sonrisa.

Ella se alarmó al escuchar su nombre. Sintió el latido de su corazón acelerado en las sienes; el instinto de supervivencia la instaba a salir corriendo sin mirar atrás. Pero su naturaleza indómita hizo que sus pies no se movieran y le plantara cara a aquel desconocido.

—¿Quién es usted? ¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó mirando con disimulo por encima del hombro de aquel tipo para comprobar si Xisco estaba al tanto del encuentro. Lo vio acercarse con cautela, visiblemente angustiado. El hombre se volvió y le hizo señas con la mano para que se acercara.

—Xisco, acércate. Vamos a hablar los tres.

Su nombre sonó muy extraño al pronunciar la X como «ks» en lugar de «ch».

—Podemos sentarnos aquí mismo, si os parece. —Señaló el banco donde minutos antes había estado esperando Nadia—. Estaremos más

cómodos y así hablaremos de lo que nos interesa a todos.

Los chicos intercambiaron una mirada elocuente y por fin tomaron asiento. Entonces el hombre sacó del bolsillo interior de su chaqueta una fotografía y se la mostró. Ambos la miraron interesados y no tardaron en descubrir que se trataba de una de las imágenes de los objetos que ellos habían enviado al comprador.

—Acabo de recordar que los españoles no sois demasiado amigos de los preámbulos, así que iré al grano —comenzó a decir ante la cara de expectación de los chicos—. Quiero esto, y lo quiero ya —exigió señalando el dodecaedro en la fotografía.

Xisco se movió inquieto y miró a Nadia. Ella sabría qué decir. Al hombre con acento inglés no le pasó desapercibido ese gesto. Acababa de descubrir quién de los dos llevaba la voz cantante.

—¿Y por qué tendríamos que dársela a usted? —replicó Nadia queriendo aparentar una seguridad que desmentía el temblor de su voz.

—Porque no tenéis otro comprador. Olvidaos de la persona a la que estabais esperando, porque no va a venir.

—Pero… —comenzó a decir Xisco, antes de que un codazo de su amiga lo hiciera callar.

—Sí, ya sé que os había adelantado bastante dinero, pero no os preocupéis por eso. Os lo podéis quedar. Os puedo asegurar que nadie va a reclamároslo.

Los dos amigos se miraron confundidos. ¿Cómo sabía aquel hombre tantas cosas sobre ellos y por qué tenía en su poder la fotografía que ellos mismos habían hecho a una de las piezas?

—¿De cuánto estamos hablando? —añadió Nadia sin perder la conexión visual con el hombre que se había presentado como Michael. Xisco, a su lado, tragó saliva con cierta dificultad. Lo estaba pasando fatal.

El extranjero sonrió.

—Parece que nos vamos entendiendo. El trato era de doscientos cincuenta mil euros por todas. Yo os daré quinientos mil si me las entregáis ahora.

—Queremos un millón —exigió Nadia con ímpetu, como si la frase le hubiera salido de golpe de las entrañas. A Xisco casi se le salen los ojos de las órbitas.

El inglés rio a carcajadas.

—¡Vaya, vaya! Resulta que sois un par de avaros. No lo hubiera podido imaginar cuando os he visto esperando.

—Lo tomas o lo dejas —desafió Nadia, muy consciente del farol que se estaba marcando.

El semblante de Michael mutó de repente. Las facciones se le endurecieron y a Xisco le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo. Se

moría de ganas de decirle a Nadia que parara, que ya era suficiente. No necesitaban tanto dinero.

—Si sabéis lo que os conviene aceptaréis mi última oferta —alegó. Puso énfasis en cada una de las palabras que pronunció de manera que la frase sonó como una sentencia. Al terminar, los labios se le contrajeron ligeramente y dejaron a la vista los dientes, como haría un perro rabioso a punto de lanzarse sobre una presa.

—¡Está bien! Aceptamos su oferta —concluyó Xisco antes de que su amiga pudiera responder, al tiempo que ponía la mano sobre el brazo de Nadia y lo apretaba para calmarla. Tenía que evitar a toda costa que ella pusiera más objeciones y la cosa acabara mal. Algo le decía que, bajo la apariencia apacible de aquel tipo, se escondía alguien realmente peligroso.

Nadia bufó al expulsar el aire de golpe por la nariz y apretó la mandíbula dedicándole a su amigo una mirada asesina, pero no dijo nada. Al cabo de unos instantes, al ver la angustia que invadía al chico, se ablandó y se limitó a asentir con la cabeza.

Michael no contestó, seguía mirándolos como si pensara hacerlos pedazos allí mismo.

—Está bien —cedió por fin Nadia—. Tú ganas.

—Las quiero ahora. —Su expresión no varió.

—No las tenemos en Valencia. Es imposible entregártelas hoy —explicó Nadia encogiéndose de hombros.

El hombre alzó las cejas y se acarició la barbilla, pero no abrió la boca. Se limitó a esperar que alguno de los dos rompiera el silencio.

—Mañana a medio día en este mismo lugar —arriesgó Xisco con un nudo en la garganta.

El inglés tomó aire y lo dejó escapar muy despacio. Su mirada saltó del uno a la otra varias veces hasta que por fin inclinó un poco la cabeza y comenzó a hablar.

—Espero que no me la juguéis, no me gustaría tener que usar la violencia. —Se abrió la chaqueta para mostrarles la pistola que escondía tras la prenda.

—No lo haremos —aseguró Nadia incorporándose y estirando del brazo de su amigo para que también se levantara—. Mañana a las doce del mediodía en este mismo lugar.

Nadia se dio la vuelta y echó a andar. Xisco se apresuró a seguirla, pero no pudo evitar mirar un par de veces hacia atrás.

—Por cierto… —comenzó a decir Michael y los dos se detuvieron de repente, como si se hubieran topado con una pared invisible—. Recordad que ningún lugar está tan lejos ni tan escondido como para no dar con vosotros. Ni siquiera esa isla tan bonita de Tailandia con la que soñáis. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Koh Phangan.

Superada la sorpresa que les habían causado aquellas palabras, los

chicos siguieron andando sin volver la vista atrás. Toren los vio alejarse y confundirse con otros paseantes. Tendría que vigilar de cerca a aquel par, los veía capaces de hacer cualquier tontería. Miró a su alrededor disfrutando del paisaje por primera vez desde que había llegado. Le gustaba aquella ciudad. Lástima que no fuera a quedarse mucho tiempo más.

34

Un verdadero problema

Viernes, 14 de octubre. Día de la muerte de Olivia. Nadia y Xisco

—¡¿LAS HAS COGIDO tú?! —le gritó Nadia a Xisco muy alarmada al tiempo que entraba en su cuarto como un vendaval.

—No sé de qué me hablas —replicó él con el ceño fruncido.

—Las piezas, ¡no están donde las dejé!

—¡¿Qué?! ¡No es posible!

—Saca las grabaciones. Ha tenido que entrar alguien más en el sótano. —Nadia caminaba de un lado a otro con la mano sobre la frente. Intentaba encontrarle una lógica a lo que estaba ocurriendo.

—¿Y si las ha cogido Juliana? —aventuró él mientras tecleaba en el ordenador los comandos para recuperar las imágenes de la cámara que cubría la zona. Era una cámara que ellos mismos habían instalado meses atrás, oculta tras el repujado del marco de un gran cuadro que representaba la última cena.

—No…, ella no entra ahí nunca y, si así fuera, ya nos habríamos enterado.

—Aquí las tengo. ¿Cuándo las guardaste? La grabación se va sobrescribiendo cuando la memoria de la tarjeta se llena. Dura algo más de dos horas.

—Fue el fin de semana pasado. Creo que el viernes. ¡Joder, puede que ya se hayan borrado! —Nadia se mordió las uñas con tanto nerviosismo que se hizo daño. Sacudió la mano con fastidio y volvió a llevársela a la boca para sacrificar otro dedo.

—Vale, tranquila, que no cunda el pánico. Solo graba cuando detecta movimiento, así que deberían estar. A menos que alguien se haya dedicado a pasear por ese pasillo estos días.

Nadia se mordió el labio con fuerza. Estaban metidos en un buen lío. Estaba convencida de que el tipo que los había amenazado en La Marina sería capaz de cualquier cosa si no le entregaban lo que quería. Lo había visto en sus ojos.

Xisco puso el vídeo en la pantalla. La cámara estaba conectada al circuito eléctrico y a la wifi de la casa, por lo que podía acceder a las grabaciones desde un ordenador. Hubo suerte, la grabación más antigua era de un par de semanas antes. Avanzó el vídeo hasta el

viernes 7 de octubre y enseguida localizó a Nadia entrando en el sótano. La siguiente grabación registró su salida. Los dos se pusieron alerta, acercándose a la pantalla a la espera de poder visionar los siguientes fotogramas. No tardaron en ver cómo una figura se acercaba a la puerta con sigilo, poco después de que Nadia hubiera salido. Estaba demasiado oscuro para que se pudieran distinguir bien sus facciones. Llevaba una vela y la luz que emitía no era suficiente para que la diminuta cámara, situada a varios metros, pudiera grabar con una buena definición. Entonces, justo antes de abrir la puerta, la figura miró hacia ambos lados y una temblorosa llama le iluminó el rostro.

—¡Su puta madre! —exclamó Nadia al reconocer a Rebeca—. ¡Te lo dije!

Xisco se tapó la boca con la mano y asintió. Nadia tenía razón al sospechar que ella debía de haberla seguido hasta la nave una noche tiempo atrás y después le había cerrado la ventana para que no pudiera volver a entrar en la casa. Por suerte, llevaba el móvil encima y pudo enviarle un mensaje a su amigo para que acudiera en su ayuda. Al parecer, Rebeca sabía más de lo que aparentaba.

Nadia se quedó pensativa un momento. Si hubiera sido ella la ladrona, intentaría por todos los medios llevarse los objetos robados lo más lejos posible para que nadie de la casa pudiera volver a encontrarlos. Abrió mucho los ojos y empezó a hablar atropelladamente.

—Hoy es viernes. Tenemos que llegar a Valencia y encontrarla antes de que coja el tren para venir a pasar el fin de semana. ¿Sabes dónde vive?

—No, pero lo puedo averiguar enseguida.

—¡Vamos! ¡Date prisa!

REBECA LLEVABA UN par de días con un humor de perros. Desde que presenció la escenita de Olivia con su profesor en la cama, su cabeza no paraba de proyectar en la gran pantalla de su memoria la mirada que le había dedicado su compañera de piso cuando ella los descubrió follando como dos depravados. Cada vez que cerraba los ojos, ahí la tenía, una y otra vez. La muy perra sabía el daño que le haría y aun así no dudó en dejar la puerta abierta y armar escándalo para que los oyese al entrar. Volvió a preguntarse una vez más si lo habría hecho a propósito o si ni siquiera lo había pensado, dado su carácter irreflexivo y alocado. Daba igual el motivo, ya estaba harta de caer como una mosca atontada en la tela de araña de mentiras y enredos de Olivia.

Caminaba a paso firme por la calle en dirección a casa, aún tenía que hacer la maleta y coger el tren para volver al pueblo. Odiaba

tener que pasar otro tedioso fin de semana encerrada en la casa familiar, pero la perspectiva de quedarse con su amiga le parecía más insufrible aún. No habían vuelto a hablar desde lo ocurrido, y no pensaba ser ella la que arreglara las cosas de nuevo. Había pensado en pedirle que le devolviera las piezas que le había regalado, no se las merecía. Pero después había decidido que lo mejor sería encontrarlas y quitárselas antes de irse. Olivia no llegaría a casa hasta mucho después de que ella se hubiera marchado. Que fuera luego a pedírselas si tenía valor.

Estaba ya en el portal de casa cuando alguien la empujó y la hizo entrar con tanta violencia que estuvo a punto de acabar en el suelo. Al volverse, asustada, descubrió a Nadia frente a ella. La miraba con una expresión tan colérica que la alarmó.

—¿Tú qué demonios haces aquí? —casi escupió la pregunta a la cara de Nadia, que parecía a punto de lanzarse sobre ella para devorarla.

—Vamos a tu casa, tenemos que hablar. La has cagado pero bien.

Acto seguido le sujetó el brazo y se lo retorció sobre la espalda con tanta fuerza que Rebeca se vio obligada a caminar para que no se lo rompiera. Gimió de dolor, pero obedeció. Intuía lo que podía estar ocurriendo, y el miedo que había visto en los ojos de Nadia la había inquietado. Miró hacia la calle y, a través del cristal de la puerta, vio aparcada la furgoneta blanca que solían utilizar en el campo. Xisco estaba dentro y, por su expresión, supo que algo grave debía de estar ocurriendo.

Entraron en casa y Nadia cerró la puerta tras de sí. Se mostraba tan nerviosa y enfadada que parecía que los ojos le iban a saltar de las cuencas de un momento a otro. A Rebeca le temblaron las piernas al observarla; estaba ante una extraña. En realidad, no conocía a aquellos dos. Nadie en su familia los conocía, pero parecía ser la única que desconfiaba de ellos. Quizá fueran dos criminales haciéndose pasar por buenos chicos.

—¡Devuélveme lo que nos has robado! —bramó antes de que ella pudiera decir nada. Varias gotas de saliva le salpicaron el rostro, y ella se retiró instintivamente para poder limpiarse.

—¿De qué estás hablando? ¿Te has vuelto loca?

Nadia soltó un rugido de furia y la abofeteó con fuerza.

—¡Una cámara te ha grabado entrando en el sótano y sacando las piezas, idiota! No se te ocurra pensar que puedes tomarme el pelo.

Rebeca se llevó la mano a la mejilla dolorida y enrojecida por el golpe. ¿Cómo no se le había ocurrido que aquellos dos podían tener una cámara custodiando aquel lugar? Habían colocado muchos más dispositivos de seguridad por todo el recinto con el consentimiento de su abuela. ¿Lo sabría ella? Si los había enviado Juliana, estaba

perdida. Solo con imaginar esa posibilidad se echó a temblar.

—Es que… no las tengo —dijo con apenas un hilo de voz. La actitud peleona que había mostrado unos minutos antes se había esfumado de repente.

—¡¿Qué?! —Nadia se llevó las manos a la cabeza—. ¡Esto no puede estar pasando! ¿Quién las tiene?

La desesperación de la chica estaba consiguiendo intimidar más a Rebeca que los gritos o los golpes.

—Yo… se las regalé a mi compañera de piso.

Nadia cerró los ojos y respiró muy despacio hasta llenar los pulmones por completo. Se sentía mareada.

De repente le sonó el móvil y las dos se sobresaltaron. Nadia lo observó y frunció el ceño. Era Xisco. Quizá quería avisarla de que llegaba alguien.

—Dime.

—¡Está muerto! —sollozó él al otro lado de la línea—. Oh, Dios mío, lo ha matado…

—Cálmate, por favor. ¿Quién está muerto?

Rebeca dio un respingo al escuchar sus palabras.

—Acaban de aparecer unas fotos en mi móvil. Le ha pegado un tiro en la cabeza.

—Pero ¿quién? ¿De quién me estás hablando? —La voz de la chica cada vez sonaba más angustiada, y Rebeca, a su lado, iba encogiéndose sobre sí misma por segundos.

—Arcángel, el comprador con el que habíamos quedado esta mañana. Por eso no se ha presentado. Ha sido el tipo ese tan raro, y no sé cómo diablos ha podido meterse en mi móvil. Debe de ser un *hacker* o algo parecido.

—Cálmate, por favor —acertó a decir un instante antes de que su terminal vibrara y comenzara a sonar con un pitido estridente.

Se retiró el aparato de la oreja y lo dejó caer al suelo como si quemara. Por un momento no supo qué hacer. Se quedó paralizada con la mirada fija en el móvil, que giraba sobre sí mismo debido a la vibración y continuaba pitando. Quiso pisarlo, como si de una cucaracha se tratara, para que dejara de emitir aquel ruido ensordecedor que le taladraba el cerebro. Entonces, el sonido paró de manera tan repentina como había comenzado, y Nadia se lanzó de rodillas al suelo para coger el teléfono. En la pantalla pudo ver las mismas imágenes que le acababa de describir su amigo. Eran cuatro fotografías tomadas desde distintas perspectivas, pero con un mismo protagonista. En todas ellas pudo ver los ojos sin vida de Arcángel, que la miraban desde un rostro carente de alma. Su pelo blanco ya no estaba recogido en la habitual coleta, sino que aparecía enmarañando en el suelo, entre los restos de sangre y masa encefálica. Del orificio

de la frente partía una fina línea roja que buscaba la sien…

Las voces de Xisco, aún conectado, la devolvieron a la realidad.

—Acaban de llegarme a mí también —susurró con aprensión.

—¡Dios mío! Dime que tienes las piezas…

La línea se quedó unos segundos en silencio mientras el cerebro de Nadia bullía en busca de una salida al tiempo que trataba de ignorar la alarma que seguía resonando en su interior.

—Las conseguiré, no te preocupes —dijo por fin. Su tono se había vuelto más sosegado, aunque en su interior todo su ser se agitaba como en una montaña rusa. Pero no quería poner aún más nervioso a su amigo—. Escucha, voy a tardar un poco más aquí. Tú vigila por si apareciera ese tipo. Avísame si ves algo extraño.

A Xisco no le dio tiempo a replicar, porque ella cortó la llamada nada más pronunciar la última palabra. A continuación, se volvió hacia Rebeca, que se había sentado en el sofá y se abrazaba las rodillas, hecha un ovillo.

—¿Qué ha sido eso? —La inquietud que sentía hizo que su voz temblara. En realidad, no estaba segura de querer saberlo, pero necesitaba entender lo que estaba pasando. Nadia le mostró las fotografías.

—Tenemos que encontrar las piezas antes de mañana o estamos muertas.

Rebeca la miró con estupor.

—¿Puedes explicarme lo que está ocurriendo? ¿Tiene algo que ver mi abuela?

—¡Ojalá fuera eso! —replicó Nadia con una sonrisa irónica.

Tras resumirle los últimos hechos y asegurarse de que Rebeca entendiera la gravedad de la situación, se pusieron a registrar la casa entre las dos con la esperanza de hallar las piezas. Más de media hora después, era evidente para ambas que no iban a encontrarlas.

—Tengo que coger el tren para ir a casa. Si no estoy en la estación cuando Juan José vaya a recogerme, la abuela pondrá el grito en el cielo —comentó Rebeca, preocupada.

—No vas a ir a ninguna parte hasta que me ayudes a encontrar lo que robaste —la amenazó Nadia con la ira reflejada en la mirada—. ¿Dónde está tu amiga?

—No lo sé, los viernes por la tarde suele ir a tomar algo por ahí.

—Llámala y haz que venga.

Rebeca rio con cierta amargura. Ella no tenía ese poder de convicción con su amiga.

—No va a venir solo porque yo se lo pida. No conoces a Olivia.

—Pues te inventas cualquier cosa. No sé…, dile que has llegado a casa y que tiene que venir porque crees que ha entrado alguien y os ha robado.

Rebeca dudó unos instantes antes de coger el móvil.

—Y procura ser convincente —le recordó Nadia—. Ya sabes cómo acabaremos si no entrego mañana esas piezas.

Rebeca asintió y marcó el número de Olivia.

OLIVIA SUBÍA LAS escaleras de su casa con desgana. Estaba enfadada porque había quedado con *@FatídicoDespertar* y le había dado plantón. Sería la última vez que hablaría con él; para ella se había acabado. En cuanto llegara a casa pensaba bloquearlo para siempre en todas sus redes. Le fastidiaba haber renunciado a otros planes para nada. ¡Qué asco de noche! Solo le faltaba recibir la llamada de la pánfila de Rebeca diciéndole, entre sollozos, que alguien había entrado en su piso. ¿Quién querría entrar a robar en su casa? No tenían nada de valor. A no ser… Se le pasó por la cabeza que alguien podía estar buscando los restos arqueológicos que le había regalado su compañera y un escalofrío le recorrió la espalda hasta alcanzarle la nuca. Se pasó la mano por el cuello para deshacerse de la desagradable sensación que la acababa de embargar.

Después de limpiarlas un poco, había escondido muy bien las piezas, pero ¿y si los ladrones las habían encontrado? Cuando Rebeca se las enseñó, supo que, si eran auténticas, podían valer mucho dinero. Investigó por internet y le preguntó discretamente a Diego sobre el posible valor que podrían alcanzar en el mercado restos similares. Por supuesto, no se lo había contado a nadie, porque, si estaba en lo cierto, podía conseguir venderlas por una fortuna. Había fantaseado con conseguir el dinero y desaparecer para siempre; marcharse lejos de la aciaga influencia de su padre y su odioso hermano. Incluso se había planteado fingir su suicidio. Después de lo del verano, no sería difícil. Quería empezar a vivir una nueva vida. Pero todos esos sueños podían venirse abajo en solo unos instantes. Aceleró el paso y subió las escaleras de dos en dos, había empezado a ponerse nerviosa.

Nada más cruzar la entrada, se dio cuenta de que algo ocurría al ver la expresión de alarma de Rebeca. Pero, antes de poder preguntar, alguien salió de detrás de la puerta y la sujetó por el cuello, empujándola contra la pared. El movimiento la pilló por sorpresa y no pudo evitar golpearse la cabeza, lo que la dejó aturdida.

—¿Dónde has escondido las piezas que te dio esta? —Nadia señaló con la cabeza a Rebeca. Tenía la mandíbula tensa, y apretaba tanto los dientes que a Olivia le pareció oírlos rechinar. Nunca había visto a aquella chica, pero, al parecer, su compañera de piso sí la conocía. Miró de reojo a Rebeca, que se limitaba a presenciar la agresión con cara de preocupación, pero sin apenas inmutarse. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no la ayudaba? Sintió un desvanecimiento por la falta de oxígeno y empezó a ponerse histérica. La bruta que le apretaba el

cuello iba a matarla si no hacía algo.

—Déjala que hable. —Rebeca le sujetó el brazo a Nadia para lograr que parara y permitiera hablar a Olivia.

Por suerte, la presión sobre el cuello cedió y Olivia comenzó a respirar de nuevo entre toses, encorvada sobre sí misma. Cuando se recuperó lo suficiente, miró a las dos chicas y, con todas las fuerzas que fue capaz de reunir, le propinó una patada en el estómago a su agresora y echó a correr hacia la puerta. Pero la chica vio venir el golpe y se retiró lo suficiente como para que no surtiera el efecto deseado. Corrió tras ella y la agarró del pelo para detenerla.

—¡Ven aquí, joder! —chilló con los ojos brillantes de furia. Pero Olivia, aun inmovilizada como estaba, no paraba de lanzar manotazos y patadas. Se defendía con uñas y dientes, golpeándola y arañándola por todas partes. Entonces, Nadia le propinó un puñetazo en toda la cara que la hizo caer al suelo, aturdida.

Rebeca lo contemplaba todo horrorizada, sin ser capaz de mover un músculo.

—¡Me has roto el labio! — se quejó Olivia llevándose las manos a la cara. Tenía la boca llena de sangre.

Nadia, como un perro furioso, incapaz de parar, volvió a la carga.

—¿Dónde están las malditas piezas? —repitió colérica mientras la levantaba de nuevo sujetándola por la camisa.

Olivia la miró muy asustada, convencida de que iba a matarla. Todo había ocurrido tan deprisa que, hasta ese momento, no entendía qué demonios estaba pasando. Así que era eso lo que estaban buscando. Le bastó un instante para decidir que preferiría estar muerta antes que entregarles lo que querían. Aquella era la confirmación de que lo que tenía escondido debía de ser más valioso incluso de lo que había pensado. Tragó saliva y percibió el sabor de la sangre en la boca. La mejilla le escocía.

—No las tengo —se atrevió a decir.

Nadia abrió mucho los ojos y comenzó a darle puñetazos en el estómago.

—¡Mentirosa! —voceó—. ¡Sé que las tienes tú!

Rebeca reaccionó por fin y se lanzó sobre ella, pero la furia de la otra había ido *in crescendo* y a esas alturas ya era imparable. La lanzó hacia atrás de un empujón. La buena suerte hizo que, en el último momento, el instinto de supervivencia de Rebeca la hiciera volverse y el golpe con la mesa de centro no se lo llevara en la nuca. A cambio, fue su mejilla la que pagó las consecuencias. No perdió el conocimiento, pero el dolor la dejó fuera de combate durante un buen rato. Cuando Nadia se disponía a continuar con Olivia, esta alzó las manos para defenderse.

—¡Las tiene Diego! —exclamó casi sin pensarlo.

—¿Quién es ese? —espetó la chica, que perdió algo de interés por los golpes.

—Es nuestro profesor de Historia Antigua —continuó diciendo mientras veía cómo Rebeca se incorporaba a duras penas en el suelo con las manos en la cabeza, gimoteando de dolor—. Se las dejé ayer para que las estudiara.

—¿Dónde las tiene? —quiso saber Nadia. Estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

—No lo sé. Supongo que en su casa…

Nadia golpeó con el puño la pared, muy cerca del rostro de Olivia. La chica se encogió, asustada.

—¡¿Dónde vive?!

—En la calle Rafael Comenge, junto al parque de Viveros. No recuerdo el número del portal.

—¿Diego qué más?

—Diego Lago. Da clases en la Facultad de Geografía e Historia, muy cerca de aquí.

Nadia entrecerró los ojos y la apuntó con el dedo índice.

—Como me hayas mentido, estás muerta —amenazó con furia. En su voz se podía adivinar un cierto tono de desesperación.

A continuación, salió de la casa con paso apresurado, despidiéndose con un portazo.

Entonces Rebeca prorrumpió en sollozos. Estaba aún en el suelo y le dolía la mejilla, que ya empezaba a hincharse.

—Iré a por un poco de hielo, o en unas horas tendrás la cara como un globo. —Antes de dirigirse a la cocina, Olivia se acercó al balcón. A su alrededor todo estaba desordenado. Era evidente que aquellas dos habían estado revolviéndolo todo. Pero afuera todo seguía igual. No se les había ocurrido mirar en el exterior de la casa, bajo las macetas. Sonrió para sí misma. Aquel escondite había sido otra de sus genialidades. Pensó que sería conveniente adelantar su partida a esa misma noche. Las cosas se estaban poniendo feas. En cuanto se deshiciera de su compañera de piso, haría las maletas y se alojaría en cualquier pensión barata. Necesitaba tiempo para encontrar la manera de vender las piezas, comprar un billete de avión con destino al otro lado del mundo y estudiar un plan de huida perfecto para que nadie la buscara. Lo que aún no sabía era cómo quitarse de encima a aquella pesada.

—¿Hoy no te vas al pueblo? —preguntó esperanzada.

—No sé qué hacer. No puedo presentarme con esta pinta. —Señaló su cara con desaliento.

Olivia trató de que no se le notara la decepción.

—Ponte esto, anda. —Le entregó una bolsa de hielo recubierta con un trapo. Ella misma sostenía una similar contra su labio.

Rebeca, que había dejado de llorar y parecía repuesta, se incorporó y se sentó en el sofá. El frío enseguida la calmó.

—¿De verdad se las diste a Diego? —preguntó, hablando con dificultad.

Olivia asintió. No tenía ganas de seguir hablando del tema.

—Lo has metido en un buen lío. Lo sabes, ¿no?

Ella se encogió de hombros, como si no le importara lo más mínimo.

—Escucha, Oli. Han matado a un hombre por esos objetos, le han pegado un tiro en la cabeza. ¡Yo misma he podido ver las fotos! —balbuceó con un nudo en la garganta—. Estamos en un lío.

Sus palabras hicieron que la chica por fin la mirara. Pero su expresión era neutra, como si estuvieran hablando del precio de la leche. Le entraron ganas de sacudirla para que reaccionara. ¿Qué demonios le pasaba? Le habló con rabia.

—¡Si no aparecen las piezas, nos matarán a nosotras también!

—¡Y todo habrá sido culpa tuya! Me hiciste un regalo y yo, inocente de mí, lo acepté de buena gana. ¿Cómo iba a saber que se trataba de un regalo envenenado? ¿De dónde las sacaste?

Rebeca tragó saliva. Aquellas palabras se le habían clavado en el pecho y dolían. Dolían aún más porque estaban afiladas con la fuerza de la razón. Decidió contarle a su amiga todo lo que sabía y empezó a hablar.

Al acabar su relato, Olivia la miraba con incredulidad.

—Pero ¿cómo se te ocurrió hacer algo así?

—No lo sé, supongo que al ver la tabla de maldición me acordé de ti y no pensé en las consecuencias. No creía que nadie pudiera enterarse de quién las había robado.

—Vale, ya está hecho —se lamentó Olivia—. La cuestión es qué vamos a hacer ahora.

—¡Tienes que llamar a Diego y decirle que necesitas que traiga las piezas aquí! Dile que es cuestión de vida o muerte.

Olivia cogió el móvil con cierta desgana mientras simulaba que marcaba un número.

—No creo que funcione.

—¡Inténtalo!

—No contesta —dijo al cabo de un rato—. Tiene el teléfono apagado.

Justo en ese momento sonó el timbre tres veces. Ambas sabían que se trataba de Cándido, su vecino, que tenía por costumbre llamar así.

—¡Lo que nos faltaba! ¡El pesado este! —se quejó Rebeca poniendo los ojos en blanco.

Ninguna de las dos se movió y el timbre volvió a sonar.

—¡Abrid, sé que estáis ahí! —se oyó a través de la puerta—. He escuchado los gritos y necesito saber que estáis bien. Si no, tendré que

llamar a la policía.

—¡Menudo cotilla! Y muy típico de él —refunfuñó de nuevo Rebeca—. Seguro que lo ha oído todo, pero no aparece hasta estar seguro de que el peligro ha pasado.

Olivia se levantó con gesto de resignación.

—Iré a abrir, no sea que llame de verdad a la policía. Y, por cierto, va a ser difícil que encuentren las piezas si Diego las ha entregado ya al Departamento de Patrimonio Arqueológico para que las analicen.

Rebeca cerró los ojos. Notaba el palpitar de la mejilla como si fuera la piel de un tambor que alguien aporreara con fuerza dentro de su cabeza.

—¡Dios mío!

35

Experiencias sensoriales

Viernes, 14 de octubre. Día de la muerte de Olivia. Cándido

CÁNDIDO SE LLEVÓ la mano a la boca cuando vio el rostro magullado de Olivia.

—Entra, anda. —Se apartó a un lado para dejarlo pasar—. Y no te asustes, que ya está todo controlado.

Cándido entró y tras él se deslizó *Manchurrón* con un movimiento ágil antes de que la chica cerrara la puerta. El hombre miró a su alrededor preocupado por el desorden del apartamento, y se inquietó más aún cuando vio a Rebeca cubriéndose la cara dolorida.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estáis bien? —quiso saber, intentando hacer que Rebeca le dejara mirarle la mejilla, oculta bajo el trapo que la cubría.

—No pasa nada, Cándido —protestó ella, reacia a que la tocara siquiera—. Ha sido un malentendido con alguien, pero ya se ha ido.

—Voy a llamar a la policía, esto ha sido una agresión en toda regla —dijo al tiempo que sacaba el móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros negros.

Las dos chicas gritaron al mismo tiempo.

—¡No!

—¡Ni se te ocurra!

—Pero esto no puede quedar así. ¿Quién ha sido?

Olivia cogió a Cándido por el brazo con delicadeza y lo guio hasta el sofá para que se sentara entre las dos. Él se dejó llevar. Hacía unas horas que había quedado con Olivia y le había dado plantón. Debía de estar echa una furia. A ella jamás se le ocurriría que pudiera ser él quien estaba detrás del perfil de *@FatídicoDespertar*. Por eso mismo no se había atrevido a presentarse a una cita a la que había accedido a regañadientes, cediendo a las presiones de la chica, que empezaba a hartarse de que a él nunca le viniera bien que se conocieran en persona. Después de aquello, no tenía muy claro que quisiera seguir en contacto con él.

—El caso es que una persona ha venido a buscar algo que no teníamos y se ha puesto nerviosa, eso es todo.

—¿No estaréis metidas en asuntos de drogas? —preguntó con suspicacia.

Olivia rio con ganas.

—No, no es eso. Pero, ahora que lo dices… —Olivia acababa de tener una idea para deshacerse de su compañera de piso y del pesado del vecino, y así poder desaparecer esa misma noche. Acarició el dorso de la mano de Cándido con delicadeza, inclinó la cabeza con un gesto estudiado para que, al mirarlo a los ojos, tuviera que elevar la mirada. Sabía que ese gesto de sumisión y de inocencia volvía locos a los hombres, lo había utilizado más de una vez y ninguno era capaz de resistirse—. ¿Qué tal si nos pasas unas flores de esas tuyas para prepararnos una infusión?

Cándido negó con la cabeza sin demasiado convencimiento y Rebeca frunció el ceño, intrigada.

—Por favor… —rogó Olivia con un mohín que la hacía parecer una niña caprichosa.

Rebeca se cubrió los ojos con la mano y sintió vergüenza ajena al darse cuenta de su juego, pero el tonto que tenía al lado parecía en las nubes. Miraba a su compañera como si estuviera ante una aparición.

—Es muy peligroso, no es algo que haya que tomarse a la ligera. —Cándido trató de convencerla al tiempo que observaba de reojo a Rebeca. No le gustaba que hubiera sacado el tema delante de ella.

—Vaaamos… No sería la primera vez. Ya sé que no hay que poner más de cuatro flores por litro de agua.

—¿De qué estáis hablando? —Rebeca rompió la magia que parecía envolver a los dos.

Olivia carraspeó y soltó la mano de Cándido. Su rostro se transformó en el semblante gélido al que Rebeca había tenido que enfrentarse numerosas veces. Señaló a Cándido con un gesto despectivo.

—Es que aquí, nuestro vecino —comenzó a decir visiblemente irritada—, prepara una infusión de trompeta de ángel que puede hacer que todos tus problemas desaparezcan. No sé tú, pero yo necesito evadirme un poco con todo esto que nos está pasando. No puedo más. Además, como dicen por ahí, mañana será otro día. Pero parece que vamos a tener que buscarlo por nuestra cuenta, porque nuestro amigo se niega a ayudarnos.

Cándido recibió el cambio de actitud de la chica como un cubo de agua fría y se revolvió en el asiento, incómodo.

—¿Eso es lo que llaman floripondio por ahí? —quiso saber Rebeca.

—Eso mismo. ¿Nunca lo has probado?

Rebeca ni siquiera contestó. Una parte de ella se negaba a participar en aquel juego, con las preocupaciones que en ese momento la atormentaban, pero otra, la que la empujaba al vacío sin remedio de la mano de Olivia, la instaba a olvidar todo por unas horas. Miró el reloj. Si no salía en cinco minutos, perdería el tren. Pero ¿cómo iba a presentarse en casa con la cara así de magullada? Su abuela le pediría

explicaciones. Podría inventarse cualquier excusa, aunque lo más seguro era que tuviera que enfrentarse de nuevo a Nadia. Si no encontraba lo que buscaba, la desesperación podía hacer que se lo contara todo a su abuela, y las consecuencias podrían ser funestas.

—Está bien —cedió al fin Cándido con un resoplido—, pero lo prepararé yo.

Olivia emitió un chillido ahogado de satisfacción y saltó a los brazos de Cándido, que la recibió sin saber muy bien cómo reaccionar. Cerró los ojos para inspirar el olor del pelo de la chica, como solía hacer con su pequeña Olivia. Aquel olor a recién nacido era el único recuerdo que aún permanecía en su memoria fresco e inalterable. Por un instante imaginó que la que tenía entre los brazos era la versión adulta de aquella bebé que nunca creció. Una diminuta chispa de felicidad le cosquilleó el estómago y los labios se le curvaron en una sonrisa.

Rebeca observó su reacción con desagrado. No le gustaba nada aquel hombre, y mucho menos dejarlo a solas con su amiga. Fue entonces cuando tomó la decisión de quedarse.

CUANDO CÁNDIDO SALIÓ del apartamento para prepararlo todo, Rebeca aprovechó para llamar a Candela y advertirla de que Juan José no debía ir a recogerla a la estación, porque tenía que quedarse en Valencia al menos esa noche. Se disculpó por haber avisado con tan poca antelación, pero les acababa de surgir un problema. Estaba con otras dos compañeras de clase haciendo un trabajo que debían entregar el lunes. Por desgracia, una de las participantes había tenido un accidente y estaba en el hospital. No era grave, pero no podría hacer nada en todo el fin de semana, así que era necesario que se quedara para terminar lo que les faltaba y poder entregarlo a tiempo. Si todo iba bien, al día siguiente tomaría el primer tren que pudiera para volver a casa. La mujer le hizo muchas preguntas y se mostró muy preocupada.

—Rebeca, hija, ¿estás bien? Te noto rara… —inquirió Candela.

—Estoy cansada, Tata, y algo preocupada por mi amiga, pero nada más.

Hubo un pequeño silencio al otro lado de la línea.

—Es por ella, ¿verdad? Por tu compañera de piso —dijo por fin la mujer—. ¿Te ha vuelto a hacer daño?

—¿Qué dices, Tata? No es eso. —Rebeca echó una furtiva mirada por encima del hombro para asegurarse de que Olivia no la escuchaba —. No nos hablamos desde hace unos días, eso se ha acabado.

—Ya…

Por su tono, Rebeca intuyó que no la creía, pero confió en que Candela supiera entenderla y convencer a su abuela de que no ocurría nada.

—Tata, necesito quedarme hoy. Estaré bien, de verdad. Por favor, ayúdame con la abuela para que no se enfade.

—Esa chica no te conviene, Rebeca. Ahora no lo ves, es imposible, pero…

—Te tengo que dejar. Mi amiga ya está aquí —la interrumpió Rebeca y acto seguido colgó.

Una sensación desagradable en la boca del estómago la hizo suspirar. Odiaba tener que mentirle así a la única persona que le demostraba algo de cariño. No tendría que haberle contado lo que le ocurría con Olivia porque, conociendo a Candela, iba a darle la lata con el tema por cualquier tontería. Pensaba en ello cuando Cándido hizo acto de presencia.

SENTADOS EN EL suelo alrededor de la mesa de centro, los tres se sirvieron de la jarra que contenía la infusión de floripondio y dieron el primer sorbo. Olivia apenas se mojó los labios, debía mantenerse lúcida. Sus siluetas temblaban a la luz de las velas aromáticas que ella misma se había encargado de encender por todo el salón para darle a la escena un aire espiritual. Cándido se bebió el vaso de un trago, pero Rebeca dudó: sabía a rayos.

—Tienes que apurar el vaso —la animó Olivia ofreciéndole la mejor de sus sonrisas.

Rebeca la observó con cierta suspicacia.

—Solo si tú haces lo mismo —respondió devolviéndole la sonrisa.

Olivia maldijo para sí a su amiga sin alterar su semblante amable y se llevó el vaso a los labios para darle un pequeño trago. Su amiga la imitó bebiendo la misma cantidad que ella. No era suficiente. Trató de pensar con rapidez. Ella misma se había metido en una encrucijada de la que no sabía cómo salir. Ya había probado la infusión en otras ocasiones, quizá no le hiciera tanto efecto si lograba controlar la mente…

—¡Venga! —la animó Rebeca empujando su vaso para hacerle beber —. ¡No me digas que ahora te vas a rajar!

Olivia sonrió y, desafiando a su amiga con la mirada, apuró el contenido del vaso. Rebeca sonrió e hizo lo propio.

Los tres se sujetaron las manos y cerraron los ojos. Unos minutos después, Rebeca abrió un ojo para ver lo que estaba ocurriendo a su alrededor, pero todo seguía igual. No notaba nada. Vio a *Manchurrón* sentado en el suelo a su lado. El animal los observaba con curiosidad. ¡Mira que era feo el bicho! En el mismo instante en que ese pensamiento se materializó en su cabeza, el gato la miró y sonrió. Era una sonrisa extraña, humanizada. Entonces, ante la expresión de incredulidad de Rebeca, comenzó a hablar.

—Lo importante no es lo que uno ve por fuera, Rebeca. Deberías

haber aprendido eso ya —dijo muy ufano.

Ella dio un respingo y soltó las manos de sus compañeros, que abrieron los ojos y la miraron extrañados.

—¡El gato está hablando! —exclamó señalando a *Manchurrón*, que se levantó y comenzó a sacudirse hasta que su pelaje se transformó en el de un precioso gato persa que la miraba con unos enormes ojos verdes y le dedicaba una gran sonrisa.

Rebeca se arrastró por el suelo hasta él y quiso tocarlo. Nunca había visto nada tan hermoso. El gato se dejó acariciar y se acercó a ella para susurrarle secretos al oído. La chica escuchó extasiada lo que aquel dios de los gatos tenía que contarle. Con cada revelación, los ojos se le abrían un poco más, pero las pupilas dilatadas se mantenían fijas en el blanco infinito de la pared de enfrente.

Cándido se frotó los ojos con avidez, lo veía todo borroso. Tras unos instantes en los que cayó en la paranoia de tener que restregar más y más fuerte si quería poder ver algo, de repente alguien le sujetó las manos. Abrió los ojos y, entre tinieblas, descubrió a una exuberante mujer delante suyo.

Olivia miró a su alrededor con la sensación de estar flotando; su cuerpo parecía haber adquirido una súbita ingravidez. Entre risas, jugó unos instantes con unos brazos que habían dejado de obedecerla y subían y bajaban solos, como si un hilo invisible los accionara. Su cuerpo era extremadamente ligero y la sensación de agilidad era tal que se sentía como si estuviera en las nubes. Nunca había experimentado algo tan placentero.

Pensó que lo que había tomado la estaba afectando en ese aspecto, pero creía seguir lúcida. Miró a sus compañeros. Cándido hablaba muy interesado con alguien que ella no podía ver y Rebeca retozaba en el suelo, ronroneando y maullando ante un *Manchurrón* que observaba sus gestos con desconfianza. A aquellos dos les había pegado mucho más fuerte que a ella, se había salido con la suya. Rio sin control durante un rato indefinido y después se quedó pensativa. Tenía que hacer algo urgente, pero ¿qué? Una ráfaga de lucidez cruzó por su cabeza y se dirigió con premura a su cuarto para hacer la maleta. Pero solo había recorrido unos metros cuando sonó el timbre. Al mismo tiempo, una alarma lejana que le decía que podía estar en peligro resonó en su mente. Pero no tardó en desactivarse para dar paso a otros pensamientos un tanto deslavazados. Cuando abrió la puerta se encontró a Diego al otro lado, mostrándole una botella de vino y dos copas con una sonrisa tentadora.

—¿Te apetece un poco de vino?

—Tú no deberías estar aquí —acertó a decir, aunque no sabía muy bien por qué.

—¡Vaya! Menudo recibimiento, Oli. ¿Estás colocada?

—No sabes cuánto —rio ella y le hizo pasar llevándolo de la mano hasta el salón.

—¿Qué habéis tomado? —preguntó divertido al ver a los otros dos, uno hablando solo y la otra haciendo cosas raras en el suelo.

—Toma, tú también tienes que beber.

Olivia casi lo obligó a ingerir la bebida. Sabía tan mal que la rechazó al instante.

—¡Puaj! ¿Qué demonios es esto?

Ella bebió un sorbo y le dio un beso apasionado con los labios húmedos. Después empujó la bebida hasta su boca para hacerle beber.

—Bebe, vas a flipar.

Al principio se mostró reticente, pero los pechos turgentes de la chica, insinuándose a través de la camisa ligeramente abierta, le hicieron cambiar de opinión. Apuró hasta la última gota con una exclamación de repugnancia.

—Así me gusta —dijo ella. Sonrió y lo llevó de la mano hasta la habitación.

Diego se sentó sobre la cama, dejó las copas sobre la mesita de noche y abrió la botella mientras ella rebuscaba en un cajón.

—Lo estaba guardando para un momento especial, pero puede que nunca llegue esa ocasión, así que… —dijo Olivia sacudiendo ante él una bolsita de polvo blanco.

Diego no la entendió bien. La chica hablaba como si tuviera la lengua dormida, pero aquel detalle dejó de importarle cuando ella comenzó a besarlo. Apenas le dio tiempo a dejar la copa sin derramar la bebida y comenzó a desnudarla. Cuando logró quitarle la camisa, antes de cerrar los ojos y rendirse al deseo, alcanzó a ver cómo la prenda caía al suelo, sobre la odiosa bolsa de plástico que tan poco le gustaba. En ese momento Olivia se volvió para recogerla.

—Vamos a jugar —susurró agitando la bolsa en el aire.

Cándido vio que su diosa se transformaba en una serpiente. De pronto, esta adoptó de nuevo cuerpo de mujer. Le costó un rato descubrir que era Olivia la que había ocupado ese cuerpo, y algo menos darse cuenta de que la chica estaba montándoselo con un tipo delante de sus narices. Se incorporó a duras penas, todo le daba vueltas, y salió de allí sujetándose a unas paredes que se movían al contacto de sus manos como cortinas colgadas del techo.

Al entrar en su casa se lanzó sobre la cama y su mente se sumió en la oscuridad.

El precioso gato que le había descubierto secretos inconfesables comenzó a andar y le hizo un gesto a Rebeca para que lo siguiera. Ella se arrastró tras él hasta llegar a la habitación de Olivia. Se quedó un momento de rodillas en el suelo, extasiada al ver cómo su amiga y Diego disfrutaban del sexo. No acababa de entender por qué ella

insistía en taparse la cabeza con una bolsa, pero, de repente, sintió una terrible atracción por sus cuerpos y quiso formar parte de aquello. Se desnudó con torpeza y se acercó a la cama.

36

Congelado

ANTONIA DEJÓ LAS bolsas en el suelo para buscar la llave en el bolso. Iba cargada, como cada vez que volvía de Cuenca. A Federico le gustaban mucho las comidas del pueblo y siempre le llevaba zarajos, chorizos y unos buenos torreznos que, con suerte, le durarían hasta que ella volviera un mes después a visitar a sus familiares.

Entró en la casa y fue directa a la mesa de la cocina para dejar las bolsas. A continuación, arrastró su rolliza figura hasta el armario en el que guardaba la ropa de trabajo para colocarse la bata y las zapatillas. Consultó el reloj. Tenía cinco horas por delante para hacer la casa al completo y planchar un poco antes de que Federico volviera de trabajar.

Mientras limpiaba, ponía la olla y aprovechaba para dejarle preparadas las comidas de la semana, porque él no era mucho de cocinar. Separó parte de la carne que había comprado en el pueblo y la metió en la nevera; el resto lo pondría en el congelador del garaje para conservarlo durante más tiempo. Al pasar por el salón encendió la cadena y puso la radio. Le gustaba escuchar música mientras limpiaba. En ese momento sonaba una melodía pegadiza en inglés. Ella no entendía una sola palabra, porque ni siquiera había acabado la escuela. Aun así, bajó las escaleras tarareando, que para eso no necesitaba saber idiomas.

Al abrir la puerta del garaje enseguida se percató de la gran mancha oscura que había en el suelo de cemento. Se preguntó qué demonios había derramado allí el dueño de la casa. Quizá se tratara de aceite o gasolina. Lo que estaba claro era que le iba a costar sacarla porque, fuera lo que fuera, el cemento había acabado absorbiendo gran parte del líquido y el resto se había convertido en una negruzca mancha reseca. Tenía toda la pinta de llevar varios días allí.

Antonia frunció el ceño, contrariada. Estaba por dejarlo así para que él lo viera cuando llegara. Dirigió sus pasos hacia el congelador, evitando pisar toda aquella suciedad; no le hacía ninguna gracia tener que dejarse los riñones para limpiarla. Cuando abrió la tapa del arcón, dejó caer las bolsas al suelo. Ni siquiera pudo gritar porque se quedó sin voz, pero se llevó la mano al pecho, convencida de que le estaba dando un infarto.

Dentro estaba Federico, encogido en posición fetal entre paquetes de comida congelada. Su rostro escarchado tenía la boca abierta, y los

ojos muertos y cristalinos parecían contemplar un infinito helado. Su pelo canoso y largo que tanto cuidaba estaba sucio de sangre congelada y se extendía hacia atrás como si el viento lo hubiera agitado antes de solidificarse. Antonia alcanzó a ver el agujero oscuro de su frente y entonces se desmayó. Mientras tanto, ajena a los pesares del mundo, la voz de Whitney Houston sonaba con ritmo alegre en el piso de arriba, insistiendo en que quería bailar con alguien.

LA MUJER NO pudo decirles mucho cuando Runa y su compañero se presentaron en la casa que limpiaba. Estaba muy impresionada por la escena que había presenciado y no era capaz de articular más de dos o tres palabras seguidas. Lo único que habían sacado en claro hasta el momento era que había pasado unos días en el pueblo y que llevaba cinco días sin trabajar y sin ver a Federico, con lo que el crimen debió de cometerse en ese periodo de tiempo. La última vez que lo vio no notó nada fuera de lo normal.

La escena del crimen parecía limpia, a excepción de la mancha en el suelo del garaje que, con toda seguridad, fue donde la víctima recibió el disparo. Runa estaba segura de que no encontrarían muchas más pistas. Aun así, ya se estaban recogiendo muestras por toda la casa. Cuando la sirvienta pareció haberse recuperado del *shock* inicial, los policías intentaron hablar con ella de nuevo.

—¿Podría repetirme el nombre completo de la víctima? —preguntó Runa libreta en mano.

—Federico Tejedor Ruiz —respondió ella tras sonarse los mocos. Estaba sentada en una de las sillas del salón, y no paraba de suspirar y sollozar—. Madre mía, este susto ya no me lo quita nadie, me voy a la tumba con él.

—¿Sabe a qué se dedicaba? —siguió Runa sin querer darle mucha cancha para que se centrara en las preguntas.

—Pues creo que era vendedor de arte o algo así, pero tampoco sabría decirles. Solo sé que la casa está llena de cuadros, estatuas y cosas antiguas. Él siempre me advertía que tuviera cuidado al limpiar porque, según él, eran carísimas.

Los dos policías cruzaron una mirada elocuente. Aunque Roi se había disculpado en el coche por la mala contestación del día anterior, apenas habían hablado desde entonces. Runa no le había dado la menor importancia, no siempre uno tiene un buen día, ¡que se lo dijeran a ella! Pero pensaba hacerle sufrir un poco más.

Roi se levantó e hizo un recorrido por el salón, estudiando cada objeto antiguo que encontraba bajo la atenta mirada de las dos mujeres. Ambos policías habían comprendido enseguida una posible relación con el caso que los ocupaba. Dos muertos con sendos orificios de bala en la cabeza y piezas de arte o arqueológicas como telón de

fondo. No podía ser una casualidad.

—Esa mancha del garaje… —comenzó a decir Antonia con voz temblorosa—, era su sangre, ¿verdad?

Runa la miró y asintió.

—Es lo más probable, sí.

Entonces la mujer comenzó a sollozar de nuevo y ella se incorporó para dejarla sola. No tenía el cuerpo para intentar consolarla. Se acercó a su compañero y se puso a observar con curiosidad una pequeña figura de barro con forma de mujer de grandes senos que estaba colocada sobre un pedestal. Era similar a las Venus paleolíticas tan famosas que había visto en innumerables ocasiones.

—Salta a la vista que los casos están relacionados —dijo como quien no quiere la cosa.

—Sí… —respondió Roi, al que había tomado por sorpresa.

Ella se quedó en silencio, consciente de que aquel era un paréntesis incómodo para su compañero, que imaginaba que seguía enfadada con él por la mala contestación que le había dado el día antes.

—Oye, Runa…, de verdad que lo siento. Últimamente estoy un poco gilipollas…

Runa lo miró y alzó las cejas.

—Es muy poco profesional por tu parte hablar de cosas personales en la escena de un crimen. Céntrate, joder —le dijo muy seria.

Roi carraspeó y pareció descolocado.

—De acuerdo, perdón.

—Anda, no seas bobo. ¡Te estoy tomando el pelo! —Le dio una fuerte palmada en el hombro—. Pero no vuelvas a hablarme así si quieres seguir vivo.

Roi sonrió e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Pensaba de verdad que no ibas a perdonarme…

—No estaba enfadada. En realidad, más que lo que dijeras, me duele que no confíes en mí para contarme lo que sea que me estés ocultando.

Roi tardó unos instantes en responder.

—Hay cosas que es mejor no contar, Runa. No es necesario. ¿Acaso tú me lo cuentas todo?

Runa esbozó una sonrisa cuando se acordó de su último encuentro con Klaus. Roi tenía razón. Por muy bien que se llevaran, había cosas que era mejor no contar.

—Pues que así sea —dijo y le guiñó un ojo—. A partir de ahora no insistiré. Solo quiero que sepas que, si algún día decides hablar, aquí me tienes.

—Lo mismo digo, compañera.

En ese momento se procedía a la dificultosa tarea de trasladar el cadáver en una camilla. El cuerpo aún seguía congelado y la postura

que había adoptado en el congelador no facilitaba las cosas. Lo movieron entre cuatro personas, con cuidado de no golpear las partes que sobresalían. No pudieron meterlo en una bolsa para no dañarlo, así que iba tapado con mantas térmicas que no acababan de cubrirlo por completo. Antonia se puso a gritar y a implorarle a Dios cuando lo vio y tuvo que ser atendida por uno de los agentes.

En aquella ocasión no fue Natalia la forense encargada de ocuparse del cadáver. El hombre que la había sustituido, que debía de ser nuevo porque no lo conocían, no estaba por la labor de darles demasiados detalles. El estado del cuerpo no permitía hacer una valoración rápida de la hora de la muerte; tendrían que esperar a la autopsia y al análisis de balística para saber más. No se había encontrado el casquillo, pero sí la bala, que había atravesado el cráneo antes de incrustarse en la pared.

37

Materia y energía

SE ENCONTRABAN DE nuevo en el Instituto Anatómico Forense hablando con Natalia, que había llevado a cabo la autopsia del cadáver encontrado en el pantano y que, como sospechaban, se trataba de Diego Lago.

—Lo torturaron de forma brutal —comenzó a explicar Natalia a Runa y Rodrigo en su despacho—. Tenía seis dedos rotos y le faltaban tres dientes, fractura de la nariz y múltiples golpes en cabeza y torso. Las muñecas y los pies mostraban las laceraciones típicas de haber estado atado. Y, como podéis imaginar, el desenlace fatal se debió al tiro que recibió en la sien. La bala atravesó el cráneo y no se ha recuperado, pero el agujero de entrada es compatible con una munición de 9 milímetros. El tipo de munición coincide con la recuperada en la escena del crimen del cadáver encontrado ayer, el del congelador. Yo no he podido encargarme de su autopsia, pero conozco a quien lo hizo y no hay ninguna muestra de violencia en el cuerpo. Solo el impacto de bala en la cabeza. Justo hace un rato os acababa de enviar por *e-mail* el informe.

Los dos policías asintieron al unísono.

—¿Podemos saber cuándo murió Diego? —preguntó Roi.

—Por el estado del cuerpo y el grado de descomposición, debía de llevar muerto entre cuatro y cinco días.

—El cuerpo estaba muy hinchado cuando lo encontramos —comentó Runa—. No fuimos capaces de identificarlo a simple vista.

—Es por el proceso lógico de descomposición. La falta de oxígeno hace que nuestras propias bacterias intestinales se desaten y comiencen a digerir el intestino desde dentro. La digestión del hígado se inicia en unas veinte horas, y tras sesenta horas ya se han extendido por la mayor parte de los órganos. La descomposición no es más que la sustitución de bacterias aeróbicas, que necesitan oxígeno para vivir, por las anaeróbicas, que no lo necesitan. Estas se alimentan de la fermentación de los azúcares y producen gases que se acumulan en el cuerpo, de ahí que se hinche de esa manera, comenzando normalmente por el abdomen.

Runa frunció el ceño.

—Es muy desagradable… Y eso sin tener en cuenta el horrible hedor que desprende.

—Hay que pensar en ello como parte del ciclo destructivo de la

materia. En la naturaleza, el olor atrae a moscas y otros invertebrados. En las condiciones adecuadas, unas pocas moscas pueden devorar el cuerpo de una vaca tan rápido como un león. Las larvas de las moscas atraen a aves y otros carroñeros, y en pocos días el ciclo estará completo.

—Tú lo ves siempre todo muy sencillo —comentó Runa—. Hay una ligera diferencia entre una vaca y un ser humano.

—Los dos son materia, Runa. Todo lo demás es subjetivo. Somos energía atrapada en esa materia, tanto nosotros como el resto de los seres vivos. Una vez morimos, esa energía se libera y vuelve a formar parte del universo. Yo lo veo así.

—Supongo que algo de razón tienes. Siempre olvido que tu razonamiento es científico. ¿Qué más nos puedes contar?

—El cuerpo presentaba arañazos en la espalda en proceso de curación. Cuando tengamos los análisis de ADN podremos cotejarlo con el de las células epiteliales encontradas bajo las uñas de Olivia Llopis, y también con el semen encontrado en la cama en la que apareció muerta.

Los dos policías asintieron.

—Pero me he dejado lo más interesante para el final. —Natalia les dedicó una sonrisa y a continuación les mostró un bote de muestras con algo dentro.

—¿Qué es eso? —Runa se acercó para ver lo que contenía. Parecía una mariposa diminuta.

—Esto estaba en el oído del cadáver.

—Un bicho. No es tan extraño, debió de estar a la intemperie bastantes horas —repuso Roi.

—No es un bicho cualquiera, como tú indicas. Al principio me descolocó bastante. No es de una especie muy común, jamás lo había visto. Pero empecé a investigar y descubrí algo muy interesante.

La forense hizo una pausa para observar a los dos policías.

—Venga, no nos dejes así, que mira que te gusta hacerte de rogar —la reprendió Runa.

—Se trata de una *Valenciolenda fadaforesta* [10].

—Vas a tener que repetir eso —dijo Runa algo sorprendida.

—La *Valenciolenda fadaforesta* es un insecto diminuto, similar a una mariposa, que se ha descubierto hace muy poco en ciertas cuevas de zonas boscosas de la Comunidad Valenciana. Se llama así porque las alas de los machos, traslúcidas y con unos pelillos azulados en los bordes, recuerdan a las de las hadas. No poseen ni ojos ni ocelos, son muy curiosas. Se han descubierto en cuevas de la Sierra Calderona, Les Rodanes y Vilamarxant.

—Vaya, el hada de los bosques valencianos —exclamó Roi—. ¿No se encuentra en ningún otro lugar?

—De momento los ejemplares estudiados solo han sido hallados en esa zona.

—Es la zona en la que se encontró el cadáver —aseveró Runa—, es probable que lo trasladaran desde alguna cueva cercana hasta el pantano.

—Parece que estamos ante una ejecución y posterior ocultación del cuerpo —comentó Roi.

—En cuanto al cadáver de Olivia Llopis, tengo aquí el informe sobre las muestras de ADN que tomamos. —Natalia buscó entre las carpetas de su mesa—. Os lo he enviado también junto al otro. En la escena del crimen se han encontrado tres muestras de ADN diferentes a las del cadáver. Una de sexo masculino en el semen y bajo las uñas de Olivia, que está a la espera de que se puedan cotejar con los análisis de Diego Lago. Y dos de mujer.

—¿Tres? —preguntó Runa intrigada—. Eso implica que en la escena del crimen había al menos cuatro personas, incluida la víctima.

—Así es.

—¿Y solo una de hombre? —Runa pensaba en Cándido. Si la única muestra existente era de Diego…

Natalia asintió.

—¿Recordáis que os dije que había encontrado una pequeña gota en la esfera del reloj de la víctima?

—Dijiste que quizá no fuera importante —comentó Roi.

—Pues lo es. Se trata de una lágrima con restos de diclofenaco sódico, un antiinflamatorio, y varios compuestos más que se utilizan en algunos colirios. La muestra estaba muy degradada como para extraer ADN de ella, pero sí que hemos podido extraerlo de los restos de células epiteliales encontrados en las asas de la bolsa. Pertenecen a otra mujer.

—Así que alguien lloró en la escena del crimen —apuntó Runa—. Alguien que tiene problemas oculares y utiliza un colirio. O quizá fuera la propia víctima la que usara ese colirio y el dato no signifique nada.

—Entonces, es probable que fuera una mujer la que asfixiara a Olivia —completó Rodrigo.

—Podría ser, sí —confirmó Natalia.

—¿Y la otra muestra de ADN? —preguntó Runa.

—Es la muestra que se encontró en el vómito que había sobre la cama y un par de cabellos. Tenemos una coincidencia con la muestra que nos enviasteis de la otra chica, Rebeca Blasco.

—¿Rebeca estaba en la escena del crimen? —preguntó Runa sin sorprenderse demasiado—. ¿Pudo contaminarse la escena en algún momento? Después de todo, vive allí.

Natalia se encogió de hombros.

—El vómito que encontramos sobre las sábanas no era reciente. Si la chica hubiera vomitado el día que descubrió el cadáver, lo sabríamos. Lo hizo mucho antes.

38

La cueva

Sábado, 15 de octubre. Diego

DIEGO ABRIÓ LOS ojos con dificultad, molesto porque alguien lo estaba sacudiendo con brusquedad. Una luz hirió sus ojos de forma tan súbita e inesperada que sintió como si miles de diminutas esquirlas de hielo le taladraran las pupilas.

—¡Despierta! —Alguien volvía a zarandearlo con saña.

Hizo un esfuerzo por volver a abrir los ojos, pero estaba completamente cegado. Solo era capaz de captar una extraña composición de luces y sombras agitándose a su alrededor. La cabeza le daba vueltas y la sed lo atormentaba. Emitió un quejido de dolor al intentar moverse. ¿Qué demonios le pasaba? Era como si los músculos no le respondieran.

—¡Venga, despierta de una vez! —Aquella furibunda voz de mujer le llegó acompañada de un tortazo que lo puso en alerta al instante. En apenas unos segundos se percató de que estaba sentado en el suelo, con las manos inmovilizadas a la espalda y apoyado contra una pared cuya humedad podía sentir entre los dedos. Asustado, se revolvió para intentar soltarse, pero solo consiguió lacerarse las muñecas.

—¡Escúchame!

Él volvió a hacer un esfuerzo infructuoso por abrir los ojos y verle el rostro. Por la voz, parecía una chica joven.

—¿Que ocurre? —balbuceó sintiendo la lengua tan seca e hinchada que le sobrevino una arcada.

—¿Dónde están? ¿Dónde las has guardado?

—No sé de qué me hablas —logró argumentar no sin esfuerzo. Otro golpe en la cara lo pilló tan de sorpresa que le hizo ver las estrellas.

—¡Como no me digas dónde tienes las piezas, te mato!

Diego seguía sin entender a qué se refería, pero le había parecido notar un cierto matiz de duda en aquella afirmación tan contundente y aquello lo envalentonó. Entonces se percató de que tenía los pies libres. Ella no se había molestado en atárselos como lo había hecho con las manos. Comprendió que tenía que salir de allí cuanto antes y, sin pensarlo dos veces, lanzó una patada al aire con la esperanza de alcanzar la cara de la chica. Un crujido sordo acompañado de un grito de dolor le indicó que había dado en el blanco. Sin perder un segundo, se incorporó y echó a correr. Estaba en una especie de túnel

subterráneo o cueva. Le pareció ver a lo lejos la claridad de una posible salida, y se dirigió hacia allí. Solo había recorrido unos metros cuando alguien se le echó encima con un placaje digno de las mejores jugadas de *rugby*. Cayó al suelo y sintió un dolor agudo en el hombro que lo dejó sin aliento unos segundos.

—¡Para, joder! —gritó una voz masculina cuyo propietario trataba de sujetarle las piernas para que no lo pateara. Pronto notó el peso de otra persona sobre él, que lo inmovilizaba y lo golpeaba a partes iguales.

Al darse cuenta de que los agresores eran al menos dos, buscó sus rostros con la mirada. Dos linternas emitían una ráfaga de luz desde el suelo de manera totalmente arbitraria, pero iluminando lo suficiente el lugar como para permitirle ver los rostros cubiertos con un pasamontañas. Entonces entró en pánico.

—¡Dejadme! ¡Estáis cometiendo un error!

—Por última vez, ¿dónde están las piezas? —La voz sonaba cada vez más agresiva.

—Pero ¿qué piezas? —gritó desesperado antes de que otra lluvia de golpes lo hiciera callar.

Diego se encogió sobre sí mismo para minimizar el daño mientras una oleada de rabia lo iba invadiendo con cada sacudida. Ya era suficiente. Se armó de valor y respondió a la agresión con una fuerza y una violencia que no supo muy bien de dónde salían.

Todo su cuerpo se tensó al incorporarse mientras gritaba como un poseso. La chica, sorprendida, dejó de pegarle y se quedó unos segundos perpleja ante su reacción, tiempo que Diego aprovechó para darle un cabezazo con todas sus fuerzas en plena cara. Ella cayó hacia atrás y él salió de nuevo a la carrera con las manos atadas aún a la espalda. La adrenalina le espoleaba los músculos y cada vez veía su salvación más cerca. El objetivo era salir de allí, después ya improvisaría algo sobre la marcha. Su cabeza era un avispero de ideas que zumbaban de un lado a otro sin detenerse lo suficiente como para que pudiera tenerlas en consideración y utilizarlas en su beneficio. Solo una de ellas destacaba entre las demás, como si estuviera provista de unas deslumbrantes luces de neón: «¡Corre, no te detengas!».

Tardó muy poco en llegar a la salida de lo que ya había identificado como una cueva. Estaba casi seguro de que los otros dos se habían quedado dentro, pero el instinto de supervivencia le hizo mirar hacia atrás para cerciorarse. Soltó el aire con alivio al percatarse de que nadie lo perseguía. Estaba de suerte. Pero el momento de euforia le duró lo que tardó en volverse hacia la salida y encontrarse de frente con la culata de una pistola que se estrelló contra su rostro. La sensación fue la de chocar con un rinoceronte furioso. Diego escuchó un horrible crujido dentro de su cabeza, y la realidad se volvió tan

oscura como los rincones más alejados del interior de la cueva de la que aún no había logrado salir.

39

Hacer las cosas bien

Sábado, 15 octubre. Toren

—¡MENUDA CHAPUZA HABÉIS hecho! —La voz iba coreada por los gruñidos propios del esfuerzo que el hombre hacía al arrastrar el cuerpo desmadejado de Diego al interior de la cueva—. Aunque tengo que reconocer que habéis encontrado el lugar perfecto.

Tanto Xisco como Nadia, que aún estaba mareada por el golpe que había recibido y seguía en el suelo, se pusieron en guardia al identificar el acento extranjero del tipo que se acercaba. Los dos, desprovistos ya del pasamontañas, se dirigieron una mirada preocupada. Sus cabezas, iluminadas por la tenue luz de las linternas, formaban sombras en las paredes de piedra.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Xisco sin estar muy seguro de querer saberlo en realidad.

—Vais dejando rastro como un cubo de mugre repleto de agujeros. Puedo oler vuestra mierda a distancia. —Toren descargó a Diego sobre el suelo sin miramientos.

—¿Qué es lo que quieres, Michael? —Nadia apenas podía articular bien las palabras debido a las oleadas de dolor que irradiaban desde la nariz al menor movimiento y se le extendían por todo el cráneo. Tenía el rostro cubierto de sangre.

Toren los miró con condescendencia.

—Parece que los tres tenemos el mismo objetivo. La diferencia es que yo voy a hacerlo bien. Pásame eso. —Señaló la coleta de la chica, sujeta con un pañuelo azul con estampado de cachemira.

Ella obedeció, pero tuvo que reprimir un escalofrío al entregárselo. Aquel hombre era un asesino que ya había matado al menos a una persona y los había intimidado enviándoles las imágenes del cadáver a los móviles. Se puso en pie con la ayuda de su amigo y se retiró unos metros. Cada célula de su cuerpo la instaba a alejarse.

Los dos observaron cómo el hombre colocaba bocabajo a Diego, que seguía inconsciente en el suelo, y le flexionaba las piernas para atarle los pies a las muñecas con el pañuelo. Ella hizo un gesto de disgusto, intuyendo que jamás volvería a ponerse aquel pañuelo que tanto le gustaba.

Tras asegurar bien el nudo y dejar a Diego en una postura que forzaba al máximo sus extremidades, el extranjero se incorporó y se

sacudió las manos antes de cruzarse de brazos y dirigirse a ellos.

—Corregidme si me equivoco. Al parecer habéis perdido mis piezas, ¿no es así?

Los chicos volvieron a mirarse con cara de circunstancias, pero ninguno respondió.

—No tengo todo el día y no me gustan los retrasos. Me vuelvo irritable cuando alguien obstaculiza mi trabajo, no sé si me entendéis. —Su expresión sarcástica acompañó al repetido chasquido de dedos con el que los conminaba a empezar a hablar.

—Cuando fuimos a por ellas nos dimos cuenta de que alguien las había robado —comenzó a decir Nadia—. Averiguamos quién lo hizo, pero ya era demasiado tarde.

Nadia tragó saliva. Era probable que aquel tipo no creyera su versión de los hechos. Si era así, estarían en un buen lío.

—¿Y?

—La chica que las robó se las regaló a su compañera de piso, pero ella asegura que no las tiene.

—Y vosotros pensáis que las tiene este pobre desgraciado… —afirmó Toren señalando el cuerpo de Diego con un gesto y sin demasiado convencimiento.

—Registramos toda la casa y allí no estaban. Ella dijo que se las había dado a él porque es profesor de Historia o algo así y que iba a estudiarlas… Entonces, averiguamos dónde vivía y nos colamos en su apartamento. —Nadia hablaba de forma precipitada, intentando explicarse lo mejor posible a pesar de las terribles punzadas de dolor que le martilleaban el cráneo—. Pero allí tampoco encontramos nada. Pensamos que es posible que las haya llevado a la universidad…

—No ha sido culpa nuestra —quiso dejar claro Xisco, tan asustado que la voz le salió aflautada—. Cuando por fin dimos con él lo dejamos inconsciente y lo trajimos aquí para que nos dijera dónde las tiene. No podíamos hacer mucho más.

—Ya. —Toren asintió mientras daba un par de vueltas alrededor del cuerpo de Diego con gesto pensativo. Tras unos instantes de incómodo silencio, barrió el pesado aire del interior de la cueva con un ademán exagerado de la mano, que giró sobre sí misma en espiral para acabar señalando a los chicos, como si hiciera uso de una barita mágica invisible.

—He decidido que voy a creer lo que me habéis contado, así que os voy a enseñar cómo hay que hacer las cosas cuando quieres obtener resultados favorables.

A continuación, bajo la atenta y asustada mirada de Nadia y Xisco, que instintivamente se acercaron el uno al otro hasta que sus hombros entraron en contacto, empezó a remangarse la camisa con mucha calma. Cuando acabó, cogió por los pelos a Diego para hacer que

levantara la cabeza y comenzó a darle tortazos hasta que logró despertarlo.

Diego aún tardó un rato en ser consciente de la situación en la que se encontraba. Cuando recordó lo ocurrido y se dio cuenta de que estaba totalmente a merced de sus agresores, entró en pánico y comenzó a gritar. La reacción de Toren fue estrellarle la cara contra el suelo de la cueva y apretar hasta que la necesidad de oxígeno superó a la de vocear.

—Tengo mucho interés en que tú y yo mantengamos una conversación como dos personas adultas. Vamos a estar así hasta que lo comprendas.

Diego gemía de dolor y trataba de mover la cabeza con la esperanza de poder encontrar una vía de aire que aliviara sus pulmones, que ya sufrían la carencia de oxígeno.

Toren dejó de presionar y Diego aspiró una profunda bocanada de aire, pero estaba tan cerca del suelo que le llegó adulterada con restos de tierra y polvo. El efecto inmediato de aquello fue una tos agónica que le fue imposible controlar durante un rato.

—¿Lo has entendido? —preguntó Toren cuando estuvo más o menos repuesto.

Diego tenía los ojos llorosos y restos de saliva en las comisuras de los labios. Toda aquella humedad, combinada con el polvo, le confería un aspecto sucio y demacrado. Miró a su interlocutor y este asintió con cierta satisfacción al descubrir el temor reflejado en unos ojos cuyas órbitas parecían haber encogido y a duras penas podían darles cobijo.

—Bien. Solo te lo voy a preguntar una vez. ¿Dónde están las piezas?

Diego soltó un bufido de desesperación al que siguió un llanto silencioso que evidenciaba su ansiedad.

—No sé de qué demonios me estáis hablando. ¡No tengo conocimiento de ninguna puta pieza! —sollozó.

Nadia y Xisco se miraron. Ambos intuían que aquello podía ser un terrible error, porque el hombre parecía sincero.

Toren, o Michael, como se había presentado a los dos chicos, soltó la cabeza de Diego y hurgó entre las cuerdas que lo ataban hasta encontrar uno de los dedos. A continuación, con un movimiento brusco, tiró de él hacia atrás hasta que se escuchó un horrible crujido al que le siguió un alarido.

Xisco agarró a Nadia por el brazo y ambos echaron a correr hasta la salida con la torpeza de la precipitación. A unos pocos metros, el chico tuvo que parar a vaciar todo lo que contenía su estómago.

—Tenemos que irnos, ese tío es un psicópata, ¿no te das cuenta? ¡Después vendrá a por nosotros! —gritó una vez fuera, alejándose a la carrera. El aire de la tarde le refrescó el rostro congestionado por el

vómito, pese a que aún no hacía frío.

—¡No podemos! —refutó Nadia, que de repente dejó de correr.

—Pero ¿qué…? —Xisco se acercó a ella con gesto airado—. Escúchame, lo tengo todo preparado. Pensarán que hemos viajado a Tailandia. Nuestros nombres aparecerán entre los de los pasajeros de los vuelos de mañana y dejaré los rastros convenientes como para que se traguen que hemos llegado allí y hemos dormido en varios hoteles. Incluso tomaremos algún vuelo local que nos lleve a alguna de las islas donde se perderá nuestro rastro. Pero la realidad será que estaremos a miles de kilómetros de allí, viajando con pasaportes falsos.

—No podemos, Xisco. Me he dejado dentro la mochila. Dentro está mi documentación y el móvil. Joder, ¡hasta las llaves de la furgoneta se han quedado allí!

—¡Mierda! —El chico se pasó las manos por el pelo y se rascó el cuero cabelludo con vehemencia.

—Tenemos que volver.

—¡Ni hablar! Yo no vuelvo con ese tío ahí dentro. ¿Acaso quieres morir?

—Pues esperaremos a que se vaya.

—¡La madre que…! —Xisco se llevó el puño a la boca y lo mordió con fuerza hasta sentir dolor. Las piernas lo llevaban de un lado a otro, siempre en círculos.

—Escucha, vamos a escondernos y a esperar a que se vaya. Entonces entramos, recuperamos mis cosas y después hacemos lo que tú quieras.

De las entrañas de la tierra les llegó otro terrible alarido.

—¡Dios mío! —sollozó el chico—. Lo va matar, estoy seguro.

—Eso ya no es asunto nuestro. A veces uno hace lo que tiene que hacer porque no le queda otro remedio.

Xisco iba a replicar, pero frunció los labios en una mueca de disgusto cuando se escuchó otro lejano grito de dolor. Se percató de que, en esa ocasión, se trataba más bien de un lamento agudo y persistente que parecía no tener fin. Intuyó que había algo diferente en él. Quizá la certeza de un final próximo y horrible había despojado a aquella voz de todo su vigor inicial. Había oído decir que ciertas personas pueden oler el miedo. En su caso, estaba seguro de que acababa de escucharlo.

Nadia tiró de él y los dos se refugiaron tras unos arbustos a cierta distancia de la cueva.

—Mira. —Nadia señaló un lugar entre los árboles donde permanecía semioculta una moto negra—. Ha debido de seguirnos porque, si no, no entiendo cómo ha podido dar con nosotros.

—Es posible que lo hayamos tenido pegado a nuestras espaldas

desde que hablamos con él ayer en La Marina. Si es así, es muy bueno, porque yo he estado atento y no he sospechado en ningún momento que alguien pudiera estar siguiéndonos.

—No sé quién es este tío, pero no es ningún aficionado, Xisco. Es peligroso.

—¡Pues con más motivo deberíamos irnos ya! La casa no está muy lejos. Caminando por el bosque podríamos llegar en algo más de media hora. Recogemos todo y nos vamos.

Nadia valoró el plan de su amigo. Era cierto que podrían llegar a pie a su casa sin demasiados contratiempos. Aún era de día y eso jugaba a su favor. Habían descubierto aquella cueva meses atrás, en una de las excursiones por la zona que a los dos les gustaba hacer de vez en cuando. Estaba lo suficientemente lejos de cualquier lugar habitado como para llevar a cabo, de forma discreta, el interrogatorio. Por un momento estuvo tentada de ceder a sus deseos y hacer lo que sugería. Pero recapacitó e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No quiero ser responsable ante la policía de lo que haga ese inglés ahí dentro. Aunque salgamos del país, con las pruebas que encontrarán, lanzarán una orden de busca y captura internacional, y no estoy dispuesta a pasarme el resto de mi vida huyendo. Además, necesitamos la furgoneta. Y tenemos que recogerlo todo y salir de la casa sin levantar sospechas. Nadie puede darse cuenta de que estamos huyendo o estaremos perdidos. Durante el día va a ser complicado.

Xisco apretó los puños y asintió de mala gana. Tenía que reconocer que Nadia estaba en lo cierto. No debían precipitarse. Pero la idea de salir corriendo de allí y no volver a mirar atrás le resultaba demasiado tentadora.

—Estoy harto de tener que sortear obstáculos y elegir un camino que no me gusta porque no queda otra. A partir de ahora quiero ser yo el que elija el camino que me dé la gana. Y si me equivoco, habré sido yo, y solo yo, el culpable.

Nadia sujetó por la barbilla al chico para hacer que la mirara. Su rostro era todo ternura aun con los restos de sangre reseca que todavía conservaba.

—Y eso es lo que vamos a hacer. Te lo juro por lo más sagrado. Pero tenemos que hacerlo bien.

Xisco esbozó una sonrisa.

—No hay nada tan sagrado para ti como para que me crea ese juramento.

—Te equivocas. Sí que lo hay.

El chico alzó las cejas con gesto escéptico mientras ella entrelazaba sus dedos con los de él.

—Nuestra historia. Lo que hemos vivido juntos nos ha unido más que si por nuestras venas corriera la misma sangre. Eso es lo más

sagrado y lucharé por ello hasta la muerte.

Se abrazaron y por un momento volvieron a ser aquellos dos niños desvalidos que unían sus fuerzas para enfrentarse a un mundo hostil que solo parecía girar para los demás.

El ruido de una detonación apagada los sobresaltó.

—¿Eso ha sido un disparo? —afirmó, más que preguntar, Xisco.

Nadia asintió. Pero antes de que pudiera decir nada más, vio salir de la cueva al extranjero. El tipo miró a su alrededor y se dirigió a su vehículo. Detuvo la moto junto a la furgoneta de los chicos, que se encontraba un poco más alejada, en un pequeño claro. Tras unos instantes en los que pareció reflexionar, aceleró y desapareció entre los árboles.

40

Una pesadilla muy real

Sábado, 15 octubre. Nadia y Xisco

CUANDO ENTRARON EN la cueva creían que estaban preparados para lo peor, pero lo que encontraron superó todas sus expectativas. Diego seguía tirado en el suelo, con los ojos y la boca abiertos en una horrible mueca que a Nadia le provocó un escalofrío. Mucho después, seguiría estremeciéndose al recordar aquella escena. Tenía el rostro hinchado por los golpes y tan ensangrentado que ni siquiera se podía adivinar el color de la piel. Un pequeño agujero oscuro se dibujaba en la sien izquierda mientras que parte del lado derecho del cráneo había desaparecido debido al destrozo que había provocado la bala al salir.

Xisco ni siquiera se atrevió a mirar. Corrió a recoger la mochila y, tras echar un vistazo rápido a su alrededor para cerciorarse de que no se dejaban nada, sujetó a Nadia por el brazo para hacerla salir.

—Ya está. Vámonos, por favor.

Nadia no se movió. Se había quedado paralizada mirando el cadáver de Diego, fascinada por el horror que tenía ante sí.

—¡Nadia! ¡Tenemos que irnos!

Ella aún tardó un momento en reaccionar. Entonces se volvió para mirar a su amigo y le habló con voz trémula.

—No podemos dejarlo aquí.

—¡¿Qué?! —Xisco abrió los ojos desmesuradamente, estaba muy asustado—. ¡Ni hablar!

—Si lo dejamos aquí, no tardarán en relacionarlo con nosotros. —Señaló a su alrededor con un ademán —. Nuestro ADN debe estar repartido por toda la cueva. Yo he sangrado, tú has vomitado…

Xisco seguía moviendo la cabeza de un lado a otro con los ojos cerrados, como un niño que se enfrenta a un mal sueño y piensa que así desaparecerán todos sus temores.

—Solo tenemos que dejar el cuerpo en otro lugar. Cuanto más lejos de aquí, mejor. En la furgoneta hay plásticos con los que podemos envolver el cadáver.

—¡Dios! Dime que estás de broma.

—Venga, vamos a por los plásticos. Solo un último esfuerzo antes de marcharnos para siempre.

Nadia tiró de su amigo y este la siguió como un autómata, tan angustiado que le faltaba el aire. Aquello era una pesadilla muy real.

TOREN ENTRÓ EN el piso de las chicas con facilidad. La puerta no estaba cerrada con llave, así que abrirla fue como un juego de niños. Ni siquiera tuvo que forzarla. Dentro se lo encontró todo revuelto y pudo confirmar que Nadia le había dicho la verdad: habían estado buscando las piezas. Sobre la cama encontró el cuerpo sin vida de una de las chicas. Lo observó durante unos instantes con cierto interés. Bajo ciertas circunstancias, no sabría explicar muy bien cuáles, la muerte lograba fascinarlo hasta el punto de poder apreciar cierta belleza en ella. Aquella era una de esas extraordinarias ocasiones en las que todo a su alrededor parecía dispuesto en el orden y concierto perfecto, bajo una delicada armonía que parecía incluso tener cierta musicalidad.

La magia de esa fascinación fue interrumpida por un extraño sonido que lo puso en guardia. Al volverse pudo ver a un gato que lo desafiaba con la mirada desde el suelo. Toren se relajó al tiempo que fruncía el ceño, extrañado por la desigual y poco agraciada mezcla de colores que formaban el pelaje del animal. *Manchurrón*, como si hubiera adivinado sus pensamientos, le dedicó un bufido airado y se dio media vuelta, desapareciendo a paso ligero por la puerta. Aquella interrupción hizo que Toren se olvidara de la muerta y se centrara en buscar lo que le interesaba. El novio de la chica no sabía nada. Lo tuvo claro casi desde el primer momento en que empezó a jugar con él, pero tenía que asegurarse. Odiaba haber tenido que mancharse las manos y eso lo había puesto de muy mal humor.

Revisó su indumentaria una vez más. Al menos el traje seguía intacto. Comenzó a registrar cada rincón sin perder el tiempo. Si no encontraba las piezas, solo le quedaba una opción: la compañera de piso de la muerta, la ladrona. Tendría que vigilarla de cerca, pero con toda seguridad la policía estaría por todas partes en cuanto descubrieran el cadáver, lo cual era un gran impedimento. No sabía dónde encontrarla, pero podía esperarla. En cuanto a los dos que habían huido de la cueva, estaba tranquilo. Sabía que pretendían salir del país cuanto antes, pero no le importaba. Sus móviles se habían visto comprometidos en el mismo momento en que ambos descargaron las fotografías que les había enviado; las del tipo al que no había tenido más remedio que liquidar para no dejar cabos sueltos. Junto a las fotografías, con las que sabía que iba a provocar un efecto desestabilizador muy oportuno, se descargó en sus dispositivos un *malware* de rastreo capaz de localizarlos en todo momento, además de poder escuchar sus conversaciones. Ya habría tiempo de encontrarlos más tarde, cuando todo se hubiera solucionado.

Estaba a punto de echar un vistazo al balcón —aunque dudaba que ahí hubiese algo— cuando alguien llamó a la puerta. Toren se quedó paralizado.

—Olivia, Rebeca, ¿estáis ahí?

El gato salió corriendo y se puso a maullar junto a la puerta. Él se situó justo detrás, sin apenas respirar mientras colocaba el silenciador a su Glock.

—Sé que estáis ahí. Abridme, por favor. Estoy preocupado.

Al cabo de un rato, el tipo pareció cansarse y se marchó. Toren escuchó cómo se cerraba la puerta de la casa contigua y guardó el arma.

Si en algo destacaba era en anticiparse a cada jugada, lo que en muchas ocasiones le había hecho posicionarse como claro vencedor. Debía salir de inmediato, pero antes de marcharse sacó del bolsillo interior de su chaqueta una pequeña caja de cartón de la que extrajo un diminuto micrófono. Miró a su alrededor, indeciso. Estaba en la escena de un crimen y, como tal, cada centímetro de la casa sería registrado y peinado hasta la saciedad por la Policía Científica. Poner el micrófono en la habitación de la chica que seguía con vida no era una opción. Pensó en ello durante un buen rato sin encontrar una alternativa satisfactoria. Cuando empezaba a impacientarse, su mirada se encontró con la del gato, que seguía observando cada uno de sus movimientos con bastante interés. La idea le llegó a modo de ráfaga, como si desde algún rincón alguien hubiera disparado un *flash* fotográfico. Y en ese mismo momento supo cuál era el lugar perfecto para instalar el micrófono. Allí donde nadie se molestaría en buscar. Se agachó y se dirigió al animal.

—Ven, precioso. —*Manchurrón* ronroneó y se acercó con la cola levantada para dejarse acariciar gustoso—. Me encanta este collar que llevas, déjame ver…

41

Las casualidades no existen

QUIQUE LLEGÓ TEMPRANO al trabajo, como era habitual en él; le gustaba madrugar. Todavía quedaba un rato hasta que en la oficina empezara el trajín de gente de un lado para otro y los teléfonos comenzaran a sonar. Le gustaba el silencio previo al ajetreo diario y solía aprovecharlo para concentrarse en la investigación.

De nuevo se encontró a Lope durmiendo a pierna suelta en el sofá, pero decidió no despertarlo para tener unos minutos más de tranquilidad. Aquello se estaba convirtiendo en una costumbre. Encendió el ordenador y se colocó los cascos para escuchar las dos últimas cintas grabadas que habían requisado en la casa de Cándido. Tenía ganas de darle carpetazo a aquel asunto porque le estaba resultando demasiado tedioso. Aunque la historia que el acusado le había contado a Runa sobre su hija fallecida había resultado ser cierta, no era motivo suficiente para exculparlo.

Olivia Navas Pedrosa falleció a la edad de dos meses y veintisiete días por asfixia. Su madre, Rocío Pedrosa del Río, fue acusada de quitarle la vida a su hija. Con dieciocho años, apenas un año después de entrar en prisión, fue hallada muerta en los baños de la cárcel. Alguien acabó con ella clavándole un objeto punzante en el estómago, pero nunca se pudo esclarecer quién la asesinó.

Mientras Quique escuchaba las grabaciones, se puso a investigar sobre las cuevas existentes cerca de la zona en la que había aparecido el cadáver de Diego Lago. No había comenzado con la primera búsqueda cuando la puerta del despacho se abrió y entró el inspector Patiño.

—¡Mira que me lo habían advertido, pero no quería creérmelo! —Su voz resonó por encima de los ronquidos de Lope, que pegó un salto y se quedó sentado con la mano en el corazón y sin entender muy bien lo que estaba pasando.

Quique detuvo la grabación, pero no se quitó los auriculares, pensando que era raro que su superior madrugara tanto.

—¡Lope! —insistió el inspector— Pero ¿qué demonios haces ahí, hombre? Esto no es una pensión. Luego te pasas el día renqueando por los pasillos con la cara descompuesta por la falta de descanso.

—Lo siento. No era mi intención quedarme hoy, pero es que anoche volví a tener trifulca con la parienta…

—Me tienen sin cuidado tus problemas conyugales, Lope. Aquí se

viene a trabajar. ¡Búscate una pensión o sepárate de una vez, coño!

La última frase la pronunció gritando. Lope asintió sin atreverse a replicar más y Quique pensó que ya había vuelto el Patiño nervioso e irritable de siempre. Solo esperaba que no le diera por increparlo a él también. Como si hubiera escuchado sus pensamientos, se volvió hacia él.

—¿Tenemos algo sobre las dos víctimas con el tiro de gracia en la cabeza? ¿Hay posibilidad de meterlas en el saco de los ajustes de cuentas?

Quique se retiró los auriculares y sopesó la respuesta. Patiño era de los que, si tenía la más mínima oportunidad de cerrar un caso que podía salpicarle, lo hacía sin remordimiento alguno y sin inmutarse por los flecos sueltos que pudieran quedar. En el caso de Olivia Llopis, ya tenía un culpable y había dejado de quitarle el sueño, puesto que, tras la comparecencia, el juez había decretado prisión provisional comunicada y sin fianza para Cándido Navas. Si fuera por él, aquel extraño personaje ya estaría condenado y sin juicio. Pero los otros dos asesinatos aún estaban en el aire y eso le escocía.

—Ambas heridas de bala son compatibles con una munición de 9 milímetros, pero solo se ha recuperado un proyectil. No podremos asegurar al cien por cien que los hayan matado con la misma arma hasta que no encontremos el otro. Ahora estaba siguiendo una pista que nos puede llevar al lugar en el que se cometió el crimen. Creemos que el asesino puede estar relacionado con el mercado ilegal de piezas arqueológicas.

Patiño torció el gesto. El día anterior, en unas declaraciones a la prensa, había sugerido que no existían motivos para crear una alarma social ante los recientes asesinatos, puesto que se barajaba la opción de que se tratara de un ajuste de cuentas entre bandas.

—¿Qué estabas escuchando? —Patiño señaló con el dedo el radiocasete que utilizaba Quique.

—Son las últimas grabaciones que confiscamos en el domicilio de Cándido Navas. Quería asegurarme de que no se nos escapa nada.

—No pierdas el tiempo con eso. Ese depravado es culpable y las pruebas en su contra lo demuestran. Además, ya está en chirona y se va a comer la muerte de la chica. A otra cosa, mariposa.

Quique asintió sin convicción alguna, pero sin la mínima intención de llevarle la contraria, y mucho menos cuando estaba de ese humor. Se preguntó qué narices había ocurrido para que, tras unos días calmado y con actitud casi pasota, volviera a la carga de aquella manera. Se alegró de que Runa aún no hubiera llegado, porque no sabía si habría podido morderse la lengua. Ella no tragaba sapos por nadie, y menos cuando creía que se podía estar cometiendo una injusticia.

—¿Me has oído? Centraos en los otros dos. Quiero resultados en un par de días. Y no descartéis la posibilidad de que haya sido el albino ese el que se los haya cargado. Así mataríamos dos pájaros de un tiro. Nunca mejor dicho. —Soltó una carcajada que fue interrumpida por un ataque de tos que lo obligó a retirarse.

Quique negó con la cabeza cuando hubo salido del despacho.

—Casi lo prefería lánguido y apático como estos días de atrás —comentó Lope, ya repuesto del sobresalto. Se atusaba los pocos pelos de la cabeza con la mano, intentando domarlos hacia el lado correcto.

—Menos mal que no estaba Runa, que si no… —observó.

—No se lo tengas muy en cuenta, está pasando por una mala racha.

—¿Sí? ¿Qué le ocurre? —preguntó con gesto escéptico. La mala leche de Patiño y su difícil carácter no eran nada nuevo.

—Ya os contará él cuando lo crea conveniente. Yo soy una tumba. Voy a ver si me aseo un poco y me tomo un café, que así no soy persona.

Quique lo vio salir y miró a través de la cristalera para ver si Patiño había desaparecido de su campo visual. Cuando comprobó que así era, volvió a colocarse los auriculares. Ya no le quedaba casi nada y, a esas alturas, no pensaba abandonar.

Patiño entró en su despacho y cerró las cortinas metálicas para que nadie pudiera verlo desde fuera. Se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos en un intento de relajarse. Después, tras emitir un largo suspiro, se dirigió al cajón del escritorio y lo abrió. Allí tenía escondida la última cajetilla de tabaco que había dejado a medias a la fuerza. Necesitaba un cigarro con desesperación. Era consciente de que sin su dosis de nicotina se le ponía un carácter de perros, pero no podía ser. Ya llevaba varias semanas sin probarlo y así iba a seguir, porque la cosa no pintaba nada bien.

En los análisis que le había pedido el médico los marcadores tumorales estaban por las nubes. Tras meses de encontrarse cansado y sin apetito, comenzó a tener dificultades para respirar. Al principio solo cuando se agitaba un poco o cuando hacía algún esfuerzo; después, a diario. Achacaba todos esos síntomas y la tos recurrente a que no se le acababa de curar la infección por COVID-19 que había sufrido unos meses antes, pero cuando dejó el pañuelo manchado de sangre tras un ataque de tos, comenzó a intuir que la cosa era grave.

Esa misma mañana, en el hospital, le habían hecho un TAC de tórax y unas pruebas de función respiratoria. Las cartas ya estaban echadas, solo faltaba esperar a ver si la baza que le había tocado era mala o pésima. Porque la buena ya quedaba descartada. Resignado, abrió otro cajón y cogió un chupachup de una bolsa repleta de ellos. Si no podía tener su dosis de nicotina, al menos trataría de endulzar un poco su mierda de existencia.

Quique ya tenía un listado de tres cuevas ubicadas en un radio de cincuenta kilómetros partiendo del embalse de Loriguilla, el lugar en el que había aparecido el cuerpo de Diego Lago, que coincidía con la zona en la que se había descubierto la *Valenciolenda fadaforesta*. Había más cuevas, pero se había centrado en las más accesibles. Seguía escuchando las últimas grabaciones cuando llegó Runa con un café en la mano.

—¿Te gustaría hacer una excursión con Roi para visitar alguna cueva? Tengo varias candidatas —comentó Quique tras detener la grabación para tomarse un respiro. Estaba harto de escuchar polvos fogosos entre adolescentes. Además, no podía quitarse de encima la sensación de estar profanando la intimidad de una difunta. Estaba mal invadir así la vida privada de los muertos. Por otra parte, jamás había conocido a nadie con una vida sexual tan activa como la de Olivia; comparada con la suya propia, era para echarse a reír. O a llorar, según se viera.

—Pues no estaría nada mal para desintoxicarnos un poco de tanta mierda, aunque en la última acabamos perdidos por los caminos de la Albufera. Pero primero tenemos que hablar con Rebeca Blasco. Su ADN estaba en la escena del crimen.

En ese momento entraba Rodrigo con cara de sueño. Runa le ofreció el café que tenía en la mano.

—Ya iré a por otro, que parece que te hace más falta que a mí. Aún no le he puesto azúcar.

Roi le guiñó un ojo en agradecimiento y lo aceptó de buena gana. Sopló la bebida y le dio un sorbo al tiempo que se apoyaba sobre la mesa.

—¿De qué hablabais? ¿Me he perdido algo?

—Le comentaba a Runa que tengo una lista de tres cuevas candidatas como posible escenario del crimen de Diego Lago. Todas están a un radio de cincuenta kilómetros del pantano de Loriguilla y tienen fácil acceso.

—Habrá que echarles un vistazo, aunque la probabilidad de que encontremos algo es remota —opinó Roi.

Quique imprimió una hoja con las localizaciones de cada una y se la tendió a su compañero.

—Y ¿por cuál empezamos? —preguntó Runa.

Quique se encogió de hombros.

—Cualquiera de las tres opciones es buena. He elegido las de acceso fácil hasta casi la misma entrada de la cueva. No tiene sentido que llevaran a la víctima a una en la que tuvieran que escalar o hacer mucho senderismo.

—Y menos aún trasladar el cadáver después —sugirió Roi—. Tampoco acabo de entender por qué no lo dejaron tirado por ahí, en

medio del campo. Hubiera sido más fácil y rápido. Incluso es posible que aún no lo hubiéramos encontrado.

—Por eso creo que debían de tener un vehículo, así que he descartado todas a las que no se pueda acceder relativamente cerca con un coche.

—Pues nada, cuando quieras nos marchamos, compañero —anunció Runa—. Vamos a hablar con Rebeca y, después, de excursión al campo.

—Divertíos. Yo voy a ver si acabo de una vez con estas dichosas cintas, que Patiño ya me ha dicho que le dé carpetazo.

—¿Y eso? —preguntó Runa.

—Ya sabes, que nos centremos en las dos últimas víctimas y dejemos lo de Olivia Llopis. Estoy convencido de que ni se le ha pasado por la cabeza que Cándido Navas pueda ser inocente.

Runa asintió crispando los labios. Patiño y sus prisas por cerrar los casos problemáticos.

REBECA NO ESTABA en su apartamento y su móvil permanecía desconectado. A continuación, fueron a la Facultad de Historia, donde les confirmaron que llevaba un par de días sin acudir a clase. Runa le pidió a Quique que les enviara la dirección exacta de la vivienda familiar de la chica. No le gustaba esa desaparición tan repentina. Creía haber entendido que vivían en un pueblo fuera de la ciudad, pero no recordaba dónde. Acababan de subir de nuevo al coche cuando Quique los llamó y Runa puso el manos libres.

—¿Vila?

—Os acabo de enviar la localización de otra cueva al móvil. Tenéis que ir directos a esa.

—¿Por algo en especial? —quiso saber Roi—. ¿Otra corazonada de las tuyas?

—Es algo más que una corazonada. Es una cueva que había descartado por su tamaño reducido y que no aparece en las búsquedas habituales. Está en la zona de Titaguas, muy cerca del pueblo. Pero, y aquí viene lo bueno, ¿a que no sabéis quién es el propietario de los terrenos en los que se encuentra?

Los dos policías se miraron con cara de circunstancias, intuyendo lo que venía a continuación. Tras unos segundos de silencio, Quique continuó hablando:

—La familia de Rebeca Blasco.

—¡Hostia! —exclamó Roi.

—De hecho, la casa familiar está muy cerca.

—Vamos para allá entonces —avanzó Runa—. Ya sabes que las casualidades no existen. ¡Buen trabajo, Vila!

—Hay algo más —comentó el agente al otro lado de la línea. Su voz

denotaba nerviosismo—. Runa, tenías razón al pensar que la chica no nos lo estaba contando todo. Acabo de escuchar una grabación en la que Olivia y Rebeca discuten. Esperad, que os la pongo.

Al otro lado de la línea se oyó el sonido de una cinta rebobinando y los clacs al accionar los botones de reproducción. Enseguida se escuchó la voz de las chicas:

(Ruido de platos chocando entre sí y el chorro intermitente del agua de un grifo.)

—Me ha encantado la clase de esta mañana. ¡Qué interesante lo de las tablillas de maldición!

—¡No hace falta que lo jures! ¡Te comportaste como una perra salida!

(Risas a carcajadas.)

—Vaya, vaya, Rebeca… Veo que no perdiste detalle. Me parece que te hubiera encantado participar en el juego.

—¡¿Qué dices?! Si algo me provocó la situación fue vergüenza ajena. ¡En mi vida he pasado tanto apuro! ¡Y Diego babeando como un perro cachondo delante de toda la clase! ¡Es patético!

—Eso es porque sigues siendo una estrecha, Rebe. ¿No aprendiste nada el otro día? Porque yo creo que tú también disfrutaste…

—¡No te atrevas a insultarme de esa manera! ¡Prefiero ser una estrecha a una perra!

(Risa sensual y silencio. Al poco comienzan a escucharse gemidos y palabras ininteligibles.)

En ese momento, Quique cortó la grabación.

—Un momento, un momento —intervino Runa—. ¿Qué ha pasado ahí? ¿Se estaban enrollando?

—Os ahorro los siguientes minutos de grabación, pero os puedo adelantar que tuvieron un buen rato de sexo.

—Parece que la discusión acabó bien —dijo Roi con una sonrisa pícara en los labios.

—Y no creo que fuera algo esporádico —matizó Runa—. Deja entrever que ocurrió algo parecido días antes…

—Y de nuevo Diego entra en escena —añadió Quique—. Parece que tonteaban incluso en clase.

—Joder con la modosita —replicó Runa—. Sabía que ocultaba algo, pero esto no me lo esperaba. Va a tener que explicarnos muchas cosas.

42

La bala

DE CAMINO A la vivienda familiar de Rebeca, decidieron ir primero a echar un vistazo a la cueva. Se habían adentrado en una zona con mucha vegetación y el camino se estrechaba tanto que casi no cabía el coche. Tuvieron que volver atrás porque la ubicación no era exacta.

—Definitivamente, esto de encontrar lugares escondidos no es nuestro punto fuerte —bufó Runa con impaciencia—. Te dije que aparcaras y siguiéramos a pie.

—Creo que sé dónde es —la tranquilizó Roi. Había conducido varios metros marcha atrás y estaba haciendo maniobras para intentar dar la vuelta—. Debí meterme hacia la izquierda en el último desvío del camino, porque el GPS señala en esa dirección.

La carrocería del coche emitió un quejido agudo cuando la arañó una gruesa rama que sobresalía de entre la espesura. Runa se tapó los ojos con la mano.

—A ser posible, intenta que no tenga que venir a rescatarnos una grúa.

Roi le dirigió una mirada desafiante.

—¿Quieres llevarlo tú? —Frenó y levantó las manos del volante.

—Por supuesto que no, Carlos Sainz. Pero no insistas si ves que no se puede.

Cuando tomaron el camino que él había sugerido, enseguida encontraron un pequeño claro desde el que podía intuirse la oscura boca de una pequeña gruta entre la maleza. Aparcaron y continuaron a pie.

Tras escuchar con atención unos instantes en la entrada, Runa encendió la linterna que llevaban en el coche y Roi la de su móvil. Entraron con precaución, atentos a cualquier movimiento que pudiera haber en el interior. Olía a excrementos de animales y a humedad. Nada más entrar, el pasadizo formaba un recodo hacia la derecha y a partir de ahí continuaba recto. Pronto fue evidente que estaban solos, cuando el haz de luz alcanzó el final de la caverna. Peinaron cada metro cuadrado con detenimiento. Al fondo, medio escondido entre unas rocas, Runa encontró un pañuelo de color azul marino estampado con un patrón de cachemira. Estaba manchado de lo que podría ser sangre.

—La tierra está removida y hay restos de vómito —anunció Roi—. Es evidente que aquí ha estado alguien no hace mucho.

—Mira, he encontrado salpicaduras que podrían ser de sangre. —Runa iluminó la pared más cercana en la que había descubierto unas manchas de proyección—. Creo que este pudo ser el lugar en el que le pegaron el tiro a Diego Lago. Ven, ayúdame a buscar la bala.

Dos minutos después, ya la habían encontrado.

43

Todo el mundo oculta algo

LA SIGUIENTE PARADA fue en Villa Jacinta, la vivienda de los Blasco, donde tenían la esperanza de encontrar a Rebeca. El acceso a la casa era un camino rodeado de viñedos. Unos cientos de metros antes de llegar a la construcción, los viñedos dieron paso a árboles frutales, olivos y almendros. Frente a la casa, cuyas paredes estaban completamente forradas por la hiedra, se extendía un gran recinto circular de grava bien rastrillada a modo de plaza central entre los árboles.

Los recibió una señora regordeta con rulos en la cabeza que se limpiaba las manos en un delantal.

—Buenos días, ¿qué desean? —preguntó con cierta inquietud, aunque dedicándoles una afable sonrisa.

—Buenos días —saludó Roi al tiempo que mostraba su placa junto a la de Runa—. Somos los subinspectores de la Policía Runa Østberg y Rodrigo Melgar. Nos gustaría hablar con Rebeca Blasco y con sus familiares.

La sonrisa de la mujer se apagó de repente y en su rostro aparecieron arrugas de preocupación.

—¿Ha ocurrido algo? —quiso saber. En su tono de voz se podía adivinar la inquietud.

—¿Está Rebeca en casa? —atajó Runa, directa como siempre.

—Pues… sí, lleva unos días sin ir a clase, no se encuentra muy bien. Pero pasen, por favor.

La mujer les flanqueó la entrada a una estancia con suelos de cerámica antigua y vigas de madera en el techo. La siguieron por un pasillo decorado con cuadros que representaban escenas religiosas, santos y vírgenes, hasta llegar a una cocina en la que una mujer entrada en años tomaba un té, sentada a una enorme mesa de madera rectangular.

—Juliana, estos son dos policías que preguntan por la niña.

La mujer se envaró en su asiento y a punto estuvo de derramar el contenido de la taza que tenía en las manos.

—¿La niña? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Es por lo de su compañera de piso?

—En parte, sí —dijo Runa—. Es importante para la investigación.

La mujer frunció el ceño, pero enseguida se dirigió a la que debía de ser la sirvienta con voz de mando.

—Candela, haz el favor de ir a buscarla.

—Voy —dijo ella antes de salir de la estancia con premura.

La señora dejó la taza con delicadeza sobre la mesa y se levantó. Runa se fijó enseguida en su indumentaria. Llevaba un vestido largo hasta los pies, con ribetes de terciopelo verde oscuro y encaje negro que se ajustaba a la perfección a su delgada figura. Parecía que lo hubiera sacado del atrezo de una obra de teatro clásico, pero tenía que reconocer que le sentaba muy bien. El moño bajo con el que se recogía el pelo canoso no desentonaba con aquel extraño aunque original estilo.

—Soy Juliana, la abuela de Rebeca —se presentó. Unos ojos saltones e inquietos destacaban en su acartonado rostro.

—Mucho gusto. Mi nombre es Rodrigo Melgar y mi compañera es Runa Østberg. Somos subinspectores del Grupo de Homicidios de la Policía Judicial.

Juliana asintió.

—Pueden hablar conmigo o preguntarme a mí lo que deseen saber —añadió con suspicacia.

—Primero hablaremos con Rebeca, si no le importa —anunció Runa —, pero después estoy segura de que usted podrá aclararnos las dudas que nos han surgido con cierto asunto que estamos investigando.

—¿Qué asunto? ¿No es por la muerte de esa chica? —Juliana estaba tensa, lo que no le pasó desapercibido a Runa.

—Está todo relacionado, sí.

En ese momento apareció Rebeca por la puerta seguida de la sirvienta. La chica aparentaba tranquilidad, pero sus movimientos no eran relajados.

—¿Me buscabais?

—Hola, Rebeca. ¿Podemos hablar a solas? —sugirió Runa.

—Lo que tengan que decirle pueden hacerlo aquí —espetó Juliana, saliendo al quite.

—Créame, es mejor que sea así —insistió Runa con tono cortante.

—Abuela, tranquila —intervino Rebeca—. No hay ningún problema. Salgamos a dar un paseo.

La chica los invitó a salir ante la frustración de su abuela, que dedicó una mirada asesina a su nieta.

—¿Qué es lo que ocurre? —Rebeca rompió el incómodo silencio tras alejarse a una distancia prudencial de la casa, seguida de cerca por los dos policías.

—Vas a tener que explicarnos muchas cosas, Rebeca —comenzó Runa—. Sabemos que tenías una relación con Olivia.

La chica se detuvo y se la quedó mirando con rostro preocupado. Sus ojos brillaban al borde de las lágrimas, pero intentaba contenerse.

—Éramos amigas…

—Erais amantes. Tenemos unas grabaciones que lo demuestran. No puedes negarlo.

—¿Unas grabaciones? Pero ¿de qué hablas?

—Eso ahora no importa. El juez va a tener muy en cuenta esa prueba, no te conviene negarlo.

Rebeca no pudo disimular más y se echó a llorar.

—Yo la quería… Sé que no vais a entenderlo, pero la quería…

—¿Qué no vamos a entender? ¿Que te enamoraras de otra persona del mismo sexo?

La chica asintió entre sollozos.

—No podía contarlo, mi familia jamás lo aceptaría. Mi abuela es de las de moral estricta, tan chapada a la antigua que pensará que me he vuelto loca. Y mi madre se pasa el día en la iglesia, rezando a sus santos y dándole gracias a Dios. No quiero ni pensar en cómo reaccionarían.

—Por eso mismo hemos sugerido hablar contigo a solas —añadió Roi—. Por el momento intentaremos respetar tu intimidad en ese sentido, pero llegado el momento tendrás que contarles la verdad, porque es inevitable que acaben sabiéndola.

Rebeca se llevó las manos a la cara, desesperada.

—¿Cómo era tu relación con Olivia? —continuó Runa— En la grabación se os oye discutir, estabais a punto de llegar a las manos.

Rebeca dudó. No estaba segura de en qué momento podían haberlas grabado, y mucho menos quién podía haberlo hecho. Sabía que Olivia en ocasiones grababa escenas de sexo con el móvil, pero ¿conversaciones? Se preguntó si aquello no sería más que un farol para que hablara.

—Es un farol, ¿verdad? ¿Quién iba a grabarnos?

—No es ningún farol, Rebeca —remarcó Runa, que empezaba a perder la paciencia.

Rebeca se limpió el rostro e hizo un gesto de indiferencia.

—Pues si no me decís quién hizo las grabaciones no seguiré hablando.

Los policías se miraron unos segundos y Roi pudo ver una vena marcándose en el cuello de su compañera. Ya empezaba a exasperarse y no habían hecho más que empezar.

—Vuestro vecino os grababa —explicó el policía, que recibió una dura mirada de Runa—. Hemos encontrado multitud de cintas en su domicilio. Por eso te pareció escuchar aquel día la voz de Olivia y pensaste que era su fantasma.

—¡¿Qué?! ¡Sabía que ese tío no era normal! ¿La mató él?

—Es lo que tratamos de averiguar.

—Al menos, decidme que está detenido…

—Lo está, pero eso no quiere decir que sea el asesino —señaló Runa

—. Aún tenemos muchas cosas que aclarar, como que tu ADN estuviera en el vómito que había junto al cadáver de Olivia.

Rebeca cerró los ojos y se encogió de hombros.

—Es posible que vomitara cuando la encontré.

—No, no es posible. Porque vomitaste días antes de que descubriéramos el cadáver. Por fuerza tuviste que estar presente en el momento de su muerte. Eso tampoco puedes discutirlo, las pruebas forenses no mienten. —Runa hizo una pausa para darle un respiro—. ¿Qué pasó la noche en que murió Olivia?

Un escalofrío recorrió la espalda de Rebeca al revivir la pesadilla que le quitaba el sueño desde entonces, y en la que ella ajustaba la bolsa al cuello de su amiga y apretaba. Respiró hondo y comenzó de nuevo a caminar sin dirección concreta, necesitaba moverse.

—No recuerdo nada de esa noche. Bebimos algo que nos preparó Cándido, una infusión, y a partir de entonces es como si mi mente se hubiera desconectado.

—¿Quiénes tomasteis la droga?

—Cándido, Rebeca y yo. Eso seguro. Y es posible que estuviera también nuestro profesor, Diego Lago. O quizá llegó un poco después, eso no puedo asegurarlo.

—¿No recuerdas haber estado en la cama de Olivia? Dijiste que ese día, el viernes por la tarde, estaba bien cuando la viste por última vez antes de venir al pueblo. ¿A qué hora llegaste aquí? —inquirió Roi.

—¿Y cómo lo hiciste si estabas drogada? —remató Runa.

Rebeca se encogió de hombros. Un gesto de dolor le recorrió el rostro.

—Ya os digo que no recuerdo nada. Creo que alguien me trajo aquí, pero no estoy segura.

—¿Quién te trajo?

—Debió de ser Juan José. Trabaja para mi abuela y es el que se encarga de ir a recogerme y llevarme a la estación. Solo sé que al día siguiente me desperté aquí, en mi cama. Me encontraba muy mal y las últimas horas estaban en blanco en mi cabeza. Supuse que fue la mierda que nos dio el asqueroso ese.

—Está bien, supongamos que me trago que no recuerdas nada de lo que sucedió después de beber la infusión —concedió Runa—, pero sí recordarás lo que sucedió antes. ¿Por qué tanto tú como Olivia teníais golpes en la cara? Tú tenías una contusión en la mejilla y ella, el labio partido. ¿Os peleasteis?

La chica volvió a negar con la cabeza.

—Es verdad que discutíamos a menudo, pero nunca llegamos a pegarnos ni a hacernos daño…

—Entonces ¿quién fue? —insistió la subinspectora.

Tras unos instantes de duda, decidió contar parte de la verdad.

Después de todo, tanto Nadia como Xisco llevaban días desaparecidos y le daba la impresión de que así iba a seguir. No sabía qué había sido de ellos, pero solo había dos opciones: o habían huido para escapar del loco que buscaba las piezas o estaban muertos. El miedo a que fuera la segunda opción la había llevado a encerrarse en casa, alegando estar enferma. No se sentía segura en su apartamento de la ciudad.

—Fue Nadia —confesó al fin.

Runa alzó una ceja.

—¿Nadia? ¿Quién es Nadia? —preguntó.

—Nadia y Xisco son dos chicos que, hasta hace unos días, vivían aquí, con nosotros. Mi abuela los acogió hace unos años cuando sus padres murieron en un accidente o algo parecido, nunca lo he sabido muy bien. Al parecer conocía a su familia y quiso echarles una mano cuando se quedaron solos. El caso es que Nadia se presentó hecha una furia en nuestra casa ese viernes por la tarde. Yo estaba a punto de salir hacia la estación para tomar el tren y venir aquí. Ella no paraba de gritarme y preguntarme por unas piezas… Estaba como ida. Yo no sabía a qué se refería y me agredió, y también a Olivia cuando llegó. Imagino que se refería a los objetos que encontró el gato en el balcón.

—Has dicho que hasta hace unos días vivían con vosotros, ¿dónde están ahora? —preguntó Roi.

—No lo sé, hace días que han desaparecido. La abuela ha intentado ponerse en contacto con ellos, pero parece que se los haya tragado la tierra.

—O sea, que esa chica, Nadia, se presenta en vuestra casa para pediros las piezas. ¿Por qué sabía que estaban allí? —indagó Runa con mirada escrutadora.

Rebeca volvió a negar con la cabeza.

—No lo sé. Es posible que Diego se las diera a Olivia o le pidiera que las escondiera en casa. Puede que tuviera acceso a ellas en su trabajo…

—¿Diego y Nadia se conocían? —cuestionó Roi.

—No lo sé, no puedo saberlo…

—¿Y Nadia y Olivia?

—No lo creo.

—No nos tomes el pelo, Rebeca —la interrumpió Runa—. No lo estás contando todo.

—Os juro que es verdad —la ansiedad se apoderó de su voz—. Nadia estaba fuera de sí, nunca la había visto tan alterada. Dijo que alguien iba a matarlos si no le entregaban las piezas y pasó algo… El tipo ese les envió una fotografía a los móviles. Era la foto de un muerto. ¡Tenía un tiro en la cabeza!

—¿Cómo era el hombre de la foto? —preguntó Runa animada por el

cariz que tomaba la conversación.

—No lo vi muy bien, pero creo que tenía el pelo largo y blanco…

Las miradas de los dos policías se encontraron.

—Al final, Oli le dijo a Nadia que las piezas las tenía Diego. Entonces, ella preguntó de muy malos modos dónde vivía y se marchó cuando Oli se lo contó. Supongo que le mintió para que dejara de acosarnos.

—Y después del mal trago que, según tú, os hizo pasar esa tal Nadia, ¿os ponéis a drogaros como si no hubiera ocurrido nada? —El gesto escéptico de Runa no dejaba lugar a dudas.

—Cándido se presentó diciendo que había escuchado gritos. Menudo cotilla… Entonces Olivia le pidió que preparara la infusión y él lo hizo.

Runa se frotó los ojos, abrumada por la cantidad de información que debía procesar.

—¿Conoces una cueva que hay cerca de aquí?

Rebeca frunció el ceño.

—Sí, claro.

—¿Cuánto hace que no vas por esa zona?

—Años. Creo que aún era pequeña la última vez que entré allí. No es más que un nido de alimañas. Pero, ahora que lo dices… Nadia comentó hace unos meses que ella y Xisco la habían descubierto por casualidad mientras paseaban por el campo. No conocían su existencia y les llamó mucho la atención que estuviera ahí, abandonada.

Runa sacó el móvil y le mostró la fotografía del pañuelo que habían encontrado poco antes, metido en una bolsa de plástico para preservar pruebas.

—¿Reconoces esto?

La chica lo observó con curiosidad.

—Nadia tiene uno igual, o al menos muy parecido. ¿Dónde lo han encontrado?

—Estaba en la cueva.

—Es posible que ella haya estado allí y lo haya perdido. Ya os digo que hace poco me dijo que…

—Estaba en medio de la escena de un crimen, Rebeca —interrumpió Runa.

—¿Un crimen? ¿En la cueva? ¿Ese hombre los ha matado a ellos también?

El cuerpo de Rebeca comenzó a temblar de forma visible, como si el miedo acabara de apoderarse de su sistema nervioso al completo y ya no pudiera controlarse.

—No son ellos los que han aparecido muertos. La víctima es Diego Lago.

Rebeca emitió un gemido ahogado y se cubrió la cara con las

manos.

—¡Dios mío! ¿Diego está muerto?

Los dos policías asintieron al unísono.

—Solo quedo yo… —susurró con voz apenas audible entre sollozos.

—¿Qué has dicho? —quiso saber Runa, intrigada. Había escuchado lo que decía, pero no acababa de entenderlo.

Ella los miró con ojos desorbitados por el miedo y empapados de lágrimas.

—Todos los que sabíamos lo de las piezas están muertos o han desaparecido, excepto yo. ¡Tenéis que ponerme protección o seré la próxima! Creo que ese tío no va a parar hasta conseguir lo que quiere y…

—Tranquilízate. —Runa le puso una mano en el hombro y apretó para hacerla reaccionar, pero la chica no dejaba de negar con la cabeza.

—Va a venir a por mí. Por eso no quería quedarme sola en casa, y ahora sé que tenía razón y creo que a Nadia y a Xisco también los ha matado.

—No va a pasarte nada —insistió la subinspectora—, te lo prometo. Pero acabas de decir que tú eras una de las personas que sabía lo de las piezas. ¿Por qué sigo pensando que nos ocultas algo?

Rebeca, mientras tanto, no paraba de sollozar con la mirada perdida en el suelo.

—Déjame decirte lo que pienso —continuó Runa—. Creo que esos dos chicos, Nadia y Xisco, iban a vender esos objetos por mucho dinero. Ya los tenían apalabrados con un comprador, incluso es posible que hubieran recibido algún adelanto, pero alguien se los robó antes de la entrega y el trato se vino abajo. Y, qué casualidad, lo primero que hacen es ir a tu piso de Valencia para recuperarlos. Te buscaban a ti, Rebeca. Ni a Olivia ni a Diego, que dudo siquiera que los conocieran. Creo que de alguna manera te enteraste de lo que tramaban y se las robaste. El comprador, que no debe de ser un tratante cualquiera a juzgar por los cadáveres que va dejando tras de sí, seguirá en busca de las piezas. Lo más probable es que no sepa que ya están a buen recaudo y estará siguiendo tu rastro para dar con ellas, el último cabo suelto. ¿Me equivoco mucho?

Rebeca había dejado de llorar y escuchaba como si estuviera en trance. Tras unos instantes de incómodo silencio volvió a hablar:

—¿Podéis ponerme protección?

—Eso tendrá que decidirlo un juez —explicó Roi—, pero solo podremos hacerle ver que realmente la necesitas si haces una declaración formal de lo que nos has contado.

Rebeca bufó, no entraba en sus planes hacer nada parecido. Pero ya no tenía mucho más que perder, así que decidió dar un paso más.

—Que conste que esto lo negaré si un juez me pregunta —comenzó—. Descubrí dónde las escondían y me llevé varias. Fue un impulso. En clase habíamos estado hablando sobre las tablillas de maldición y el tema le había fascinado a Oli. Cuando me di cuenta de que había una entre las piezas que escondió Nadia, pensé que a ella le encantaría tener una de verdad. —Rebeca cerró los ojos y sonrió con tristeza—. Fui una tonta. Creía que eso nos… uniría de alguna manera. Es verdad que el regalo le entusiasmó, pero después seguía igual de distante conmigo o incluso más. Y entonces, esos dos se enteraron. Nadia me dijo que una cámara me había grabado robando los restos. Por eso supieron que fui yo. Xisco es un cerebrito, un genio de la informática, y tiene toda la casa y las inmediaciones protegidas con alarmas y cámaras de seguridad.

—¿Con cámaras? ¿Para qué tanta seguridad, aquí en el campo? —se extrañó Roi.

Ella dudó un instante.

—Nos han robado más de una vez. Ya sabéis, aperos de labranza, herramientas…

—Esta versión ya empieza a cuadrarme un poco más —comenzó a decir Runa, volviéndose para ver a la abuela de Rebeca acompañada de otra mujer y un hombre moreno de constitución achaparrada, que se acercaban a ellos con paso apresurado—. Pero sigo sin entender de dónde sacaron esos chicos los restos arqueológicos.

Rebeca vio acercarse a Juan José con su madre y su abuela, y se encogió sobre sí misma.

—No lo sé. No tengo ni idea.

—¡No digas nada más, niña! —espetó la abuela unos metros antes de llegar.

—¿Estás bien, hija? —se interesó Pía—. Desde lejos me ha dado la impresión de que estabas llorando.

Rebeca asintió.

—Sí, mamá. No te preocupes.

—Ya es suficiente. —Juliana agarró con fuerza el brazo de su nieta y, sin decir nada más, tiró de ella para arrastrarla en dirección a la casa. Los demás la siguieron y los subinspectores se miraron durante unos instantes antes de salir tras la improvisada comitiva.

Cuando llegaron a la vivienda, Juliana se dirigió a su hija.

—Acompáñala a su habitación —ordenó, refiriéndose a Rebeca.

Pía asintió y las dos mujeres desaparecieron tras la puerta sin mirar atrás. A continuación, Juliana se encaró con los dos policías. A su lado, Juan José esperaba con gesto belicoso, de pie, con las piernas muy abiertas y cruzado de brazos.

—Creo que ya han acabado por hoy. Bastante ha sufrido mi nieta ya como para que la estén molestando. Si quieren saber algo, aquí me

tienen.

Runa se acercó unos pasos hasta ponerse frente a la anciana y ambas se retaron con la mirada.

—Necesitamos saber si alguna vez han encontrado en sus tierras algún resto arqueológico —comentó.

Juliana la observó impasible.

—No, nunca.

—Tengo entendido que esta zona de Levante es muy rica en yacimientos. No es difícil que al labrar la tierra se encuentre algo.

—Pues en nuestros terrenos no hemos tenido esa suerte, señorita. —Juliana no vaciló con su respuesta, ni siquiera le tembló la voz. Parecía muy templada y segura de lo que decía—. ¿Por qué lo pregunta?

Runa asintió.

—Simple curiosidad, nada más. Cuando veníamos hacia aquí, hemos visto una nave entre los viñedos. ¿Es suya?

Juliana tardó en responder una milésima de segundo más de lo que Runa esperaba.

—Sí. Allí guardamos el tractor y los aperos de labranza.

—¿Podríamos echarle un vistazo?

—¡A santo de qué! —protestó la anciana—. Mire, señorita, está usted empezando a irritarme. He accedido a que mi nieta hablara con ustedes por deferencia a su amiga muerta, para intentar ayudar en la investigación, pero esto ya se pasa de castaño oscuro.

Runa alzó las manos en señal de rendición.

—Disculpe si la he molestado, solo intentamos hacer nuestro trabajo. Ya nos vamos. Pero, antes de irnos, solo una pregunta más. ¿Sabe dónde pueden estar los chicos a los que tiene acogidos?

—¿Xisco y Nadia? Se marcharon hace unos días. Recogieron sus cosas y desaparecieron sin decir adiós. ¡Menudos desagradecidos! Después de todo lo que he hecho por ellos… He intentado localizarlos, pero no responden a mis llamadas. No sé dónde se han podido meter, y mucho menos por qué han desaparecido así, sin avisar.

—¿A qué se dedicaban aquí? —continuó Runa.

—Bueno, un poco de todo. El chico es muy espabilado y nos ayudaba mucho con cualquier papeleo. Ella estaba buscando trabajo. No es fácil encontrar algo decente por esta zona.

—¿Podría proporcionarnos sus datos? —intervino Roi—. Quizá nosotros podamos dar con su paradero.

La mujer sopesó durante unos instantes si seguir siendo amable con ellos o despacharlos sin más. Finalmente, se decidió por la primera opción. No le convenía levantar más sospechas.

—Pasen, les mostraré sus documentos de identidad. Tuve la precaución de hacer fotocopias cuando llegaron a esta casa. Nunca se

sabe.

Los policías la siguieron de nuevo hasta la cocina, donde la sirvienta cocinaba algo frente a los fogones.

—Candela, te dejo un momento con ellos, enseguida vuelvo —dijo con voz seca. A continuación, se dirigió a los agentes—: Si quieren tomar algún refrigerio, no tienen más que pedírselo a ella.

—No será necesario, gracias —contestó Runa por los dos.

Juliana salió de la cocina con paso apresurado. El tipo que la acompañaba permaneció junto a la puerta, con aires de portero de discoteca. La cocinera se limpió las manos en el mandil y se dirigió a ellos.

—Espero que hayan podido aclarar algo —comentó.

—Sí, Rebeca ha sido de mucha ayuda —comentó Roi.

—La niña ha sufrido mucho con lo de su amiga. Está destrozada.

—Por cierto… —comenzó a decir Runa—. Rebeca nos ha confirmado que la noche en la que murió su amiga no se encontraba bien. Debió de tomar algún tipo de sustancia alucinógena que le provocó lagunas de memoria. Pero insiste en que alguien la trajo aquí esa noche. ¿Quién fue a recogerla?

Candela tragó saliva y pestañeó con fuerza. A continuación, metió la mano en uno de los bolsillos del delantal para sacar un pequeño botecito, inclinó la cabeza hacia arriba y se colocó unas gotas en los ojos. Los dos policías se dedicaron una mirada cargada de intención.

—Perdónenme, es que me han diagnosticado el síndrome del ojo seco y cada dos por tres tengo que ponerme estas gotas o acaban escociéndome a rabiar —se excusó.

—Oh, no se preocupe —respondió Runa—. ¡Qué casualidad! Yo llevo días pensando en ir al médico para eso mismo. Últimamente tengo los ojos fatal… Será por tanta pantalla. ¿Qué marca utiliza? Puede que me sirva.

La mujer la miró sorprendida mientras parpadeaba para que el medicamento se extendiera.

—En mi caso parece que es una alteración hormonal. Ya sabe, cosas de la edad. —Alzó las cejas con una sonrisa bobalicona y le enseñó el colirio a Runa, que sacó el móvil para hacerle una fotografía.

—¿Puedo? Así no se me olvida.

—¡Claro! Faltaría más.

Runa hizo la foto y volvió a la carga.

—Le preguntaba cómo llegó esa noche aquí Rebeca.

—La fue a recoger mi sobrino, Juan José —dijo al fin, y señaló con un gesto de la cabeza al hombre que esperaba en la puerta—. Llamó para avisarme de que no iba a venir y la noté muy rara. Tuve miedo de que le ocurriera algo. Estaba muy alterada cuando habló conmigo, y por eso lo envié. Y parece que hice bien, porque cuando la encontró

estaba borracha. Creo que ni se dio cuenta de que la trajo a casa.

Runa se dio media vuelta para dirigirse al hombre que había cambiado su postura envarada por otra algo más tensa.

—¿Fue usted solo?

—Sí, señorita.

—¿Pudo ver a Olivia, la compañera de piso de Rebeca, cuando llegó a su apartamento? ¿Estaba bien?

El hombre tragó saliva y se rascó la nuca con un claro gesto de ansiedad.

—Creo que estaba bien, pero también estaba borracha.

—¿Había alguien más en la casa?

—Había un hombre con ella, en la cama. También parecía inconsciente, porque ninguno se percató de mi llegada. Pensé que habrían celebrado tremenda fiesta y se habrían bebido unos buenos chorros.

—¿Y qué ocurrió?

Juan José se encogió de hombros y se estiró del cuello de la camiseta, como si le faltara el aire. Apretó los labios durante unos segundos antes de contestar.

—Nada. Cargué con la *guambita* y regresé a casa.

—Todo fue normal hasta que nos enteramos de la desgracia el lunes siguiente. —La voz de Candela se quebró y arrugó los labios realmente compungida—. ¡Qué horror! ¡Y pensar que le podía haber pasado algo así a mi niña!

Runa tomó nota de su expresión. Había dicho mi niña, como si fuera su hija. Y Rebeca la había llamado a ella en lugar de a su madre o abuela. La relación entre ambas debía de ser muy cercana.

En esos momentos entró en la estancia Juliana con unos papeles.

—Aquí tienen. No puedo hacerles una copia, Xisco se llevó el ordenador y en esta casa era el único que lo utilizaba. Pueden hacerle unas fotos.

—Eso servirá, no se preocupe. ¿Tienen sus números de teléfono?

Juliana sacó una libreta y un bolígrafo de un cajón y escribió algo. A continuación, arrancó la hoja y se la tendió a Runa.

—Aquí tienen.

—Gracias. ¿Podríamos hablar unas palabras con la madre de Rebeca? —tanteó Roi—. Creo que era la mujer que hemos visto antes…

—Mi hija está indispuesta. En otra ocasión, si no les importa.

—De acuerdo, no les molestamos más —cedió al fin Runa. Sacó una tarjeta y se la tendió a Juliana, que la sujetó con sus huesudos dedos —. Si tuvieran noticias de los dos chicos, por favor, háganoslo saber.

—Por supuesto. Aunque me da que esos dos se han ido para no volver.

—¿SOY LA ÚNICA que tiene la sensación de que todos ocultan algo o mienten? —preguntó Runa ya al volante.

—Cuando he visto que se echaba el colirio me he puesto nervioso y todo —confesó Roi con un tono de emoción—. ¿Qué probabilidades hay de que sea una puñetera casualidad?

—Si el contenido de la marca que utiliza se corresponde con el encontrado en la lágrima de la escena del crimen, yo diría que muy escasas.

—En ese caso nos habrá mentido.

—Ella lo ha hecho mejor. Casi podría haberme engañado, pero ese tal Juan José estaba mintiendo claramente. Le he pillado en más de un gesto: comprimió los labios, se rascó el cuello como si le picara todo y adoptó una postura cerrada, con los brazos y las piernas juntos, cuando segundos antes estaba en plan matón de barrio marcando bíceps. Algo ocurrió esa noche y no lo están contando.

—Pero ¿por qué ocultar que la sirvienta estuvo allí?

—¿Para que no la relacionemos con algún posible resto encontrado en la escena?

Roi negó.

—No tiene sentido.

—Tenemos que encontrar a los dos chicos desaparecidos. A ver si hay suerte y Vila hace su magia para dar con ellos. Son la clave.

—Si no aparecen en una cuneta con un tiro en la cabeza… —aventuró Roi, consciente de que seguían jugando con meros indicios —. Parece que ese tipo no se va a andar con remilgos. ¿Y si Rebeca está realmente en peligro?

—Depende de ella conseguir protección. Pero, al igual que los otros, tampoco nos ha dicho toda la verdad.

—Y ¿qué me dices de la abuela?

—Es fría como un glaciar, la cabrona. Pero ha dudado cuando le he preguntado por la nave. Me apuesto la melena a que tienen algo escondido ahí, restos de algún yacimiento o algo parecido.

Roi sonrió con la ocurrencia de su amiga.

—¿La melena? Tú no eres mucho de arriesgar, ¿eh?

Pero Runa ni lo escuchó, enfrascada como estaba dándole vueltas al asunto. En ese momento pasaban junto a la construcción a la que acababa de referirse y se quedó mirándola pensativa.

—Tendríamos que conseguir una orden de registro, pero, con lo que tenemos, al juez no lo vamos a convencer.

De repente Runa pisó el freno con brusquedad. Aunque no iba muy rápido porque el camino no se lo permitía, las ruedas derraparon ligeramente en la arena.

—¡Joder, Runa! ¿Qué te ha dado ahora?

Ella bajó del coche y se dirigió al maletero. Roi la siguió y la

encontró poniéndose unas calzas y unos guantes.

—Vamos a recoger varias muestras del terreno que hay alrededor de la nave, ayúdame.

44

Coincidencia

QUIQUE LLEVABA HORAS investigando a los dos chicos acogidos por la familia de Rebeca, pero aún no había podido dar con su paradero. No habían salido del país, o al menos no con sus pasaportes, y tampoco existían registros de un posible fallecimiento o detención en las bases de datos de la Policía. Ni siquiera pudo encontrar una cuenta bancaria activa a nombre de ninguno de los dos, lo cual era realmente extraño. Pero, al indagar en su pasado descubrió algo muy interesante: eran hijos adoptivos de Carlos Carballino y María Fernanda Chávez. Ambos llevaban varios años en la cárcel, ella en Estados Unidos y él en la prisión de Soto del Real, en Madrid, por vender obras de arte falsificadas. Cuando llamó a la penitenciaría para informarse sobre si Carlos había recibido alguna visita en los últimos días, le confirmaron que llevaba meses sin que nadie fuera a visitarlo, y en los registros de visitas que constaban ninguno de los nombres se correspondía con los de sus hijos adoptivos.

Por otro lado, en el ordenador de Federico Tejedor, el hombre al que habían encontrado en un congelador con un tiro en la cabeza, halló varios correos recientes que contenían conversaciones relevantes. En ellos, la víctima, que se hacía llamar Arcángel, hablaba con el vendedor, un tal Moriarty. Este había contactado con Arcángel para comunicarle que tenía a su disposición material arqueológico que creía que le podía interesar. Quique intuyó, por la manera en que estaba redactado, que no era la primera vez que ambos hacían negocios juntos. Después, tras el interés del comprador, le enviaba unas fotografías de las piezas y le explicaba que disponían de certificados de autenticidad de todas ellas. En total, le ofrecía más de diez objetos, desde monedas a jarrones, pasando por puntas de flecha, fíbulas o pequeñas estatuillas.

Entre todas las fotografías, Quique distinguió enseguida las de las tres piezas que habían encontrado en el apartamento de las chicas, con la salvedad de que la tabla de maldición, aunque fracturada, estaba completa, por lo que era mucho más grande. El comprador enseguida se interesó por varias, entre ellas la figurilla del toro alado y el dodecaedro. Pronto empezaron los regateos y negociaciones hasta que al fin concertaron una cita presencial. A partir de ese momento, los correos se interrumpían.

El rastreo de la dirección de *e-mail* desde la que había enviado los

correos Moriarty tampoco lo llevó a ningún sitio. La persona que había detrás, y que suponían debía de ser Xisco Carballino, había sido extremadamente cauta y había borrado todos los posibles accesos a su verdadera identidad. Si trataba de rastrear el origen del mensaje, se perdería en una maraña de servidores y direcciones IP que no harían más que confundirlo. Estaba claro que, al menos a nivel informático, el que estuviera detrás sabía lo que hacía. No era un vulgar aficionado. No tenían manera de asegurar que fuera el chico, pero todos los indicios apuntaban a que así era.

—¿Moriarty no era el malo de Sherlock Holmes? —preguntó Roi.

—Sí, era la versión villana de Holmes, con una mente igual de brillante —aclaró Runa—. Un genio del crimen.

—Será listo, pero modesto no es el chaval.

Runa desbloqueó el móvil por quinta vez en los últimos dos minutos para ver si tenía algún mensaje o notificación.

—Llevan horas con ello, ¿no deberían haber acabado ya? —comentó con evidente nerviosismo. Agitaba una de las piernas bajo el escritorio produciendo un cric, cric que estaba empezando a poner nerviosos a los demás.

—Para ya. Sabes que estas cosas llevan su tiempo —la reprendió Roi, que empezaba a contagiarse de la impaciencia de su compañera.

La tarde anterior habían comunicado a la Unidad de Patrimonio de la Policía de la Generalitat, que ya estaba al tanto del caso, sus sospechas sobre la existencia de un posible yacimiento expoliado que explicara el origen de las piezas encontradas. Varios agentes de la unidad estaban colaborando con el Grupo de Homicidios. En ese mismo momento y con carácter urgente para evitar una posible ocultación o eliminación de pruebas, la agente Carolina Piqueras se encontraba en el laboratorio del SCSIE [11], que tenía un contrato de colaboración con la Policía y la Guardia Civil. Allí, con la ayuda de un experto y la última tecnología, estaban analizando las muestras de terreno que habían recogido Runa y Roi, y comparándolas con una muestra original, extraída de la tablilla de maldición que se custodiaba en el Depósito de Piezas de Convicción. Runa llevaba toda la mañana esperando la llamada que le confirmara si estaba en lo cierto o se equivocaba al pensar que en Villa Jacinta se escondía un yacimiento que estaba siendo expoliado.

—Sabes que es muy difícil que obtengan un resultado concluyente al cien por cien, ¿verdad? —observó Roi, que no tenía puestas demasiadas esperanzas en esa prueba—. Incluso aunque sea cierto que las muestras pertenezcan a la misma zona.

—Con que el porcentaje de coincidencia sea alto y no haya datos que excluyan un origen común, me conformo. Quizá con eso se pueda convencer al juez para que firme una orden de registro.

El análisis geoquímico del terreno pocas veces podía considerarse una prueba indiscutible. Las cosas no eran tan sencillas en la realidad como lo pintaban en la serie de *CSI*. La propia variación geoquímica natural del suelo podía hacer que dos muestras tomadas en el mismo instante, a pocos metros de distancia, tuvieran una composición diferente. Pero, con un poco de suerte, entraban en juego otro tipo de sustancias como contaminantes ambientales, restos de plantas o polen que podían llevar a resultados coincidentes.

—Acaba de entrar el informe de balística —advirtió Quique, que consultaba la pantalla en ese momento—. Un segundo y os digo.

Los otros dos se dispusieron a escuchar un resultado que no tardó en llegar.

—Hay coincidencia. Las dos balas fueron disparadas por la misma arma. Se trata de un calibre 9 x 19 mm Parabellum.

—Lo que imaginábamos —añadió Roi.

—Veremos si la sangre hallada en la cueva coincide con el ADN de Diego, pero me juego lo que queráis a que así es —aventuró Runa.

—Entonces, ¿qué tenemos? —reflexionó Roi en voz alta—. Hay por ahí un asesino que lo más probable es que esté relacionado de alguna manera con el mundo del arte. Será un comprador o un coleccionista que está dispuesto a matar para conseguir esos restos arqueológicos y que, a excepción de los muertos y las dos balas, no ha dejado ni una sola pista que podamos seguir.

—Me pregunto si sabrá que esos objetos los tenemos nosotros o si los seguirá buscando —añadió Runa—. Ninguna de las dos víctimas pudo darle esa información, porque murieron antes de que nosotros las encontráramos y dudo mucho que tampoco lo supieran.

—Si sigue buscando, solo quedan cuatro personas vivas que pudieran estar al tanto de lo ocurrido, pero una de ellas está detenida y dos desaparecidas. Si yo fuera el asesino, iría a por Rebeca.

—Estamos de manos atadas si ella no quiere colaborar, Roi —sentenció Runa—. Si no hace una declaración formal, no vamos a conseguir nada. No hace falta que te explique lo justos que vamos de efectivos como para solicitar vigilancia en estas condiciones.

—Deberíamos volver a hablar con ella y hacerle saber lo delicado de su situación.

Runa asintió y volvió a desbloquear el teléfono. Como por arte de magia, justo en ese momento, el aparato comenzó a sonar. Un segundo después ya estaba al habla.

—Dime que tienes buenas noticias, Piqueras.

—Hola, Runa. Te paso a Rubén, el científico que ha estado realizando las pruebas. Seguro que él te lo explicará mejor que yo.

—Sin problema. —Runa conectó el manos libres.

—Hola. —Una voz grave surgió del aparato—. En el informe

encontraréis una explicación detallada de los valores de todos los componentes analizados y los métodos que hemos utilizado. Pero voy a tratar de resumirlo y no enrollarme mucho para que me podáis entender, ¿de acuerdo?

—Te escuchamos.

—La proporción total de carbonato cálcico es casi idéntica en todas las muestras, pero todos los demás componentes muestran una variabilidad mayor. Tampoco los contenidos de agua y dióxido de carbono arrojan valores similares. Con estos datos no podemos afirmar que las muestras pertenezcan a la misma zona, aunque sí que podría establecerse cierta proximidad genética entre algunas de las muestras.

Runa resopló.

—O sea, sí pero no. Que no ha servido para nada, vamos.

—En cuanto al análisis geoquímico, me temo que no. Pocas veces los resultados son satisfactorios en este aspecto debido a los cambios naturales experimentados por el terreno. Pero…

Se hizo un silencio que a todos les pareció demasiado largo. Los tres policías se acercaron un poco más al terminal de la subinspectora, como si quisieran escuchar un mensaje oculto en aquel mutismo.

—He encontrado algo muy interesante en la muestra cero y en tres de las muestras de contraste.

—¿De qué se trata? —se impacientó Runa.

—No puedo decirlo aún con exactitud, necesitaría un estudio mucho más complejo de las muestras, pero parecen diminutos restos fósiles de algún tipo de planta. Por su estructura, me atrevería a decir que se trata de un alga, pero quizá sea aventurarme demasiado. Tampoco es que yo sea un experto en botánica.

—Pero, entonces, ¿eso significa que hay coincidencia?

—Eso quiere decir que sí. Al menos tres muestras tienen una relación de proximidad espacial con la muestra cero.

Runa alzó un puño en el aire en señal de victoria.

—¡Bien! —exclamó con entusiasmo—. Pásame a Carolina, por favor.

—Tenías razón, Runa. Creo que hemos dado con la localización del yacimiento. Voy a hablar con mi superior para intentar trasladar el caso de forma definitiva a nuestra unidad y organizar un dispositivo urgente de registro. Os aviso en cuanto sepa algo, por si queréis formar parte del operativo.

—Sí, por favor.

—Buen trabajo —elogió Vila cuando Runa colgó.

—Ha sido cosa de Runa —aclaró Roi sonriente—. Yo no hubiera apostado ni un céntimo a que esa idea pudiera funcionar.

Runa lo miró con las cejas alzadas.

—Pensé que se te había ido la olla cuando me hiciste ponerme a escarbar, pero cualquiera te dice nada.

—Idiota… —Una media sonrisa apareció en la comisura de los labios de Runa.

—Ahora en serio —continuó Roi—. Ha sido una idea brillante, compañera.

45

¡Dispara!

HABÍA LLEGADO EL momento que Klaus tanto temía: el día en que Davit debía morir. El plan en apariencia era sencillo, aunque él sabía que todo podía complicarse en cualquier momento. Davit acudía cada miércoles a pasar el día en uno de los más exclusivos clubes de golf de la Comunidad Valenciana. Se trataba de un club privado con una larga lista de espera para los que deseaban pertenecer a él, y al que solo accedían los que disponían de una buena cartera. Nadie ajeno podía entrar a menos que fuera a través de la invitación de uno de los miembros.

El empresario tenía alquilada una de las villas de lujo con vistas al mar Mediterráneo y a las montañas, de las que su mujer y su hija disfrutaban mientras él jugaba. Una parte del recorrido del campo de juego se encontraba rodeado de un pequeño bosque de pinos, lugar idóneo para que Klaus, junto a Andrei y un par de hombres de Bondarenko, lo esperaran escondidos. Tras más de una hora de espera en que escucharon las anécdotas de Andrei y sus desvaríos sobre lo maravilloso que era pertenecer a una organización como la suya, y cuando Klaus estaba a punto de perder los nervios, aparecieron tras un recodo tres carros eléctricos de golf. Klaus, que estaba tumbado en el suelo junto a Andrei con el fusil preparado, observó por la mira telescópica de su Dragunov y, con un gesto de asentimiento, confirmó que en uno de ellos iba Davit.

Andrei se incorporó sobre un codo para hacerles una señal a los dos hombres armados que esperaban a unos pocos metros tras ellos. Los dos tipos apagaron los cigarrillos y se pusieron en guardia.

—Bien —le dijo Andrei a Klaus al tiempo que sacaba el arma y se colocaba en posición de disparo—. Ahora concéntrate y espera a que se aproximen. Tienes que hacerlo a la primera. Recuerda lo que te juegas.

Klaus respiró hondo y expulsó el aire muy despacio. No hacía calor, pero notaba las molestas gotas de sudor que le recorrían las sienes y el pecho, deslizándose sin tregua como impelidas por el ritmo acelerado de los latidos de su corazón. Una vez más se preguntó qué demonios pintaba él en aquella locura. ¡Podían salir mal tantas cosas! Se volvió para echar un vistazo rápido, entre los árboles, antes de fijar el objetivo. Los carritos de golf se habían detenido a algo menos de doscientos metros, la distancia adecuada para el alcance de un rifle,

pero no para una pistola convencional. Mientras que un tirador experto podría alcanzar un blanco a más de dos kilómetros de distancia, alguien sin la experiencia necesaria era difícil que acertara si la distancia sobrepasaba los doscientos metros, puesto que, a partir de ahí, entraban en juego otro tipo de factores además de la munición, el arma o la puntería. Los profesionales debían hacer complejos cálculos matemáticos para tener en cuenta las condiciones atmosféricas, el giro de la bala o incluso, si la distancia era muy grande, la rotación de la Tierra.

Klaus no era ni mucho menos un experto, pero a esa distancia y con el arma adecuada, podía acertar sin problema. Cuando los hombres se bajaron de los vehículos eléctricos para sacar los palos de golf, se concentró en su objetivo y acercó el dedo al gatillo, tratando de contener la respiración. Andrei, a su lado, también parecía haber dejado de respirar. En un momento determinado, Davit se alejó unos metros del resto de hombres que lo acompañaban para preparar su siguiente golpe.

—Ahora —susurró Andrei, consciente de que tenía un blanco perfecto.

Klaus ajustó el dedo al gatillo, pero, justo en ese momento, como si algo le estuviera advirtiendo del peligro que corría, Davit dirigió la mirada hacia el lugar donde se encontraban. Klaus vaciló y retiró el ojo de la mira telescópica.

—Pero ¿qué coño haces? ¡Lo tienes a tiro! —escupió Andrei iracundo, sin alzar demasiado la voz.

Klaus se limpió el sudor de la frente y echó un vistazo furtivo a su derecha; le parecía haber notado el movimiento de una rama por el rabillo del ojo. Volvió a concentrarse sobre la silueta de Davit, que en ese momento elegía el palo que iba a utilizar de entre todos los que llevaba en la bolsa. Una vez más, pasaron unos segundos eternos sin que realizara el disparo. Entonces notó el cañón del arma de Andrei sobre la sien.

—Dispara, ahora —le dijo.

—Está bien, espera. No tengo claro el tiro.

—¿Cómo que no? Hasta un aficionado le daría a esta distancia.

—Si fallo, el disparo lo alertará y no quiero perder la oportunidad…

—Joder, dame el arma —gruñó Andrei empujándolo a un lado para hacerse con el fusil, que estaba colocado sobre un pequeño bípode—. Después hablaremos de esto.

Andrei se situó tras el arma y observó por la mira dispuesto a disparar. Klaus, sin perder un segundo, alcanzó la pequeña pistola que tenía sujeta al tobillo y, con un movimiento rápido y preciso, le descerrajó un tiro en la cabeza a Andrei, que, concentrado como estaba, no lo vio venir. A partir de ese instante, los disparos

comenzaron a sonar en el bosque y los que jugaban al golf, alarmados, subieron a los vehículos y salieron de allí a toda prisa. Davit, protegido por los dos guardaespaldas que siempre llevaba con él, se vio obligado a abandonar el lugar, no sin antes dedicarle una mirada de preocupación al punto desde el que provenía el sonido de las balas.

LEVAN BONDARENKO MIRÓ una vez más el reloj. Era su último capricho, una edición limitada de Richard Mille que le había costado la friolera de medio millón de euros y que le encantaba. Estaba inquieto porque la llamada que esperaba se estaba retrasando demasiado y empezaba a sospechar que algo podría haber salido mal. Ya hacía un par de horas que todo debía de haber acabado y la falta de noticias lo estaba trastornando. Volvió a marcar el número de Andrei, pero el teléfono seguía desconectado. Contempló la calle a través de los grandes ventanales de su despacho y apuró el vaso de vodka que tenía en las manos. Tras meditar unos instantes, lanzó una serie de improperios en ruso y se dispuso a salir de la oficina. Necesitaba que le diera un poco el aire. Al pasar por recepción, la secretaria llamó su atención.

—Señor Bondarenko. Ha llegado esto para usted hace un momento. —La chica alzaba un sobre blanco sobre su cabeza, al tiempo que le dedicaba a su jefe una preciosa sonrisa.

—Gracias, Mina. ¿Quién lo envía?

—No lo sé, no tiene remite. Lo acaba de traer un mensajero —explicó solícita.

Levan frunció el ceño, no era habitual que llegara correspondencia a su nombre sin remite alguno. Su instinto le decía que quizá no fuera buena idea abrirlo, pero, al fin, empujado por la curiosidad y por un presentimiento nada agradable, recogió el sobre y se encaminó hacia la salida.

Ya en la calle, solo pudo caminar unos metros antes de detenerse, paralizado por lo que estaba viendo. El sobre contenía una serie de fotografías que mostraban los cadáveres de Andrei, Klaus y los dos hombres que los habían acompañado en la misión que les había encomendado. Todos ellos tenían sendos tiros en la cabeza y estaban bañados en sangre.

El ruido de un motor lo sacó de su ensimismamiento. Cuando alzó la cabeza del horror de las fotografías, alcanzó a distinguir a dos hombres que se le echaban encima con una moto. Los dos tenían la cabeza cubierta por un casco oscuro y, antes de que pudiera reaccionar, el de atrás sacó un arma y le pegó un tiro en la cabeza al pasar a su lado.

Antes de que su cuerpo alcanzara el suelo, Levan Bondarenko estaba muerto. No pudo escuchar cómo sus asesinos desaparecían a golpe de acelerador ni los gritos de pánico de los viandantes que habían

presenciado el asesinato. No fue consciente de que las fotografías habían quedado esparcidas por el suelo alrededor de su cadáver, ni de que su exclusivo reloj, ajeno a las tragedias humanas, seguía marcando las horas.

46

El dedo acusador

CUANDO RUNA Y Roi llegaron a Villa Jacinta, los agentes de la Unidad de Patrimonio ya habían desplegado el operativo y trabajaban inspeccionando el terreno. El examen de toda la zona les llevaría días, pero habían decidido comenzar por la nave en la que sospechaban que podían ocultarse los restos de algún yacimiento. Mientras tanto, en la casa, Carolina Piqueras, acompañada de un par de agentes, había reunido a todos los integrantes de la familia y se disponía a interrogarlos uno por uno. En la cocina, sentados alrededor de la mesa de madera, se encontraban Juliana, Pía, Candela, Juan José y Rebeca.

—Hola —saludó Carolina a los subinspectores—. Ya sabéis cómo va esto, aquí tenemos para un buen rato —advirtió.

—No te preocupes, no queremos entorpecer vuestro trabajo. Hemos venido más bien para aclarar un tema que nos preocupa sobre el caso que estamos investigando, la muerte de Olivia Llopis.

La última frase la pronunció con cierto énfasis de forma intencionada. Como esperaba, su comentario no dejó indiferentes a los allí presentes. Juliana le dedicó una fría mirada de desprecio, mientras que fue más bien inquietud lo que pudo captar en los ojos de Pía. Candela, que tenía las mejillas arreboladas y los ojos húmedos, comenzó a sollozar y se cubrió el rostro con las manos. Juan José, con gesto hierático, trató de calmarla con unas palmaditas en el hombro. Rebeca, más alejada del resto y abrazándose las piernas flexionadas sobre la silla, no apartó ni un solo instante la mirada de la mesa.

—Acompáñeme, Juliana —ordenó Piqueras—. Vamos a mantener una conversación en un lugar más tranquilo.

La mujer se incorporó muy digna y siguió a la agente fuera de la cocina. Cuando pasó a su lado, Runa pudo sentir la furia contenida en su rostro. Apretaba los labios con tanta fuerza que estos desaparecieron bajo la procesión de surcos que el tiempo había erosionado en su piel.

Runa se acercó un poco más a la mesa. Carraspeó y atrajo la atención de todos, excepto la de Rebeca, que seguía con expresión ausente. Candela dejó de sollozar y alzó la mirada. Solo hacía unas horas que se habían visto por última vez y no parecía la misma mujer. Bajo los ojos, en contraste con la lividez del rostro, se extendían dos sombras oscuras que delataban la falta de descanso.

—Necesitamos hacerle unas preguntas —comenzó dirigiéndose

directamente a Candela.

Ella se mostró confusa.

—¿A mí? —masculló con un hilo de voz.

Runa asintió.

—¿Estuvo usted la noche en que murió Olivia Llopis en el apartamento de las chicas?

Juan José apartó la mirada de la subinspectora como si sus palabras lo hubieran deslumbrado, y Candela tragó saliva antes de decidirse a hablar.

—No entiendo muy bien…

—Es muy sencillo. ¿Estuvo o no estuvo la noche del viernes 14 de octubre en el apartamento de las chicas, concretamente en la habitación de Olivia?

—¿Qué es lo que ocurre? —intervino Pía, que, a juzgar por su expresión, tenía los niveles de estrés a punto de sobrepasar el límite.

Runa alzó una mano en su dirección para hacerla callar.

—Conteste a mi pregunta, por favor —insistió.

—No —respondió al fin Candela—. Me quedé en casa mientras mi sobrino iba a recoger a la niña.

Todos pudieron escuchar el sonido del aire saliendo con fuerza por la nariz de Rebeca. La chica seguía con la mirada perdida, pero apretaba los puños y la mandíbula con fuerza. Se notaba que estaba tensa. Candela pestañeó, pero sus párpados parecían pesados y lentos.

Runa sintió el cosquilleo en el estómago que presagiaba buenos resultados y presionó un poco más, aunque no pudo evitar regodearse con la explicación.

—Resulta que, en el escenario del crimen, hemos encontrado algo muy curioso. Se trata de una lágrima. En apariencia era una simple gota sobre la esfera del reloj de la víctima, pero en ella han encontrado restos del mismo colirio que utiliza usted.

Pía se llevó las manos a la boca para contener una exclamación.

—Pero no puede ser —se defendió Candela—. Debe de haber una explicación… No me cabe en la cabeza cómo alguien pudo hacerle algo así a la pobre chica.

El alarido que emitió Rebeca los sobresaltó a todos. Hasta Juan José pegó un salto en la silla.

—¡Mentirosa! —gritó mientras se levantaba con tanto ímpetu que la silla cayó al suelo con un golpe seco—. ¡La mataste tú!

Rebeca apuntaba con un dedo acusador a Candela, mostrando los dientes como si fuera a saltar sobre ella de un momento a otro. La acusada emitió un gemido y se encogió sobre sí misma. A su lado, Pía comenzó a santiguarse a toda velocidad.

—Tranquilízate, Rebeca —medió Runa—. ¿Por qué dices eso? ¿Puedes demostrarlo?

—Me lo confesó todo ayer, cuando le pregunté. Desde el momento en que hablé con vosotros tuve un horrible presentimiento, y no paré hasta que ella me lo contó. ¡Estuvo allí y mató a Oli!

Runa se volvió hacia Candela, que parecía querer que se la tragara la tierra.

—¿Tiene algo que decir contra esa acusación? —interpeló.

Candela ni siquiera pudo alzar la mirada. Permaneció unos instantes en silencio, con los ojos cerrados. En su rostro, humedecido por lágrimas silenciosas, se podía intuir un intenso dolor. A Runa casi le dio lástima. Sospechaba que la causa de su desaliento no era la acusación en sí, sino de quién procedía.

Rebeca se acercó hasta colocarse frente a ella.

—Si tienes valor, niégalo delante de mí —espetó.

Por fin Candela abrió los ojos y se enfrentó a la ira de Rebeca. No había rencor en su mirada. Tal vez desconcierto y quizá una pizca de decepción, pero Runa percibió sobre todo amor. Entonces lo entendió. Candela se sentía como el que recoge a una serpiente moribunda y la cuida durante años hasta que, un día como cualquier otro, el animal se vuelve en su contra sin importarle el cariño recibido.

—Yo la maté —confesó por fin y volvió a cerrar los ojos.

A Pía le dio un vahído y tuvo que sujetarse a la mesa. Negaba con la cabeza como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar. Rebeca, en cambio, se mantuvo impasible unos instantes. Se dirigió a los policías antes de salir de la habitación.

—Ahí tenéis a vuestra asesina —casi escupió por la rabia contenida.

47

Solo un poco más

Viernes, 14 de octubre. Día de la muerte de Olivia

CANDELA SE QUEDÓ con la palabra en la boca cuando Rebeca cortó la comunicación. Estaba claro que la chica mentía, la conocía demasiado bien. Algo le estaba ocurriendo, pero no quería contárselo. Sin duda, aquello tenía que ver con su compañera de piso, esa fresca que suponía una influencia terrible para la niña. Trató de devolverle la llamada, pero había desconectado el móvil, lo que no hizo más que aumentar su preocupación. Caminó nerviosa de un lado a otro de su cuarto, dándole vueltas al tema. Después de un rato llegó a la conclusión de que debía relajarse y pensar en otra cosa; al fin y al cabo, Rebeca ya era mayor y podía tomar sus propias decisiones. Ella tenía que respetarlas. No tenía derecho a adquirir el rol de madre preocupada que asfixiaba a sus hijos con sus recelos.

Bajó a la cocina y se puso a cocinar para ocupar la mente. Cuando le contó a Juliana que Rebeca había llamado porque esa noche tenía que quedarse para hacer un trabajo y que al día siguiente tomaría el tren, la mujer frunció los labios y amusgó los ojos con suspicacia.

—Mmm… ¿No será que quiere quedarse para irse de juerga? —soltó.

—Uy, no creo, mujer. Ella no es de esas. Me lo hubiera dicho, creo yo.

Juliana arrugó la nariz e hizo un gesto con la mano como para indicarle que no quería saber más del tema, que tenía cosas más importantes en las que pensar. Se dispuso a abandonar la cocina, pero antes de desaparecer por la puerta se volvió.

—Por cierto, ¿no sabrás dónde están Nadia y el chico? No los he visto en todo el día.

—Pues ahora que lo dices… Hace rato que no los veo. ¿Los necesitas para algo?

—No, no te preocupes. Ya aparecerán.

Candela suspiró cuando Juliana se marchó. Siguió a lo suyo en los fogones, pero sin poder quitarse de la cabeza las confesiones que Rebeca le había hecho días atrás. No le gustaba nada su compañera de piso. Sabía cómo eran las mujeres como ella, unas sinvergüenzas que no dudaban en aprovecharse de personas buenas, sin importarles que acabaran destrozándolas emocionalmente. Las utilizaban hasta

terminar con su autoestima y con su dignidad. Ella no iba a permitir que eso le ocurriera a su niña.

Un par de horas después, Candela tenía los nervios a flor de piel. No había podido dejar de pensar en Rebeca y, para colmo, su imaginación la estaba torturando con posibles escenarios terribles. ¿Y si le ocurría algo horrible y ella no hacía nada? Trató de llamarla por teléfono varias veces, pero la chica tenía el móvil apagado. Un mal presentimiento comenzó a oprimirle los pulmones hasta casi impedirle respirar. Cuando no pudo más, se vistió y fue en busca de Juan José para que la llevara hasta la ciudad. Tenía que saber que todo iba bien. Si era así y se había preocupado en exceso, volverían por donde habían llegado y nadie se enteraría.

CANDELA LLAMÓ AL timbre, pero nadie respondió. Insistió varias veces hasta que por fin se decidió a utilizar sus llaves. Al entrar en la habitación de Olivia y ver los tres cuerpos desnudos sobre la cama, la mujer se llevó las manos a la boca para ahogar una exclamación. La escena era deplorable; los tres dormían profundamente. Rebeca sujetaba uno de los pechos de la chica que yacía bocarriba entre el hombre y ella. Candela intuyó que aquella debía de ser Olivia. Por algún extraño motivo que escapaba a su entendimiento, la chica tenía una bolsa de plástico cubriéndole parcialmente la cabeza. ¿Qué demonios hacía con eso? Podría asfixiarse si no tenía cuidado.

Con mano temblorosa, Candela le dio unas palmadas a Rebeca en el brazo, pero no fue capaz de despertarla. La chica no emitió sonido alguno ni dio muestras de estar consciente, ni siquiera cuando empezó a zarandearla. En ese momento, Juan José sujetó el brazo de su tía y cuando esta se volvió, le hizo un gesto con la cabeza para que mirara los restos de cocaína que había sobre la mesita de noche.

—¡Dios mío! —exclamó Candela—. ¡Están drogados!

Tras unos segundos de vacilación, Candela le dio un codazo a su sobrino, que se había quedado embobado con aquellos cuerpos lánguidos y al mismo tiempo hermosos, entrelazados entre sí como si estuvieran posando para él.

—No te quedes ahí pasmado, ayúdame a vestirla. —Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para contener las lágrimas. Aquella escena le rompía el corazón.

Juan José ayudó a Candela a girar el cuerpo de Rebeca para empezar a ponerle la ropa que había recogido del suelo. Daba impresión verla así, como si estuviera muerta.

—¿Y si se han pasado con lo que han tomado y está en coma o algo peor? —dijo Candela, que había empezado a asustarse por la falta de reacción de la chica. Su sobrino le tomó el pulso e hizo un gesto ambiguo.

—No sabría decirte, tiene pulso. Quizá lo mejor sea que la llevemos al hospital.

Al girar el cuerpo de Rebeca descubrieron una gran mancha de vómito bajo la cara. Fue entonces cuando Candela se percató del golpe que tenía en la mejilla, y que a esas alturas seguía hinchado y había adquirido un color rojizo que empezaba a volverse azulado.

—¡Oh, Dios mío! Pero ¿qué te ha pasado, cariño? ¿Quién te ha hecho esto? —sollozó, ya sin poder evitar que las lágrimas se desbordaran.

Dedicó una mirada, mezcla de furia y rabia, a la que consideraba la culpable de todo aquello, y por un momento deseó que estuviera muerta, que se hubiera asfixiado con aquella horrible bolsa que llevaba en la cabeza.

Entre los dos la vistieron como pudieron y solo cuando la incorporaron, Rebeca pareció volver en sí durante unos segundos.

—Tengo que hablar con el gato —dijo con lengua de trapo, y se llevó la mano a la cabeza con un quejido antes de volver a quedarse dormida.

Juan José la cargó en brazos y, cuando se disponían a salir, Olivia se revolvió y dijo algo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó él.

Candela se detuvo y se acercó a la chica, que había empezado a sonreír, pero mantenía los ojos cerrados. Debía de estar soñando.

—Eres goooorda y fea como un sapo, Rebe —dijo entre hipidos de risa tonta—. Me da asco tocarte.

Candela apretó los dientes y se limpió las lágrimas que le cubrían el rostro con el brazo. Miró a su sobrino y le hizo un gesto con la cabeza para que se marchara. Sus ojos centelleaban de rabia. Cuando él salió con Rebeca, Candela miró a la chica y ni siquiera lo pensó. De un tirón acabó de meterle la bolsa en la cabeza y la cerró alrededor del cuello. Enseguida, la chica empezó a convulsionar por la falta de oxígeno. Candela no quería matarla, pensó en soltar las manos y dejar que el aire volviera a entrar en sus pulmones antes de que fuera demasiado tarde. Pero una voz atronadora le repetía en su cabeza: «Solo un poco más, un poco más». Cerró los ojos y se dejó llevar.

48

La oveja blanca

LA ORDEN DE cese de la prisión preventiva llegaría al día siguiente a primera hora y Cándido Navas sería libre. Runa sentía que había cometido un grave error con aquel hombre. No le gustaba hacer juicios de valor a la ligera, por mucho que el otro las tuviera todas en su contra. Pero tenía que reconocer que quizá se había dejado llevar por las circunstancias, dando por hecho demasiado pronto que era culpable de la muerte de Olivia.

La posesión de las fotografías de la chica muerta, sin lugar a dudas, había inclinado la balanza en su contra definitivamente. Pero, desde el principio, algo en aquel asunto la molestaba, una anomalía que no era capaz de identificar. Era como si hubieran tenido que limar una de las piezas del puzle para que encajara a la perfección en el hueco que les quedaba. Una vez colocada, colores y formas armonizaban en el conjunto, pero desaparecía la satisfacción de haber hecho las cosas de la manera correcta, y se acrecentaba la molestia de saber que, poco después, habría que hacer algo parecido para poder encajar la pieza correcta.

Aunque el caso de la muerte de Olivia Llopis estaba resuelto, todavía les faltaba dar con el asesino de Diego Lago y del marchante de arte Federico Tejedor. El asesino estaba actuando con la precisión de un profesional y parecía haberse volatilizado sin dejar rastro, como un fantasma.

Hacía unos minutos que habían recibido la llamada de Carolina Piqueras. Su equipo al fin había descubierto el yacimiento, oculto bajo una trampilla en la nave en la que guardaban los aperos del campo, y varias piezas más escondidas en la pequeña bodega del interior de la vivienda. En esos momentos, la Unidad de Patrimonio debía de estar tomando declaración a todos los habitantes de la casa, a excepción de Candela, la sirvienta, que ya se encontraba detenida y a la espera de pasar a disposición judicial.

Runa entró seguida de su compañero en la prisión de Picassent. No hacía mucho que había estado en aquel mismo lugar de manera extraoficial y confidencial para visitar a Odalys en el módulo de mujeres. Con aquella visita había logrado su objetivo, que no era otro que volver a contactar con Klaus. Por un momento, su mente viajó a su última noche juntos y una leve sonrisa le curvó los labios.

Enseguida llegaron al primer control, donde mostraron las

credenciales y pasaron por los escáneres ante los rostros serios e impasibles de los funcionarios. A continuación, se dirigieron a la entrada principal del complejo y accedieron a una gran sala de muros de hormigón, que en ese momento estaba vacía. Unos bancos de hierro de color verde le daban un aspecto aún más frío y desangelado al lugar. Y, cómo no, lo que no podía faltar era el olor a desinfectante que lo envolvía todo, y que se asentaba en el cerebro de los visitantes de forma que, cada vez que volvieran a oler la lejía, rememorarían aquel lugar de manera automática.

Se acercaron a una ventanilla de cristal blindado en la que un guardia les pidió la documentación y registró el motivo de su visita. Tras comprobar que todo estaba en orden, les entregó las acreditaciones, que se colocaron sobre el pecho, y les dio paso a una pequeña sala en la que los esperaban un par de policías. Allí dejaron todos sus objetos personales en las taquillas antes de acceder al pasillo central a través de dos puertas de acero blindado y dos de grandes barrotes de hierro que se abrían y cerraban a su paso, controladas de manera remota por el funcionario que iba siguiendo sus movimientos a través de las cámaras.

El extraño silencio que los rodeaba solo se veía turbado por el sonido de sus pasos y el chirrido metálico de las puertas. Una vez dentro, otro funcionario los acompañó hasta el módulo en el que se encontraba Cándido. Entonces, el funcionario que controlaba la cabina del módulo, desde donde tenía una buena perspectiva del patio y de varias de las salas de uso común, les abrió una puerta al verlos a través de las cámaras. Cuando se acercaron lo suficiente al cristal tras el que se parapetaba un hombre grueso, de mejillas coloradas y ojos saltones, la puerta volvió a cerrarse a sus espaldas. El hombre observó sus pases.

—Así que policías… Pues ustedes dirán.

—Venimos a hablar con Cándido Navas, un recluso que entró aquí hace poco más de una semana —anunció Runa.

—Ah, el albino. —El hombre asintió con convicción—. A estas horas seguro que está en su celda, es de los que nunca quiere salir al patio. Ya ha tenido un par de encontronazos con los más conflictivos. Ya sabe, esto está lleno de moros y gitanos, y esa piel tan blanca destaca demasiado entre ellos. Es la oveja blanca entre las negras.

El funcionario rio con ganas y la carne sobrante bajo su barbilla se agitó como si hubiera sufrido un espasmo. No paró hasta que se percató de que la broma solo le hacía gracia a él. Entonces carraspeó y les abrió la puerta que daba acceso al módulo.

—Pueden esperarlo en la primera sala que encuentren a su izquierda, no suele estar muy concurrida a estas horas —dijo al tiempo que sujetaba el teléfono y llamaba al recluso por megafonía.

Los dos policías entraron a una sala en la que varios presos jugaban a las cartas en una mesa y otros tantos veían el telediario. Todos ellos los miraron durante unos segundos antes de perder el interés y volver a lo que estaban haciendo. Eligieron una mesa cerca de la entrada y se sentaron a esperar. En la televisión, un reportero anunciaba el macabro asesinato de un ejemplar hombre de negocios de Altea, en Alicante. Al parecer, cuando el hombre salía de la empresa de pisos de lujo que regentaba, un par de motoristas se le acercaron a plena luz del día y uno de ellos le descerrajó un tiro en la cabeza que acabó con su vida al instante. La Policía de Alicante había dispuesto un operativo para intentar dar con los asesinos, pero hasta el momento seguían sin rastro de ellos. Aunque algunas fuentes relacionaban al empresario con ciertos sectores de la mafia rusa, nunca se había podido demostrar ningún vínculo entre la víctima y la organización criminal.

—¡Que se joda! —gritó un recluso con la piel completamente tatuada—. ¡Menudo hijo de puta!

—¿Ese no es el mafioso ruso? —preguntó otro.

—Ese mismo —continuó el primero. Y ambos volvieron a poner atención en las noticias.

—¿De quién hablarán? —comentó Roi.

—No lo sé, me ha parecido escuchar que se trataba de un importante empresario…

Entonces se oyó un alboroto en el pasillo y los dos salieron para ver qué estaba ocurriendo. Un recluso gritaba y hacía gestos al funcionario que se encontraba en la cabina mientras este se apresuraba a pedir refuerzos por teléfono.

—¿Qué ocurre? —preguntó Roi al hombre, que insistía con gritos y gestos al funcionario para que se apresurara.

—¡Está muerto! —gritó este muy trastornado.

A Runa la invadió un terrible presentimiento justo cuando la puerta se abrió y entraron tres guardias. Todos siguieron al recluso que, pese a sufrir una acusada cojera, se movía con mucha rapidez. Entonces se detuvo frente a la puerta de una celda y apuntó con el dedo al interior. Los guardias entraron en ella apresuradamente, y Roi y Runa hicieron lo propio.

En el interior de la celda, el cuerpo de Cándido Navas colgaba del barrote de una litera. Se había atado los tobillos al cuello con una sábana, de manera que sus piernas quedaran flexionadas hacia atrás y no pudiera alcanzar el suelo. Todos se quedaron paralizados unos instantes, sin saber muy bien cómo reaccionar, hasta que Roi corrió a alzarlo. Entre varios, lograron descolgarlo y uno de los policías comenzó a hacerle la reanimación en el suelo. Pero ya era demasiado tarde, no tenía pulso. Runa se fijó en sus ojos abiertos, que parecían mirarla a ella para reprocharle todo lo ocurrido, y se acordó de lo que

les había contado el día que lo conocieron. ¿Estaría viéndolos a todos tratando de salvarle la vida en una de esas experiencias extracorporales que les había contado? Quizá hubiera conseguido por fin volver a sentir esa paz que tanto buscaba. Si fuera así, estaba segura de que no le gustaría que lo trajeran de vuelta de nuevo. Miró al aire, a su alrededor, como si esperara encontrarse con el alma de Cándido para despedirse. Después, sujetó el brazo del funcionario que le hacía la reanimación y negó con la cabeza cuando logró su atención. Cuando el hombre desistió, ella pasó la mano por la cara del albino para cerrarle los ojos.

49

Mal presentimiento

TRAS UNO DE esos días en los que parece que todo se complica y cada cosa que pasa pone todo aún más patas arriba, Runa decidió que ya tenía suficiente. Apagó el ordenador y comenzó a recoger, dispuesta a irse para tratar de descansar unas horas. La muerte de Cándido Navas la estaba perturbando más de lo que hubiera esperado. Podía ser un tipo extraño que hacía cosas raras y al que nadie entendía, pero no era un asesino. Ni siquiera creía que fuera una mala persona. De lo que sí estaba segura era de que todos, de una manera u otra, lo habían juzgado y tratado de forma injusta.

Pensó en la lotería genética que acompaña a cada recién nacido hasta su muerte. Unos boletos invisibles que condicionarán su vida para bien o para mal, según los rasgos físicos o la capacidad cognitiva. La teoría de la no aceptación de lo diferente era una ley presente en todas las especies animales, y el hombre no solo no era una excepción, sino que podía llevarla hasta el máximo nivel de crueldad. En el caso de Cándido, la suerte le había dado la espalda desde el mismo momento en que fue concebido.

—¿No te vas a pasar por el bar de Juan hoy? —le preguntó Roi, que también necesitaba desconectar.

—Hoy me voy directa a casa, no estoy de muy buen humor.

—Ya te veo, llevas horas con el ceño fruncido. Lo de Cándido ha sido una putada, es verdad, pero nadie habría podido predecir algo así.

—Eso no significa que lo hayamos hecho bien.

Roi asintió. No tenía nada que decir. Sabía lo que le corroía a su compañera porque a él también le estaba afectando la muerte de aquel hombre, aunque, a diferencia de ella, no se sentía culpable.

—¿Sigues sin tener noticias de tu padre? —preguntó ella, que caminaba ya hacia la salida.

—Nada, sigue sin aparecer. Cada vez estoy más convencido de que está muerto, que su cuerpo está por ahí, tirado o enterrado en alguna parte.

—Tu hermano…

Roi se encogió de hombros. No le apetecía hablar del tema.

Los dos salieron a la calle y se dirigieron a sus respectivos vehículos.

—¿No te ibas a quedar un rato en el bar? —preguntó Runa algo extrañada.

—Lo he pensado mejor, estoy cansado.

Acordarse de su hermano y su padre lo había angustiado y había hecho que se le quitaran las ganas. Solo le apetecía hacerse un porro y pasar una velada tranquila con *Manchurrón*. Tenía que reconocer que el animal colmaba el vacío de las noches solitarias con su compañía. En los pocos días que llevaban juntos, se estaba adaptando muy bien a su nuevo dueño y estaba surgiendo entre ambos algo parecido al cariño. Al menos Cándido podía irse tranquilo en ese aspecto, ya que el gato estaría bien cuidado. Lo que había empezado como una relación temporal se acababa de convertir en algo que tenía pinta de durar mucho tiempo, así que tendría que adaptar un poco su casa. Quizá hasta le consiguiera un par de plantas de hierba gatera para que ambos se relajaran juntos. La idea le hizo sonreír. ¡Menudo compañero de juergas nocturnas!

Runa no había recorrido ni cien metros con el coche cuando su teléfono sonó. Hizo un gesto de cansancio cuando vio que la pantalla mostraba el número de centralita de la policía. Acababa de salir de allí y ya la estaban llamando. Descolgó para atender la llamada con el manos libres.

—Runa, soy Germán —se escuchó la voz de un compañero—. Perdona que te moleste, es que tengo en línea a un tal Marcelino Climent, de la UCRIF. Dice que tiene que comentarte un asunto, pero si quieres le digo que llame mañana…

Runa frunció el ceño, extrañada. ¿Marcelino Climent? Enseguida pensó en Klaus y se temió que lo hubieran detenido.

—No, no. No hay problema, Germán. Pásamelo, por favor.

—De acuerdo, hasta luego.

—¿Marcelino? Soy Runa Østberg.

—Hola, Runa. Espero no molestarte. Te llamo porque nos ha saltado una alerta sobre varios fugitivos a los que estábamos haciendo seguimiento y que estaban relacionados con un caso que llevaste hace unos meses. Se trata de Klaus Mikhailov y Andrei Vorobiov. Como no hace mucho me preguntaste por el primero, he pensado que quizá te interese.

A Runa le dio un vuelco el corazón y detuvo el coche en doble fila, unos metros más adelante.

—Hola, ¿sigues ahí? —preguntó Marcelino tras el silencio que había ocupado la línea.

—Sí, sí. Perdona. Es que voy conduciendo.

—Pues, como te decía, no sé si has escuchado las noticias sobre la muerte de Levan Bondarenko, un empresario ruso al que le han pegado un tiro en la cabeza en plena calle, en Altea.

—Sí, claro. En el telediario no se habla de otra cosa. —A esas alturas de la conversación, el estómago de Runa estaba tan contraído

que hubiera jurado que podría escupirlo por la boca.

—Parece que se trata de un ajuste de cuentas. Bondarenko era el candidato a ocupar el puesto de mandamás de la mafia rusa después de que la policía descabezara a la banda de Alexei Shirokov, uno de los mafiosos rusos más poderosos de los últimos tiempos.

Runa tragó saliva y formuló la pregunta que le daba vueltas en la cabeza, aunque no estaba segura de querer escuchar la respuesta.

—¿Y qué tiene que ver su muerte con Klaus Mikhailov? ¿Lo han detenido?

—Parece que también está muerto.

Runa se llevó una mano temblorosa a la sien. Un dolor punzante le acababa de atravesar el cráneo de un lado a otro como si le hubieran insertado un clavo ardiendo. Era la carta de presentación de lo que, con seguridad, acabaría transformándose en una de sus terribles migrañas. Por puro instinto, palpó por encima uno de los bolsillos del pantalón para asegurarse de que tenía a mano las pastillas. Debía tomárselas antes de que fuera demasiado tarde.

—Oh… —fue la única palabra que pudo pronunciar.

—Bondarenko acababa de recibir un sobre con unas fotografías. Las estaba mirando cuando le dispararon. En ellas se veía a Mikhailov y Vorobiov junto con otro par de hombres a los que aún no hemos podido identificar. Todos muertos con disparos en la cabeza. Por eso tuvimos claro desde el primer momento que se trataba de un ajuste de cuentas.

—¿Y los cuerpos? —preguntó la subinspectora con un hilo de voz.

—No han aparecido, ni creo que lo hagan. Tratándose de asuntos de la mafia, lo más seguro es que estén en el fondo del mar atados a un bloque de hormigón.

—Gracias por la información, Marcelino. Tengo que colgar.

Tras un par de segundos de silencio, él volvió a hablar.

—¿Te encuentras bien?

Pero la comunicación ya se había cortado.

Runa abrió la puerta del coche y comenzó a vomitar sobre la calzada. Antes de que pudiera reponerse, una sombra se acercó por detrás y le asestó un golpe en la cabeza que la dejó inconsciente.

50

Los dados están echados

NADA MÁS TRASPASAR el umbral de su casa, Roi supo que algo no iba bien. Como un *déjà vu*, volvió a experimentar la misma desagradable sensación que había sentido unos meses atrás: la certeza de no estar solo. Sacó la pistola, la sostuvo frente a él y trató de prestar atención poniendo alerta todos sus sentidos. Solo se oía el plañido lastimoso de *Manchurrón*, que se repetía cada pocos segundos con el mismo tono y la misma intensidad, pero sonaba lejano. Lo normal era que nada más abrir la puerta ya tuviera al gato enredado entre las piernas, como si hubiera presagiado su llegada mucho antes de introducir la llave en la cerradura. Si no lo había hecho ya era porque no podía. Caminó por el pasillo casi de puntillas, revisando a su paso las estancias que dejaba atrás. Al llegar al salón, echó un vistazo rápido dentro y lo que descubrió lo dejó helado. En la pared había escrita una frase con letras rojas:

¿ME VAS A DECEPCIONAR?

Sentado en el suelo y apoyado en esa misma pared sobre una manta extendida estaba su padre, completamente desnudo y con la cara y el cuerpo manchados con algún tipo de sustancia roja. Roi entró y se aseguró de que no había nadie más allí antes de centrarse en él. Pedro estaba en muy malas condiciones. Hacía mucho que no se veían, pero había perdido tanto peso que las mejillas, que recordaba bien pronunciadas, se le hundían bajo la espesa barba canosa. La piel del torso se había convertido en pellejo descolgado a través del cual se le marcaban las costillas. Pedro observó a su hijo con ojos vidriosos, hundidos en las cuencas; tenía el aspecto de un cadáver. En la mano sostenía una especie de daga con la apariencia de estar muy afilada.

—¡Papá! —Roi hizo el ademán de acercarse, pero él se lo impidió colocándose el puñal en el cuello y apretando hasta que un hilo de sangre brotó de la punta.

—¡Quédate donde estás! —le ordenó con voz rasgada.

Roi se quedó paralizado en medio del salón, pero echó un nervioso vistazo hacia atrás, temeroso de que en el apartamento hubiera alguien más.

—Estamos solos, no te preocupes. Siéntate. —Pedro señaló con el arma el sofá.

—Por favor, no hagas ninguna locura…

—He dicho que te sientes, no tengo mucho tiempo.

La voz rota aunque firme de su padre le hizo vacilar unos instantes, pero acabó cediendo. Sin soltar el arma, se acercó al sofá y se sentó de lado sobre uno de los brazos para poder tener una buena perspectiva tanto de su padre como de la entrada. Si alguien llegaba lo tendría a tiro, y dudaba mucho que el que estaba en el suelo pudiera suponer una amenaza.

—¿Qué demonios es todo esto? —Roi estaba tan desconcertado que apenas atinaba a articular una frase completa.

—Estoy aquí para expiar mis pecados.

—Sé lo que hiciste. Sé que fuiste el culpable de destrozar la vida de muchos niños, entre los que se encontraba tu propio hijo. Por tu culpa crecimos separados, pero a él le tocó la peor parte.

—¿Lo sabes? Entonces esto acabará antes de lo esperado. Tienes que matarme.

Roi lo miró como si estuviera ante una aparición. Se fijó en que la pintura que tenía tras él era tan reciente que algunas gotas rojas partían de cada trazo en dirección al suelo, creando el efecto de texto sangrante. El que lo hubiera escrito podría seguir allí. Se incorporó para hacer una batida por el resto de la casa, no podía permitirse que nadie lo sorprendiera. En su habitación encontró a *Manchurrón*, cuya alegría momentánea se transformó en gruñidos de protesta cuando, tras asegurarse de que se encontraba bien y no había nadie más en el cuarto, volvió a dejarlo encerrado. Entonces regresó junto a Pedro.

—Sabes de sobra que no voy a matarte —le dijo al tiempo que sacaba el móvil para comunicar lo sucedido.

—¡Deja ese teléfono! —gritó y con un movimiento rápido se hizo un corte en el brazo. La herida era profunda y comenzó a sangrar profusamente, pero Pedro no hizo el mínimo gesto de dolor ni se quejó. En ningún momento apartó la mirada de su hijo y repitió la orden sin que le temblara la voz—. Suelta el teléfono.

Roi, asustado, dejó el teléfono e hizo el gesto de socorrerlo, pero él volvió a colocarse la daga en el cuello.

—No te acerques o todo acabará para mí, pero para ti no habrá hecho más que empezar —dijo con severidad.

—Es él, ¿verdad? Es mi hermano el que te está obligando a hacer todo esto.

—Él me ha hecho ver todo el daño que hice. Ahora ha llegado el momento de pagarlo.

—Todo este tiempo que estabas desaparecido… Te tenía él. ¿Qué te ha hecho? ¿Te ha lavado el cerebro o algo así? Mírate, estás en los huesos…

—Solo me ha abierto los ojos…

—Es un asesino.

—Hay personas que jamás podrán alcanzar la paz. Esas personas orientan toda su existencia a una única causa: arrebatarle esa paz a los demás.

—¿Por qué lo justificas? ¡Está loco!

—Porque solo yo tengo la culpa de esa locura.

—Pues ahora está en tu mano detenerla.

Pedro meditó unos instantes antes de contestar.

—¿Sabes lo que significa tener que rebuscar los restos de tus sueños entre las cenizas de toda una vida? Eso es lo que he estado haciendo desde aquel fatídico día en que todo cambió. Pero nadie me advirtió de que esos sueños, si es que un día llegas a encontrarlos, ya no son los que perdiste, porque se han transformado en algo sucio que mancha todo lo que toca. Si te aferras a ellos, tú mismo te vas consumiendo y tu memoria también acaba volatilizándose como haría una ráfaga de viento con esos restos carbonizados.

—¡Deja de hablar como si acabaras de leer un libro de frases bonitas! ¡No hay nada de poético en esta situación!

Pedro se encogió de hombros. La herida del brazo no paraba de sangrar y él no hacía nada para evitarlo.

—Lo que quiero decirte es que estoy cansado de perseguir sueños, de anhelar una vida que ya no existe. Quiero irme y quiero hacerlo en paz. Esta es la única manera de detener lo que empecé. No hay otra, Rodrigo.

Roi hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Da igual lo que digas. No voy a hacerlo.

—Eso ya lo tenía previsto. Vas a hacerlo, créeme.

En ese mismo momento, el teléfono de Roi sonó. La llamada era de un número desconocido.

—Deberías contestar —lo animó Pedro.

Roi descolgó con un mal presentimiento.

—Hola, hermanito. ¿Te estás divirtiendo?

—¡Víctor! No puedes hacer esto.

—¿Hacer qué? ¿Justicia? No tienes ni idea de lo que fue mi infancia en Marruecos. Yo tuve la suerte de escapar de aquel infierno, pero otros no lo consiguieron. Y todo porque a ese despojo que llamas padre no le importaba traficar con niños con tal de poder lucir un reloj o un coche caro. Esto es algo que tendrías que haber hecho tú hace tiempo. Te di la oportunidad, pero la desaprovechaste. Y ahora, ¿vas a decepcionarme una vez más?

—No puedes pedirme esto. No voy a hacerlo.

Víctor suspiró como si necesitara armarse de paciencia antes de comenzar a hablar.

—Voy a proponerte un dilema. Imagina que estás encerrado en una cápsula con un bebé. La cápsula no se abrirá hasta dentro de quince

minutos exactos, puesto que está programada y es imposible que nadie logre hacerlo antes. El problema es que solo tenéis oxígeno para doce minutos si los dos continuáis respirando. En cambio, si el bebé deja de hacerlo, tienes la posibilidad de salvarte. ¿Qué harías?

—Estás enfermo, Víctor. ¿Cómo puedes siquiera pensar en algo así?

—Respuesta incorrecta. Te lo voy a poner más fácil. Imagina que pudieras saber a ciencia cierta que ese bebe de rostro angelical fuera a convertirse con los años en uno de los mayores genocidas del mundo. Matándolo podrías evitar millones de muertes. ¿Un poco más fácil ahora?

—¿Qué tiene que ver eso con nuestro padre? No voy a responderte.

—Se me acaba la paciencia, Rodrigo. Creo que deberías conectar la cámara…

Roi conectó la cámara y puso el manos libres. En la pantalla se veía una mano enguantada con una jeringuilla aparentemente vacía.

—Esto que estás viendo es una jeringuilla de cincuenta mililitros. Como solo contiene aire, digamos que tiene unos cincuenta centímetros cúbicos.

Roi empezó a ponerse nervioso, no le gustaba nada el cariz que estaba tomando la situación.

—Puedes inyectar hasta cierta cantidad de aire en una vena o una arteria y no pasará nada. No es cierto que una burbujita te cause la muerte, lo más probable es que tu cuerpo lo disuelva sin que te enteres. Algunos médicos afirman que el problema comienza cuando esa cantidad alcanza los treinta centímetros cúbicos, aunque otros con cinco ya se echan las manos a la cabeza. En todo caso, se forma una embolia gaseosa que afectará a los pulmones si el aire se introduce en una vena, o al corazón y sistema nervioso central si se hace en una arteria. Con esa cantidad, si te tratan a tiempo y con suerte, aún podrías salvarte. Pero si se llega a los cincuenta centímetros cúbicos, estás muerto.

Roi comenzó a temblar tanto que tuvo que sujetar el móvil con las dos manos cuando el plano de la jeringuilla desapareció y mostró el rostro inconsciente de Runa. Aunque no había mucha luz, pudo apreciar que estaban dentro de un coche.

—Ha sido muy fácil encontrar tu punto más débil. Tu vida es tan patética que la única pérdida que de verdad te dolería es la de tu compañera de trabajo.

—¡Cabrón! ¡No la toques!

—Los dados están echados, ya no hay vuelta atrás. —Víctor movió la cabeza de Runa para dejar a la vista su cuello y le acercó la aguja—. La verdad es que no sé si esto es la vena yugular o la arteria carótida, pero tanto da.

—Nooo —gritó Roi aterrorizado cuando la aguja se clavó en la piel

de su amiga.

—Solo tienes que hacer justicia, Rodrigo. No te pido más. La vida de tu amiga por la de tu padre. ¿De verdad vas a dudar cuál de las dos es más valiosa?

Roi miró a Pedro con desesperación. Su padre le dedicó una sonrisa en la que pudo leer la resignación. Hacía tiempo que había aceptado ese final.

—Hazlo antes de que sea tarde —le dijo tras colocarse la punta de la daga sobre el pecho a la altura del corazón, animándolo a empuñarla.

Roi estaba bloqueado, ni siquiera era capaz de hablar.

—Cada diez segundos de indecisión, inyectaré un poco de aire en la sangre de tu amiga. Empecemos.

Roi pudo ver que el émbolo de la jeringuilla se desplazaba y que Runa, sumida en la inconsciencia, se encogía y gemía.

—¡Para! —gritó. En algún momento había comenzado a llorar y se vio obligado a limpiarse las lágrimas para poder seguir viendo aquella imagen terrorífica. Sin pensarlo dos veces, se acercó a su padre y sujetó la daga con mano temblorosa.

—Parece que empiezas a razonar —se escuchó a través del teléfono —. Siguientes diez segundos. Cuatro, tres, dos, uno. Vamos con los cinco centímetros cúbicos.

El contenido de la jeringa se vació un poco más y un pequeño hilo de sangre salió del lugar de la punción.

Roi se volvió hacia su padre. Por un momento se hizo el silencio, solo roto por los maullidos lejanos de *Manchurrón,* que, por el tono, parecía intuir lo que estaba ocurriendo. Pedro lo miró, sujetó la mano de su hijo sobre el puñal con el brazo sano y, con una media sonrisa, asintió. Le estaba dando permiso.

—Quiero tener un buen plano. Enfoca la cámara, hermano.

Roi giró el teléfono para que se viera lo que estaba haciendo, pero el pulso le temblaba demasiado.

—Si te parece, esta vez voy a meter otros cinco de golpe. Cuenta atrás. Cinco, cuatro…

De repente, una extraña fuerza se apoderó de Roi que, con un grito desgarrador, empujó la daga con todas sus fuerzas sobre el pecho de su padre. Le sorprendió la facilidad con la que esta se clavó. Al instante la soltó, asustado, viendo cómo su empuñadura se movía ligeramente, al ritmo de los latidos del corazón. Su padre, aún consciente, alzó los ojos para enfrentarse a su mirada. No encontró rastro de reproche en ellos.

—Has hecho lo que tenías que hacer —susurró. Con cada palabra se fue apagando un poco más hasta que, tras pronunciar la última, su cabeza cayó sobre el pecho sin control alguno. Roi se miró las manos

llenas de sangre. Todo aquello le parecía irreal, como si estuviera sufriendo una pesadilla.

—Sabía que no ibas a defraudarme, en el fondo no eres tan diferente a mí. —Las palabras de su hermano le confirmaron que estaba viviendo algo muy real—. Solo necesitabas un poco de motivación. La misma sangre que hoy has derramado es la que corre por nuestras venas, así que hoy los dos hemos muerto un poco. Pero hay que aprender a morir, saber dejar ir esa parte de nosotros que nos condiciona a ser lo que no somos para darle espacio a nuestro verdadero yo. Solo así te encontrarás a ti mismo.

—Te has convertido en un monstruo.

La risa de Víctor retumbó en el altavoz del teléfono.

—Todos llevamos uno dentro. Cuando la vida solo te da la opción de mostrarle la salida o que te devore por dentro, lo dejas salir. Tú acabas de hacerlo.

—¡Estás loco! —Roi se sobresaltó por la intensidad y la rabia de su propio grito.

Se oyó la puerta de un coche al cerrarse.

—Ahora, si te das prisa y a tu amiga la atiende enseguida un médico, puede que se salve, porque antes de irme me ha parecido que entraba en parada. —Su voz sonaba algo agitada, como si estuviera andando a toda prisa al tiempo que hablaba—. Está en la calle… A ver, un momento…, sí, en la calle del Palleter, en el cruce con Àngel Guimerà.

51

¿Me vas a decepcionar?

ROI NI SIQUIERA se acordaba de cómo había salido de su casa. Solo tenía un vago recuerdo de haber llamado a la Central para que enviaran a alguien con un desfibrilador al lugar en el que se suponía que debía de estar aparcado el coche de Runa con ella dentro. Era imposible que él pudiera llegar a tiempo, pero ellos estaban bastante cerca. ¿Cuánta cantidad de aire le había inyectado? No era capaz de recordarlo.

Llegó justo cuando se llevaban a su compañera en una ambulancia. El policía que había acudido al lugar le contó que había encontrado a Runa en parada cardiorrespiratoria y le había practicado la reanimación mientras llegaba la ambulancia. Gracias al desfibrilador que había llevado consigo, había conseguido sacarla de aquel estado al segundo intento. Un par de minutos después había llegado la ambulancia y la habían estabilizado. Roi le dio las gracias y salió pitando detrás del vehículo de emergencias.

En la sala de espera, Roi tuvo mucho tiempo para pensar en qué demonios iba a hacer a partir de entonces. Acababa de cometer un asesinato. Aunque las circunstancias atenuantes le redujeran la pena, acabaría en prisión. Era el fin de su carrera como policía y tenía que aceptarlo. Lo peor era ser consciente de que volvería a hacerlo si con ello pudiera salvar a su compañera. ¿Y si se repetía? ¿Y si su hermano lo obligaba de nuevo a matar para evitar la muerte de alguien más? Había cedido al chantaje y de esa manera le había proporcionado la clave para poder controlarlo en futuras ocasiones. La única manera de liberarse sería acabar con él, pero no podría hacerlo desde la cárcel. Se le pasó por la cabeza la posibilidad de que Runa no lo superara y enseguida notó cómo la rabia comenzaba a apoderarse de él. Si ella moría… Apartó esos pensamientos al darse cuenta de que estaba reaccionando como a Víctor le hubiera gustado que lo hiciera: alimentando a su monstruo interior. Trató de calmarse mojándose el rostro en el cuarto de baño e intentando pensar de forma racional. Debía volver a su casa y enfrentarse a la realidad, confesar a la policía lo que había hecho. Pensó en Vila y Lope, los compañeros con los que más afinidad tenía aparte de Runa, y se le ocurrió que nadie mejor que ellos para hacerlo. Los llamó por teléfono, y no tardaron en acudir.

TRAS UNA ETERNIDAD en la sala de espera del hospital La Fe, por fin un médico con bata azul y mascarilla se acercó para darles el parte médico. No hacía mucho que habían llegado Vila y Lope. Los tres escucharon con atención.

—Su compañera está consciente y estabilizada. Ha salido bien de la parada respiratoria, pero va a tener que pasar al menos cuarenta y ocho horas en observación. Tras referirnos un dolor agudo en la cabeza, hemos descubierto que presenta además un traumatismo craneal que, aunque no reviste gravedad, debemos vigilar.

Roi expulsó todo el aire que había acumulado en los pulmones mientras el médico hablaba.

—Saldrá de esta, ¿verdad? —preguntó con ansiedad.

—Es una mujer fuerte que goza de un estado físico inmejorable. Estará repuesta en unos días.

—¿Le quedará alguna secuela? —quiso saber Lope, preocupado.

—No tiene por qué —respondió el médico—, aunque todavía es pronto para saberlo.

—¿Cuándo podremos verla? —En esa ocasión fue Vila el que preguntó.

—La mantenemos medicada y es mejor que permanezca unas horas tranquila. Está en las mejores manos, no deben preocuparse. Pueden irse a casa y mañana por la mañana es probable que puedan verla.

Los tres salieron del hospital en silencio, taciturnos. Eran conscientes de lo rápido que se puede arrebatar una vida y de lo que con ello pueden cambiar las que esta tiene alrededor. Roi, sobre todo, estaba destrozado. Les había explicado a sus compañeros que el responsable de todo aquello era su hermano y que Runa estaba en esa situación por su culpa. Pero aún no había podido reunir el valor necesario para contarles lo que había hecho para salvarle la vida. Un puño le atenazaba la garganta cada vez que lo intentaba.

La noche era húmeda y desapacible. Por fin estaba cambiando el tiempo, pero, como era habitual en los últimos años, lo hacía sin previo aviso y acompañado de rachas de viento que intensificaban la sensación de frío. Roi reprimió un escalofrío y se abrochó los botones del cuello de la camisa. Había salido de casa a la carrera y no llevaba ropa de abrigo.

—Entonces —Lope rompió el hielo—, ¿dices que tu hermano no te perdonó que no detuvieras a vuestro padre y por eso ha hecho esto?

Roi asintió.

—Tu padre lleva muchos días desaparecido, ¿crees que puede haberle hecho algo? —añadió Vila.

Roi cerró los ojos e hizo un gesto negativo con la cabeza. Rememoró los últimos segundos de vida de Pedro y en su cabeza fue testigo una vez más de cómo la luz de su mirada se apagaba. Sabía que aquella

imagen lo iba a perseguir para el resto de sus días. Jamás podría superarlo. En ese momento comprendió que su hermano pretendía dejarlo herido de muerte, y lo hubiera conseguido fuera cual fuera su decisión. Quizá era el precio que tenía que pagar por haberse rendido y no seguir buscando, por haberse desentendido durante tantos años de la suerte de su hermano mellizo. Una arcada le sobrevino y se tambaleó.

—¿Te encuentras bien? —Vila lo sujetó por un brazo.

Cuando recuperó el equilibrio, un golpe de viento le azotó el rostro e hizo que se sintiera un poco mejor.

—Tenéis que acompañarme a casa —dijo con voz firme—, necesito que veáis algo.

—¿QUIERES EXPLICARNOS QUÉ hacemos aquí? —quiso saber Lope frente a la puerta de la casa de Roi, un tanto molesto porque este se había negado a darles más explicaciones durante todo el trayecto.

Antes de girar la llave, ya podían escucharse los extraños maullidos de *Manchurrón* al otro lado de la puerta.

—¿Qué es eso? —preguntó Vila, extrañado.

—Es *Manchurrón*, el gato de Cándido, pero yo lo dejé encerrado en una habitación.

Roi desenfundó la pistola e hizo un gesto a sus compañeros para que lo imitaran antes de abrir la puerta.

El animal se enroscó entre las piernas de Roi nada más abrir, conminándolo con exigentes maullidos a que le dedicara unos instantes de atención. Roi lo cogió y lo encerró en la habitación más cercana. Enseguida escuchó los bufidos de protesta al otro lado. El gato iba a tardar en perdonarle aquellos desplantes. A continuación, se llevó el dedo índice a los labios para que los que lo acompañaban guardaran silencio y caminó por el pasillo en dirección al salón. Se detuvo tras la puerta y tuvo que hacer acopio de valor para enfrentarse de nuevo al cadáver de su padre. Cuando por fin se decidió a asomarse, el arma estuvo a punto de caérsele de las manos por el sobresalto. Sus compañeros se abalanzaron tras él apuntando al frente.

—¿Esto es todo? —se burló Lope—. ¿Toda esta intriga y este sinvivir por una pintada en la pared? ¡Os juro que estaba convencido de que iba a encontrarme a un muerto!

Roi se había quedado sin habla. No solo es que el cadáver de su padre hubiera desaparecido, sino que, además, alguien se había molestado en limpiarlo todo. Recordó la manta sobre la que estaba sentado Pedro y entendió que aquello había estado planificado desde el principio. Las letras rojas de la pared, que en ese momento tomaban un significado diferente al de horas antes, eran el único indicio de lo

que había ocurrido allí. «¿Me vas a decepcionar?» Su hermano quería que no resultara acusado para que permaneciera en el tablero de juego. De alguna manera, confesar sería también una manera de decepcionarlo.

—¿Qué querías que viéramos, Roi? —preguntó Vila interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Que él ha estado aquí? Pero ¿qué significa ese mensaje? No lo entiendo.

Roi se sentó en el sofá y se cubrió el rostro con las manos. Aquello era demasiado. Podía contarlo todo, pero también tenía la oportunidad de callarse y eludir la prisión. Si la Científica se ponía a buscar rastros de sangre y ADN, lo más probable sería que encontraran pruebas para incriminarlo, aunque jamás apareciera el cadáver. Pero, si se callaba ¿en qué se convertiría?

—Creo que lo mejor es que descanses, compañero —sentenció Lope al tiempo que se guardaba el arma—. Ha sido una noche peliaguda y mañana querrás estar despejado para ir a primera hora al hospital. Si quieres, puedo quedarme a dormir hoy aquí, en el sofá, para que no estés solo. No soy hombre de muchas exigencias, que en cualquier catre me alcanza el sueño.

La última frase sonó más a súplica que a ofrecimiento, pero Roi no estaba para mucha compañía.

—Lo siento, no debí alarmaros tanto. He perdido los nervios con lo de Runa, y después, cuando supe que había estado aquí… Será mejor que os vayáis.

Lope asintió, algo desalentado al pensar que tendría que volver a casa con la parienta. Pero Quique no se dio por vencido.

—¿Qué quería de ti, Roi? ¿Lo ibas a decepcionar si no hacías algo? —preguntó.

Roi se encogió de hombros con aire decaído. En ningún momento alzó la mirada del suelo.

Quique, consciente de que no les estaba contando todo, lo observó durante unos instantes. Resolvió que ya hablaría cuando se sintiera con fuerzas, si es que las encontraba. Sospechaba que allí había ocurrido algo más grave de lo que parecía y que tenía que ver con Runa. Pero no sería él quien revolviera en lo sucedido. Sabía que Rodrigo era un buen policía y confiaba en él. Miró a Lope, que últimamente tenía la cabeza en sus problemas y no acababa de centrarse.

—Anda, vámonos, Lope —dijo al tiempo que sujetaba al policía por los hombros para animarlo a moverse—. Rodrigo tiene que descansar.

Cuando sus compañeros se marcharon, Roi se apoyó sobre la puerta y cerró los ojos. Por un momento dudó si no habría sido todo una terrible pesadilla; quizá tanta marihuana empezaba a afectarle al cerebro. Se miró las manos. Estaban limpias. Pero solo tuvo que fijarse

un poco para descubrir restos de sangre bajo las uñas.

Epílogo

RUNA CAMINABA POR la calle, taciturna, con la respiración agitada tras el ejercicio y la mente muy lejos del lugar en el que se encontraba. Había salido a correr un poco y había acabado forzándose tanto en la carrera que estaba agotada. Volvía a casa andando, con los músculos doloridos y agarrotados. Era consciente de que necesitaba expulsar del cuerpo la rabia que la invadía o esta acabaría volviéndose contra ella.

Ya habían pasado varias semanas desde que salió del hospital, pero aquel suceso no se le quitaba de la cabeza. Ni siquiera la música de U2 con su *In the Name of Love* a toda pastilla en los auriculares podía evitar que sus pensamientos fluyeran por derroteros nada aconsejables. No solo era porque hubiera estado a punto de morir, sino también por la manera en que había sucedido. Ni siquiera lo había visto venir, y ser consciente de que todos los años de entrenamiento no le habían servido para nada la alteraba.

Lo ocurrido la había hecho reflexionar sobre lo fácil que era, en una profesión como la suya, acabar muerto un día cualquiera en cualquier lugar. Si no era un asesino, sería algún otro maleante al que se enfrentara, o incluso un sicario al que contratara alguien desde la cárcel como pago por haberlo encerrado allí. Visto de esa manera, sus vidas valían bien poco. Pero pensaba que, llegado el momento, les haría frente y se lo pondría difícil. Y se daba cuenta de que a veces, sencillamente, eso no era posible. No era una heroína de película ni la protagonista invencible de una novela; era una mujer de carne y hueso con sus puntos fuertes y sus debilidades.

Y su gran debilidad durante las últimas semanas estaba siendo, sin duda, el recuerdo de Klaus. Se negaba a creer que la vida fuera tan injusta como para arrebatarle a la primera persona que había logrado atravesar su armadura emocional mucho antes de llegar a conocerla. Pero, por mucho que quisiera negarlo, la realidad le había lanzado un directo a la cara, noqueándola. Lo peor eran las noches. La piel le ardía exigiendo unas caricias que sabía que nunca volverían, y elegir otras manos que pudieran acariciarla y otra boca que la besara no era una opción. Nadie más conseguiría hacerla volar como lo había hecho él, con un simple susurro o una mirada.

Pero eso tenía que cambiar, porque Klaus estaba muerto. Tenía que seguir con su vida hasta que pudiera llenar la sensación de vacío que sentía con las cosas cotidianas, algo que le estaba costando más de lo que imaginaba.

ROI CONSULTABA EL móvil con una mano mientras con la otra acariciaba a *Manchurrón*, que ronroneaba tumbado sobre él. Estaba tirado en el sofá, enfrascado en la tediosa tarea de encontrar un nuevo apartamento. No podía seguir viviendo en su casa después de lo que había pasado. Necesitaba poner distancia con aquel lugar. Pero le estaba resultando más difícil de lo que creía. O eran muy caros o muy viejos, o estaban muy alejados de la zona que le gustaba. Tras otra búsqueda infructuosa, soltó un suspiro de resignación y arrojó el aparato a un lado del sofá. Subió el volumen del televisor. En las noticias hablaban sobre un interesante descubrimiento que se había llevado a cabo en Valencia.

> Científicos valencianos descubren en la provincia de Valencia los restos fósiles de un alga oceánica perteneciente al período Ediacárico, cuyo origen se remonta a casi seiscientos millones de años. Se trata de unas pequeñas esferas de unos pocos micrómetros de espesor que podrían tener relación con la nueva especie descubierta recientemente por un equipo de paleontólogos chinos y canadienses en la región china de Shaanxi, a la que se ha denominado *Protocodium sinense*. Estas algas son anteriores a las plantas terrestres conocidas, y su análisis podría abrir una nueva perspectiva en el estudio del origen de muchas especies vegetales y su amplia diversificación en varias zonas del planeta…

—¡Vaya! —exclamó Roi en voz alta—. Y pensar que todo eso fue gracias a que Runa se empeñó en que tomáramos muestras de terreno para investigar los expolios…

Su mente trastocó al instante aquel recuerdo de Runa para imaginarla tirada en el suelo, convulsionando por el efecto del desfibrilador. Aunque él no había llegado a tiempo para ver esa escena, no podía evitar revivirla en su cabeza una y otra vez. Había estado tan cerca de perderla que solo con pensarlo se ponía enfermo. Aún no había superado lo ocurrido y dudaba que algún día pudiera hacerlo. Por suerte, Runa se encontraba bien. Le habían dado el alta, pero iba a tomarse unos días de descanso antes de reincorporarse al trabajo. Por mucho que ella hubiera intentado hacerle entender que no había sido culpa suya, a Roi le iba a costar mucho perdonarse a sí mismo. Soltó un suspiro al que *Manchurrón* respondió con uno de sus extraños maullidos. En la tele, Matías Prats comentaba otra noticia que acaparó su atención:

> … se trata de la operación Moriarty, con la que efectivos de la Policía y la Guardia Civil han recuperado decenas de objetos de interés arqueológico y otros muchos falsificados, procedentes de un yacimiento oculto en la zona del interior de la Comunidad

Valenciana. La operación se ha saldado con la detención de varias personas que durante años han explotado el yacimiento de forma ilegal hasta casi agotarlo, y que llegaron a construir una edificación sobre el propio yacimiento para ocultar su existencia. Los objetos se vendían a través de internet y a otros clientes de confianza. Muchos de ellos fueron víctimas de un delito de estafa al haber comprado piezas falsas cuando creían que adquirían tesoros arqueológicos.

Matías hizo una pausa intencionada y enseguida continuó:

Cuando vean esta noticia, alguno de ellos, sin duda, se quedará… de una pieza.

Roi no pudo evitar sonreír con aquel chascarrillo muy típico del presentador. *Manchurrón* se incorporó y, tras estirarse a conciencia, lo miró fijamente.

—¿Qué pasa, bicho?

—Miiaaaauu. —Después del lamento, el animal volvió la cabeza hasta el diminuto balcón donde Roi había colocado una maceta con hierba gatera.

—Ya sé lo que quieres. Menudo cabronazo estás hecho. —Rascó la cabeza del gato con ganas y entonces se dio cuenta de que algo asomaba debajo de su collar. Lo cogió para observarlo mejor y descubrió un pequeño dispositivo clavado con unas pequeñas uñas de metal en el cuero.

—Pero ¿qué…?

Nada más extraerlo, supo que se trataba de un dispositivo de escucha.

PATIÑO SE HABÍA arrepentido de abrir la boca antes siquiera de acabar la frase, pero ya no podía echarse atrás. Se había vuelto a encontrar a Lope durmiendo por enésima vez en el sofá del despacho y, tras soltarle una buena reprimenda, había acabado por ablandarse y ofrecerle su casa para que pasara las noches que necesitara.

Desde que un par de días antes el médico había puesto nombre a su peor sospecha, ya no era capaz de centrarse en el trabajo, y las cosas que antes hubieran hecho que se le hinchara la vena del cuello habían dejado de parecerle importantes. Adenocarcinoma. Jamás una sola palabra le había hecho temblar tanto. Superado el impacto emocional de saber que su cuerpo tenía impuesta una fecha de caducidad, había decidido luchar con todas sus energías contra el terrible mal que lo acechaba, oculto entre sus propias células. La buena noticia era que el tumor estaba localizado y los médicos no tenían malas expectativas, aunque eso no le ofrecía demasiado consuelo. Quién le iba a decir a él, que desde bien pequeño tenía los huevos bien puestos y no se

arredraba ante nadie, que se había ganado a pulso el puesto y el respeto, que a sus sesenta recién cumplidos un contrincante invisible iba a conseguir apartarlo del servicio antes de tiempo.

—Entonces, ¿van a operarte? —quiso saber Lope con los ojos aún velados por el sueño.

—Eso parece. Y no será tarde, los médicos quieren intervenirme cuanto antes. Y luego vendrá el martirio de la quimioterapia y meses de pruebas y hospitales.

Lope asintió, sabía de lo que hablaba. El que más o el que menos conocía un caso cercano de alguien en una situación similar. Observó a su jefe, compañero y amigo durante años de servicio. Siempre había sido de constitución huesuda, pero le pareció que aquellos pequeños ojos oscuros y nerviosos estaban más hundidos en las cuencas que de costumbre. Unas manchas oscuras los rodeaban, incrementando aún más la sensación de profundidad. Hasta su tic nervioso, que lo hacía parpadear en exceso, parecía haberse ralentizado.

—Los de arriba ya están buscándome un sustituto. No creo que tarde mucho en correrse la voz, así que hoy hablaré con los chicos.

Lope detectó un cierto matiz de aflicción en su voz. Pensó que hasta el más fiero se achanta cuando se enfrenta al enemigo adecuado.

El móvil del inspector comenzó a vibrar en el bolsillo.

—Patiño al habla, dime —respondió.

Lope no podía escuchar lo que le estaban contando a su jefe al otro lado de la línea, pero no tardó en comprender, por el gesto preocupado de este, que algo había ocurrido.

—Si es que… estaba claro que algún día iba a ocurrir —comentó Patiño mientras negaba con la cabeza—. ¿Ha habido heridos?

Tras un par de asentimientos acompañados de algún que otro taco, dio las gracias y colgó.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Lope.

—Pues lo que tenía que pasar tarde o temprano, Lope. Ha habido un incendio en el depósito de Ribarroja.

Patiño se refería al Depósito de Piezas de Convicción, el lugar en el que se guardaban los archivos y diligencias de todos los juzgados de la Comunidad, así como los objetos incautados en cada investigación criminal. Desde hacía años tenían un problema de almacenamiento y, pese a los expurgos que se llevaban a cabo cada cierto tiempo, siempre estaba colapsado.

—¿Ha sido muy grave?

—Ha sido esta madrugada. El guardia de seguridad avisó enseguida a los bomberos y parece que han podido controlarlo a tiempo. El fuego se ha llevado por delante buena parte de los expedientes y pruebas, pero podía haber sido mucho peor.

Aún era pronto para saberlo, pero no tardarían en averiguar que

aquel fuego había sido alimentado por un acelerante y que todo aquello solo había sido una distracción para conseguir otro propósito.

Solo un par de días después, cuando el material arqueológico incautado en el piso de Olivia y Rebeca iba a ser trasladado a Madrid para su estudio y custodia, se dieron cuenta de que faltaba una de las piezas. El dodecaedro había desaparecido.

REBECA NUNCA HABÍA echado tanto de menos a nadie. Los últimos días sin su Tata estaban siendo una lección que le costaría olvidar. Ni siquiera la muerte de Olivia la había sumido en el estado de apatía y tristeza en el que se encontraba. Había entendido a las bravas que aquella mujer había sido el alma de la casa, porque su ausencia la había transformado en un lugar frío y poco acogedor. Ya no volvería a disfrutar del aroma de sus dulces recién hechos ni de esos abrazos en los que se perdía y era feliz, olvidándose de todo por unos instantes. Ella misma había provocado aquella situación con el arrebato de ira que le salió de no sabía dónde, y que la había llevado a delatarla.

Había tenido mucho tiempo para meditar sobre lo ocurrido y por fin lo entendía: la muerte de Olivia había sido un acto de amor. La Tata la quería tanto que no soportaba verla sufrir como lo estaba haciendo. Una persona honesta, caritativa y humana a la que se le escapaban las lágrimas cuando se encontraba algún animalillo muerto en el campo, aunque fuera un pájaro o un pequeño topillo, había sido capaz de acabar con un ser humano solo por ella. Matar por amor. Aquello era lo que había hecho Candela, y ella se lo había pagado con las monedas del odio y la traición. Esa idea la estaba devorando por dentro.

Se incorporó y salió de la cama, de cuyas sábanas últimamente le costaba desprenderse, para asomarse a la ventana. El frío ya había logrado imponerse al calor y la mañana había amanecido bastante fresca. Con un gesto espontáneo, dibujó un corazón sobre el vaho que se había formado en los cristales. Al momento frunció el ceño y lo borró con rabia, utilizando la manga del pijama. Si alguna vez su corazón había sentido algo, si había creído estar enamorada, era cosa del pasado. Se había prometido a sí misma que jamás volvería a ocurrir. Nunca más.

Apoyó la frente en el cristal. Los árboles, que por fin comenzaban a entender que había llegado el momento de descansar, mostraban sus nervudas ramas entre los restos amarillentos de las hojas más resistentes. Todo el paisaje estaba envuelto en una fina gasa de niebla que lo hacía parecer triste y desolado. O quizá fuera su estado de ánimo el que le hacía verlo todo en tonos grises.

Su estómago protestó y pensó en bajar a desayunar, pero la sensación de abandono que sentía al entrar en la cocina y verla vacía y destemplada le quitó las ganas. Además, en aquella casa ya nadie

cocinaba. Ella jamás había encendido un fogón y su madre tampoco parecía estar por la labor, por no hablar de que, desde que la policía había detenido a Candela, a Juan José y a la abuela, iba por la casa como un alma en pena, sollozando y mascullando para sí alguna oración. Le daba la impresión de que estaba perdiendo la cabeza. Xisco y Nadia seguían sin dar señales de vida, así que se habían quedado ellas dos solas.

Cerró los ojos y escuchó. Nada. El silencio que reinaba en la casa le resultaba tan incómodo que llegaba a abrumarla. En una ocasión había leído que existía una habitación preparada para alcanzar el silencio absoluto. Una persona sana no podía soportar permanecer en su interior más que unos pocos minutos, porque el cerebro se empeñaba en buscar los estímulos auditivos que le faltaban y acababa por escuchar cosas como el ruido de su propia sangre al fluir o el rozamiento de los ojos al moverlos. Continuar mucho tiempo en aquellas condiciones acabaría por volver loco a cualquiera.

Rebeca no escuchaba ese tipo de sonidos físicos, pero algo desagradable no paraba de chirriarle en la conciencia, y permanecer en aquella casa desangelada y llena de recuerdos no ayudaba. La idea de volver a las clases comenzó a tomar forma en su cabeza y aquella perspectiva la animó durante unos instantes, pero el desconsuelo no tardó en volver a apoderarse de ella, arrastrándola con la fuerza de un agujero negro en una oscura espiral de tristeza. Se metió bajo las sábanas y cerró los ojos esperando que el sueño acudiera pronto en su ayuda para sacarla de allí.

NADIA SORBIÓ LO que le quedaba de batido de frutas y volvió a recostarse, perezosa, en la tumbona. Los rayos de sol le acariciaban la piel tostada al filtrarse entre las hojas de las palmeras, mecidas por la suave brisa del atardecer. Solo unos metros más allá, tras una franja de arena blanca, se extendía un mar de aguas cristalinas. Aquel día apenas había olas y a Nadia le parecía estar contemplando las aguas de un lago en lugar de las de un océano.

Habían elegido aquella pequeña isla del archipiélago de Filipinas, entre sus más de siete mil, para desaparecer durante un tiempo. Xisco y ella estaban alojados en uno de los bungalós con vistas al mar de un discreto *resort* situado en una playa con escasa afluencia de turistas. Nadia pensó que se estaba acostumbrando demasiado pronto a aquella vida y también que no le importaría quedarse allí para siempre. Xisco no se mostraba tan entusiasta como ella con esa idea, puesto que al día siguiente de su llegada a la isla, su piel ya había adquirido un color rojo cangrejo que dolía con solo mirarlo. Mientras la joven disfrutaba de la playa, el chico se pasaba los días enganchado al ordenador dentro del bungaló, del que solo salía por la tarde, cuando

el sol comenzaba a ponerse. Por suerte, la conexión a internet allí era bastante aceptable. No es que se relacionaran demasiado con otras personas, pero los autóctonos siempre tenían una sonrisa amable para ellos y la comida era fresca y deliciosa.

Nadia miró el móvil. Se acercaba la hora de cenar y tenía hambre. Se daría una larga ducha y, tras comer algo, saldría con Xisco para su ya habitual paseo por la orilla del mar. No se cansaba de contemplar cómo los cielos rojizos, rosados e incluso con algún matiz fucsia, iban cediendo su color a la negrura de la noche, salpicada de puntos de plata. Se incorporó para ponerse el pareo y se dirigió con paso relajado al alojamiento.

Entró en la casa tarareando *Papa Loves Mambo*, de Perry Como, al tiempo que la canción se reproducía en sus AirPods. Xisco estaba en el sofá, sentado de espaldas a ella, viendo algo en la televisión.

—Me doy una ducha y enseguida cenamos —le dijo mientras se dirigía a su cuarto.

—De acuerdo. —El chico alzó el dedo pulgar para aprobar la idea sin despegar la mirada de la pantalla.

Tras una reconfortante ducha, Nadia se dejó el pelo suelto y se puso el vestido que había comprado unos días antes en la ciudad. Le quedaba de maravilla con la piel tan bronceada. Dejó las toallas sin recoger en el suelo y salió, lista para la cena. Xisco continuaba ensimismado ante el televisor, que en ese momento emitía una escena en la que varias personas discutían. El volumen estaba demasiado alto y Nadia hizo una mueca.

—¿Cenamos? —alzó la voz para hacerse oír.

No hubo respuesta. Nadia sonrió. Su amigo a menudo se adentraba tanto en su propio mundo que se olvidaba de que fuera de él había otra vida. Se acercó por detrás y le puso las manos en la cara, tapándole los ojos. Nada más tocarlo supo que algo iba mal y su sonrisa se congeló. La cabeza del chico se inclinó hacia un lado y los dedos de Nadia rozaron la sangre aún caliente que manaba de su cuello cercenado.

—¡Xisco! —exclamó asustada al tiempo que se inclinaba sobre el sofá para verlo mejor.

Los ojos sin vida del chico parecían contemplar el oscuro abismo que se había abierto ante él. En su rostro se distinguía una expresión de sorpresa. Nadia comenzó a gritar, presa de un pavor paralizante que le agarrotaba los músculos. Su alarido se transformó en un horrible gorgorito cuando el metal afilado le seccionó el cuello, y en su garganta se mezclaron el aire y la sangre. Su cuerpo se derrumbó sobre el sofá, quedando cara a cara con su amigo.

Por un instante alcanzó a ver cómo una mujer de tez pálida y facciones algo aniñadas los observaba con rostro impertérrito, al

tiempo que limpiaba una especie de cuchilla sobre la tela del sofá. Consciente de que solo le quedaban unos segundos, la mirada de Nadia se volvió hacia su amigo, al que dedicó su último pensamiento mientras se le escapaba la vida por la garganta. Le hubiera gustado poder tomarle la mano para no recorrer sola el incierto y aterrador sendero de la muerte, pero el cuerpo ya no le respondía. No importaba. Él la estaría esperando al otro lado, solo tenía que dejarse llevar para alcanzarlo. Entonces cerró los ojos para no volver a abrirlos.

Dame contempló los últimos instantes de agonía de la chica con un gesto de satisfacción. Cuando todo acabó, apagó la televisión y escribió algo en su teléfono móvil antes de desaparecer sin dejar rastro.

A miles de kilómetros de distancia, en la sala acorazada de su castillo escocés, Koning recibió el mensaje: «Casa limpia y ordenada». Sonrió envanecido, no esperaba menos de Dame. Ella y Toren, que se había presentado apenas unas horas antes con la pieza que le faltaba, eran las dos figuras estratégicas con las que podría ganar cualquier partida.

Volvió a concentrarse en el asunto que lo preocupaba. Se había vestido con sus mejores galas para un momento tan especial como aquel. Sobre la mesa, junto a su nueva adquisición llegada de España y el cofre de estaño que había pertenecido a su madre, había colocado un retrato de esta. Ella era la que había empezado todo aquello, la que había vivido por y para el arte y le había inculcado el amor por los objetos singulares y únicos. Ella tenía que estar presente en aquel momento tan especial. Con dedos temblorosos y conteniendo la respiración, por fin Koning se decidió a abrir el cofre. Al instante, una luz cegadora con destellos azulados inundó la gran cámara acorazada en la que se encontraba. Solo él pudo escuchar el grito de júbilo que salió de su garganta.

Agradecimientos

ANTES DE COMENZAR con los agradecimientos, me gustaría dedicar unas líneas al personaje de María la Judía, que aparece en este libro. Los detalles sobre la vida de esta alquimista son inciertos. No está claro en qué momento de la historia vivió. Unos escritos hablan de que lo hizo en el siglo I d. C., pero otros se refieren a ella como la hermana de Moisés. Nadie puede afirmar a ciencia cierta cuándo nació esta gran mujer, aunque sí son varios los que coinciden en que residió en Alejandría. Dado que las fechas en las que vivió María son inciertas, me he permitido la licencia de ubicar sus días en la misma época de Arquímedes, puesto que no resultaría descabellado que ambos se hubieran conocido.

Como otros alquimistas de la época, María trabajaba con arsénico, plomo, mercurio y otros metales tóxicos sin tener conciencia del peligro que su manipulación continua podría suponer. Algunos escritos apuntan a que murió joven, y lo más probable es que hubiera padecido algún tipo de enfermedad derivada de la intoxicación por este tipo de metales.

Gran parte de la obra de María se perdió a causa de la persecución que sufrieron todos los alquimistas de Alejandría durante el reinado del emperador romano Diocleciano. A partir de entonces, la fama de la alquimia comenzó a degenerar, pasando de ser una ciencia que combinaba disciplinas tales como la química, la metalurgia, la física, la medicina o la astrología, a considerarse una práctica mística y esotérica. Muchos de los inventos de María han perdurado hasta nuestros tiempos, como algunos instrumentos de laboratorio o el famoso baño María del que todos hemos oído hablar. Esta novela y el escueto papel que María desempeña en ella es mi pequeño homenaje a la que considero que fue una mujer extraordinaria.

Y llegado el momento de los agradecimientos, son muchos los nombres que me vienen a la cabeza.

El primero es Marce, mi lector cero y compañero de vida. Crítico donde los haya, me hace sudar tinta retorciendo cada frase o escena que le chirría hasta que, entre los dos, encontramos el camino. Me he divertido mucho con tus comentarios al margen y tus dibujos explicativos. Ojalá podamos disfrutar mucho tiempo de este bonito tándem que formamos.

A mis hijos, que hace tiempo que dejasteis de ser niños y pronto querréis buscar vuestro propio camino; eso me enorgullece al mismo tiempo que me aterra. Os quiero con locura.

A Diana R. Torres, lectora voraz y abogada criminalista que trabaja desde hace más de veinte años en el mundo de las antigüedades y regenta la preciosa tienda de Guáimaro en Madrid. Me arropaste sin conocerme en uno de los momentos más tristes de mi vida, y eso nunca podré olvidarlo. Gracias por tu apoyo y tus comentarios sobre mi escritura. Espero estar a la altura con esta nueva novela.

Una vez más, a mi amiga Natalia Collado, médico anestesista, por sus precisas explicaciones sobre la reanimación cardiopulmonar y los efectos devastadores que una embolia gaseosa puede ocasionar en el cuerpo humano.

A Miguel Guerrero, de la Policía Científica de Valencia, por sus anotaciones y comentarios sobre los distintos procedimientos científicos utilizados en la escena de un crimen. Espero que haya muchos más cafés como el primero para seguir charlando sobre ese trabajo vuestro tan fascinante.

A Núria Ostáriz, mi correctora de trama. Me encantan esas charlas nuestras de las que nunca sabes qué puede salir.

A mis lectores, a los que ya me conocen y a los que me acaban de descubrir. Sois mi inspiración.

Notas

[1] De nada, buen hombre. No me puedo quejar, para cenar hoy tengo.

[2] FARC: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Organización guerrillera basada en los principios del marxismo-leninismo y el bolivarianismo.

[3] Coca de *llanda*: bizcocho típico de la Comunidad Valenciana elaborado en una bandeja metálica de horno, que en valenciano se llama *llanda*.

[4] UCRIF: Unidad Central de Redes de Inmigración Ilegal y Falsedades Documentales.

[5] Reunión de altos cargos de la mafia rusa en la que se elige quién acabará haciéndose con el poder de una zona determinada. En ellas suele planearse el asesinato de los cabecillas rivales.

[6] Gulags: Dirección General de Campos y Colonias de Trabajo Correccional. Campos de concentración donde el régimen soviético confinaba a los disidentes.

[7] Dii i(n)feri, vobis com(m)e(n)do, si quic[q]ua(m) sa(n)ctit[i]s h(a)bet[i]s, act(r)ado T[y]c(h)ene(n) Carisi, quodqu[o]d a[g]at, quod i(n)cida(n)t Omnia in adversa. Dii i(n)feri, vobis com(m)e(n)do il(l)us. Mem(b)ra, colore(m), fi[g]ura(m), Caput, capill[os], umbra(m), cerebru(m), fru(n)te(m), supe[rcil]ia, os, nasu(m), me(n)tu(m), buc(c)as, la[bra, ve]rbu(m), v[ul?]tu(m), col(l)u(m), i[e]cur, (h) umeros, cor, [p]ulmones, i(n)testina, ve(n)tre(m), bra(ch)ia, di[g]itos, manus, u(m)b(i)licu(m), v[e]sica(m), fem[i]na, [g]enua, crura, talos, planta(s), [d]i[g]i[t]os. Dii i(n)feri, si [illam?] vider[o] [t] abesce(n)te(m) vobis sa(n)ctu(m) il(l)ud lib(e)ns ob an(n)uversariu(m) facere dibus parentibus il(l)us… ta peculiu(m) tabescas.

[8] SITEL: Sistema Integrado de Interceptación Telefónica (SITEL). Sistema por el que, mediante una autorización judicial, las Fuerzas de Seguridad pueden escuchar o grabar las conversaciones de cualquier teléfono. Una vez obtenido el permiso, el operador de la línea solicitada hace una copia de todos los mensajes y llamadas en ordenadores de la Guardia Civil, Policía Nacional y CNI a los que tienen acceso los investigadores.

[9] *Oopart*: *Out of place artifact*. Objeto fuera de lugar. Hallazgos de

objetos que desafían la cronología de la historia al ser datados en una época en la que dicho objeto no podía existir porque aún no había sido inventado.

[10] *Fada* es «hada» en valenciano, y *foresta* significa «bosque».

[11] SCSIE: Servicio Central de Soporte a la Investigación Experimental. Servicio de la Universitat de València que proporciona recursos científicos y técnicos para la realización de ensayos analíticos, con instalaciones y equipamiento de última tecnología, además de asesoramiento técnico.